

Rodrigo Miró Grimaldo

El cuento en Panamá

Estudio, selección y bibliografía



Franz García de Paredes



El cuento en Panamá



Panamá: cuentos escogidos



Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.

•••••

Rodrigo Miró Grimaldo

El cuento en Panamá



Franz García de Paredes

Panamá: cuentos escogidos

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría editorial

*Natalia Ruiz Pino
Juan Torres Mantilla*

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho

Impresión y encuadernación

Cargraphics s. A.

P.
863

M676

Miró Grimaldo, Rodrigo

El cuento en Panamá, estudio, selección, bibliografía/ Rodrigo Miró Grimaldo.— Panamá: Autoridad del Canal, 1999.

4v. 360 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)
Contenido: v.4. **Panamá: cuentos escogidos**, de Franz García de Paredes, 133 p.

ISBN 9962-607-02-7

1. CUENTOS PANAMEÑOS
 2. LITERATURA PANAMEÑA—CUENTOS
- I. Título

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD**
Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La *Biblioteca de la Nacionalidad* constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

Franz García de Paredes

Prólogo



El volumen que tiene hoy el lector en sus manos contiene los dos únicos trabajos antológicos totalizadores sobre el cuento con que cuenta la bibliografía nacional (Rodrigo Miró, *El cuento en Panamá*, Introducción, Selección, Bibliografía, Panamá, 1950, y Franz García de Paredes, *Panamá: cuentos escogidos*, Selección y Prólogo, EDUCA, San José, Costa Rica, 1998). La decisión de incluir dos trabajos de naturaleza similar será, seguramente, motivo de asombro para más de un lector. De ahí, la necesidad de explicar las razones de este proceder. Si ponemos atención a las fechas de publicación de estas dos obras notaremos de inmediato que entre 1950, fecha en que salió la primera edición de la antología de Miró, y 1998 que es cuando se publica la de García de Paredes ha pasado casi medio siglo. Los editores de este volumen consideraron necesario actualizar la selección de Miró y decidieron incluir *Panamá: cuentos escogidos*, ya que ésta acoge nuevas promociones de cuentistas panameños ausentes, por razones obvias, en la de Miró.

Nos parece, por lo tanto, que conviene comentar algunos criterios de selección y ordenamiento que sustentan ambas obras, con el propósito de ayudar al lector a captar las vicisitudes del género en la evolución de la literatura panameña.

En su plan general, *El cuento en Panamá* consta de tres partes: una reseña histórica, el material narrativo que conforma el corpus del trabajo y una selecta bibliografía sobre el cuento y la novela en Panamá. En la reseña, Miró comienza afirmando que: “Un estudio del cuento en Panamá es tarea impostergable. Apenas cultivado ayer, ha ido ganando en volumen y contenido.

Empieza a perfilarse, a través de los cuentistas, la geografía espiritual del país; se afirma la literatura como expresión de la nacionalidad”¹. Como podemos observar, el cuento es un género de brote tardío pero con una producción siempre creciente, lo que justifica su estudio y selección antológica. Sin embargo, antes de empezar el panorama del cuento panameño propiamente dicho, Miró advierte que como homenaje a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés incluye el capítulo XXXVIII del libro Sexto de la *Historia General y Natural de las Indias*, que contiene un relato del gran humanista, y, según Miró, el primer cuento panameño. Es importante recalcar aquí que Miró, además de rendir homenaje a Fernández de Oviedo, califica su relato como el primer cuento panameño. Es extraño que Miró utilice un texto que no corresponde genéricamente a lo que entendemos por cuento, convirtiéndolo en lo que ahora, parodiando a Luis Alberto Sánchez, llamaríamos un “protocuento”. Esta indeterminación genérica se produce, creo yo, no por inconsistencia teórica de Miró sino por un loable intento de sustituir la pobreza y escasez del género cuentístico en el devenir histórico de Panamá, privilegiando un texto que, pese a exhibir ciertas semejanzas que lo podrían acercar al cuento, está inserto en un discurso narrativo que posee características genéricas propias.

En realidad el cuento panameño propiamente tal aparece en 1890, como lo señala el propio Miró, con la generación modernista compuesta por Salomón Ponce Aguilera, Simón Rivas, Darío Herrera, etc. De esta generación destaca a Salomón Ponce Aguilera y Darío Herrera que, según Miró, son los que dejan obra perdurable, no considera a Ponce Aguilera un modernista cabal, pero resalta algunas características de su producción cuentística, tanto de la que produce en Bogotá como de la que produce en Panamá.

¹ Miró, pág. 9. En esta nota, y en la que sigue se cita por la edición facsimilar de la Editorial Universitaria, Panamá, 1996.

PRÓLOGO

Especialmente señala la mezcla de naturalismo y romanticismo que él cree encontrar en esa producción y describe a *De la Gleba* (1914) como una colección de relatos breves, apuntes naturalistas de escenas del campo. Y termina haciendo una apreciación crítica de Ponce Aguilera. Hay en la obra de Ponce Aguilera, dice Miró, curiosa amalgama de tradicionalismo, ruralismo y protesta social— y mezcla de naturalismo francés y realismo español— un claro propósito y una fuerte unidad. De Darío Herrera, después de calificarlo como un modernista puro, destaca *Horas lejanas* (1903), pero sorprendentemente apenas sí comenta este libro al que denomina el primer libro de cuentos de autor panameño. Su juicio sobre el Herrera cuentista es muy sumario, limitándose a verter ciertas alusiones descriptivas sobre el contenido de mundo de los cuentos de Herrera. Le concede, eso sí, la preocupación formal del esteta, un léxico rico y un gran poder descriptivo; pero señala que su obra está huérfana de contenido local, aunque de escenario americano. Me pregunto si ese carácter cosmopolita de los asuntos en los cuentos de Herrera tiene algo que ver, de alguna manera, en la apreciación de Miró sobre este cuentista, a pesar de la prominencia que él mismo le concede como figura literaria.

Paso seguido, Miró se detiene en algunos nombres de las promociones postmodernistas. Entre éstos, el más importante desde el punto de vista histórico es su padre, Ricardo Miró. Rodrigo cree ver, en la obra de cuentista de su padre una primera reacción contra las tendencias estéticas del modernismo, caracterizada por su marcada orientación cosmopolita, pero señalando, con gran agudeza, que en Miró se aproxima el tema campesino y popular por sendas bien distintas al tradicionalismo de Ponce Aguilera. Esta tendencia ruralista de la narrativa panameña, que tiene variadas concreciones, se inicia, como ya sabemos, con Ponce Aguilera; lo sigue Miró con una versión matizada de mundonovismo y se manifiesta después en Ignacio de J. Valdés Jr. En sus *Cuentos de la ciudad y del campo* (1928),

Valdés, más que una importante aportación al género, manifiesta una conciencia teórica muy lúcida sobre la función que le corresponde desempeñar a la literatura en esos momentos, y que no es otra que la de volver a las fuentes del americanismo literario que, como es sabido, es una de las constantes que caracteriza a la literatura hispanoamericana. Este programa de exaltar el campo como expresión del alma nacional, expuesto por Valdés en el prólogo de su obra es, como era de esperarse, seguido por algunos de sus coetáneos. Entre ellos, José E. Huerta, José María Núñez y, como brotes más tardíos, a Moisés Castillo y Lucas Bárcenas. Y estrechamente relacionados con el grupo anterior Graciela Rojas Sucre y Gil Blas Tejeira. En estos últimos, Miró cree encontrar un enriquecimiento, en el tema rural, en el desarrollo de nuestra literatura de ficción.

Pero pronto irrumpe en el proceso evolutivo del cuento panameño lo que Miró llama la contribución de los llamados vanguardistas. En efecto, desde 1931, con la publicación de *El sueño de Serafín del Carmen* de Rogelio Sinán se manifiesta una tendencia estética de claro signo renovador que reacciona contra el nacionalismo literario de la generación precedente. Miró califica esta nueva tendencia como: “Empresa esteticista” que trata de “universalizar nuestro ambiente literario, renovando la técnica y ensanchando horizontes”. Dentro de ella destaca los nombres de Sinán, Laurenza y Ferrer Valdés².

Pero fiel a la constante secular de nuestras letras, no demora en reaparecer entre los vanguardistas la tendencia ruralista que ahora Miró denomina como regionalista y a la que asigna la función social que, según él, toda auténtica literatura conlleva. Integran el grupo de regionalistas José María Sánchez, César A. Candanedo, Mario Augusto Rodríguez, Carlos Francisco Changmarín y Ramón H. Jurado.

² *Ibid.*, pág. 15

PRÓLOGO

Antes de terminar su exploración del género en la narrativa panameña, Miró señala que una vez más el mundo urbano encontrará voceros calificados. Y escoge como representantes de esta nueva vertiente del cuento panameño a Juan O. Díaz Lewis y Tobías Díaz Blaitry.

El material narrativo seleccionado lo conforman veintiún autores y abarca un lapso cronológico que va de 1890, año que Miró escoge para el inicio del cuento en Panamá hasta 1950 en que se publica el libro. Conviene señalar que el criterio de ordenamiento que Miró utiliza para su selección es un tanto ecléctico, pues emplea tres enfoques distintos: el cronológico, el generacional y el histórico.

En lo que respecta a la bibliografía del cuento y la novela panameños, Miró hace la aclaración de que le pareció útil y oportuno reunir en un solo repertorio bibliográfico las referencias de los dos géneros, debido a la íntima relación entre cuento y novela, Esta personal apreciación de dos géneros disímiles que a pesar de sus supuestas semejanzas poseen características propias, no afecta afortunadamente su importancia, ya que hasta el momento de su publicación era la más completa con que se contaba.

Las aportaciones que trae *El cuento en Panamá* residen fundamentalmente en la atenta lectura de los textos seleccionados por Miró, así como en la utilización por parte de éste de un instrumental crítico acorde con la complejidad del proceso empírico de las letras panameñas. Es, sin lugar a dudas, una de las grandes aportaciones de Rodrigo Miró a la bibliografía nacional, por ser éste el primer estudio sistemático del género en Panamá.

Por su parte, *Panamá: cuentos escogidos* es una abarcadora antología del cuento en Panamá y constituye un auténtico panorama de la evolución que éste género experimentó entre el costumbrismo inicial y las atrevidas búsquedas de la vanguardia actual. En este libro, el autor ha organizado una selección

por tendencias literarias, de los cuentistas más destacados desde el nacimiento de la república hasta hoy.

Sin embargo el autor advierte en nota aclaratoria que antepone al corpus de la obra algunos problemas que aparecen en la presentación del material compilado, entre los que se encuentran el limitado número de autores seleccionados, así como la brevedad de las notas biográficas y bibliográficas que la acompañan, ya que dichos problemas obedecen más que a criterios personales a ciertas normas impuestas por los editores de la antología.

Es por ello que el corpus de la obra, aunque más abarcador que el de Miró, es numéricamente más reducido. *En Panamá: cuentos escogidos* sólo se reúnen quince cuentos, pero su lapso temporal es más extenso. Estas incongruencias, como es natural, generan ciertas redundancias que es necesario aclarar. Es así como los veintiún autores seleccionados por Miró, nueve de ellos aparecen en la de García de Paredes, produciéndose una repetición. Sin embargo, de esos nueve autores solo dos repiten su contribución en las dos antologías. Los doce restantes no aparecen en la de García de Paredes. En otras palabras, el lector sólo encontraría dos cuentos repetidos en las dos obras reunidas en este volumen.

En *Panamá: cuentos escogidos* se incluyen siete cuentistas que, por razones cronológicas están ausentes en el libro de Miró: Boris Zachrisson, Ernesto Endara, Justo Arroyo, Rosa María Britton, Pedro Rivera, Dimas Lidio Pittí y Enrique Jaramillo Levy. Estos nombres son los que representan las nuevas promociones de escritores que Miró no pudo recoger, y son los que permiten que *Panamá: cuentos escogidos* acompañe a la clásica antología de Rodrigo Miró en este volumen.

Rodrigo Miró Grimaldo

El cuento en Panamá

Estudio, selección, bibliografía





A Raque



El cuento en Panamá, reseña histórica

Un estudio del cuento en Panamá es tarea impostergable. Apenas cultivado ayer, ha ido ganando en volumen y contenido. Empieza a perfilarse, a través de los cuentistas, la geografía espiritual del país; se afirma la literatura como expresión de la nacionalidad.

Brote tardío en la historia de las letras del Istmo, el cuento ha merecido escasa atención crítica. Si exceptuamos la *Introducción al Cuento Panameño*, de Enrique Ruiz Vernacci¹, y algunos trabajos míos², sus problemas no han suscitado ningún intento de exégesis. Dos antologías, es verdad, incluyen cuentos³; pero aparecen allí como ejemplos de prosa, sin relación con su naturaleza peculiar. Mucho más importante resulta, en cambio, respecto de la aventura del cuento en Panamá, la labor realizada por dos vecinas de la Zona del Canal. Movida por el deseo de captar ciertos aspectos de lo panameño pintoresco, Evelyn Moore vertió al inglés y compiló en *Sancocho* cuentos, leyendas y cua-

1 Véase, al final, la bibliografía.

2 Ver "Ignacio de J. Valdés Jr.", en *Teoría de la Patria*, Buenos Aires, 1947, y *Orígenes de la literatura novelesca en Panamá*, Panamá, 1948.

3 Korsi, Demetrio: *Antología de Panamá, prosa y verso*, Barcelona, 1926; y *Antología panameña, Verso y prosa*, Panamá, 1926.

dros de costumbres⁴; más ceñida al propósito literario, Phyllis Spencer acaba de ofrecernos, en *Short Stories of Panama*, la versión inglesa de dieciséis cuentos⁵. Desprovisto de material informativo, no siempre acertado en el escogimiento, este libro constituye, sin embargo, el único ensayo antológico dentro del género. De todos modos, ambas compilaciones dignas de loa, suponen antecedentes que el futuro ordenador de florilegios no puede desatender. Pero el estudio comprensivo de esa modalidad de las letras panameñas contemporáneas sigue siendo tarea por cumplir.

Superar en parte la deficiencia es mi ambición. Una breve reseña histórica, una selección de cuentos con miras a ilustrarla, y la bibliografía de nuestra producción novelesca completan el programa. Como adecuado complemento, homenaje a don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, se ofrece el capítulo XXXVIII del Libro Sexto de la *Historia General y Natural de las Indias*, encantador relato del gran humanista, y en rigor el primer cuento panameño. Se trata, pues, de la sistematización de un material objetivo destinado a la consulta de quienes deseen acometer luego estudios más profundos.

* * *

Según sabemos hoy, el cuento, considerado expresión literaria normal, aparece en Panamá después de 1890. Es el aporte juvenil de la generación modernista —Ponce Aguilera, Simón Rivas, Darío Herrera, Adolfo García, Alejandro Dutari, León A. Soto, Guillermo Andreve, etc.—, dado a la luz en órganos como *El Cronista*, *El Duende*, *El Lápiz*, *El Cosmos*. A este grupo toca aclimatar y popularizar el género. Pero son Ponce Aguilera y Darío Herrera los que dejan obra perdurable.

⁴ *Sancocho, stories and sketches of Panama*, Star & Herald Co., 1938. Se publicó una segunda edición en 1947.

⁵ Editado en Colón, año de 1948.

PRÓLOGO

Salomón Ponce Aguilera se inicia en las páginas de la *Revista Gris* (1892-96), de Bogotá, que él ayudó a fundar y dirigió en su primera etapa. Atraído por la boga del naturalismo francés escribe sus más tempranas ficciones, penetradas, no obstante, de elementos románticos; en seguida vuelve los ojos hacia el ambiente de su región nativa, para darnos una obra más sincera y emocionada, e inaugurar entre nosotros el cuento campesino y popular, dentro de las maneras del realismo español. Cumplida la fase de la *Revista Gris*, de nuevo, en su tierra Ponce Aguilera, conservador y católico, colaborará asiduamente, apenas instaurada la República, en *El Heraldo del Istmo*, la revista de Andreve, y en *Nuevos Ritos* tribuna de Miró, fiel siempre a sus gustos castizos. Por último, nos brinda *De la Gleba* (1914), colección de relatos breves, apuntes naturalistas de escenas del campo. Hay en la obra de Ponce Aguilera, curiosa amalgama de tradicionalismo, ruralismo y protesta social —y mezcla de naturalismo francés y realismo español— un claro propósito y una fuerte unidad.

Si en Ponce Aguilera el modernismo no es factor dominante, en Darío Herrera encontró su instrumento natural. Esteta puro, impone pronto su estilo. Su colaboración en los periódicos de fin de siglo revela cultura y seguro gusto, condiciones inherentes al auténtico modernista. Movimiento aristocrático, es decir, individualista y anheloso de perfección, aficionado a lo exótico, el modernismo concretó un afán de fuga y menosprecio de lo circundante. Flor americana, fue al mismo tiempo negación de América. Huyendo del Panamá de fin de siglo —exceso de América— Herrera emigró al Sur, en busca de propicio clima. Buenos Aires era, en el nuevo mundo, antesala de París. Y en Buenos Aires publica, año 1903, *Horas Lejanas*, el primer libro de cuentos de autor panameño, recibido por la crítica como una fundamental contribución de la prosa modernista⁶. Nutrido de

⁶ Ver el ensayo de Francisco García Calderón a propósito de *Horas Lejanas*, en *De Litteris*, 1905. Se reprodujo en “El Panamá América”, el 12 de Junio de 1939.

lecturas europeas, mundano, Herrera goza mostrándonos aspectos de la vida elegante de las capitales sureñas. Enfermo nervioso, gusta de la introspección y del análisis. La agudeza del psicólogo, la preocupación formal del esteta, un léxico rico y gran poder descriptivo caracterizan su obra, huérfana de contenido local, aunque de escenario americano.

Miembro de la generación que sigue, Ricardo Miró, de mayor relieve poético, dejó una estimable obra novelesca. Y si parece no haberle importado esa fase de su labor, interesa a la historia literaria por cuanto presenta aristas que le confieren entidad entre los cultivadores del género.

Miró se distingue por la nota humorística. Pero su humorismo es melancólico y tranquilo, ayuno de elementos corrosivos. Por otra parte, sus mejores cuentos son de ambiente nuestro. Sin proponérselo, Miró es siempre fiel al paisaje nativo. En cierto modo, inicia la reacción contra la moda imperante, que aconsejaba ignorar la propia circunstancia. Con “El Jesús Malo”⁷ Miró se aproxima al tema campesino y popular por sendas bien distantes del tradicionalismo de Ponce Aguilera.

En Gaspar Octavio Hernández se logra el último fruto cabal del movimiento modernista. Poeta de interés, vario y desigual, como prosista se mantiene dentro del más riguroso canon de escuela. Y dejó unos pocos cuentos que le aseguran sitio en la historia de su desenvolvimiento en Panamá. Con la misma pasión de esteta que obsedió a Darío Herrera, aunque menos culto y sosegado, escribe una prosa barroca no exenta de gracia. De espaldas al medio, sus cuentos denuncian una intención moral.

⁷ Se publicó en *Nuevos Ritos*, N° 148-9, el 1° de Febrero de 1915. Antes, es cierto, Julio Arjona Q. y Guillermo Andreve habían fijado su atención en el tema campesino, aunque sacrificando a otros intereses los valores del cuento. Sus escritos son más bien cuadros de costumbres. Conviene recordar aquí, además, el enorme valor sugestivo —desde el punto de vista de la creación novelesca— del ensayo de Belisario Porras sobre “El Orejano”, dado a la publicidad en 1882.

Pero el más logrado vale por el fino humor. Con Hernández, en quien había talento y ambición, puede decirse que acaba el modernismo en Panamá.

El ocaso modernista coincide con el fin de la guerra del catorce y supone, además, una baja en el proceso de nuestras bellas letras. Declina el optimismo que presidió los tres primeros lustros de la República. Desaparecen *Esto y Aquello* (1914-1915) y *Memphis* (1916-1919), las revistas del grupo de Hernández; entra en prolongado receso *Nuevos Ritos*. Se evidencia un vuelco en el clima intelectual. *La Revista Nueva* (1916-1919), tribuna de ideas, marca el comienzo de la nueva mentalidad, orientada a otro norte. *Cuasimodo* (1919-1921), *Estudios* (1922-1934), órganos que suceden a las revistas literarias, confirman el cambio de actitud. Nuestra inteligencia se desplaza hacia lo sociológico. Advertimos, de pronto, la existencia de magnos problemas. Hace crisis la política. Sólo después de dolorosas experiencias volverá a cobrar beligerancia la literatura.

Durante esos años grises, apenas alterados por la aparición, en el mundo poético, de María Olimpia de Obaldía y de Demetrio Korsi —que vive entonces en el extranjero—, lo mismo que por la publicación de las antologías antes citadas y de unos cuantos ensayos de novela, en el terreno del cuento un Adán realiza la faena: J. Darío Jaén.

Fervoroso lector de Vargas Vila, perenne inquilino de casas de pensión, de temperamento móvil —que le llevó por los países vecinos en las más extrañas peregrinaciones—, J. Darío Jaén hace una literatura patológica y sentimental. Publica *Vórtice de Pasiones* (1921), *Fuegos Fatuos* (1924), *En el Cauce de la Vida* (1925) y *Breviario de Emociones* (1930). Sus personajes son gentes que reclaman el presidio o la clínica, pobres criaturas condenadas a una muerte violenta o irregular. J. Darío Jaén llena un período en la historia del cuento panameño.

Las dificultades de esta etapa terminan por suscitar, en nuestros literatos, la apetencia de nuevas orientaciones. No están los

tiempos para escarceos decadentes, ni sobra humor para oír de nuevo la lección archisabida. El modernismo había sido la glorificación del ego, en la obra como en el artista. Cosa natural, por lo demás: es el destino de los esteticismos. Una nueva emoción pospone ahora, sin embargo, los valores individuales, propiciando la utilización de otros ingredientes. Se proclama la función social de la literatura y, en consecuencia, se vuelven los ojos hacia las realidades del país. Esta postura encuentra justificación y apoyo en las corrientes foráneas. En Europa la guerra y la revolución rusa, habían llenado de dramatismo todos los rincones de la vida; en América la revolución mexicana y la reforma universitaria estremecían el continente. Asistíamos, cercados por tanto dolor, al descubrimiento de nuestro propio ser, mientras se alzaba la estrella de los noveladores. El escritor afina su conciencia social, y el tema campesino y popular invade la escena. El héroe es, ahora, de modo preferente, el pueblo. Crece la bibliografía expofeso encaminada a novelar la experiencia del hombre común.

Antes que este nuevo sistema de valores halle su cauce entre nosotros ocurre, sin embargo, un movimiento de raíz local, asimilable sólo en un sentido externo a la corriente general de que venimos hablando. Es cuando aparece Ignacio de J. Valdés Jr.

En *Cuentos panameños de la ciudad y del campo* (1928) percibimos conciencia nacional y un objetivo. El autor nos explica: “En estos mis *Cuentos del Campo* intento retratar lo más fielmente posible el alma de nuestros campesinos, con sus grandes pasiones, sus amores y sus odios, sus creencias y sus costumbres patriarcales”. “Rico filón éste, inexplorado aún, por obra y gracia de nuestra desidia y nuestro desprecio hacia lo propio, por el afán de ir a buscar en los ajenos trigales el material que entre nosotros abunda...”.

Se propone, pues, como meta, el tema vernáculo. En esto consiste la contribución personal de Valdés Jr. No es un estilista, ni trae innovaciones técnicas. Fija una zona temática y da

PRÓLOGO

sus razones. Con todo, Valdés Jr. se realiza sólo a medias. Sus relatos lindan con la tradición y la conseja, frustrándose el cuento propiamente como tal. Por otra parte, en *Cuentos panameños de la ciudad y del campo* se perciben ecos modernistas. Sólo más tarde, de modo especial en *Sangre Criolla* (1943), Valdés Jr. cumplirá parcialmente sus propósitos.

La tentativa de Valdés Jr. es secundada por escritores como José E. Huerta, que sigue la misma dirección en sus cuentos y cuadros de costumbres de *Alma Campesina* (1930); José María Núñez, médico de profesión, que dedica al cultivo de la pintura y las bellas letras sus pocos ratos libres, y quien se nos revela narrador diestro y buen conocedor del hombre y el paisaje de su región; y, con tardanza evidente, por Moisés Castillo, autor de *Allá onde uno* (1946), y Lucas Bárcena, de un malicioso humor rústico. Y respecto al tema urbano, por Rodolfo Aguilera Jr., periodista, autor de varias novelas, escritor popular que tiene en el pueblo de la capital su clientela y su razón de ser.

Estrechamente emparentados al grupo anterior se encuentran Graciela Rojas Sucre y Gil Blas Tejeira. Graciela Rojas Sucre aspira a reconstruir el mundo emotivo e intelectual de la niñez. Fruto de preocupaciones pedagógicas visibles, y al mismo tiempo fuga sentimental hacia los días de la propia infancia, la obra de Graciela Rojas Sucre supone un enriquecimiento en el desarrollo de nuestra literatura de ficción: agrega a su quehacer un territorio de amplios horizontes.

En Gil Blas Tejeira lo literario acusa mayor calidad. Oriundo de Penonomé, centro de una tradición de ingenio y gracejo peculiares, la obra de Tejeira, en la que el cuento apenas cuaja, se nutre de recuerdos personales que él adereza novelescamente. Lector de los clásicos, devoto de Cervantes, se manifiesta como un escritor de fibra y humorista de la familia de Eca de Queiroz y Miguel Cané.

De indudable trascendencia en la historia del cuento panameño es la contribución de los llamados vanguardistas, cuya

beligerancia data de 1931. A raíz del golpe de estado de ese año los doctores Octavio Méndez Pereira y José D. Moscote dieron a la publicidad *Antena*, semanario de literatura e ideas, que brindó sus páginas a los insurgentes y vino a ser refugio temporal del movimiento. Y en el N° 2 de *Antena* del 25 de Abril de 1931, Rogelio Sinán publicó “el sueño de serafín del carmen” —vivíamos la hora de las minúsculas—, un cuento sin antecedentes en Panamá, donde el fenómeno del subconsciente brinda la forma y el contenido. Nada era invento suyo, pero todo resultaba novedad aquí. El sueño, el monólogo interior, manifestaciones del subconsciente explicadas por Freud, constituían recursos de la creación estética legitimados ya en todos los medios cultos. Precisamente en el N° 3 de *Antena* se reproducen fragmentos de un ensayo de Antonio Marichalar sobre James Joyce que transcribe un trozo del final de *Ulyses*, escrito sin puntuación y sin secuencia lógica, réplica fiel de esa otra lógica que no pertenece al mundo de la vigilia.

Criatura indiscutible de un orbe novo, “el sueño de serafín del carmen” pregona, no obstante, su condición experimental. Es una especie de prueba de laboratorio. Faltan allí la espontaneidad y el equilibrio que encontraremos después en “A la orilla de las estatuas maduras”⁸. Sinán ha escrito luego otros cuentos, sabios de factura siempre, donde el gusto por lo exótico, la preocupación sexual y el humor se manifiestan por igual.

En *Antena*, también, No. 7, del 30 de Mayo de 1931, Roque Javier Laurenza publica “La Espera”. Manifestación, asimismo, de la nueva sensibilidad, el cuento de Laurenza, que incorpora el procedimiento del monólogo silente, sigue otro rumbo. Temperamento hedonista, frívolo, Laurenza prefiere la línea de

⁸ Publicado originalmente en *Social*, revista elegante de La Habana, Cuba, se reprodujo en Panamá el 20 de Noviembre de 1932, en “El Panamá América”. Al día siguiente, en el mismo órgano, Roque Javier Laurenza publicó su “Diálogo frente las estatuas”, que pretendía explicar, no muy felizmente, los fundamentos de la nueva estética.

PRÓLOGO

Paul Morand. Pero es sólo el comienzo. A medida que su obra crece y se depura, un factor nuevo, la ironía, y un afán de pulcritud formal que un innato buen gusto asesora, van perfilando sus características. Hombre que deambula entre los clásicos y la última novedad, lector asiduo, culto e inquieto, tiene imaginación y orgullo de escritor.

Vuelto de España, donde estudiaba medicina, el año de 1936, Manuel Ferrer Valdés —antiguo alumno de Sinán en el Instituto— se sumó en seguida al grupo renovador. Y se estrenó con *La Novia de Octubre*, testimonio de un talento novelesco de primer orden. En Ferrer Valdés se hace verdad la concepción deportiva del arte, su ejercicio lúdico. Un matiz especial de irreverente y juvenil jactancia le da color a su obra.

Sinán, Laurenza y Ferrer Valdés son los cuentistas del movimiento que dio la batalla entre los años de 1931 a 1933, marcando rutas inéditas a las letras nacionales. Empresa esteticista, se trató entonces, por sobre todo, de universalizar nuestro ambiente literario renovando la técnica y ensanchando horizontes. Se ofrecieron altos paradigmas y el quehacer literario volvió a ser faena deleitosa. Un gesto entre risueño y belicoso ilumina la literatura de aquellos días.

* * *

Superado el optimismo que siguió al golpe de estado de 1931 el fermento social embargó los ánimos y la inteligencia del país gravitó otra vez hacia lo político. Fiel representación de un momento en que lo literario y lo político se confunden es *Frontera* (1937) órgano a través del cual la literatura de vanguardia —novedosa desde el punto de vista de la técnica— convive con un definido pensamiento de izquierda. Para entonces se ha fundado la Universidad Nacional (1935). Foco irradiador de cultura, el medio universitario facilitará la formación de nuevos valores.

Ubicado entre el grupo de vanguardia y la tendencia regionalista que a poco emergerá, Julio B. Sosa, autor de novelas históricas dejó algunos cuentos dignos de consideración. Impulsado por una secreta urgencia, nervioso y desigual, sin un norte preciso, Sosa sitúa sus ficciones en diversos ambientes del interior. En ocasiones, su deseo de justicia le lleva a utilizar el cuento como instrumento de política, empleando para ello una prosa lírica, henchida de emoción romántica.

Mas, como decía, no tardan en llegar los regionalistas. Hacia 1937 comienzan a publicarse cuentos de un joven desconocido: José María Sánchez B. Cuando Sánchez aparece se ha cumplido ya la acumulación de elementos que permitirán a nuestras letras asumir la función social que toda auténtica literatura conlleva. Las voces de fuera seguían indicando la vigencia de lo social. Y desde el punto de vista interno podíamos sumar al nacionalismo de los nativistas la contribución de la vanguardia, que demostró cabalmente cómo las técnicas últimas se adecuaban a nuestras necesidades expresivas, mejorando, además, por su ambición ecuménica, la calidad del producto. A todo ello se agrega el nuevo espíritu juvenil, que siente la ansiedad del autoconocimiento como una forma de la justicia social.

Con José María Sánchez impone su presencia la región. Sus cuentos son trasunto fiel de la peripecia de su tierra nativa, Bocas del Toro. Sobre un paisaje físico de plurales violencias — lluvia, selva, mar—, factores económicos y demográficos concurren a brindarnos un precipitado sociológico especial. Sánchez es el cronista involuntario de ese dramático acontecer, donde la naturaleza exuberante y la *United Fruit Co.* suministran los términos dentro de los que se mueve una población compuesta en su mayoría por negros originarios de las Antillas inglesas. Su intuición de la vida natural y su simpatía humana coadyuvan a conformar la trama de su creación.

Regionalista es, asimismo, *El Bachiller Carrasco*, pseudónimo de César A. Candanedo, uno de los más consisten-

PRÓLOGO

tes narradores del Istmo. Profundo conocedor del país, con un conocimiento hijo de una confrontación minuciosa y personal, la obra de Candanedo nos muestra aspectos de la vida del Darién y de la región bananera de Chiriquí. Sin descuidar la consideración del paisaje, *El Bachiller Carrasco* enfoca su atención en la humanidad que puebla esas regiones, hasta donde la autoridad de la República no alcanza. Sus cuentos son vigorosas denuncias de una situación deprimente, que él nos pinta en estilo directo y sobrio.

* * *

Siguiendo una corriente que a partir del año de 1933 ya no se interrumpe, dueños de su propio destino, aparecen los integrantes de la última generación de cuentistas, formada por escritores con una edad aproximada de treinta años.

Mario Augusto Rodríguez es otro de los representantes de la insurgencia espiritual del interior. En un sentido amplio, su obra se provee de las sugerencias que ofrece la realidad de Veraguas. Pero más que lo típico rural, sus cuentos reflejan ciertas modalidades de la vida semiurbana o, mejor, de la zona donde lo rural y semiurbano colindan. Temperamento rebelde, desdeñoso de ese léxico pintoresco que algunos creen cuestión medular, el meollo panameño de la obra de Mario Augusto está en el tono y la emoción, en la tendencia ensoñadora y amorosa, en ese reflejar, acaso involuntariamente, el dolor y la angustia de un sector de nuestro pueblo que advierte de súbito frustrado su destino.

Compañero de Mario Augusto por el lugar de origen, la educación y una entrañable amistad, Carlos Francisco Changmarín es cifra importante entre los cuentistas de última hornada. Hombre de raíz popular, en sus escritos se mezclan las reservas de una tradición familiar con las aportaciones cultas de su formación normalista. Pero importa no el hecho enunciado, sino la forma como aquella fusión se realiza, por gracia y vo-

luntad de su persona. Lírico de intimidad millonaria, abstraído, analítico, Changmarín es atrevido y orgulloso, aunque, por otra parte, víctima de las limitaciones del medio en que se agita. En su cuento “Seis madres” hay una gran energía subyacente.

Ramón H. Jurado es el intérprete de la zona azucarera coclesana, su región natal, que le ha dictado ya una hermosa novela: *San Cristóbal*. Hombre apasionado, rico en dramatismo interior, su visión poética del paisaje no logra ahogar, sin embargo, la presencia de sus creaciones humanas. Hecho que testifica una circunstancia feliz. Porque la tendencia documental que penetra la novelística contemporánea es una brasa ardiente de riesgoso manejo. Con frecuencia el fruto se malogra infectado por el morbo de la sociología. En la habilidad para crear ambientes y personajes capaces de imponernos su perfil dentro de las reglas del juego estético está la virtud cardinal del novelista. La obra de Jurado se define por su autenticidad.

Hemos visto cómo, tras el breve paréntesis vanguardista, el cuento panameño se orienta hacia la exploración preferente de la vida campesina. Ahora, empero, otra vez el mundo urbano encontrará voceros calificados. Representan esta nueva fase del cuento panameño Juan O. Díaz Lewis y Tobías Díaz Blaitry.

Contrariamente a lo que ocurre con la mayoría de nuestros hombres de letras, que se reclutan entre las clases media y popular, Díaz Lewis pertenece a la clase dominante. Nutrido de lecturas inglesas, iniciado hace muy poco en la faena literaria, no ha logrado plasmar todavía un estilo personal. Pero posee cualidades que auguran una obra importante. Observador agudo, personalidad múltiple, está llamado a convertirse en el intérprete de nuestro mundo elegante y cosmopolita.

Otra es la significación de Tobías Díaz Blaitry. Poeta, ensayista, profesor, se distingue por la lucidez. No encuentro modo de definirlo mejor que llamándolo inteligente. Culto, urbano, dueño de sí, en sus cuentos el humor, la perspicacia y el cuidado formal se equilibran en armoniosa síntesis. Sus personajes son

PRÓLOGO

extraños casos de conducta que terminan por provocar una sonrisa. Su obra es la menos lastrada de localismos y acaso la de mayor intención trascendente.

Los nombres señalados no agotan la nómina de los cultivadores del cuento en Panamá. Subrayan tan sólo, a través del desenvolvimiento del género, cierta significación. En la bibliografía inserta al final encontrará el lector interesado otros nombres que la índole de este estudio no permite considerar.

El cuento es hoy, no cabe duda, una conquista de las letras panameñas. Circunstancia explicable si paramos mientes en lo que el género implica. Lo novelesco presupone el hecho social, Exige una dimensión humana, y lo humano conlleva lo social. Muy propio resulta, entonces, que un pueblo ya enterado de sus complejidades busque en la fórmula novelesca maneras de expresarse. Por eso el creciente desarrollo de la novela, y la particular vitalidad del cuento.

Dentro de lo novelesco, el cuento ofrece posibilidades simples. Narra la peripecia dramática o cómica de un individuo, nos conduce a la culminación de una única incidencia; los otros componentes intervienen y se conforman de acuerdo a las exigencias de ese motivo central. La novela, por el contrario, se fundamenta en un complejo supraindividual. Se trata un ambiente, una época, una familia, etc. Para entender los personajes de una novela debemos conocer la sociedad de donde emergen. No queda otra alternativa. Y esa condición no grava con igual rigor al cuento. El hombre solo frente a la naturaleza es tema para un cuento, no para una novela. De ahí la boga del cuento campesino en Hispanoamérica —la ecuación hombre-naturaleza es aquí contingencia diaria¹⁰, y la presencia del mar como

¹⁰ Ya en su notable ensayo sobre “La originalidad en la literatura panameña” (El Panamá América, Nov. 2 de 1947), el Dr. José N. Lasso de la Vega observaba que entre nosotros el cuento se inspira casi siempre en la vida del campo, mientras la novela busca su motivación en nuestra realidad urbana.

cantera temática más propicia al cuento que a la novela. De donde se deducen consecuencias graves en cuanto a los problemas de la creación. En América Hispana el tema sobra, limitando, por lo mismo, las necesidades de invención. Para el artista americano lo difícil es saber mirar¹¹.

* * *

La historia del cuento panameño nos enseña cómo, de mera conquista formal que incorporó a nuestra actividad literaria un recurso antes desaprovechado, el género ha ido acomodándose poco a poco a su verdadero papel, hasta convertirse en fruto natural y vigoroso. Nos enseña, también, las vinculaciones de ese proceso con el discurrir político-social de la nación.

En Ponce Aguilera, en realidad premodernista, se impone lo rural. Representa a los hacendados, entonces clase dominante. Su catolicismo, su repudio de la guerra civil, su sentido patriarcal de la vida corresponden a las necesidades de su mundo. Con sus compañeros de grupo la cosa es distinta. Para los hombres de la generación modernista, víctimas de un tedioso ambiente provinciano, ensombrecido por el pesimismo que siguió a la quiebra de la Compañía Francesa del Canal y la mísera condición en que nos mantenía el centralismo bogotano, la literatura fue vehículo de evasión y también práctica vindicadora. La prédica decadente —que así se llamó en su aurora el movimiento— brindaba con el suspirado oasis, una trinchera de la nacio-

11 El autor de *Don Segundo Sombra* sabía esto bien. En carta a un amigo europeo, Ricardo Güiraldes anotaba: “Me parece que hay tanto que decir en este país, que me desespera no ser un hombre orquesta, capaz de desentrañar el aspecto poético, filosófico, musical y pictórico de una raza inexpressada. En Europa el problema está en ver las cosas bajo el prisma de un temperamento interesante. Muchos se torturan en buscar una forma de arte novedosa. Aquí todo el secreto estaría en apartarse de normas ajenas y dejar que los temas mismos fueran creando en uno la forma adecuada de expresarlos”. (Citada por Victoria Ocampo en Sur, ensayo aparecido en la *Revista Hispánica Moderna*, Año XIII, enero y abril de 1946, N° 1 y 2, págs. 44-54).

nalidad. Porque la influencia francesa, básica en la composición del fenómeno modernista, permitió a nuestros hombres de letras, formados justamente en la época del Canal Francés, darle al movimiento cierto contenido local. Era, literariamente hablando, la negación de Bogotá¹², que nunca tuvo mucho que decir en la determinación de nuestro proceso literario. Por otra parte, las dos figuras descollantes del modernismo inicial, Darío y Gómez Carrillo, nos eran familiares. A oficiar, pues, en los altares de la secta modernista se entregaron con fervoroso deleite. El cultivo del cuento vino a ser novedad estimulante, e imaginar historias fue grato entretenimiento de neófitos.

Con la independencia del año de 1903 se inicia un cambio en la estructura del país. La República trae el Canal, y el Canal revoluciona nuestro sistema de vida. A medida que se transforma la interrelación de los grupos sociales pierden terreno los intereses campesinos, sin que llegue a precisarse la forma de la nueva sociedad. Este hecho, y el optimismo que la independencia provocó, dieron pábulo a una prolongada situación equívoca durante la cual se forjaron algunos mitos halagadores acerca de nuestro futuro, mientras se permitía el establecimiento y de-

12 Como manifestación de grupo, no como revelación de talentos individuales, el modernismo aparece temprano en Panamá. Y coadyuvaron a su afianzamiento influjos muy diversos, aunque ninguno colombiano. Silva, en quien la crítica vio después un precursor modernista, no fue estimado y divulgado sino ya muerto. La llamada Atenas de América no pudo ofrecerle en vida más que incomprensión y escarnio. El influjo de Valencia se inicia con *Ritos* (1898). Sin aludir a manifestaciones más tempranas, podemos afirmar que para el año de 1896 nuestro modernismo tiene preciso perfil. La misma crítica colombiana pone a un panameño —Ponce Aguilera— entre los gestores del movimiento, y Rubén Darío señaló en Silva, Valencia y y Darío Herrera las figuras máximas del modernismo en Colombia.

Por otra parte, con excepción de Ponce —conservador—, y de Herrera —apolítico—, nuestros modernistas, de filiación liberal, ejercieron el periodismo de combate, incluso a través de órganos propios como “La Nube” (1893), “El Duende” (1893), “El Tío Sam” (1898), “Don Quijote” (1898), manifestando una clara conciencia de los intereses panameños. La lucha de liberación nacional de los cubanos, a la que se adhirieron fervorosamente, dio margen a una literatura de franca intención anticentralista. Ni podemos olvidar el martirologio de León A. Soto; ni la muerte de Adolfo García, caído en la batalla del puente de Calidonia, durante la guerra civil (1899-1902).

sarrollo incontrolados de intereses opuestos a la nacionalidad. Los modernistas, voceros literarios de la República recién nacida, y los hombres que llegaron inmediatamente después, persistieron en el cultivo de una literatura de escape, aunque ahora de motivación distinta. Lo que fue ayer fuga, repudio y negación de un ambiente convirtiéndose en actividad jubilosa, cuasi oficial. No obstante su alejamiento de la realidad, esa literatura se ofreció como timbre de orgullo y prueba de nuestra madurez de nación.

Durante toda esa etapa dominada por los poetas, el cuento cumple una función subsidiaria. Su artificiosidad se manifiesta con mayor evidencia que en el campo de la poesía. Sobre un rumbo falso, nuestra literatura se pierde en un mar de palabras. Hacia el final de la segunda década del siglo el malestar es profundo. Un progresivo agotamiento de los impulsos creadores nos conduce al borde de la esterilidad. Sólo cuando a la ilusoria suficiencia de aquellos años siguió el desencanto y la reflexión motivados por el descubrimiento de graves problemas no resueltos la literatura empezó a salir de su marasmo.

A partir del año de 1928 las cosas serán de otra manera. Se ensayan nuevas rutas, y se proclama la necesidad de trabajar el tema vernáculo. Es una reacción defensiva del interior del país. El movimiento nativista inicia el despertar de nuestras letras. Asume una actitud nostálgica, aquejada de sentimentalismo, y, en el fondo, reaccionaria. Su visión del mundo campesino nada tiene que hacer con el mañana. Quieren sus voceros detener un proceso ineluctable, retornar nuestra vida al ritmo del tiempo perdido, sin advertir lo fútil del intento. De ahí su énfasis en lo adjetivo y a flor de piel. Pero es un movimiento nacional.

La generación vanguardista, que surge poco después, repite la aventura de escape de principios de siglo. Grupo minoritario, está por encima de lo circundante; esteticista, pone especial empeño en lo formal, supeditando a lo literario puro todo lo demás. Eco de lo que afuera acaece, cumple una misión de higiene cultural.

PRÓLOGO

Deberemos esperar todavía un lustro antes de que el cuento, arraigado ya en tierras del Istmo, logre la justa sazón. Con los cuentistas últimos, entregados —por propia voluntad y como aprendizaje previo a cualquier tentativa de transformación de nuestra estructura económica y política— a la tarea de conocer el hombre y el paisaje nativos, nuestras letras entran en franco período ascendente. Vemos integrarse, a través de su obra, la geografía espiritual del país. Su deliberada aspereza, el hecho de que una clara finalidad revolucionaria les incline a ofrecernos la visión menos placentera de la vida panameña, indican que en ellos la literatura es destino personal. Considerada en su conjunto, esa obra vibra de simpatía humana y de fe en los destinos de nuestro pueblo. Método de conocimiento, voz de protesta y anhelo de justicia, es parte de un movimiento colectivo, de formulación imprecisa aún, en cuya entraña crece la decisión de afirmar la nacionalidad.

Panamá, febrero de 1949.

El primer cuento panameño

En la obra de los primitivos cronistas de Indias está la protonovela de América, se ha dicho. La opinión gana cada día terreno entre los estudiosos de nuestra historia literaria, y merece meditar-se. Porque la versión que nos da el español de entonces de su experiencia en este de verdad nuevo mundo es de tal manera fabulosa, que difícil resulta establecer la línea divisoria entre la hazaña imaginada y lo que fue heroica y trabajosa empresa humana. A esa zona ambigua donde se mezclan realidad y fantasía pertenece el encantador relato —nuestro primer cuento— de don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, maestro de cronistas, clásico historiador de Indias.

En verdad, se trata de un relato magistral, que la vocación narradora de don Gonzalo adorna con las galas de una feliz fantasía, pero en cuyo fondo de suceso real está el tema inigualable para el cuentista. Y aún motivo para la curiosidad del hombre interesado en las letras panameñas de hoy, que alguna vez ensayó explicarse la ausencia del mar en nuestra literatura. ¿Cómo, en efecto, explicar que un país donde el mar es dimensión omnipresente haya podido eludirlo en la obra de sus escritores? La respuesta hay que buscarla, como ocurre casi siempre en estos casos, en razones ajenas a la literatura; hay que buscarla en las peripecias de nuestra vida económica y social. Y

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

nos encontramos aquí con este hecho enorme e indiscutible en una forma orgánica y sistemática, el mar no ha desempeñado papel importante en la vida económica y social del Istmo, es decir, no ha sido incorporado en forma notoria y permanente a nuestra economía vernácula. De donde resulta que ese vacío literario es prueba por negación de una falla de nuestra economía, y nuevo testimonio de la función social de la literatura.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés

Nació en Madrid, en Agosto de 1478. Cortesano en su juventud, fue luego soldado en Italia, donde conoció a Leonardo, a Ticiano, a Miguel Ángel. Su carrera en tierras de América se inició cuando, en 1514, formó parte de la expedición de Pedrarias, con el cargo de Veedor de las Fundiciones de Oro de Tierra Firme. En 1515 viajó a España, para retornar al Istmo en 1520, acompañado ahora de mujer (su segunda esposa) e hijos, y nombrado Regidor Perpetuo de Santa María la Antigua y Escribano General. Trasladado el gobierno a la recién fundada ciudad de Panamá, Oviedo quedó en Darién. Allí construyó su casa, “en la cual se pudiera aposentar un príncipe, con buenos aposentos altos y bajos y con un hermoso huerto de muchos naranjos y otros árboles, sobre la ribera de un gentil río que pasa por aquella ciudad”. En Santa María perdió a uno de sus hijos y a su esposa. En 1523 tornó por segunda vez a España, llevando el manuscrito de la primera parte de su *Historia*. Volvió a Panamá con Pedro de los Ríos en 1526 y aquí permaneció, con ligeras ausencias, hasta 1529. A partir de entonces ya no regresó al Istmo, aunque vivió muchos años más en el Nuevo Mundo. Muy viejo, murió en Valladolid, en 1557, dejando una obra escrita que ha dado inmortalidad a su nombre.

La figura de Oviedo, típico español renacentista, tiene especial significación para los panameños. Sus años de residencia entre nosotros le vincularon a la tierra, a la que profesó verdadero cariño. Por otra parte, por su significación cultural es el lógico patrón de nuestros historiadores y hombres de letras.

El caso peligroso e experimentador de la grandísima habilidad que tuvo un vecino de la Ciudad de Panamá en nadar

En el capítulo XXXII hice memoria de aquel nuevo tractado que un caballero docto ha escripto, llamado *Silva de varia lecion*, y en la verdad a mi gusto es una de las que más contentamiento me han dado de las que he visto en nuestra lengua castellana. Y entre las otras gentilezas y admirables casos que han passado hace memoria del nadar de un hombre, de donde le parece que tuvo origen la fábula de peixe Nicolao (1) ; é trae á conseqüencia algunas historias de grandes nadadores, y en especial de un hombre llamado el pece Colan, natural de la cibdad de Cathania en Secilia, é de otros, como lo podrés ver lector en el tratado que he dicho. Y esto há seydo causa para acordarme de poner aquí un depóssito, en tanto que llegáremos

al libro XIII desta parte primera de la *General historia de las Indias*, porque allí en el capítulo XII lo entiendo escrebir mas largo. Supe, y fué assi verdad, que á un hombre de bien llamado Andrea de la Roca, vecino de la cibdad de Panamá, le acaesció un caso que me hace pensar que en el exercicio del nadar dexó á este hombre experimentado y aprobado por el mayor nadador que hoy vive, ni ha habido grandes tiempos ha. A mi parecer todo lo que aquel caballero Pedro Mexía escribe en su Silva de varia lecion de aquellos grandes nadadores que allí pone, todo es poco en comparación de lo que agora diré; porque de nadar un hombre por su placer ó por necesidad, hay mucha diferencia á llevarlo atado é arrastrando debaxo del agua por la fuerza de un grandíssimo animal marítimo, que los tales son de tanta velocidad, que ningún ligero caballo ó ciervo en la tierra no es tan suelto ni ligero. Visto yo he muchas veces en ese grande mar Océano yr una nao cargada de todas velas é con la mar bonanca e largo é recio viento, é tal que en un día puede andar cien leguas é más, é andan los tiburones, é los marraxos, é toñinas é los dorados é otros pescados á par de la nao, é le dan muchas vueltas en torno, é andan tanto é mas mucho que la nao, quanto un hombre muy ligero correrá más que un niño de tres años; y me parece que es mucho más, sin comparacion, lo que tales pescados corren mas que las naos, por muy veleras que sean. Pues avido esto por máxima, oyd, lector, un caso que en esta materia del nadar es muy extremado y para espantar; y muchos son al presente que saben lo que agora diré, y que ellos y yo conoscemos á este Andrea de la Roca: el qual, como hombre de la mar, tenía cargo, como mayordomo, de andar mirando los indios de la pesquería de las perlas en la isla de Teraraqui, que es en la costa de la mar del Sur, á quince leguas de Panamá. Un día por su placer quiso yr á pescar, como otras veces, por harponar algún buen pescado desde su canoa, é vido una raya ó manta é tiróle el harpón con una buena asta é hirió la manta: la qual incontinenti con la mayor presteza que decirse puede, viéndose

herida se metió para el profundo del agua, é el cordel del harpon saliendo tras el pescado con el mismo ímpetu, desastradamente se asió de tal forma al un pié del Andrea, que le arrebató é llevó tras sí fuera de la canoa mas de una legua. E en aquella legua se puede decir que nadó más de quince, porque muchas veces la metió la raya cinquenta é cien bracas debaxo del agua; é tuvo tanto esfuerzo é aliento é sentido, que como era mancebo recio é grandíssimo nadador, se supo asir del cordel, para que el pié pudiese, afloxando algo la cuerda, sacarle del laco en que yba asido. Pero á lo que en esto se pudo alcancar, segund el juicio de los mas, fue que cómo el harpon se travó bien con los huesos de la raya, é la herida bastó a la matar, en aquel espacio que corrió a trando al pescador, ella desangrada, se debilitó é aflojó después su curso, é él tuvo lugar de se desasir dexar la cuerda. Yo tengo mas cierto que su maña ni su habilidad dél ni de otro no bastará para dexar de se ahogar, si no fuera socorrido de la Madre de Dios la qual según él mismo me dixo después, se encomendó tan devotamente como su necessidad lo requería. E de donde sacó el pie del cordel a la superficie del agua subió más de treynta bracas, e se fue nadando hácia donde vido su canoa mas de una legua apartada dél con sus indios, los quales le recogieron desde a mas de dos horas después que la raya le sacó della. Esto pasó el año de mill e quinientos e diez y nueve donde es dicho. Y porque podrá parescer dubdosso a muchos poder estar un hombre debaxo del agua tanto tiempo y en especial con tanta nescessidad e trabajo, platicando yo con él en esto, me dixo que mas de veynte veces entró debaxo del agua e salió encima. Pero a muchos es público en aquella tierra que todas las veces que este hombre quería estar una hora debaxo del agua, lo hacía; mas cómo, yo no he visto, aunque le he tractado e le conozco, no quiero, en esto del tiempo de estar debaxo del agua, persuadir al lector que lo crea ni que lo dubde. Mas seyendo, como es verdad, lo que está dicho, por ahy se debe entender la habilidad que este hombre tenía en tal exercicio. La manta o

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

raya me dixo que era tan grande, como un repostero que estaba colgado en casa del gobernador Pedrarias Dávila donde estábamos, quando él me info de lo que es dicho, el año de mill e quinientos e veynte y uno, en la dicha ciudad de Panamá: que por lo menos podría tener dos varas y media de ancho y tres de cayda, que son cuarenta e quatro pal en circuyto; y assi por esta grandor grande destas rayas, les quitan los marineros, su nombre e las llaman mantas.



ALGUNOS CUENTOS REPRESENTATIVOS





Salomón Ponce Aguilera

Nació en Antón, el 1° de diciembre de 1868. En 1887 marchó a Bogotá. Ingresó al Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que dirigía entonces don José Manuel Marroquín. Tres años después se graduó Bachiller en Filosofía y Letras. En la Facultad de Derecho, incorporada a la Universidad Nacional, obtuvo en 1895 el grado de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Fue nombrado luego Secretario de Instrucción Pública del Departamento de Panamá. Posteriormente, Fiscal del Tribunal Superior.

La independencia del Istmo lo sorprendió en Bogotá, en misión oficial. Entonces escribió una carta al Presidente Marroquín, su antiguo Rector del Colegio del Rosario, carta que constituye un memorable y viril alegato en defensa de los intereses panameños. Inspector de Instrucción Pública de la Sección Norte de Coclé, Bibliotecario Municipal, en Panamá, Juez Municipal de Antón fueron cargos que la República le encomendó, todos por debajo de sus capacidades y merecimientos. Aquejado por dolencias físicas vivió oscuramente, en su retiro de Antón, los últimos veinticinco años de su vida. Murió en uno de los hospitales de la Capital, el 5 de julio de 1945. Obras: *La Batalla de Panamá* (1902); *De la Gleba* (1914).

La apuesta

—**H**echo que todo el mundo podrá negar por lo inverosímil —di-jo el buen viejo arrellenándose en su desvencijado asiento—, pero yo creo, porque lo he presenciado con estos ojos que van amortiguándose en sombras, cada vez más tristes, por lo densas e impenetrables.

José Antonio era un excelente muchacho, a quien ví nacer; fui maestro de primeras letras, y supe inspirarle la rara habilidad de que dió muestras magníficas en muchas ocasiones. Tenía memoria prodigiosa, y debido, seguramente, a la facilidad y gracia con que recitaba todo cuando leía en sus libros o aprendía oyéndolo a otros, motivo que era suficiente para atenuar la poco agradable impresión de su figura. Mediano de cuerpo, ancho de espaldas, brazos cortos y musculatura recia, cabeza grande con frente alta y pensativa, pelo áspero como el de su raza, moreno acentuado sin confundirse con el negro, nariz un tanto deprimida desde su nacimiento, con ventanas redondas, como esos tragaluces que llaman ojo de buey, y un cuello corto, que apenas levantaba sobre aquel cuerpo, como esas bolas de piedra que rematan las columnas

macizas de ciertos jardines. Tal era José Antonio Salvador, a quien todo el mundo conocía con el apodo de *El Peregrino*, apodo que le cuadraba muy bien, que no le disgustaba, pues él mismo había sido el autor de su segundo bautizo, por lo andariego y amigo de aventuras que era; apodo, en fin, que acabó por agradarle más que el nombre que le puso el cura cuando derramó en su cabeza el agua que lo hizo cristiano.

El Peregrino (éste será su nombre en el curso de esta historia) unía a la gran memoria para aprender y no olvidar, la notable habilidad para tocar la guitarra y otro instrumento que no recuerdo cómo se llamaba, que no he vuelto a ver, pero que tenía algo de semejante en la forma, aunque más largo y angosto, que los tiples que por aquí vemos ahora.

De este instrumento, de una armonía melancólica y dejativa, era del que se acompañaba para cantar en plazas y tabernas el inmenso repertorio que aportaba a cuantas fiestas populares o religiosas tenían lugar en veinte leguas a la redonda. Por medio sencillo y fácil, *El Peregrino* llegó a ser un tipo de reputación bien cimentada, popular como muy pocos, simpático para muchos y admirado de todos, pues ya la fama iba ungiéndolo con algo que tenía irradiaciones de lo épico o legendario.

Y era, en realidad, digno de verse aquel hombre cantando acompañado de un instrumento que parecía interpretar con fidelidad las vagas aspiraciones de su espíritu. Los versos de toda clase y forma salían a relucir de aquel cerebro, anaquel vastísimo de rico tesoro poético.

Décimas a lo adivino, décimas correctas y aun de corte clásico, redondillas, octavas, cuartetos endecasílabos, seguidillas, sonetos místicos de los contemplativos del siglo de oro, fragmentos del teatro español clásico, composiciones de poetas que él mismo no sabía quiénes eran, ni le importaba saberlo, porque el objeto que se proponía era sólo saber bastante, aunque la escogencia no fuera selecta, y una que otra décima o redondilla original de su propia fábrica, hechas a su modo y gusto; todo

esto, digo, lo tenía metido en la cabeza, pronto a salir a manera de evocación o conjuro, ya cantando con aire de trovador vagabundo, ya en forma de recitación con tristes dejos de declamación pobrísima y vulgar.

En más de cien justas...

—Diga usted, tío Lucas —dijo uno de nosotros, interrumpiéndole—¿Qué es eso de décimas a lo adivino?

—Voy a decíroslo; pero, mucha atención, ¿eh?

—Se llaman a lo adivino esas décimas porque son siempre cuatro, y cada una de ellas termina, respectivamente, con el verso que le corresponde en la cuarteta o redondilla, que sirve, como si dijéramos, de tema para un asunto cualquiera. Es, mejor dicho, una especie de glosa, puesto que los cuatro versos de la redondilla vienen a ser los finales de las décimas. Se llaman a lo adivino, sobre todo, porque generalmente el concepto de la estrofa que se glosa en las décimas encierra un pensamiento grosero, desvergonzado, y hasta impío y blasfemo, pensamiento que en el desarrollo de la composición, se trueca en delicado o fervoroso, en grave y profundo, debido todo ello al mayor o menor ingenio de quien hace el ajuste poético ¿Habéis entendido?

—Sí, sí...

—Pues bien: como iba a decir, *El Peregrino* triunfó más de cien veces de los adversarios o émulos que le salieron al encuentro para disputarse el mérito de cantar versos y más versos en sucesión ininterrumpida de tonos y modulaciones no despreciables. La fama de *El Peregrino* siguió aumentando, trasmontó la cordillera, y llegó al otro lado, allá en las regiones que baña el mar del Norte.

Por ese entonces, es decir, cuando *El Peregrino* estaba en el apogeo de la gloria, comenzó a desarrollarse en el país una nueva riqueza: la exportación del caucho y de la tagua, y como fueran descubiertas grandes plantaciones del uno y de la otra en las montañas que miran al Atlántico, la emigración comenzó a ir de esta provincia, ávida de ganancias soñadas, quizá de fortu-

nas que prometían halagos para un porvenir no lejano; y yo, que fuí de los más entusiastas emigrantes, arrastré conmigo a *El Peregrino* para que fuese a ganar en poco tiempo lo más preciso para su matrimonio, pues en vísperas se hallaba de casarse con una buena muchacha de aquí de Anzurema.

Como era bastante pobre, el consejo mío le agradó; preparó las alforjas con poco de vestir y escasas provisiones de boca, se las puso al hombro y empuñó el enfundado instrumento de música, que era, por decirlo así, la segunda parte de su ser.

Diez días de marchas forzadas por montañas abruptas, por desfiladeros apenas suficientemente amplios para ir uno tras otro, inclinados bajo el morral que agobiaba sin tregua, escasos de comida, porque viajábamos por tierras despobladas, y con miedo en el corazón, porque cada noche que acampábamos bajo un árbol de sombra protectora nos veíamos obligados a hacer hogueras alrededor de nuestras camas para que el tigre, cuyos rugidos oíamos como anuncios de muerte, no se atreviese a penetrar al lugar en que estábamos. Eramos nueve o diez, y por turno a cada uno correspondía hacer la guardia desde las ocho de la noche hasta el amanecer, en que la luz se iba filtrando por aquel dombo inmenso de verdura sin límites.

Al fin llegamos a una cumbre digna para anidar en ella las águilas, y desde allí divisamos el mar del Norte, oscuro y severo como tierra sombreada por pinos y cipreses. Bajamos y bajamos la dura cuesta hasta encontrarnos con una aldehuela que demora sobre la playa, que besa con respeto de vasallo sumiso.

Como era pequeñísima la población, la gente que a ella había acudido de otras partes, con el mismo propósito que a nosotros nos movía, se vieron obligados a pernoctar en tiendas de campaña que se extendían por gran trecho de la playa desierta.

Una casa comercial americana nos compraba todo el producto de nuestras extracciones; la marchábamos muy bien en nuestra aventura, porque desde la segunda semana de trabajo comenzamos a ahorrar de treinta a cuarenta pesos.

El Peregrino cantaba todos los sábados por la noche en la tienda de un jamaicano, y desde el principio empezó por despertar interés entre los naturales y la colonia emigratoria, que iba aumentándose cada día, atraída por la sed de dineros ganados sin mayor esfuerzo.

Una noche que *El Peregrino* atraía la atención de todos con sus cantos de sabrosa armonía, presentóse un individuo de raro aspecto en la taberna donde aquél estaba, lo saludó muy atento apenas hubo terminado la canción comenzada, y lo invitó a tomar una copa de cognac. Esa copa fue el principio de unas relaciones que quedaron, al parecer, firmes desde aquel momento.

El desconocido cantaba también, y desde que libaron él y *El Peregrino* la cuarta o quinta copa, pude comprender que se trataba de un reto para cantar hasta que cada contendor agotara el repertorio aprendido. El que primero callara era el vencido.

—Lo ganado de la semana.

—Acepto —dijo *El Peregrino*.

—Y si usted pierde, tendrá la bondad de irse conmigo, si quiera por dos días, al pueblo en que yo vivo. Unas cinco leguas de aquí, hacia el Norte...

—Y si usted es el vencido —replicó *El Peregrino*—, se quedará conmigo en buena juerga otros dos días. La derrota del amigo se celebra siempre sin ofensa del que pierde, y sin orgullo para el que supo ganar en la porfía. ¿No es así?

—Así es —contestó el desconocido dando una vuelta sobre los talones y dando un chasquido con la lengua, que fue algo como una interjección incomprensible.

No sé qué especie de aversión supo inspirarme aquel hombre apenas le conocí, un sábado, día en que nuestros bolsillos se llenaban de dinero por las ventas efectuadas a la casa americana exportadora.

Flaco, desgarrado, nariz prominente en forma de pico de loro, la mandíbula inferior larga y estrecha hasta terminar en punta, boca hundida, bigote ralo, pelo escaso y ensortijado, ojos

pequeños de mirar vivo y siniestro, frente muy alta y despejada, color de barro oscuro con fondo de palidez amarillenta, taciturno por temperamento, nervioso e impresionable como si sus nervios fueran resortes de alambre, sólo se le veía una que otra vez en la semana cuando venía a preguntar por *El Peregrino* para ir a la taberna a cantar, rociando la garganta con tragos de un color amarillo que tenían sabor de naranja.

La gente había dado en decir —y quizá en eso tenía razón— que cada vez que el desconocido se presentaba en alguna parte, olores fuertes de sepultura descubierta, unas veces, o de elementos sulfurosos, otras, se extendían como si salieran de él.

Todo el mundo había notado la rareza del hecho, pero nadie se atrevía a decirlo. El desconocido, que no tenía amigos, que casi no hablaba con nadie, que vivía, en fin, una vida rodeada de misterio impenetrable, inspiraba cierto temor de niños, que en todos los hechos naturales de la vida ven acontecimientos maravillosos y extraordinarios, y en vez de atraer por su porte o por sus maneras, repelía, alejaba a cuantos se encontraban con él. Sólo *El Peregrino*, puntilloso, como pocos, en su arte del canto popular, era quien se le acercaba, y eso, casi siempre, para discutir sobre tonos y modulaciones de la voz. Se despedían, y al desconocido nadie volvía a verlo sino tres o cuatro días después, acompañado siempre de *El Peregrino*.

La noche de un sábado comenzó el torneo. Se había convenido en cantar versos de la misma forma y género, sin repetir uno solo pues el que incurría, aun cuando fuera por olvido, es decir otra vez la misma estrofa, perdía la apuesta, sin apelación de ninguna clase.

Desde el comienzo se formaron dos partidos: uno, de *El Peregrino*, y otro, del desconocido. Apuestas y porfías, y hasta uno que otro disgusto se suscitó entre los partidarios de los dos contendores.

El Peregrino cantó admirablemente hasta las doce de la noche con voz clara y firme. El desconocido dio de su repertorio

bastante, casi todo nuevo para nosotros los que formábamos el auditorio, y el canto quedó interrumpido para continuarlo al otro día desde temprano.

Noté que *El Peregrino* se hallaba un poco preocupado desde que pudo apreciar la fuerza de su contendor, y algo, como un recelo vago, le iba por dentro con insistencia mal disimulada.

Oímos misa, en la arruinada capilla del lugar (era domingo), y observé que *El Peregrino* estuvo más fervoroso que otras veces y que masculló más oraciones de las que tenía por costumbre cuando asistíamos juntos a la iglesia.

Seis horas bien cantadas habían transcurrido desde que comenzó de nuevo la disputa de los cantadores. *El Peregrino* comenzaba a flaquear; la voz, en su garganta, se hacía áspera; sus dedos descallados por el continuo rasguear del instrumento, brotaban sangre, y el temor de la pérdida se reflejaba ya en su semblante con livideces o pasmos de una inevitable derrota.

El desconocido, en cambio, sonreía, plegando sus labios delgadísimo como burlándose de su adversario, arremetiendo siempre con una tenacidad y empuje increíbles, como si apenas comenzara a decir lo de su repertorio. El de *El Peregrino*, ¡ay! se iba agotando poco a poco; los anaqueles de su gran memoria ya estaban casi vacíos.

Las dos de la mañana sonaron en el reloj de la taberna.

Otro sorbo de agua de goma azucarada, con aguardiente, refrescó las gargantas de los contendores. *El Peregrino* se sentía fatigado, sus piernas flaqueaban, su mirada era débil, su cabeza se inclinaba sobre el pecho, y sudor copioso brotó de su frente, que ardía con los tormentos de la fiebre.

Los ojos del desconocido brillaban cada vez con destellos que tenían algo de siniestro, cuando volvieron a repetirse las redondillas.

13 Se escriben así las tres primeras palabras del CÁNTICO de Nuestra Señora para formar el verso.

El Peregrino estaba vencido: ya el adversario le había cantado cuatro o cinco de seguida, y reía irónicamente su triunfo, cuando el primero, en un arranque de soberano esfuerzo, se le encara y le canta esta copla improvisada:

*¡Ah, negro! Tú eres el diablo,
según te pinta mi idea,
y, por si acaso lo fueres,
Magnificat anima mea* ¹³.

Y se santiguó en seguida.

No había acabado de hacer la señal de la cruz sobre su cuerpo cuando una obscuridad intensísima llenó el recinto de la taberna. El reloj sonó de modo extraño, como si hiriesen bruscamente el alambre en espiral que golpea el martillo que indica las horas; el tubo de la lámpara colgada saltó en pequeños pedazos, algunas botellas rodaron por el suelo, y olor fuerte de azufre, que casi nos asfixiaba, se esparció en derredor nuestro.

Sólo pudimos ver, a través de las sombras espesas, dos puntos luminosos como ojos de cocuyo, que se iban alejando hasta perderse completamente.

Todos temblábamos, poseídos de un terror extraño. El desconocido desapareció repentinamente, y *El Peregrino* no volvió a cantar nunca más.

Murió hace muchos años, después de una vida ejemplar, consagrada, en gran parte, al culto de Dios, y las últimas palabras que salieron de sus labios moribundos fueron las divinas del *Magnificat*...

Darío Herrera

Nació en la ciudad de Panamá, el 18 de Julio de 1870. Dueño ya de un prestigio local marchó a Suramérica, a principios de 1898 en un viaje por escalas, que terminó en Buenos Aires. Allí ejerció el periodismo en “La Nación” y la cátedra de Historia de la Literatura, en la Escuela Superior de Guerra, y publicó un volumen de cuentos. Con motivo de nuestra separación de Colombia fue nombrado Agente Confidencial de la República ante el gobierno argentino, circunstancia decisiva en su vida, porque motivó que meses más tarde abandonara el país, donde estaba radicado. En 1904 se le nombró Cónsul en Saint Nazaire. Aunque marchó a Francia, no llegó a encargarse del consulado, por motivos de salud. En 1908 vivió en la ciudad de México, donde trabajó para “El Imparcial”. Después Fue Vice-cónsul y Cónsul General en Callao, y Cónsul en Valparaíso, donde murió el 10 de junio de 1914. Obras: *Horas Lejanas* (1903); *Horas Lejanas* (Selección) (1918).

La zamacueca

En Valparaíso, el 18 de septiembre. La ciudad, toda ornamentada con banderas y gallardetes, vibraba sonoramente, en el regocijo de la fiesta nacional. La población entera se había echado a la calle, para aglomerarse en el malecón, frente a la bahía, donde los barcos de guerra y los mercantes —engalanados también con las telas simbólicas del patriotismo cosmopolita— simulaban arcos triunfales, flotantes y danzantes sobre el oleaje bravío. En el fondo, por encima de los techos de la ciudad comercial, asomaban las casas de los cerros, cual si se empinaran para atisbar a la muchedumbre del puerto. Las regatas de botes atraían a aquella concurrencia heterogénea. Y, en la omnium de su indumento, ondulaba compacta y vistosa bajo el sol primaveral, alto ya sobre la transparencia del azul.

Con el inglés Mr. Litchman, mi compañero de viaje desde Lima, presencié un rato las regatas. *Los rotos*, de piel curtida, de pechos robustos y brazos musculosos, remaban vertiginosamente; y al impulso de los remos, los botes, saltando, cabeceando, cortaban con celeridad ardua las olas convulsivas.

—¿Hay bailes hoy en Playa Ancha? —me preguntó Litchman.

—Sí, durante toda la semana.

—Entonces, si le parece, vamos... Son más interesantes que las regatas... Estos hombres no saben remar...

Un coche pasaba y subimos a él. Salvamos rápidamente las últimas casas del barrio sur y seguimos por una calzada estrecha, elevada algunos metros sobre el mar. El sol llameaba como en pleno estío y, ante el incendio del espacio, la llanura oceánica resplandecía ofuscante, refractando el fuego del astro. Al mismo tiempo, soplaba un viento marino, glacial por su frescura; y así el ambiente, dulcificado en su calor, amortecido en su frío, hacía grato como un perfume. A un lado, abajo, el agua reventaba con hervores estruendosos, con sonoras turbulencias de espuma. Al otro, se alzaba, casi recto, el flanco del cerro, a cuya meseta nos dirigíamos; y lejos, en la raya luminosa del horizonte, se perdía gradualmente la silueta de un buque.

El coche llegó al término de la ruta plana e inició luego el ascenso de la espiral laborada en el costado del cerro. Ya en la meseta, con amplitud de valle, apareció en toda su magnificencia el paisaje, prestigiosamente panorámico. Frente, el mar, enorme de extensión, todo rizado de olas, reverberante de sol; atrás, la cordillera costeña, recortando sus cumbres níveas en la gran curva del firmamento; a la izquierda, próxima, la playa de arena rubia, y a la derecha, con su puerto constelado de naves, con su aspecto caprichoso, con su singular fisonomía, Valparaíso, alegre hasta por la misma asimetría de su conjunto y radiante bajo el oro del sol.

En la meseta, a través de boscajes vestidos por la resurrección vernal, aparecía una extraña agrupación de carpas semejantes al aduar de una tribu nómada. Detrás, dos hileras de casas de piedra constituían la edificación estable del paraje. Y de las carpas y de las casas volaban ritmos de músicas raras, cantares de voces discordantes, gritos, carcajadas: todo en una polifonía estrepitosa. Cruzamos, con pasos elásticos, los boscajes: bajo los árboles renacientes encontrábamos parejas de mozos y mo-

zas en agrestes idilios o bien familias completas merendando a la sombra hospitalaria de algún toldo. Nos metimos por entre las carpas: alrededor de una, más grande, se apretaba la gente en turba nutrida, aguardando su turno de baile. Penetramos. Dentro, la concurrencia no era menos espesa. Hombres trajeados con pantalones y camisas de lana de colores oscuros y mujeres con telas de tintas violentas, formaban ancha rueda eslabonada por un piano viejo, ante el cual estaba el pianista. Junto al piano, un muchacho tocaba la guitarra y tres mujeres cantaban llevando el compás con palmadas. En un ángulo de la sala levantábase el mostrador, cargado de botellas y vasos con bebidas, cuyos fermentos alcohólicos saturaban el recinto de emanaciones mareantes. Y en el centro de la rueda, sobre la alfombra tendida en el piso terroso, una pareja bailaba la zamacueca.

Jóvenes ambos, ofrecían notorio contraste. Era él un gañán de tez tostada, de mediana estatura, de cabello y barba negros: un perfecto ejemplar del *roto*, mezcla de campesino y marinero. Con el sombrero de fieltro en una mano, y en la otra un pañuelo rojo, fornido y ágil, giraba zapateando en torno de ella. La muchacha, en cambio, parecía algo exótico en aquel sitio. Grácil y esbelta, bajo la borla de la cabellera bronceína destacábase su rostro, de admirable regularidad de rasgos. Tenía, lujo excéntrico, un vestido de seda amarilla; el busto envuelto por un pañolón chinesco, cuyas coloraciones rabiaban en la cruda luz, y en la mano un pañuelo también rojo. Muy blanca, la danza le encendía, con tonos carmíneos las mejillas. En sus ojos garzos, circuidos de grandes ojeras azulosas, había ese brillo de potencia extraordinaria, ese ardor concentrado y húmedo, peculiares en ciertas histerias; y con la boca entreabierta, y las ventanas de la nariz palpitantes, inhalaba ávidamente el aire como si le fuera rebelde a los pulmones.

Bailaba, ajustando sus movimientos a los compases difíciles, cambiantes, de la música. Y su cuerpo, fino, flexible, se enarcaba, se estiraba, se encogía, se cimbraba, erguía, vibra-

ba, se retorció, aceleraba los pasos, imprimía lentitudes lánguidas, gestos galvánicos; o se mecía con balances muelles, adquiriendo posturas de languidez, de abandono, de desmayos absolutos. Y así, siempre serpentina, rebosante de voluptuosidad turbadora, de incitaciones perversas, voltejeaba ante los ojos como una fascinación demoníaca.

¿De qué altura social, por qué misteriosa pendiente descendió aquella hermosa criatura de porte delicado, de apariencia aristocrática? ¿Qué lazos la unían, antiguos o recientes, con su compañero de baile? ¿Era una degenerada nativa, a quien desequilibrios orgánicos aventaron lejos del hogar, en alguna loca aventura? ¿O la fatalidad la arrojó al abismo, convirtiéndola en la infeliz histérica que ahora, en aquel recinto, daba tan extraña nota, siendo a la vez una curiosidad dolorosa y una provocación embriagante?

La voz del inglés me arrancó a estos pensamientos:

—Voy a bailar... me gusta mucho la zamacueca... y esa mujer también. Ayer bailé con ella.

Le miré: su semblante permanecía grave, y sus grandes ojos celtas contemplaban serenamente a la bailadora. Sacó un pañuelo escarlata, traído sin duda para el caso, y adelantó hasta el medio de la rueda. La pareja se detuvo: el *roto*, cejijunto, hostil; la muchacha, ondulando sobre los pies inmóviles, sonriendo a Litchman, quien, sin perder su gravedad, esbozaba ya un paso de la danza... Pero el suplantado, de un salto, se le colocó delante. Un puñal pequeño relucía en su mano.

—Hoy no dejo que me la quite... Acaso la traigo para que usted...

No pudo concluir la frase: el brazo de Litchman se alzó y, tendiéndose rápido, y un formidable mazazo retumbó en la frente del *roto*. Vaciló éste, tambaleóse y rodó por el suelo, con la cara bañada en sangre. La música y el canto enmudecieron; y la rueda espectante convirtiéndose en un grupo arremolinado al rededor del caído. Ya Litchman, impassible siempre, estaba junto a mí y

EL CUENTO EN PANAMÁ

nos preparábamos para salir, cuando, agudo, brotó un grito del grupo. Hubo otro remolino disolvente y apareció de nuevo la primitiva pareja de baile. El hombre se limpiaba con el pañuelo la sangre de la frente; la muchacha, rígida, como petrificada, como enclavada en el piso, no trataba de enjugar la ola purpúrea que le manaba de la mejilla. La herida debía de ser grande; pero desaparecía bajo la mancha roja, cada vez más invasora. Y el *roto*, con voz silbante como un latigazo, le gritó a aquella faz despavorida y sangrienta:

—Creías, pues, que sólo yo iba a quedar marcado...

Ricardo Miró

Nació en Panamá, el 5 de noviembre de 1883. Hacia fines del siglo marchó a Bogotá, a emprender estudios de pintura, estudios que la revolución del 99 le obligó a interrumpir. Se inició literariamente en “El Heraldo del Istmo”, en el año de 1904. Luego -1907- fundó “Nuevos Ritos”, una de las más importantes revistas literarias de Panamá. Al año siguiente se le nombró Cónsul en Barcelona, donde vivió hasta 1911. Fue Director de los Archivos Nacionales (1919-27) y Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Lengua, desde el año de 1926. En 1921 viajó a Lima, como miembro de la delegación panameña a las fiestas del centenario de la independencia del Perú. Murió el 2 de marzo de 1940.

Considerado el más alto exponente de la poesía panameña, es, sin embargo, dueño de una obra novelesca no carente de interés. Sus cuentos no han sido coleccionados.

Obras: *Preludios* (1908); *Los segundos preludios* (1916); *La leyenda del Pacífico* (1919); *Flor de María* (1922); *Versos patrióticos y recitaciones escolares* (1924); *La leyenda del Pacífico* (1924); *Caminos silenciosos* (1929); *El poema de la reencarnación* (1929); *Antología poética* (1937).

El Jesús malo

El motor del bote se desataba en ecos que se desvanecían misteriosamente por rutas invisibles, a través de la espesa vegetación de las riberas vírgenes del río. De rato en rato, alguna garza asustadiza ponía su fugitiva blancura como una nota de luz sobre el lila sombrío del paisaje crepuscular. Ni una choza, ni un ladrido lejano, ni un columna de humo que dijera de vida sobre las márgenes lujuriosamente verdes. De pronto, en una revuelta del río, Roberto divisó un piragua que remontaba las aguas, precediéndolo al borde de la ribera opuesta. El bote subía rápidamente entre encajes de espumas que le lamían los costados, y pronto Roberto pasó frente a la piragua. La tripulaban un hombre y dos mujeres, y ante la velocidad del bote automóvil, parecía bajar arrastrada por la corriente. Roberto tuvo lástima y cruzó el río hasta quedar al habla con ellos. Eran un matrimonio y una hija.

—Buenas tardes, amigo —saludó Roberto.

—Buenas tardes, señor —respondió el campesino.

—¿Van ustedes muy lejos?

—A Río de Jesús, a la fiesta.

—Yo también voy para allá. ¿Quieren ustedes venir conmigo?

Hubo un largo silencio durante el cual los campesinos se miraron unos a otros sin hallar respuesta. El respeto al señor y el miedo hacia esa embarcación que se movía sin velas y sin remos, los contuvo, pero Roberto insistió:

—Vengan conmigo sin ninguna pena. La piragua la amarraremos atrás y ya verán cómo dentro de una hora estaremos en el puerto.

—Pero eso es mucho trabajo... —insinuó tímidamente el hombre—.

—No crea usted, no crea. Al contrario, me harán un favor acompañándome. Y Roberto atracó el bote al lado de la piragua.

El trasbordo se hizo con rapidez ya que la familia no portaba como equipaje más que un lío atado a la punta de una rama seca. La piragua fue amarrada a la popa del bote y el motor funcionó de nuevo, con gran extrañeza de los nuevos pasajeros.

Instalados todos, Roberto echó una mirada de curiosidad sobre sus improvisados amigos y quedó encantado, porque mientras el hombre era uno de aquellos campesinos que en el corazón de nuestras montañas han conservado intacto, a despecho de los años, el puro tipo de los conquistadores, y su mujer era una chola como cualquiera de las nativas de nuestros campos, la hija era un preciosísimo ejemplar de esas mujeres andaluzas que nos deslumbran y nos cautivan desde las rejas de sus viviendas cuando pasamos por las calles de Granada, de Málaga o de Sevilla. Morena ligeramente, con unos ojos grandes, serenos, tropicalmente soñadores y defendidos por unas largas pestañas negras, imposible de haber sido adivinada bajo las alas de

su ancho sombrero campesino que había dejado a sus pies para arreglar y sacudir su larga cabellera negra. Y al erguirse y echar la cabeza hacia atrás había mostrado un busto firme, mórbido, y una cintura elástica, como torneado todo frente a la dura piedra de moler maíz, en los largos y aburridores días de la montaña...

—¿La señorita es hija de usted? —preguntó Roberto, respetuosamente.

—Sí, señor.

—Pues lo felicito, porque tiene usted una hija muy bonita.

—Es un favor que usted le hace, señor —musitó el hombre, mientras la muchacha se encendía en granas de rubor.

—¿De qué pueblo son ustedes?

—Del Guarumal de la Montaña.

—¿Y bajan con frecuencia a Río de Jesús?

—Sí. Yo bajo todos los años, para la fiesta; pero Rosalía viene al pueblo por primera vez.

—Vamos a beber un trago a la salud de Rosalía—. Y Roberto sacó de una pequeña alacena dos vasos y una botella de whisky.

El campesino se sirvió por su propia mano un trago que compartió con su esposa.

—¿Rosalía no bebe? —inquirió Roberto, sonriendo.

—Todavía no —respondió ella, roja de vergüenza.

—Entonces, ¿qué te regalo a tí?

—A mí... Nada—. Y al pronunciar esta palabra Rosalía fijó sus grandes ojos en un hermoso pañuelo de seda roja que Roberto llevaba atado a la garganta.

—Dile a tu novio que te lo regaló un amigo de tu papá.

—Yo no tengo novio —rectificó ella, azorada.

—¿Que no tienes novio tú, siendo tan linda?

—No tengo novio... Nunca he tenido novio... No le gusto a nadie.

Roberto sonrió maliciosamente y dirigió al descuido una mirada sobre los padres de la muchacha. El campesino parecía

dormir, ligeramente reclinado sobre la borda del bote, y la chola se mantenía impertérrita, hierática, con esa actitud única de la gente del campo cuando se halla en sociedad de personas que juzga de una clase superior, y Roberto, entonces, acercándose a Rosalía, con mimo, con dulzura, muy suavemente, le preguntó:

—¿Y si yo quisiera ser tu novio?

—¿Usted?

—Sí, yo... ¿No me aceptarías?

—Yo no sé... Usted sabe...

A lo lejos, sobre la margen izquierda del río, aparecieron unas cuantas casas de paja: era el puerto.

Envuelto entre la plata de aquella maravillosa noche de luna en que las estrellas parecían haber padecido de anemia, Roberto avanzaba por la carretera al paso femeninamente voluptuoso de su caballo del Rimac. Entre las bocanadas de humo de aromático cigarro palmeño, veía el rostro radiante de Rosalía cuando al separarse, en la tarde, había venido hacía él y toda turbada y ruborosa le había dicho:

—Este mango se lo manda mamá, éste papá y este otro —un mango pequeñín sonrosado como una manzana y fresco y perfumado como una rosa en el amanecer—, se lo regalo yo.

—Gracias, Rosalía —había dicho Roberto, mientras le oprimía una mano fría de emoción. Y había agregado:

—Te veré esta noche, Rosalía?

—Si usted quiere...

—¿Y qué me prometes?...

—No sé... Lo que usted quiera...

—Y lo nuevo de aquella rústica ingenuidad encantadora, impresionó al joven ingeniero, acostumbrado a tratar mujeres de mundo, artistas y bailarinas, profesoras de engaño y coquetería.

Poco a poco se fue haciendo perceptible la voz de los tamboriles que llamaban al baile, y al fin, tras una revuelta del camino, Roberto divisó las primeras luces del pueblo. Azuzó la cabalgadura y un momento después echaba pie a tierra ante el

portal de la casa donde se hospedaba.

—Buenas noches, don Goyo. ¿Dónde está la gente de la casa?

—Bien, don Roberto, buena hora de venir a comer, ¿eh?

—Que quiere usted, abuelo: me encontré una muchacha lindísima y usted sabe que donde tropiezo con una mujer me varo.

—Hasta que te quedes varado para siempre como yo.

—Por eso, por eso hay que aprovechar el tiempo, don Goyo.

—Tienes razón, hijo. Yo también hice lo que pude, mientras pude.

—Y si viera usted la pollita que me he encontrado hoy.

—¿Sabes lo que te digo?, que cuando uno tiene mi edad llega a la conclusión de que dentro de una relatividad inteligentemente usada todas las mujeres valen lo mismo. Todo depende del momento de nuestra vida en que encontramos a unas y a otras.

Pero mientras a ti te llega la época en que puedas apreciar esto, vente a comer, que, en resumen, es lo único que al final de todo nos queda como verdadera felicidad, cuando no hemos echado a perder nuestro estómago.

—Me gusta su filosofía; pero mientras hay ocasión de discutirla vamos a comer.

—Mientras yo viví en España nunca comí. Cené a las once o doce de la noche, generalmente bien acompañado; pero desde que me vine a América y me metí en este pueblo aprendí a comer a las cinco de la tarde.

—En fin, me acompañará usted y hablaremos de Rosalía.

Y viejo y joven se sentaron a la mesa, el uno frente del otro.

—Es el único vicio que no he olvidado —comenzó don Goyo sirviéndose un vaso de vino.

—No sé qué me gusta más, si el vino o las mujeres.

—Eso está bueno para tí que puedes escoger.

—Si viera usted a Rosalía...

—Vamos a ver: ¿de qué campo es la muchacha?

—Del Guarumal de la Montaña.

—Del Guarumal... del Guarumal... —repitió don Goyo, haciendo memoria.

—El padre es blanco, de ojos de color acero y barba de Jesús de Nazareno.

—¿Barba de Jesús de Nazareno y del Guarumal?

—Sí... ¿Y qué tiene eso; de qué se sorprende usted?

—Mira, que creo que lo mejor que puedes hacer es olvidarte de que has visto a Rosalía.

—¿Olvidarme de Rosalía yo? Qué fácilmente dice eso usted, amigo.

—Pues peor para tí, porque eso te traerá un serio disgusto.

—No me explico por qué.

—Óyeme. El padre de Rosalía, ese que tú has hallado parecido al Nazareno es el hombre más temido de estas regiones. Ha matado de mala manera a dos hombres y no ha matado más, porque ellos no se han querido morir, pero él ha hecho todo lo posible por conseguirlo. Hace dos años, para la fiesta, le cortó las orejas a un individuo, porque dijo que había oído decir no sé qué cosa.

—Para que más nunca diga lo que no le importa —dijo. Y echándole las dos orejas ensangrentadas a su perro... —Conque... ya sabes.

Roberto se palpó instintivamente la oreja derecha y se quedó pensativo, un rato.

—¿A ver?, ¿qué resuelves?

—Esto —dijo Roberto— apurando el vaso de vino y llenándolo nuevamente hasta el borde.— Y agregó: —Cuando yo tengo en la cabeza una idea, entre pecho y espalda un poco de vino y en la cintura un revólver colt con seis cápsulas calibre 44, realizo lo que quiero. Me gusta Rosalía y ella parece que gusta de mí. Si eso es verdad, ya veremos quién gana. Y Roberto apuró nuevamente el contenido del vaso.

—Mi café —reclamó. Es tarde y hay que divertirse un rato.

—¿Así es que vas a buscar a Rosalía?

—Naturalmente.

—Entonces, si quieres oír un buen consejo, haz antes tu testamento.

—Ya veremos, don Goyo, ya veremos si es tan fiero el león.
—Y poniéndose en pie, agregó riendo: —Y ahora, a hacerme la toilet.

• • •

La taberna estaba llena de gente campesina, hombres y mujeres, que se divertían. El vaso de aguardiente corría de mano en mano y de boca en boca hasta quedar concluido y los “socabones” lanzaban al viento el melancólico gemido de sus cuerdas de tripa. De pronto, sobre la vocinglería de la gente ebria, se alzó una voz masculina para cantar una copla improvisada. Era El Jesús Malo, el padre de Rosalía, que gozaba fama de buen cantador:

*Tengo un cielo, una montaña
un caballo, un perro, un río.
Yo no sé cómo lo tuve
sólo sé, que todo es mío.*

Un mocetón fornido y repugnante se cuadró delante de El Jesús Malo. Los ojos sangrientos y el rostro hinchado del sujeto denunciaban su afición a las bebidas alcohólicas. Le llamaban El Ñato y era famoso por sus fechorías en la comarca. En la tarde había tenido un pequeño roce con Jesús por Rosalía. Y El Ñato cantó:

*Yo no grito ni hago bulla
ni tengo casa, ni nada.
Apenas tengo una puya
muy buena y muy afilada.*

El Jesús Malo clavó en El Ñato una mirada de odio, y el

incidente quedó cortado por la aparición de un nuevo vaso de aguardiente de boca en boca.

—¡Qué cante Rosalía! —gritó uno.

—¡Qué cante, que cante! —repitió el coro.

Y Rosalía se levantó del sitio que ocupaba, con los ojos un poco brillantes, aunque tristes, y las mejillas y los labios encendidos. Su padre se cuadró frente a ella y registró la vihuela para dar el tono a la muchacha, y Rosalía, con una voz dulcísima y tierna, con voz de paloma torcaza, llena de melancolía montañesa cantó:

*Queréis que cante y responde
a vuestra voz un lamento...
Yo tenía un pensamiento
y hoy se me fué no se dónde...
No tengo calor, ni frío,
ni un anhelo, ni un dolor...
Me siento como una flor
arrastrada por un río...*

Aclamaciones y aplausos apagaron el eco de la voz dulcísima de Rosalía que acabó el último verso casi sollozando, casi suspirando al oído de los campesinos, locos de entusiasmo. El Ñato brindó por ella, mientras la veía con una mirada ávida y asustadora de gato montés.

—¡Que cante, que cante! —repitió el otro.

Y Rosalía cantó de nuevo:

*Que extraño lo que yo siento:
un dolor una alegría,
una honda melancolía,
mezcla de pena y contento;
y no sé si esto es gozar
o si esto será sufrir
porque tengo que reír
por no romper a llorar...*

Por sobre la explosión unánime de entusiasmo, se oyó la voz de El Ñato que vociferó:

—Eso es una cosa linda, amigo —mientras que su áspera mano oprimió entre los dedos la preciosa barbilla de Rosalía.

Rápido como un relámpago, el machete de El Jesús Malo describió en el aire un círculo de luz y fue a caer de plano, furiosamente, en la espalda de El Ñato, que rodó en tierra como un fardo. El Jesús Malo se abalanzó sobre su presa, pero una docena de brazos intervinieron, mientras El Ñato se levantó presuntamente y se puso en fuga.

Cuando el Malo logró desasirse de las manos que lo sujetaban, se encontró frente a frente con Roberto, que lo miraba pálido de emoción. Hacía rato que desde la sombra del portal se deleitaba oyendo a Rosalía, y ante el insolente ultraje que le infirió El Ñato, saltó como movido por un resorte para vengarlo él, personalmente; pero, la rapidez con que procedió El Jesús Malo y la proximidad de la tragedia, lo dejaron paralizado en el centro de la sala. El Malo al verlo, exclamó regocijado:

—¡Viva el blanco decente!

Y luego, como pudiera hacerlo un gallo que triunfa sobre su contendor, cantó:

*Me quito ante usted el sombrero
y hasta doblego la frente,
porque es usted caballero
y simpático y valiente.*

Y continuó:

—Vamos a beber ahora un trago con Rosalía, porque quiero corresponder a usted lo que hizo hoy conmigo. Y sepa usted que al que lo mire a usted mal, le corto una oreja, porque yo soy agradecido. Y golpeando fuertemente de plano sobre el mostrador, ordenó con imperio:

—¡Aguardiente!

—Lo que yo hice hoy no vale la pena —dijo Roberto por decir algo, mientras sonreía nerviosamente.

—¿Qué no vale nada? ¿Usted no sabe que a mí nadie me puede ver? Usted es la única persona que me ha hecho un favor hace muchos años; pero yo también me saco el clavo con el que me quede a mano. A ese perro cobarde que le acabo de dar un planazo, le presto la mano hasta mañana... Porque vea, don Roberto, la única persona que yo quiero en el mundo es Rosalía, y al que le pone la mano encima se la corto.

Roberto palideció ligeramente, mientras el Jesús Malo se volvió.

—Rosalía: venga usted acá.

Trémula de emoción y encendida de vergüenza, la linda muchacha llegó hasta el lado de su padre, sin levantar los ojos.

—Ya lo ves, Rosalía: ahí está, él, ahí está... Salúdalo.

Rosalía murmuró algunas palabras imperceptibles, sin levantar los ojos.

—Está usted triste, Rosalía —inquirió Roberto.

—¿Triste?... Sí triste —replicó el Malo; y luego, cambiando de tono, continuó:

—Vea, blanco, voy a ser franco con usted: Esta muchacha no ha sido triste nunca; pero desde que lo vio a usted, no hace más que estar pensando, suspirando y... hasta llorando, blanco. ¡Qué diablos! Yo no he criado a mi hija para estos perros, pero... usted es un hombre decente y yo lo quiero.

Hubo un breve momento de meditación y el Malo continuó:

—Vea don Roberto, oiga lo que le digo: ¡Llévese a la muchacha, pero me la devuelve mañana temprano, porque la necesito para que me muele el maíz!

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

Gaspar Octavio Hernández

Vinculado al periodismo de sus días, intervino en la redacción y dirección de casi todas las revistas y periódicos de entonces. Fue director ocasional de “Nuevos Ritos”, director de “Memphis”, codirector de “Esto y Aquello”, redactor de “La Estrella de Panamá”, en cuyas oficinas murió la noche del 13 de noviembre de 1918. Había sido, también en compañía de Domingo H. Turner, copiloto de “La Voz del Pueblo”, órgano político creado expresamente para hacer la oposición liberal al gobierno. Hernández había nacido en Panamá, el 4 de julio de 1893. Obras: *Melodías del Pasado* (1915); *Cristo y la Mujer de Sichar* (1916); *Iconografías* (1916); *La Copa de Amatista* (1923).

Edénica

Desnudos, en la pulcra desnudez del más ingenuo pudor, bajo cargado peral se reclinaron en el césped aquellas dos puras bellezas humanas. Era uno de los días primeros. El Mundo estaba recién creado y exhalaba toda la frescura de su niñez. Con iris de perla blanca y luz de diamante resplandecía el cielo... Era la hora de languidez en que se iba la tarde...

Canciones y vuelos de pájaros turbaban la serenidad y el silencio. Y se oía la música del agua del río que fecundaba la tierra edénica, abriendo sus cuatro brazos de color de ópalo, como si con ellos quisiera juntar, en uno solo, todos los jardines que florecían en los cuatro puntos cardinales del planeta...

Y sucedía que en aquel instante, Adán estaba triste. Echado en la yerba naciente, con la riza cabellera negra en desorden bellísimo; apoyada la faz en la diestra; la mirada fija en el verde suelo del Paraíso, el primer hombre meditaba. Con la más fina tenuidad se humedecían sus pupilas. Mas su boca era inmóvil, inmóvil y muda como una montaña, en ese instante de meditaciones íntimas.

Frente al meditabundo, casta en su desnudez, regia en la opulencia de su rosada carne desnuda; blonda como la diadema que ciñe la frente de Artemisa en las noches más diáfanas; con las

grandes pupilas de azul clavadas en el rostro del cuitado, hablaba nuestra madre, Varona, la primera ternura convertida en mujer; la primera sonrisa de Dios convertida en cuerpo terreno.

Apoyó la diestra en el hombro del hombre. Le miró fijamente a los ojos. Dijo:

—¿Qué te apena, Adán mío? ¿Por qué esas pupilas, cuyas miradas eran suaves como una sonrisa, miran con gravedad y tristeza? ¿Por qué se aflige tu rostro? ¿Por qué tan contraída esa mejilla que ahora no más parecía un fruto lozano de color de manzana madura? ¿No ves que me haces pensativa?

Mira qué dulcemente se va despidiendo la tarde... Va caminando por un sendero de rosas y agita un pañuelo morado como las lilas que tiemblan a orillas del río. ¡Mira qué dulcemente se va despidiendo la tarde!

¡Los luceros comienzan a asomar para vernos... sólo para vernos! ¡Hoy aspiro más fragancia que ayer! ¡Hoy siento más deseo de amarte, porque te hallo triste, muy triste...! Yo he nacido para ennoblecer con mi belleza la soledad de tu vida... ¿Qué te falta, Adán mío...?

Tiempo hubo en que sobraron motivos para que entristecieras. Llegaban las noches, y las estrellas te veían solo, melancólicamente solo...

Llegaba la aurora, en su barca de velas rosadas, y al verte solo, tan dolorosamente solo, palidecía de angustia y compasión por tí: lloraba y sus lágrimas caían en el huerto y parecían transparentes piedrecitas blancas en cada flor y en cada hoja.

Mas aquellos días de soledad pasaron como la sombra. Para hacerte compañía he nacido... Yo he nacido para ceñir mis manos a tus sienes cuando en tus horas de intensos pesares parece presentir la ruina de nuestra ventura. Cuando a dormir empiezas en tu lecho de flores, yo me regocijo hundiendo mis dedos en tu cabellera. Me place arrullarte con blandas músicas hasta verte profundamente dormido. Si, al caminar, tropiezas tu planta con algún pedruzco, mis labios acuden gozosos a besar

tu carne herida y advierto que, entonces, mi beso te devuelve quietud y alegría. Ya no estás solo, Adán mío... Ya no estás solo... Por qué entonces...

Y Adán permanecía callado. Y ya había desaparecido la tarde. Y la música del agua del río sonó más penetrante en el silencio del comenzar de la noche. Y el jardín se ennegreció de oscuridad y el cielo brilló como enorme cortina azul bordada de plata y de diamantes...

Eva hundió la noble testa coronada de oro en el regazo del hombre. Y al contacto del regazo del hombre fué adormeciéndose. Luego, quedóse en el sueño más hondo.

Y Adán permaneció callado. Y triste.

Mas sintió la voz del Señor; sacudió las melenas como un león sorprendido por la más inesperada sorpresa, y volvió la pupila hacia la altura.

—¡Adán! —le dijo el Padre.— ¿Por qué sufres?

¿No bebes el agua de todas las fuentes? ¿No aspiras la fragancia de todas las flores? Estabas solo, y te dí compañera... ¿Te dí una mujer en quien puse brillo de estrella, suavidad de jazmín y elegancia de palma! ¿Qué te hace falta, hijo mío?

Y con la voz semicortada por los sollozos; voz que se ahondó en el silencio del comenzar de la noche como la más penetrante queja de hastío que recorriera los vientos, exclamó el primer hombre:

—¡Estar solo, Señor... Estar solo...!

Joaquín Darío Jaén

Cuentista, novelista, dramaturgo, hipnotista, actor, prestidigitador y otras muchas cosas fue J. Darío Jaén, personaje él mismo de novela y protagonista principal de su propia obra. Su biografía es una historia truculenta que terminó lamentablemente en un tren — mientras cruzaba un desierto en Arizona—, el 30 de junio de 1932. Había nacido en Panamá, el 11 de Noviembre de 1893. Obras: *La Ciencia moderna* (Tratado de Hipnotismo), 1915; *Liliana* (novela), 1920; *Vórtice de Pasiones* (cuentos), 1921; *El Enigma Formidable* (novela), 1922; *La Máscara de un Imperio* (Problema México Yanquilandia), 1923; *De la Hora Fugaz* (poemas y crónicas), 1923; *Flor de Vesania* (novela), 1924; *Fuegos Fatuos* (cuentos), 1924; *En el Cauce de la Vida* (Páginas escogidas), 1925; *El Sendero Inevitable* (novela) 1928; *Misal Romántico* (Poemas), 1929; *Breviario de Emociones* (Cuentos), 1930.

El hombre que no tuvo la culpa

¡Indudablemente, nunca ha sido mi posición tan alta como la fué en la Habana...! ¡Claro que era alta mi posición, como que vivía remontado en un quinto piso, allá en una bohardilla, en la mismísima azotea de un *Boarding House* del Paseo del Prado!...

¡Y con esto se saca en limpio que no hay necesidad de ir a Europa para vivir en una bohardilla!

Y, en el quinto piso, tenía por vecinos a media docena de personas distinguidas: músicos, filósofos (sin melena), empresarios... sin empresa, oradores bolcheviques, políticos fracasados, y estudiantes.

Mi compañero de cuarto era un estudiante... que no estudiaba, pues en todo un mes de 31 días, le estuve oyendo decir: “lo que es esta noche tengo mucho que estudiar”; pero cuando se llegaba la noche, decía: “Esto de estudiar se deja para mañana, no faltará tiempo”, y así diciendo, tomaba su sombrero y se marchaba al *Alhambra* a estudiar “poses” académicas.

Todas las noches, asimismo, le oía decir: “tengo que levan-

tarme muy temprano para ir a clases”. Pero, claro, acostándose a dormir a las dos de la mañana, se alzaba tranquilamente a la hora del almuerzo, sin dejar de tener una excusa por el estilo:

—No faltará tiempo para ir a clase: después de todo tengo una recomendación del Representante de mi pueblo, y desde luego, paso...

—¡Sí! —le respondía yo—, pasas a repetir el año, o pasas de una puerta a otra, no lo dudo!...

Es preciso advertir, que la Rusia Soviet resultaba un merengue ante la República Bolchevique que se había formado en la azotea. Allí todo el mundo andaba en paños menores *a mucho pedir*, y no era raro que cuando uno menos se lo esperara se presentase el orador (o cualquiera otra eminencia), en el traje típico, y sin previo aviso cargara con lo que a bien tuviera.

“Lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío”: tal era el dilema en la azotea, y el que no estuviera conforme con esto, bien podía largarse o poner en vano el grito en el cielo. En cuanto a diversiones, en la azotea las había a granel: el músico se las pasaba todo el santo día, y hasta parte de la noche, tocando el cornetín, al que siempre le daba igual tono. Un día, en la creencia de que el cornetín de mis culpas, habiéndose aprendido el “son” lo tocaba solito, para convencerme, me acerqué a la puerta, para encontrar al maestro encaramado en una silla, en obligada “pose” y muy liviano de ropa, deleitado soplando el cornetín. Al percatarse de que yo le observaba, dejó el instrumento de mis culpas, y amable me invitó a entrar ofreciéndome el obsequio de un concierto. Me dijo que yo, persona de gusto delicado, podía apreciar aquella filigrana... Y, por no pasar por persona indelicada tuve que soportar por milésima vez la sonatina del cornetín, aunque luego saliera disparado ante el temor de que diera al ciudadano por repetir “su filigrana”, que ¡maldita la gracia que me hacía!

Y, esto no es todo; en el cuarto piso había un tenor de los peores que he oído en mi vida: y conste que he escuchado a mucho tenorcillo, digno del patíbulo cuando menos. El tenor

del cuarto solía deleitarnos tres veces al día a lo menos, y aseguro que los días que más cantaba, mayor número de cucarachas, zancudos y alacranes pululaba por la República Bolchevique. ¡Yo no me explico cómo era posible que este bárbaro se ganara la vida gritando ante un público en el teatro *Martí*, cuando propiamente se debía haber ganado la muerte! Ahora bien: el profesor Fuentes, un político fracasado, era otro que se las traía: a veces se acercaba a mí para dejarme oír, según él, su bien timbrada voz. ¡Castelar resultaría un liliputiense al lado de aquella eminencia de la azotea! Por lo menos, que yo sepa, Castelar no ha hecho con nadie lo que el doctor Fuentes hizo conmigo: una noche se empeñó en leerme uno de sus flamantes discursos, que pronunciara allá por los buenos días de Martí; con todo y mis protestas, el hombre se caló las gafas, se quitó la peluca, dejando relucir su brillante calva y comenzó su pieza oratoria; yo recuerdo que en ella había muchas mentiras: “mentira —decía— es el patriotismo de los políticos. Mentira las promesas de los que tratan de escalar el poder. Mentira el gesto histrionesco de los mercaderes de la política, de esa pobre cortesana... Mentira... Mentira!..”

Bueno, yo no supe adónde fueron a parar todos aquellos disparates y aquellas “mentiras”, porque me dormí. El orador estaba precisado en terminar su discurso y al llegar del *Alhambra* el estudiante, le continuó su perorata. El estudiante me lo contó al día siguiente, agregando que el administrador de la casa tuvo que levantarse para llamar la atención al doctor Fuentes, quien se entusiasmó demasiado y alzó mucho la voz.

• • •

Aquella muchacha era una perfecta figulina: ojos azules, de dulce mirar, manos aristocráticas de una amable palidez, de palidez de nácar; y vestida de riguroso luto destacaba admirablemente su blancura inmaculada. ¿Su sonrisa? No la llegué a ver, pero la imagino en armonía con su deliciosa personilla...

La había visto varias veces, en momentos en que salía de su habitación, instalada en el tercer piso del mismo *Boarding* donde yo me hospedara; había interrogado por su nombre, etc. y sólo se me había dicho que era una joven bogotana, recién llegada a la Habana en compañía de su hermano, a quien jamás vi, lo que me llevó a la conclusión de que se había marchado al campo... ¡o a donde le hubiera dado su real gana! Me llamó la atención ciertamente, el verla un día alzarse de la mesa con un plato en la mano, entrar en su habitación y al salir cerrar con mucha precaución la puerta...

Pues bien, una noche me encontraba solo en mi bohardilla; mi compañero, el estudiante que no estudiaba, había marchado al teatro cuya entrada, de paso sea dicho, pagaba esa noche con el resultado del empeño de una *Física* de su propiedad... y de una sábana nueva, propiedad del *Boarding House*.

Escribía una de mis crónicas; había dejado puerta y ventana abiertas, cuando he aquí que se me presenta un individuo en *pijama*, y por todo saludo me toma por una mano y con voz acalorada, como la de aquél que acaba de cometer un crimen, huye de la policía y busca protección, me dice:

¡A usted le consta que yo no tuve la culpa!...¡Que la culpa la tuvo María!

Medio tartamudeando, todo tembloroso, le interrogué al extraño visitante:

—Pero, ¿la culpa de qué?...

—Sí—dijo misteriosamente, mirándome con sus ojos y acercando mucho su rostro al mío—, la culpa... ¡la culpa la tuvo María!

“Este hombre me va a meter en un lío, y de los gordos: me va a hacer declarar sobre un asunto que desconozco por completo; preciso es el tomar brío y encarársele...” Tal me dije, y retirándole violentamente la mano, le grité:

—¡Qué culpa ni qué cuernos! ¡Qué voy a saber yo si usted tuvo la culpa o si la tuvo María!

Sonrió extrañamente, y volvió a las andadas:

—¡Sí, a usted le consta que yo no tuve la culpa; que la culpa la tuvo María!

Se escucharon precipitados pasos en la escalera y mi grato visitante se acercó para decirme casi al oído:

—¡Viene la policía a llevárselo a usted y a mí; es bueno escapar!

No lo había terminado de decir, cuando se disparaba por la ventana. Aseguro que estuve a punto de seguirlo. El hombre, al saltar la ventana lo hizo con tan mala suerte que fue a caer en la azotea, recibió un tremendo golpe y quedó tendido cuan largo era.

Acto seguido penetraron en mi habitación la dueña de la casa, su hijo y la bella muchacha bogotana. Se dieron cuenta cabal de lo sucedido y fueron a recoger al hombre que “no había tenido la culpa”. La muchacha me dijo:

—Usted perdone, caballero; perdone el disgusto, pero él no tuvo la culpa.

Al decirme tal, pensé que el hombre del *pijama* tenía razón, al decir que “él no había tenido la culpa; que la culpa la había tenido María”. Y, no me cupo más que pensar que la linda bogotana era María.

Lo tomaron en peso los tres recién llegados y se lo llevaban, cuando la muchacha suplicó:

—Le ruego no decir nada, porque si se entera la policía, ¡lo encerrarán para no verlo más!

Se marcharon... Y, entonces, fue cuando me vine a dar cuenta de que me encontraba demasiado ligero de ropa; es decir, muy digno de la azotea de marras. Me apené por un momento, pero luego me dije:

—¡Vamos! yo tampoco tuve la culpa: la culpa la tuvo ese que decía no tener la culpa, y María.

—¡No cabía pensar otra cosa; el hombre había cometido un crimen esa noche! Me puse a meditar sobre las consecuencias que me podría traer la aventura; en que de seguro tendría que ir

a declarar sobre un asunto que desconocía.

Al día siguiente, tras de pasar una noche de pesadilla, en la que miraba siempre al hombre aquel con un ensangrentado cuchillo en la mano, ya de día, me alcé de la cama, tomé el ascensor, y una vez en los pisos bajos me puse a pasear por todos lados, ante la perspectiva de encontrar las huellas del crimen... pero sólo encontré a la enlutada, a quien confirmé con el nombre de María. Me saludó, respondí, y audazmente me senté a su lado. Ella entonces comentó:

—Me encuentro muy apenada por el incidente de anoche...

Y yo, recordando que me había visto en un traje demasiado liviano, exclamé:

—Y yo también me encuentro muy apenado con usted señorita.

—Pero, ¿verdad que usted no comentará nada?

—No —le respondí—; pero siempre y cuando me confiese todo, pues yo no puedo inmiscuirme en lo relativo a un crimen...

—Pero, ¿qué dice usted? ¿De qué crimen habla?... ¿No ha comprendido?...

—Sí, he comprendido: adivino algo muy horrible; una gran tragedia.

—No, señor: si lo que pasa es que mi pobre hermano sufre de enajenación mental: le ha dado por creer que él no es culpable de un imaginario crimen.

—Y, usted, María...

—Yo no soy María: ¡María era la novia de mi pobre hermano!

—Y, ¿dónde está María?...

La enlutada bajó la cabeza y murmuró: —No me lo pregunte usted...

Luego, me dijo que ella había llegado a la Habana a encontrarse con otro hermano que vendría de París, para entonces ir a los Estados Unidos, donde esperaban encontrar cura para el

EL CUENTO EN PANAMÁ

pobre vesánico...

Se despidió de mí recomendándome, como antes, que no dijese nada, pues se temía que la policía al enterarse de que había un loco en la ciudad, lo obligara a permanecer en el asilo. Luego no volví a verla; sospeché que rehuía pertinazmente mi presencia. Y, me pregunto: ¿qué muda tragedia se ocultaría en aquella historia?

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

Ignacio de J. Valdés Jr.

Nació en Santiago de Veraguas, el 6 de junio de 1902. Hizo estudios secundarios en la Capital, como interno del Colegio de La Salle, donde recibió el grado de Bachiller en 1921. Periodista de temperamento, impuso su columna “Vibraciones”, que se publicó de 1929 a 1931, año en que fue designado Cónsul de Panamá en Londres. De regreso a su tierra en 1934, volvió a la faena periodística, escrita lo mismo que hablada. Durante algunos años fue Jefe del Departamento de Radio y Prensa del Ministerio de Gobierno y Justicia. Obras: *Vibraciones* (poesía), 1926; *Cuentos Panameños de la Ciudad y del Campo*, 1928; *Sangre Criolla*, 1943; *Alma*, 1945; *Mandrágora*, 1947; *Ternura*, 1947; *Cuentos de Carnaval*, 1949.

Cásate, hijo... cástate

Tres horas más hacía que estaba lloviendo, y el temporal no llevaba trazas de amainar. Yo me revolvía impaciente y colérico en la banqueta que el buen compadre Román Rivera me había ofrecido. El viejo me observaba, pero no se atrevía a dirigirme la palabra por temor a que explotara mi visible mal humor.

Por fin, se decidió, cuando la caída de un nieto que resbaló en el lodo formado por la lluvia con el viento en el portal, hizo dibujar una sonrisa en mi antes agrio semblante. La madre había cogido al chiquillo del suelo y sentándolo en sus rodillas, comenzó a sobarle la cabecita golpeada, diciéndole una como monótona cantinela, hasta que el chico dejó de chillar: “Sana, sana, culito-e-rana”.

—Como que es usted de poca paciencia, niño —se atrevió a decirme—, y así no se va a ninguna parte. Más deja ser paciente y dejar que corra el mundo la bolina. Mi abuela me decía siempre: “No te pelees nunca con nada ni con nadie; menos entoavía con el Cura, el Arcarde ni con el médico”. “Y si me buscan”, yo le preguntaba. “Si te buscan el pleque pleque, pues mejor juye. Mejor es que digan, aquí dejó Román los miasos que aquí dejó

Román la sangre”. Y la verdad es que más deja la paciencia que la impaciencia. ¿Cree usted, manito, que sin paciencia se podrían tener cinco mujeres al mismo tiempo?

—¿Es que usted ha tenido toda esa cantidad, ño Román?

—Yo no, m’hijito. Dios me ampare y me favorezca; pero yo sí conozco a uno de por aquí, mano Celestino Rodríguez, que tuvo esa valentía. Si niño, cuatro mujeres: cuatro “amigas” y la esposa legítima por el Sacramento. ¡Y lo bien que se llevaban todas cinco! Cuando María Eduardo, Natividad, Angélica y Tanita, las cuatro “amigas” que eran hermanas entre sí iban al pueblo, siempre le traían un regalito a Carolina, la esposa legítima. Y Carola siempre les guardaba comida al volver del pueblo a sus combelesas.

—¿Y todavía viven?

—Carolina, la esposa, y Tanita. Pero solamente Carolina está con ño Celestino. Fue Tanita la que me dió la nueva así: “Natividad, María Eduardo y Angélica murieron, llevándose poco tiempo, del trancazo. Yo estoy viva porque me dejé con Celestino, si no, también me joro”. ¿No cree usted, niño, que mano Celestino merece un premio de paciencia habiendo lidiado a cinco mujeres al mismo tiempo?

La conversación de mano Román se hacía más y más interesante. Roto ya el hielo, el viejo se hizo locuaz y el buen humor le brillaba en el único ojo que alumbraba su rostro. Aprovechándome de la ocasión, me aventuré a preguntarle:

—¿Cómo perdió usted el ojo?

El viejo se pasó involuntariamente la mano por el alvéolo cicatrizado del ojo vaciado y me narró esta historia cómico-triste.

Es una costumbre ya casi desaparecida aunque no del todo entre nuestros campesinos, el buscar los padres novias para sus hijos. No quería decir esto que los hijos no tuvieran el derecho de escoger su futura esposa. En el primer caso, el padre visitaba a los padres de la muchacha y hacía la proposición de matrimonio. Se fijaba la fecha del “consentimiento” (esponsales o compromiso)

y la del matrimonio, y todo quedaba arreglado. No era esto lo principal, sin embargo. Un requisito muy importante que exigía el padre del novio y muchas veces los de la novia era la edad para el matrimonio, edad que no señalaban los años sino las habilidades y cualidades de trabajador del futuro esposo.

Sobre las espaldas de José, el hijo mayor de ño Román, ya habían pasado todos los tamaños de “motetes”. Sabía tumbar montes, desbrozar, quemar, sembrar, socolar y cosechar. Ya había vencido tareas al lado de curtidors labradores e insistía ante su padre en el derecho que tenía a casarse ya con Goyita Visuete, con quien había formalizado compromiso.

Pero le faltaba una prueba. Por dedicarse a las faenas agrícolas en otros ramos, no tenía mucha práctica con el hacha en la poda de los árboles corpulentos y menos aún en la labor de cortar trozas. Érale necesario saber cómo se asentaba con acierto el golpe del agudo filo en el macano, el balo, el cedro, el maría, el espavé y la pinotea, conocer la dirección de las fibras, cómo esquivar los nudos rebeldes y traicioneros. Ño Román presenciaba sus prácticas y de vez en cuando empuñaba el hacha con vigor y seguridad. Al caer sobre el duro tronco lanzaba un agudo retintín y, con silbido y rapidez de bala, la astilla volaba por los espacios, gracias al movimiento diestro y experimentado del viejo labrador.

José practicaba con ahínco. Era lo único que le faltaba saber para poderse casar. Un día, empero, llamó a su padre y le solicitó por milésima vez su aprobación para señalar la fecha del enlace.

—¿Ya sabes sacar la astilla como yo? —le preguntó incrédulo y socarronamente el viejo.

—Sí, tata, ¡venga pa que me vea! —le respondió, confiado, José.

Y lo llevó al patio donde yacía un grueso tronco de algarrobo. Se apartó ño Román, incrédulo. José empuñó el hacha por el mango, hízola dar un molinete vertiginoso sobre su cabeza y, del tronco duro del árbol salió lanzando un silbido penetrante y jubiloso, como un proyectil casi invisible, una astilla que fue a incrustarse en el ojo izquierdo del viejo Román, quien no tuvo

tiempo de verla y esquivarla.

Con las manos en el rostro ensangrentado, el ojo vaciado por el horroroso impacto, ño Román sólo repetía:

—¡Cásate, hijo, cástate, cástate!

Y cayó desvanecido por el dolor en los brazos del hijo asustado y dolorido.

* * *

—Con el final de esta historia terminó mi obligada visita.

Alumbrado por la pirotecnia celestial de los continuos relámpagos lejanos, continué mi viaje de regreso a la tranquila ciudad adormecida en esta fría tarde invernal, bajo el manto de sus antiguas glorias y tradiciones...

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

José María Núñez Q.

Nació en Ocú, Provincia de Herrera, el 6 de enero de 1894. Después de hacer estudios elementales en su pueblo natal y en la ciudad de Panamá, marchó a Colombia. Estudió medicina en Bogotá y en Cartagena de Indias, cuya Universidad le doctoró en 1919. Hasta el año de 1923 trabajó para la *United Fruit Co.*, en Colombia. Al año siguiente se le nombró Director del Hospital de Chitré, cargo que sirvió por más de un lustro. Desde 1931 se radicó en la Capital. Fue Jefe del Departamento de Medicina General del Hospital Santo Tomás. Cultivó también, por afición natural, la pintura. Obra: *Cuentos Criollos* (1947).

Un hombre

Fiesta de Santa Rosa. Noche serena. En la plaza brillan los fogones de las cafeterías y las guarichas humeantes. Gentío abigarrado. Pantalones cortos, amplias polleras, cotones de bayeta, sombreros blancos. En la plaza, en las tiendas, mejoranas y cumbias, cantos y salomas. De pronto, un alboroto, una pelea. La gente que se arremolina, los curiosos que corren, los cantos que cesan y una voz que grita:

—¡Yo soy hombre!

Mi compañero sonrío.

—¡Hombre! —dice—. ¡Hombres!, porque lo dijo la partera. ¡Todos, cuando se les sube el seco, se creen hombres! Y me río yo de ellos. ¡Hombres llamo yo no a esos meterruidos y bocones, sino a los que se prueban en todo tiempo, con aguardiente y sin aguardiente, en el trabajo, en las peleas, en las dificultades, hasta en el momento mismo de la muerte!...

Toma un sorbo de café. Se desabotona, la estrecha manga de la camisa de coleta, alza el ala del sombrero y prosigue:

—Cada vez que oigo esas bravuconadas me viene por contraste el recuerdo de Chando... De Chando de León. Yo no sé si

usted se acordará de él. Era un mozo alto, cenceño, blanco. Con las mujeres tenía una labia que las derretía. Ninguno cantaba como él ni componía décimas más graciosas. Nadie le sacaba mejor un lance al toro, ni montaba un novillo mejor que él. Desyerbando caña pocos se le apareaban, ni con el hacha le sacaban ventaja en las derribas. Yo, cuando lo conocí, no creía que era lo que era, porque tenía siempre en los labios una sonrisa y, como era lampiño, parecía una niña. ¡Pero era hombre mismo y se amarraba muy bien los pantalones! Amigo bueno, tenía el corazón en la mano; ofendido, había que temerle. No es que buscara peleas, no; pero tampoco les sacaba el cuerpo. Muchas tuvo, señor, y a dos sé yo que se llevó por delante defendiéndose de una gavilla que le hicieron. Dicen que a uno se lo quitó de encima de una patada en el vientre; al otro le puso la peinilla en la cabeza, y no se levantó más. Como fue en defensa propia, lo absolvieron.

En fin, se diría que cuando a uno lo acorralan, el miedo mismo le puede hacer ejecutar maravillas...

Pero cuando yo tuve idea cabal de la clase de hombre que era Chando, fue cuando estuvimos en el Suay, él de mayoral y yo entre los mozos de don Lisandro.

Hacía días que en la hacienda venía causando daño el gato... El tigre, diré. Ya se había cazado varios terneros y cada vez estaba más atrevido. No teníamos escopeta, ni los perros servían, y las postas envenenadas que le poníamos no las tocaba el condenado. Parece que como tenía carne fresca fácil, no le provocaban. Para evitar el estrago, mientras venían los chopos que habíamos solicitado al blanco, resolvimos encerrar el ganado al anochecer en un corral grande que quedaba a no mucha distancia del rancho.

Los primeros días no pasó nada; pero una tardecita, cuando estábamos cenando después del encierre, comenzaron los perros a ladrar y sentimos el ganado inquieto y trajinando mucho. De pronto rompió el corral de una barajustada, con un ruido que

daba espanto y un tropel que parecía que se vinieran abajo las trojas del otro mundo. A poco sentimos el bramido de una vaca; un bramido de agonía como el que dan cuando se les pone el fierro. Todos estábamos suspensos, cuando dijo Chando:

—Muchachos, ese es el gato que ha cogido una res. ¡Vamos a quitársela!

—¡Quitársela! —dije yo—. Por mí que se la coma... y que le aproveche.

Los otros debieron pensar lo mismo porque se quedaron remolones.

—Vengan —dijo Chando— y no sean ¡m...! ¡Ahora mismo verán quién puede más!

Y cogiendo la pulla y una manta, se echó afuera. A nosotros nos dió vergüenza y nos fuimos detrás. Más allá del corral, en un pelado que queda como a unas cien brazas, vimos al gato —¡y qué señor gato!— que había doblado la novilla y le estaba comiendo el pecho.

Nosotros nos encaramamos en la cerca, sin resolvernos a traspasarla. Todos estábamos en silencio y sentíamos un escalofrío que nos molestaba en la nuca.

Chando se bajó del otro lado y caminó resueltamente hacia el animal. El tigre, que estaba entretenido con la presa, levantó de pronto la cabezota, se lamió el hocico manchado de sangre, fijó en Chando sus ojos ardientes... Se recogió luego sobre sí mismo, batió la cola y dejó escapar un rugido. Chando siguió sin titubear hasta llegar a unas varas de distancia. El tigre rugió de nuevo, pegó las orejas contra la cabeza, el pecho al suelo y parecía pronto a saltarle encima. Chando estaba también en actitud de combate, la manta arrollada al brazo, el colín levantado, los nervios en tensión y miraba al tigre con la misma fijeza con que el tigre lo miraba a él.

A nosotros los momentos nos parecían siglos. Y ni el tigre, ni Chando se movían... De pronto, vibró la voz del hombre, alta, serena, amenazadora:

—¡Qué hubo! ¡Viene usted, o voy yo!

El tigre pareció sorprendido; vaciló primero, retrocedió un poco después. Entonces Chando, con la misma voz vibrante, cargada de amenaza, concluyó:

—¡Usted me tiene miedo! ¡Párese, que voy yo!

Y saltó hacia él.

—¿Fue la voz? ¿El tono de las palabras? ¿Los ojos de Chando? ¿Su actitud decidida? Yo no sé. Lo cierto es que el tigre, al verle avanzar, huyó despavorido, desapareciendo entre los breñales...

* * *

—¿Qué se hizo Chando? —pregunté yo.

—El pobrecito se murió. Para Reyes, va a hacer tres años. Yo estuve a verlo y daba lástima. Ya terminando, lloraba la madre al ver que se le iba; y él, recogiendo el aliento que le quedaba, le dijo con aquella engañadora sonrisa suya:

“¡No llore, mama, que me ablanda! ¡Réceme nada más!”

—¡Ese si era un hombre!

Mi compañero termina el café; se abotona la manga estrecha de la camisa de coleta; baja el ala del sombrero y se levanta. Tiene los ojos húmedos de emoción y se vuelve de espaldas.

Las candilejas humean; los fogones brillan. Las mejoranas y salomas pueblan de alegría primitiva la noche serena de la fiesta de Santa Rosa.

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

Gil Blas Tejeira

Nacido en Penonomé, ciudad de juristas y letrados, el 18 de enero de 1901. Terminó solamente la escuela primaria. Muy joven, previo examen de competencia, fue maestro rural. Luego, en Bastimentos, Bocas del Toro, maestro sin adjetivos. Abandonó el magisterio e ingresó a la burocracia del Poder Judicial, en un tribunal de la provincia antes mencionada. Por cuatro años (1925-29) desempeñó las funciones de Bibliotecario, en la Biblioteca Mateo Iturralde, de la ciudad de Colón. Fue Canciller del Consulado de Panamá en Kingston (1929-31), Tesorero del Ayuntamiento de Colón, Diputado a la última Asamblea Constituyente, Embajador de Panamá ante el Gobierno de Costa Rica.

En 1935 mereció una mención honorífica en un concurso de novelas organizado por el Municipio de Panamá. Fundó el semanario "Calle 6", de la ciudad de Colón. Durante algunos años sirvió, con el pseudónimo *El Caballero Esplandián* en el vespertino "La Nación", una de las más leídas columnas de nuestra prensa diaria. También colaboró en "La Hora", diario del mediodía. Obra: *El Retablo de los Duendes*, 1945.

Salomé

Aunque la iglesia de mi pueblo era amplia y tan sólo se llenaba totalmente para las grandes festividades, la devoción pueblerina no parecía muy satisfecha. Una vieja capilla conocida por el nombre de "La Ermita" había sido destruida por el tiempo, y los penonomeños de la calle de San Antonio estaban interesados en su reconstrucción.

La tradición había hecho del lugar donde se levantaba aquella capilla parte integrante de los ritos conmemorativos de la tragedia del Gólgota. Todos los años, para el sábado de ramos, la imagen de Jesús era llevada en andas hasta ese lugar sobre cuyas ruinas la gente de mi barrio construía un bohío provisional, con pencas de palma.

Aquello no podía continuar así y los sanantoñeros se dispusieron a levantar una nueva capilla. Se constituyó una junta con tesorero y todo y comenzaron a efectuarse rifas, ferias y representaciones teatrales para financiar la obra.

Pero mi pueblo tiene más de un barrio. Y el de San Antonio

no es, ni con mucho, el más grande. Hay también el de Los Forasteros, que ha desafiado triunfalmente las nuevas denominaciones edilicias, pues se le sigue conociendo por el nombre con que lo ungieran nuestros antepasados. Y la gente de Los Forasteros es esforzada. Jamás ha querido ser menos que los sanantñoeros y la rivalidad de barrio a barrio fue por mucho tiempo tan pronunciada como para escribir una nueva *La Aldea Perdida*. Sólo falta que produzcamos un Armando Palacio Valdés.

De ahí que los forasteros intentaran hacer también su capilla, que debía ser dedicada a Santa Rosa, como era la nuestra a San Antonio. En la Corte Celestial, la santa americana y el elocuente orador de los peces se encargarían de dirimir las diferencias de la devoción pueblerina.

Con todo, los del barrio de San Antonio estaban llamados a triunfar. Tenían a su favor el apoyo de los de la Calle Chiquita, que en esta ocasión se aliaron a los sanantñoeros por ser la causa de éstos de más arraigo en la tradición del pueblo.

Hoy el barrio de San Antonio tiene su capilla de ladrillos que interrumpe, como una fortaleza contra los tres enemigos del alma, la continuidad de la más vieja de sus calles.

Por más que los profesores del determinismo económico nos presenten la economía como la fuerza motriz de todos los gestos humanos, ya individuales, ya colectivos, he de declarar que en el esfuerzo sanantñoero por construir la capilla de su santo no había sino dos móviles nada monetarios: en el elemento devoto, prevalecía la sencilla fé en el santo unido a nuestra calle por el nombre y la devoción; y en los jóvenes que alardeábamos de escépticos imperaba el anhelo de pasar buenos ratos, so pretexto de los ensayos, en compañía de las buenas muchachas de nuestro pueblo, llamadas a ser nuestras compañeras cuando nos fuera dable constituir un hogar.

Había en Penonomé un boticario venezolano de apellido Díaz Viana, mejor auxiliar de Talía que de Hipócrates, a cuyos talen-

tos histriónicos nos confiamos sin reservas. Gustaba de los dramas de Gran Guñol y representaba todos sus papeles con énfasis de tragedia.

Bajo su tutela representamos, entre otras, dos obras venezolanas: *Dios tarda, pero no olvida*, cuyo autor no recuerdo, y *Frutos Naturales*, de Udón Pérez, drama un tanto iconoclasta, lleno de una rebeldía romántica, soslayado de verdadero interés humano.

Los hermanos Quintero, Gregorio Martínez Sierra, Linares Rivas y Camprodón habían sido objeto de nuestros talentos histriónicos. El pueblo nos discutía. Yo era de los inferiores. Modestamente he de confesar que jamás se me dio papel de importancia, pues un acto mío hizo desconfiar a la farándula de mi seriedad. Se trató de la presentación de la Resurrección de Lázaro, en cuadro plástico. Una bella muchacha, dotada de barba nazarena, representó a Jesús. Yo, con el rostro enharinado, y envuelto en blancas sábanas, debía ser Lázaro y salir lentamente de la concha del apuntador. Pero inspirado por no sé cuál espíritu maléfico, en vez de salir de la concha me quedé muy adentro, oculto a los ojos del respetable y haciendo así imposible el milagro.

Se corrió el telón y me sacaron de mi escondite a viva fuerza y coreado por enérgicos adjetivos.

Un día cayó en manos de alguien la excelente traducción que de la *Salomé* de Oscar Wilde hiciera el profesor Zachrisson, publicada por Guillermo Andreve.

Con orgullo debo referir que cuando se habló por primera vez de representar aquel terrible drama, protesté. Yo lo había leído y conocía, además, una página de crítica de Fray Candil que interpretaba certeramente toda la perversidad de Salomé. ¿Cómo íbamos a conseguir, argumentaba yo, que una muchacha sencilla de mi pueblo pudiera bailar una danza lasciva como correspondía a la hijastra del Tetrarca, y despertar los turbios sentimientos que tan magistralmente presenta Wilde? Ni había

entre nosotros Herodes capaz de dar entonación dramática a las ofertas miliunanochescas del marido de Herodías.

Pero mis objeciones fueron desechadas. Yo era una especie de aguafiestas, clasificado por uno de mis compañeros como capaz de criticar el pie de Venus, al igual que Momo.

Tocó al joven poeta Juvenal Conte el papel de Yokanán. El era nuestro mejor recitador. Y a Nacho Quirós, recién regresado de Chile, se le adjudicó el rol de Herodes. Una virtuosa muchacha de mi pueblo fue Salomé. Herodías es hoy una ejemplar madre de familia. En cuanto a mí, se me destinó, para no darme oportunidad de hacer travesuras, el oscuro carácter de *capadocio*, y mis palabras no pasaban de diez.

El problema más fuerte fue el vestuario. No queríamos incurrir en el anacronismo de los que representaron a Fabiola con los soldados romanos vestidos de kaki y una vieja con espejuelos.

Vestir a Yokanán: esta era la mayor dificultad. Pero no íbamos a dejarnos vencer por un detalle. Yokanán vestía de piel y Juvenal había de salir en igual guisa. Nos dimos a buscar una piel grande, capaz de cubrir las desnudeces de nuestro San Juan Bautista ocasional. Y alguien nos dio el dato: Don Antonio Suárez, caballero de mi pueblo, prestigiado por el ejercicio eficiente de la Alcaldía por muchos años, tenía una hermosa piel de tigre americano, y una comisión se encargó de conseguirla.

—Yo no tengo inconveniente en prestársela —dijo don Antonio—, pero les advierto que yo aprecio mucho este cuero, que es el más grande en su género que jamás he visto. Tiene un hermoso rabo y no quiero que se lo corten.

Hicimos todas las promesas que hace todo el que está en apuros. Pensamos que el asunto del rabo podía arreglarse fácilmente.

Y la noche de la representación, en el Teatro Valdés, vieja caserona en cuyo solar se levanta hoy el busto en bronce del primer presidente penonomeño, Juvenal fue dotado de negra y espesa barba y envuelto en la piel del jaguar.

Como el rabo era largo, se dobló hacia adentro y se le sujetó bien con el cinturón de sogas que ceñía a nuestro Yokanán.

El drama se representó valientemente. Nuestra Salomé hizo un baile gimnástico y honesto, incapaz de levantar otro sentimiento que el de admiración a sus juveniles gracias. Recaredo Carles se suicidó como oficial romano echándose sobre un cojín. Y todo hubiera quedado bien a no ser por el maldito rabo de tigre. Porque Yokanán, al llenar de improperios a Salomé, hizo gestos tan enérgicos, que la tiesa cola del jaguar escapó de la amarra, se deslizó solapadamente por la espalda de Juvenal y comenzó a barrer el escenario a cada ademán del actor.

Un chusco gritó desde las filas traseras:

—¡Juvenal: se te salió el rabo!

El *capadocio* volvió la espalda con disimulo para que no se le notara la risa que pugnaba por estallar homérica. Mis compañeros, más estoicos, continuaron la trama hasta el final. Yokanán fue degollado y la ficción de su cabeza ensangrentada, obra de mi tío el artista, hizo su macabra aparición en escena. Y el telón cayó en momentos en que Nachito, Herodes implacable, mandaba matar a nuestra simpática paisana, que es hoy madre modelo.

En el público las risas sonaban como campanillas de bronce. Y el chusco seguía gritando con voz templada:

—¡Juvenal: se te salió el rabo!

Graciela Rojas Sucre

Nació en Aguadulce, el día 3 de abril de 1904. Dedicó su vida a la enseñanza. Maestra egresada de la extinta Escuela Normal de Institutoras, se graduó luego, en Santiago de Chile, Profesora de Pedagogía. Después tomó otros cursos, relacionados siempre con su especialidad, en algunas universidades norteamericanas. Fue miembro de nuestra misión diplomática en Washington. Obra: *Terruñadas de lo Chico*, 1931.

Fonchíngale

¿Por qué remota ascendencia le vino a *Foncho* aquella manía de la aventura? ¿O qué diablillo inquieto le puso polvos de judío errante en el cuerpo? ¡Las leguas que llevaban andadas esas patitas caminadoras en sus tres incompletos años de existencia! *Foncho* no era un niño callejero, sino algo infinitamente peor que eso: era un niño andariego, muy andariego y muy incorregible. *Foncho*, como cuenta el viejo refrán, se había andado la *Ceca y la Meca*, y la *Caña Vereca*... Se perdía de casa por horas largas, y por días enteros, poniendo en conmoción no solamente a su familia, sino al vecindario de su calle, y hasta todo el pueblo. Como su papá era el Alcalde del lugar, la fama de “*Foncho* andarín” había crecido en proporción con la importancia titular de su padre; y eran, por tanto, muy contados los que no sabían su santo y seña; y no había policía municipal al que no le hubiera tocado en alguna ocasión salir en su busca por los caminos reales, o andar a su caza, de noche, y linterna en mano, por los solares y afueras del pueblo.

A pesar de su extremada popularidad, y de que la gente estaba sobre aviso con respecto a la peligrosa manía de él, frustrándole por ese motivo muchas de sus intenciones de escape, *Foncho* siempre hallaba modo de salirse con las suyas de cuando en cuando. Porque siendo como era el pueblo, un puerto, y lugar bastante importante y céntrico hacia el que convergían caminos

de todas partes, nunca faltaban allí forasteros que, desconociendo el caso, tomaban en serio a *Foncho* cuando lo encontraban en la calle o en cualquier sitio, y, al interrogarlo sobre dónde quedaba su casa, infaliblemente recibían de él una indicación hacia adelante, con la dirección de un lejano y remoto punto... ¡Cuántos forasteros tomando en serio la tarea de devolver a *Foncho* a su casa caminaron todas las calles del pueblo y salieron de él llevando inoficiosamente de la mano al chico, hasta que algún alma caritativa venía a sacarlos de los apuros! Y como *Foncho* no sabía nunca dar su apellido, y su papá y su mamá sólo eran para él “Papá” y “Mamá”, aquello de dar con el paradero de su familia se volvía para el forastero hallador, un verdadero acertijo. En ocasiones los bondadosos lazarillos de *Foncho*, al entrar a una tienda con él a fin de adquirir algunas mercancías, sufrían el desencanto de encontrarse súbitamente desertados por el chiquillo, mientras ellos estaban en lo mejor de un regateo con el dependiente de detrás del mostrador... Porque *Foncho* no podía tener los pies quietos por mucho tiempo, y en cuanto comenzaban a hormiguarle, se echaba a andar sin dar razones ni partes, ni esperar bendiciones de nadie... *Foncho* tenía el vicio del movimiento y la extraña locura de lo desconocido...

Algunas veces *Foncho* lograba que su papá, el Alcalde, lo sacara a pasear; pero como el buen señor era persona tan importante en el pueblo, tenía que pararse con demasiada frecuencia en la calle, para conversar con amigos y conocidos; y esto, es claro, daba al traste con la paciencia del pequeño andarín. También los amigos de su papá y los tíos, sacaban a *Foncho* a caminar; pero, como su papá, todos esos señores eran dados a hacer muchas *estaciones* en el camino. De su niñera, *Señá Miquela*, a quien su mamá mandaba con él por las tardes al parque, *Foncho*, sacaba muy poco producto (porque *Señá Miquela* era persona de años y de andar muy despacioso), a menos que se durmiera (lo cual ocurría con no poca frecuencia...), en cuyo caso, *Foncho* se escurría de sus faldas muy silenciosamente, y ponía pies en

polvorosa con tanta rapidez como eran capaces de desplegar sus expertas patitas camineras...

Cada vez que *Foncho* se daba una de sus perdidas, su mamá se ponía enojadísima: ¡Ah! ¡Ese niño falto de vergüenza! El *pipiolo* ése se las iba a pagar muy caras a ella. ¡Verse muchachito más *carilimpio* y porfiado! Pero lo que era esta vez sus nalguitas iban a saber de la limpia madre... aunque tuviera que señalarle los rebencazos... ¿Acaso quería ella que el niño cuando creciera se fuera a convertir en un vagabundo o un perdido? ¡Semejante vergüenza no la podría tolerar la familia; imposible; y menos su pobre marido, el Alcalde, tan probo y de tan limpio apellido!... Pero a las dos o tres horas de la desaparición del niño, la mamá de *Foncho* había perdido los ardores justicieros, y llenándose, en cambio, de grandes y horribles inquietudes: ¿Se habría ahogado su hijo en algún pozo? ¿O se lo llevaría alguno de los indios que estuvieron por la mañana en el pueblo? ¿O se habría desprendido del puente que cruzaba la quebrada del Trocho en las afueras? ¡Ay, Dios mío, qué martirio para madre! ¡Ay, su hijito de su alma, su Fonchito, que se había perdido!... Y con el pasar de las horas en espera y ansiosa búsqueda del andarín, se desalaban los nervios de la mamá a tal punto, que comenzaba a darlo por muerto y a llorarlo inconsolablemente con acompañamiento de gritos mal reprimidos, y besos y estrujones desesperados a las ropitas del “difunto”...

Cuando el niño aparecía (generalmente con gruesa escolta de policía y vecinos), era tal el gozo de la pobre señora, que se olvidaba completamente de sus promesas de castigo, y sólo tenía alientos para cubrirlo de besos, llorando mucho de la alegría, y haciendo nerviosos comentarios sobre el hallazgo.. : ¡Pobrecito su *Fonchito* de sus entrañas, que se había perdido, y ahora aparecía por obra de la Providencia, sano y salvo! ¡Ay, qué trabajos más terribles pasan las madres! Ella se moriría el día que Alfonsito, su niño, se le perdiera de verdad. El señor Alcalde, a quien los llantos de su mujer enternecían mucho, su-

fría por sugestión un aguazón de ojos, y una especie de reblandecimiento de sus paternales reconditeces: con lo cual se le esfumaban los propósitos de ponerle siquiera la cara seria al Niño; y muy maniabierto y en vena de generosidad, el señor Alcalde hacía algún valioso obsequio a los afortunados halladores de su hijo, e invitaba a tomarse una copita a los vecinos y servidores del orden público que tanto empeño ponían en traer a su alero al descarriado...

Las explicaciones de *Foncho* a cada una de sus escapatorias eran muy confusas: no podía dar razón clara de los sitios en que había estado, y las cosas a las cuales él parecía dar importancia no merecían mucha atención de los mayores... Además, la caminata, y tal vez la falta de alimentos (aunque generalmente no faltaban cositas de comer a *Foncho* en sus excursiones: frutas caídas, bollos blancos de maíz, que las bolleras que venían del campo le ofrecían en el camino real, huevos frescos que le daba algún campesino a la entrada del pueblo...), lo dejaban tan cansado, que, al poco rato de haber llegado, *Foncho* dormía como un bendito en los brazos amantes de su atribulada mamá... Y los castigos no llegaban nunca. Muy al contrario, las pasadas angustias ante la idea de perderlo, parecían redoblar el cariño maternal de la señora Alcaldesa, y abrirle con más fuerza la veta de los mimos. Y así *Foncho* salía como premiado con cada una de aquellas escapadas. Con razón no había riendas posibles para el niño...

Foncho nunca sabía explicar por qué se fugaba. Pero si veía una mariposa volando por el patio, le entraba la tentación de perseguirla; y si a la mariposa le daba por salirse de los confines del patio y resultaba, por coincidencia, que el portón estaba entreabierto, *Foncho* lo traspasaba, y seguía su persecución en terrenos privados, o en las calles traseras; y si el deleitoso insecto se perdía de vista, *Foncho* continuaba su camino (*Foncho* nunca regresaba con sus propios pies a ninguna parte... cambiando a cada momento el objeto de su excursión: unas veces era una

columna de hormiguitas que salía de un hoyo en el suelo; otras veces un gallo escapado de un corral; y otras, un pajarito que saltaba cantando, de rama en rama; y otras, un indio que cabalgaba curiosamente a lomo de buey; y otras, un forastero de vistosa ruana y sombrero fino de jipa, que jinete en brioso caballo alazán hacía retemblar la calle al herrado y airoso paso de su bestia.

Foncho tenía, además, unas curiosidades viejas que nunca acababa de satisfacer: *Foncho* quería, por ejemplo, ver dónde dormían los gallotes; y llegar al sitio donde el techo del cielo se cae para abajo; y saber dónde terminaba la carretera ancha que salía del pueblo; e informarse de dónde venían sus amigas las bolleras, que bajaban al pueblo los domingos, trayendo a la cabeza, grandes bolsas llenas de panes de maíz, y frescos bollos de masa; y quería saber dónde crecían los árboles que daban confites... Pero esas curiosidades, *Foncho* nunca podía satisfacerlas, pues siempre alguien le echaba la mano y lo traía a casita antes de llegar allá...

Por una temporada, *Foncho* pareció corregirse de la manía andariega: cuando nació su hermanito. ¡Oh! Aquello fue un gran evento para *Foncho*, y mantuvo ocupadísimos por muchos días sus afanes de novedad. *Pingüilí* (éste fue el nombre inventado por *Foncho* para el “chichí”) era un niño muy rollizo y lleno de vida, y muy gracioso; y la entretenición más absorbente por darse. Nunca le habían dado a *Foncho*, en casa, un juguete más interesante que aquél; y valía la pena estarse allí para observarlo. *Foncho* llegó a querer tanto a *Pingüilí*, que en su honor dispuso regresar a la antigua manía migratoria, pero con una modificación: ahora *Foncho* se perdía, pero con intervalos menos largos; además, nunca regresaba con las manos vacías, sino cargado de presentes para *chichí Pingüilí*, papas y cebollas birladas de la tienda de un vecino abarrotero, florecitas arrancadas de los patios ajenos, cucharas de plata de la casa de la abuela, juguetes encontrados en las casas de la vecindad, y de cuanta

cosa hay... El producto de sus robos, total y generosamente dedicado por él a *Pingüilí*, hacía a la señora Alcaldesa poner el grito en el cielo, y movilizaba a toda la servidumbre en busca de los dueños de los objetos tan audazmente coleccionados. Y como cada día la nueva y complicada manía parecía echar más raíces y tomar proporciones de lo más alarmantes, a la mamá de *Foncho* ya no le cabía duda de que su hijo, por quién sabe qué misterioso castigo de Dios, le había salido de mala índole: porque ya no era vagabundo su hijo, sino también, ¡ay, ladrón!... ¡Valiérale Dios a ella, y a toda la desgraciada familia! En vista del terrible precipicio en que iba cayendo el Niño, hubo reunión de familia para decidir sobre la manera de corregirlo. Sugirieron unos que, ya que no era posible hacerle respetar a “la Autoridad” (como en el caso de la mayoría de los niños, a quienes se les podía meter miedo con la policía), debido a la excesiva familiaridad del niño con toda la guardia, debía recurrirse a los castigos corporales, a fin de hacerle reconocer al menos la “autoridad paternal”; otros dieron la idea de que lo tuvieran siempre en casa a medio vestir, de modo que, viéndose desnudo, le diera vergüenza de salirse a la calle; otros propusieron que le hicieran pasar un susto con Pacha Carrión, la mujer que le metía miedo a los niños.

Probados los castigos corporales, y fuera por suavidad de mano de la señora Alcaldesa, o por defecto del rejo, los tales no resultaron... Se ensayó entonces privarlo de ropas: *Señá Miquela* tomó muy a gusto el oficio, y tuvo buen cuidado de dejarle sólo con un franelín que a duras penas lograba taparle el ombligo; pero para asombro y deshonra de la familia, y gran risa de todo el pueblo, *Foncho*, en un descuido, se medio vistió con una bata de su mamá, y se echó a andar por esas calles de Dios, arrastrando con gran trabajo el exceso de indumentaria... Hasta que, finalmente, vino ¡*Pacha Carrión!* *Pacha Carrión* tenía un vozarrón de hombre, y un bigote muy varonil, que le hacía sombra sobre la boca; y sabía poner ¡unas caras de espantagentes!...

Pacha Carrión, le explicaron a *Foncho* al presentársela, se comía a los niños malos, y callejadores, y bribones. Pero como él era hijo del Alcalde, *Pacha Carrión* tan sólo quería conocerlo, e invitarlo a hacerle una visita a su casa, para que viese los huesos de todos los niños malos que ella se había comido en varios años... ¿Quería el Niño *Foncho* irse de visita con *Pacha Carrión*? Y como al preguntar *Foncho* dónde vivía *Pacha Carrión*, le contestaron que lejos, lejísimos, en las afueras del pueblo, *Foncho* sorprendió a sus familiares, decidiendo muy enfáticamente aceptar la invitación...

Foncho andarín, el hijo del Alcalde, y *Pacha Carrión*, la “Comegen-tes”, se echaron a andar, muy cogidos de la mano, por todas las calles del poblado; hasta que llegaron al puente del Trocho, en donde —al parecer, por accidente—, los topó el tío Eduardo que venía a caballo en dirección del pueblo. Reconoció a su sobrino el tío Eduardo, y muy sorprendido de hallarlo en tan temible y poco recomendable compañía, adoptó una muy generosa e inmediata actitud de defensa, rogándole a *Pacha Carrión* que ¡por su vida! le entregara al niño; y que le perdonara a *Foncho* la visita ésa, ya que su pobrecito sobrino era demasiado tierno para un espectáculo tan triste y horrible como debía ser el de esos huesecitos mondados de niños malos...; que, además, él tenía mucho miedo de que, en la soledad de la casa, *Pacha Carrión* se olvidara de que *Foncho* era el hijo del Alcalde, y como en todo caso *Foncho* olía a niño malo, *Pacha Carrión*, sin darse cuenta, podía pegarle una dentellada al niño, o sacarle más de un bocado; y que su pobrecito sobrino *Foncho* tenía tan pocas carnes que sería una iniquidad quitarle parte de ellas a punta de mordiscos...; y que él estaba seguro de que su sobrino iba a prometer estarse quieto en casa y portarse bien y suspender los vandalismos, a que era dado, con tal de que lo librasen de aquella visita... Total, que *Pacha Carrión*, aunque algo displicente, terminó por ablandarse con los ruegos del tío Eduardo y, luego de haber obtenido la seria promesa de su invitado en lo

tocante a las “composturas”, le entregó el niño que por cierto tenía un aire bastante asustado, y los colores muy idos... El tío salvador regresó al pueblo con el niño en la delantera de la silla. Y cuando hizo entrega de él, ya *Foncho* se había olvidado del incidente, y sólo tenía lenguas para hablar del caballo moro de su tío Eduardo que movía las orejas “muy ocurrente”, deste modo, y desotro... Pero el episodio de *Pacha Carrión* le dejó a *Foncho*, sin embargo, una gran curiosidad: ¿cómo serían los huesecitos de los niños muertos? Y ¿cómo era la casa de la “Come-gentes”?... Y ahora, cada vez que *Pacha Carrión* pasaba por su calle, *Foncho* se echaba a correr detrás de ella llamándola a grandes voces, y pidiéndole que lo llevara a hacer la visita aquella... Y como *Pacha Carrión* siempre saliera excusándose, con el motivo de estar muy ocupada para eso, *Foncho* se aburría de esperar a que ella se desocupara, y un día se salió de casa con la muy seria determinación de buscar él mismo la casa de *Pacha Carrión*. Así, por culpa de *Pacha Carrión*, le tocó a la mamá de *Foncho* llorarle y darlo por muerto una vez más...

Se devanaban los sesos los amigos y familiares del Alcalde por hallarle cura al mal crónico del Niño. Y cuanta medicina o método se ensayaba, había de salir fallido. Hasta que por fortuna, vino el tío abogado de la capital, e informado de las dificultades con *Foncho*, se encargó, en persona, del tratamiento del caso... Salió un día el tío Augusto, llevando de paseo a *Foncho*. Y después de mucho conversar, y de alabarle la peluquita castaña clara que se gastaba, y de decirle que su pelito, por lo fino, lustroso y ensortijado, era lo más lindo que él había visto en su vida en materia de cabellos de niño, se lo llevó a una tienda a comprar pastillas. Un poco después, el tío abogado dispuso entrar a una peluquería a hacerse la barba. Sentado en una silla, engullendo confites a más no poder, lo esperó pacientemente *Foncho* (el tío Augusto era de las pocas personas que le inspiraban a *Foncho* respeto y admiración ilimitados...; y por él, hasta era capaz de estarse quieto *Foncho*...). Cuando el tío Augusto

terminó, el barbero tomó en brazos a *Foncho* y le informó de que por orden de su tío Augusto, él se iba a tomar el trabajo de arreglarle la peluquita castaña y linda suya, a la moda capitalina; a lo cual, cedió muy gustosamente el chico. Y mientras el peluquero trasquilaba despiadadamente la peluquita, y el desprevenido *Foncho* consumía confites, el tío Augusto se estuvo contando historias muy bonitas sobre la vida y hechos de los niños de la ciudad, y las diversiones y juegos de éstos, etc., etc. Cuando el peluquero terminó, la peluquita había desaparecido. El tío Augusto, antes de permitir que *Foncho* se mirara al espejo grande de la peluquería, se puso a darle explicaciones, en un tono muy sentencioso y regañador: Él había ordenado que le cortaran el pelo al rape, para castigo y ejemplo, y para que se dejara de ser andarín y callejero, y todas esas cosas malas y vergonzosas que eran de su predilección... ; y que ahora, así pelado “al coco” tendría más escrúpulos en salir a la calle, pues todo el mundo al mirarlo se reiría de él... Y ahora su sobrino *Foncho* tendría que esperar que le creciera la peluca otra vez; y si cuando le hubiera crecido, aún no se había compuesto absolutamente, él, el tío Augusto, ordenaría que lo volvieran a trasquilar inmediatamente...

Qué vio *Foncho* en aquel espejo de la peluquería? Un niño, ciertamente; pero ese no era *Foncho*, era un niño que tenía la carita muy afligida y pálida, y un pucherito muy tembloroso y triste en la boca; y una cabecita monda y lironda como bola de billar, o como calva de viejo... ¿Y dónde estaba *Foncho*? Se llevó las manos a la cabeza, y sintió el contacto como de cepillo de su pobre pelito rapado. Miró al espejo otra vez, y notó que el muchachito triste también tenía las manos en la cabeza... El niño feíto ése, era *Foncho*, ¡sin pelo!... Y “*Foncho sin pelo*” se echó a llorar con tanto sentimiento y tal cantidad de sollozos, que el tío Augusto tuvo que llevárselo a casa en brazos... “*Foncho sin pelo*” lloró mucho todo el día, y no probó bocado, y anduvo escondiéndose de todo el mundo, inclusive de *Pingüilí*, quien,

de primer golpe, lo desconoció y se puso a llorar cuando lo vio pelón... Y por varios días, “*Foncho sin pelo*” estuvo muy callado y raro, y muy evasivo, con todas las trazas y aires de confusión de un recluso verdaderamente avergonzado de su condición...

Hasta que un día la *Madrina Lela* vino a verlo, trayéndole muchos regalos y juguetes. Pero “*Foncho sin pelo*” rehusó besarla y decirle “el bendito” y aún llamarla madrina; y, muy serio, se puso a explicarle: Él no era *Foncho*, su ahijado de ella; *Foncho* era un niño callejero y muy malo que tenía una peluquita muy linda; él, en cambio, era un niño feíto, pero muy bueno, que ni siquiera se asomaba a la calle, y que se estaba quieto en casa, y no cogía cosas sin permiso, ni nada de eso...; y el nombre de este otro niño que ella no conocía, era *Fonchíngale* (!!!) ¿No lo sabía ella? Pues sí, él era *Fonchíngale*, el niño bueno, feíto... “*Foncho peluquita*” niño bonito y malo, y callejero, se había perdido...

La *Madrina Lela* pareció muy interesada en las explicaciones de *Fonchíngale*, y cuando éste hubo acabado, después de mirarlo muy detenidamente como a persona extraña, le aseguró que, en verdad, se trataba de *Fonchíngale*, otro niño muy distinto de *Foncho*; y que ella ya había echado de ver que era muy cierto que *Fonchíngale* tenía cara de niño bueno, pero sin ser feo; lo único que pasaba era que era distinto de *Foncho*; y que aunque *Fonchíngale* no tenía la peluquita, como *Foncho*, era un niño muy gracioso, y tenía una boquita muy linda, con unos dientecitos de ratón muy bien plantaditos, y unos ojitos muy matones y conquistadores... ; y que además a ella le parecía que *Fonchíngale* era como más hombrecito que *Foncho*; y que como los niños cuando van para hombrecitos no usan melenita, *Fonchíngale* no estaba en necesidad de alguna; y, por tanto, no se podía decir que *Fonchíngale* era feo... Otra cosa: a ella no le gustaban los niños malos; y menos, para ahijados; y por consiguiente si era cierto eso de que su ahijado *Foncho* era niño malo,

ella no quería saber de él, nunca más; y más valía que se hubiera perdido... Pero ¿estaba seguro *Fonchíngale* de que *Foncho* era un niño malo y callejero? ¿Conque sí? ¡Pues en buena hora se informaba! Ahora ese madrinazgo se había acabado. Sólo que como ella no se quería quedar sin ahijado, ojalá *Fonchíngale* quisiera serlo en vez de *Foncho*, pues ella estaba dispuesta a adoptarlo, siendo como era mucho más merecedor que el otro, de su favor... ¿Quería *Fonchíngale* ser su ahijado? Y como *Fonchíngale* accediera, la *Madrina Lela* lo levantó entonces en brazos, y después de hacerle muchas caricias y de entregarle los presentes que habían sido destinados para *Foncho*, lo presentó al Alcalde y a su señora, así como a toda la servidumbre de la casa, como *Fonchíngale*, su nuevo ahijadito, que era ya todo un hombrecito (¿no veían que no necesitaba de peluca como los niños chiquitos?...), y el ahijadito más inteligente y más gracioso que ella había tenido en su vida...; y ante todo, el ahijado más bueno del mundo... Mientras duraba la presentación, *Fonchíngale* se encargó de confirmar lo de las alabanzas, mostrando con gran orgullo los dientecitos de ratón, y haciendo fiestas con los ojitos capoteadores... Le llovieron a *Fonchíngale* los besos y los abrazos; y desde ese momento fue definitiva y solemnemente encargado del puesto y derechos caseros del terrible y perdido *Foncho andarín*.

¡*Fonchíngale* nunca más tuvo ocasión de ver a *Foncho andarín*! *Foncho andarín* se había vuelto humito en la silla de una peluquería...

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

Rodolfo Aguilera Jr.

Nació en Panamá, el 27 de febrero de 1906. Fue alumno de la Escuela de Artes y Oficios. En los Estados Unidos de América, donde vivió algunos años, estudió periodismo, actividad a la que dedicó la mayor parte de sus energías. Se graduó en la Newspaper Photoengraving School of Chicago. Escribió, además de cuentos, novelas y ensayos de índole varia. Fue Director de la imprenta Nacional. Obras: *Aspectos sociales, político-económicos de la vida panameña*, 1932; *Pasó en Panamá la Nueva* (novela), 1935; *Minutos de una vida vulgar* (novela), 1937; *El Dr. Llorent, anecdotario* (en compañía de D. Korsi), 1937; *50 millas de heroicidad*, 1944 (Segunda Edición) en 1949.

Rodríguez

La calle hierve en colores. Efervescencia de humanidad. Algarabía... Estridentismo ululante de bocinas y pitos. Pies presurosos se atropellan, rompiendo un récord de velocidad y persistencia.

Vaho de alcohol digerido; eco de música sincopada con visión selvática, sudor, perfume y grajo. Gritos de alegría artificiosa y gemidos ahogados de pisotones... Resbalones y choque intencionado de sexos opuestos...

Los carros embisten la obscuridad plateada de la calle que, guiada por los faroles inmóviles, se pierde en otra oscuridad lejana, y sin remedio. Los caballos marcan el paso, arrastrando los desvencijados coches anacrónicos y el eco de sus golpes de acero sobre el pavimento se desmaya en el maremágnum viviente y sudoroso.

Incrustado en la concavidad de un ancho zaguán sin luz, Rodríguez mira, alejado, el espectáculo. Ansias enormes de unirse a la precesión humana, ímpetu gregario de seguir la fila, de sentirse vértebra de la enorme serpiente que se agita a lo largo de la acera.

No hay alegría en su alma. Ni siquiera anima en él una par-

tícula de esperanza. Se siente abrumado por una amargura filosófica, que lo impulsa a la abstracción, a la vida inerte y contemplativa, a mirar sin ver y a sentir sin esforzarse.

Tiene un hambre enorme que se inca en su orgullo con más fuerza que en su estómago. Maquinalmente mete una de sus manos en el bolsillo de ese pantalón suyo tan estoico y tan bueno, sabiendo que no encontrará nada sino el fondo largo y frío como un precipicio. Los dedos se mueven nerviosos en la concavidad de ese bolsillo, tan falto de personalidad, tan irresponsable, en el cual, desde hace días, no aloja la más mísera moneda. Saca la mano que se asfixia en lo que a él se le antoja el hueco de una sepultura y se la pasa por la frente afiebrada. Es una autocaricia que bien podría ser una mujer complaciente. Cómo recuerda sus noches de desesperanza, cuando durmiendo en las frías bancas del Lesseps ha sentido bajo la taumaturgia del deseo palpar de amor la fría piedra que arrojaba con su cuerpo...

Si él pudiera esta noche de fiestas... En esta noche tibia y alegre que predispone a la parranda... Pero es inútil hacerse ilusiones.

Regresa su pensamiento del palacio dorado de su fantasía y se encara con la dura realidad... Allí está él, como perro sarnoso, acurrucado en un rincón sin luz, viendo con sus ojos apagados cómo la vida magulla su dolor...

• • •

Elena baja las escaleras pausadamente. Se siente cansada. Sus piernas languidecen bajo el peso de su cuerpo. Las bellas formas de la prostituta se señalan mejor dentro del tul de su vestido que como una caricia se ciñe sensual sobre su carne morena y palpitante.

Una joyería esplendente hace juego a su bello rostro en donde el vicio oculta su faz, avergonzado y vencido por el polvo de arroz y el colorete.

Va Elena en busca de aire fresco. Ahíta está de brazos sudorosos, de estremecimientos comerciales, de vender amor sin descanso en esa noche de fiesta.

Se incrusta en la multitud, que se mueve incesante en un palpitar inconmensurable. Se deja llevar. Sobre su cuerpo se aplastan otros cuerpos de hombres y mujeres.

Siente que se le oprime el pecho, que se le rompen las costillas. Su cerebro le golpea con un martilleo intermitente...

No puede más. Haciendo un esfuerzo supremo se tira a un lado rompiendo la muralla de carne que se abre como un racimo ante el esfuerzo de la muchacha que se precipita, casi sin aliento, al fondo de un zaguán sin luz, que la recibe generoso en un abrazo de silencio.

Rodríguez, que es una sombra, la mira a su lado con sus ojos sin luz...

Errátil, su bello cuerpo busca el apoyo de la pared desnuda. Allí, por un instante, cierra sus párpados cansados, mientras afuera, como un torrente, ruge de placer la multitud.

Rodríguez se le acerca. Reconoce en ella a la mujer fácil y dispuesta. En sus noches de insomnio, cuando arrastrando sus zapato sin suelas por la Avenida Central asesinaba al Tiempo, se las ha encontrado por decenas, con su inseparable cartera de colores bajo el brazo, que es como el cartel en que se anuncia el alquiler de un hora de ilusión sintética.

La mujer, abiertos ya los ojos, pretende huir, pero la mano de Rodríguez, abierta como una garra, la aprisiona por el brazo carnoso y tibio:

—No huyas. No te haré daño. Sólo quiero saber por qué has entrado aquí...

La voz de Rodríguez es acariciadora. Elena se estremece bajo la incoercible sensación de esa caricia del desconocido. Afloja su cuerpo. Relaja sus músculos. El temor ha huido acobardado...

—Me sentía desamparada, sola en el inmenso gentío. Me

sentí desfallecer...

El ambiente se torna tibio. La confianza y la simpatía van arrojando fuera, a la calle, la frialdad.

Los ojos de Rodríguez se posan sobre las manos de Elena. Varias sortijas de diamantes destrozan, como vestigios de su vida derrotada, con intermitencias de sol, la obscuridad del zaguán. Ligófilo, Rodríguez aprecia en toda su intensidad la riqueza de esa pedrería inerte.

Regresa el temor, que había salido, al cuerpo de Elena.

—No me hagas daño —musita con voz imperceptible—; déjame ir. Te doy la que quieras, la más hermosa...

Rodríguez, a pesar del hambre que como una araña le cosquillea el estómago, sonrío. Y piensa: “Qué noche, qué lugar, qué oscuridad, qué oportunidad más bella para un asesinato...”

—Yo no soy un ladrón —dice en alta voz—, pero puedo robarte. Si me diera la gana te ahogaría con mis manos y nadie sabría nada...

—¿Qué quieres, entonces? Déjame ir, por favor.

La voz de Elena es ya un quejido desfalleciente. Ha sentido el soplo frío, como una lápida, de la tragedia y de la muerte.

—Yo no soy un ladrón —continúa la voz de Rodríguez—, pero soy un hombre. Si quisieras...

Hay un silencio. Después un susurro...

—¿Aquí...?

Y en el zaguán oscuro, húmedo y tétrico, en donde la muerte rondó por un instante, el amor callejero, ese amor tan fácil y tan peligroso pero tal vez el más sincero, encontró esa noche de fiesta su lecho nupcial...

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

Rogelio Sinán

Nació en Taboga, el 25 de abril de 1904. Bachiller del Instituto Nacional (1923). Hizo luego estudios superiores en Santiago de Chile y en Roma. Allí publicó, en 1929, su primer libro: *ONDA* un tomo de poesías. Regresó al país en 1930 y fue nombrado profesor de Castellano en el Instituto. En 1932 hizo un breve viaje a París. Reintegrado a la tarea docente se mantuvo en su ejercicio hasta el año de 1937, en que fue nombrado Cónsul General de Panamá en Calcuta, cargo que desempeñó hasta el año de 1939. En 1945 ganó el primer premio de la sección “novela” del concurso Ricardo Miró. En enero de 1946 inició la publicación de la “Biblioteca Selecta”, serie de cuadernos mensuales que llegó a su entrega veinte. Ganó el premio Miró, en la sección “poesía”. Murió en el año de 1994. Obras: *Onda*, 1929; *La Cucarachita Mandinga*, 1937; *Incendio*, 1944; *A la orilla de las estatuas maduras*, 1946; *Dos aventuras en el Lejano Oriente*, 1947; *Plenilunio*, 1947; *Semana Santa en la Niebla*, 1949.

A la orilla de las estatuas maduras

Allí en el río era donde mejor estaba. Ni los sollozos de la tía Josefina que andaba siempre de un lado para otro quejándose del reuma, ni los gritos delgados de su madrina José María que no hacía más que darle con el chicote siempre que hacía alguna diablura, ni los recados a casa del compadre, ni el tirapié del Juez, ni el rosario, ni nada.

Una cosa era estar al pie del zapatero con el “Cristo A.B.C.” entre las manos —la de la horqueta era la Y, la de los palos, la U— y otra cosa era estar a la orilla del río, con su tapón, esperando a la tórtola.

—Muchacho, anda a comprarme tachuelitas—, le habían dicho.

Pero él había comprado maíz. El zapatero se quedaría esperándolo. La vuelta era lo malo. Ya él conocía muy bien los rebencazos del tirapié. Dolían primero un poco; después le iba quedando como una especie de picazón en todo el cuerpo; se secaban las lágrimas antes de los sollozos, y el dolor se dormía. Al día siguiente se repetía la cosa.

Por el camino largo —sudor y sol— se había topado con gente de campo. Que tuviera cuidado, le dijeron; andaba por allí un toro suelto. Y, ahora, sentado allí entre el matorral, hacía sus cálculos de huida. Había que estar alerta por si acaso caía por allí el *bicho*. ¿Y qué? Nada tan fácil como subirse a un árbol. ¿A cuál? Miró aquí. Miró allá. Puso la vista en uno. Entre los muchos que había del lado de acá, ése era el indicado. Estaba sobre el agua en forma de arco y parecía que estuviera “tirándose de cabeza” como lo hacía él cuando venía a bañarse con los otros muchachos. El gran árbol tenía mucha fronda. Metía sus ramas en el agua (¿para pescar?). Era fácil subir y acomodarse allí, escondido entre lo verde mirando abajo.

La inquietud de probar —ya había probado tantas veces— lo aferró por un brazo. Al fin de cuentas, no era malo ensayar. Aquella vez —la culpa de *El Ñopo*— casi se rompe el cuello. Se habían fugado todos de la escuela. Eran cinco: *El Ñato*, *El Ñopo Pedro*, *Goyo Gancho*, *Fulo Encuero* y... ¿el otro? ¿Quién era? No recordaba. El otro... ¡Ah! Sí, el *Culizo*. Andaban por allí echándose abajo, desde el árbol al agua. La rama se fué haciendo resbalosa. Él perdió el equilibrio. Y cayó, no en el agua, sino en la tierra firme. El tanganazo fue *padre*. Desde entonces le habían prohibido ir al río. Pero hoy se había fugado, ¡qué diablos!

Si el animal venía, él, de un salto, se treparía en el árbol. No era malo probar. Se alzó. Se echó a correr y ¡pum! ¡Arriba!... El árbol se meneó como un gran trampolín y sumergió sus ramas, que sacó luego a flote chorreando agua. Se acomodó a caballo sobre el doblado tronco —¿arco para qué flecha? ¿puente para qué ruta?— lo zarandeó otra vez encaprichado y luego, pareciéndole buena la prueba, bajo rápido. Se escondió nuevamente entre los matorrales y siguió preparando su *tapón* para cazar palomas.

Goyo Gancho tenía un tapón que —¡púchas!— era tamaño grande. *Goyo Gancho* sabía muchas cosas. Era su buen amigo.

Amigo para el río solamente o para robar mangos en la finca de Chago López, porque en cuanto al tapón...

(¿Me lo prestas, Goyito? Voy al río no más y te lo traigo como si náa...).

...no había querido ni dejárselo oler. Y no hubo más remedio que hacer uno de la mejor manera posible. Había ido recordando ramitas secas, las más derechas que había hallado. Ahora, ya estaba casi lista la tapa, en forma de pirámide. ¿Y si el toro venía? Seguramente era ese que había traído de la feria Don Patrocinio. Lo había visto una tarde embestir a un potro. Por poquito le saca las tripas. Miró el árbol. Se bamboleaba. De allí arriba, ni Cristo...

Hacía calor. Se secó con la manga la frente. Debía ser mediodía. Era la hora propicia al aguaito. A poquito caerían a beber agua las palomas. Puso el oído... ¡Nada! Sólo el viento movía fuerte las ramas; pero también se oía la música del agua, que corre y corre siempre quién sabe adónde. “Lo mismo que la gente”. El señor cura tenía razón. Era una lata, sin embargo, ir los domingos a la doctrina porque había que ponerse los zapatos. Pero el padre Camilo era bueno, y decía muchas cosas, y daba confites. A las muchachas sí que las regañaba. ¿Por qué? Después de todo, *Goyo Gancho* podía quedarse con su tapón en casa. Ya él había terminado el suyo propio. ¡Y mejor!

Seguía el ruido del viento y del agua. Pero ya comenzaba a oír en la distancia el tira y jala del turrututeo. Había puesto la trampa con su poquito de maíz debajo y se había colocado un poco lejos, bien escondido entre las hojas. De pronto oyó a su espalda un alocado sacudimiento de ramas. Pensó en el toro; y algo se le subió a la garganta. Loco revoloteo. ¿Una paloma? Se envolvió en un silencio pequeñito. Sintió de nuevo la rápida repercusión de golpes entre la fronda. Oyó un zumbido largo como una bala y... ¡zas!... allí cerquita, sobre una rama, se paró la paloma. Se zarandeó un poquito. Abrió y cerró las alas. Alzó el pico. Miró a un lado y a otro. Y se quedó un momento como

escuchando. Después se dio a espulgarse.

Hecho un ovillo de silencios, él la estuvo acechando. Le parecía que el viento mugía ahora con más furia. Una piedra le hacía mal en el suelo. Se quería acomodar. ¡Cuidadito! Si se movía, volaba. ¿Por qué harían tanta bulla las aguas del río? La paloma hizo un movimientito, abrió las alas, y descendió a otra rama. ¡Ésta *caía seguro!* Al diablo *Goyo Gancho* con su tapón y todo. El viento remeció fuerte las ramas. La paloma planeó y, suavemente, apoyó sus patitas en el suelo. No una sola: ¡muchas iba a coger! Ponía el pico en la yerba; volvía a alzarlo; y avanzaba con pausas hacia el grano. Todo el pueblo se asomaría a mirarlo. ¿Y si el toro venía? La paloma avanzaba. Que no viniera. Y él pasaría orgulloso por la plaza. La paloma movía la cabecita. Subirse al árbol era la salvación. Un collar de palomas alrededor del cuello para que las mirara todo el mundo. Ya iba a picar los granos. ¿Y el zapatero? *Goyo Gancho* lo miraría con rabia. Movié el viento las ramas. La paloma levantó la cabeza y se quedó un momentito asustada. Se iba... ¡Se iba! Echó un paso adelante... y picó un grano. “¡Mire, madrina, cuánta paloma traigo!” Picó otro, sin moverse. La madrina se quedaría mirándolo sin decirle palabra. Un paso más y... ¡pum! O bien se haría la brava y le diría: “Pon ahí eso y andaveme a comprar un real de achote”. Ya estaba por caer, pero a lo lejos, se encendieron de pronto unas voces. ¿Muchachas? La paloma se echó un poquito atrás. ¿Y quién diablos sería? Alzó el pico asustada. Las voces se agrandaron rápidamente. Abrió y cerró las alas. Tomó empuje. Ruido grande de voces. Viento. Gritos. La paloma desdobló su inquietud y alzó en parábola su vuelo sin ruta. ¡Todo perdido! Y, ¿quién ¡caray! a esa hora?

Un pequeño disgusto de fracaso le hizo cerrar los puños. ¿Escaparían del toro? Una vez había visto en un sueño a una muchacha vestida de rojo perseguida por un torazo negro. La muchacha resultó ser él mismo. Pero las risas que oía no eran de miedo. Eran risas de risa. Una ola que avanzaba. Allá en el pue-

blo era bello reírse por reírse, en la plaza con luna o en el rincón del atrio. Ya lo echarían de menos su madrina y el juez. “Apenas venga le pego”. El chicote pendía de una horqueta. Ya las voces estaban allí al lado, pero no veía a nadie. ¿De dónde habrían sacado ese chicote? Una vez lo escondió. Todo el mundo buscaba. Y él repetía dentro de sí, como en el juego, “frío... frío... caliente, caliente”. ¿Sí vendrían a buscarlo estas muchachas a él? Pegaría una carrera. *Ni Goyo Gancho* pudo alcanzarlo un día. Corría como caballo. Volaba. Lástima, la paloma. El rencor le volvió, por un instante, a los puños. Pero ahí estaban las risas. Iban a aparecer. Su rabia se cambió en curiosidad.

Asomó la pequeña cabeza entre las ramas y se quedó esperando.

Una muchacha —“¡Vengan, vengan!”— llena de sol y risa, desembocó al galope.

—¡El río está pa’ comérselo!

Él no había visto gente así rubia en el pueblo.

Y llegaron en yunta otras dos. Se veía, por lo rojo del rostro, que habían andado por ahí robando mangos. Andaban echas aguas, del sudor. Sin medias y con las zapatillas en la mano... Ah, ¡sí!, las conocía. Que habían estado allí el otro verano.

Cuando la *junta* de Alba y el paseo con iguana. Mejor la *junta* —cumbia y chicha— con María Molinillo que gritaba borracha y *Goyo Gancho* que se cayó del bayo. Sí, como ahora, se reían y gritaban, con la vela en la mano, bailando cumbia. Habrían llegado ayer en la balandra del *Ñopo* Juan. Más grandes. Más bonitas. Las estaba mirando desde su gruta de hojas. No oía lo que decían. Se habían sentado. Una que otra palabra le llegaba al oído desmenuzada. El viento las partía con sus tijeras de éter. Así desgranaba él cada mazorca, por las mañanas, cuando le daba el grano a los pollitos. Uno se había enfermado. Debía echarle limón en el pico. Si estuviera más cerca oiría claro. Pero el agua hacía bulla y el viento mugía. Una tenía las piernas, desnudas, en horqueta, y él miraba un poqui-

to. Otra, con una rama, meneaba la corriente del río. La que estaba de espaldas al tronco era mejor que las otras. Rumiaba un mango verde. En la finca de Chago López habrían estado. O en la hacienda de Doña Gumercinda. Allí era peligroso, por el *ganao*. ¿Y si el toro venía? Ya las veía corriendo y dando gritos; como cuando hubo el fuego, que todas las mujeres corrían de un lado para otro chillando con los brazos al aire. Se iba a calmar el viento. Se calmaba. Le llegaban ahora al oído palabras claras. La que tenía la espalda apoyada al árbol decía —se reía, movía las manos— “Su boca tenía gusto de tabaco y me apretaba el seno... y me apretaba tanto...” El viento sopló fuerte. Le llegaban trocitos de otras palabras y el pentagrama fresco de las risas. Otra se levantó meneando el torso y tarareando una rumba. Con ésta había bailado él una cumbia en la junta de Alba. No quería. Reculaba. *Goyo Gancho* lo había hecho caer a la rueda. Y había bailado largo. Un borracho lo echó a un lado diciendo: “¡Fuera, chiquillo baboso!” Ahora ella se meneaba como entonces y cantaba una rumba. Las otras comenzaron a imitarla, cada una por su lado, con la blusita levantada. Y él notaba cómo las blusas iban subiendo poco a poco. A la madrina José María la había visto una noche desnuda. Había entrado en el baño, sin saber, de golpe, y allí estaba la vieja desnudita. “¡Muchachito del diablo, cierra la puerta!”

Tenía el alma en cuclillas por eso nuevo, bello y fuerte que veía; porque de entre los círculos del ritmo habían ido saliendo ellas —¡las tres!— desnudas. Por un instante su cabecita fue una veleta sin norte. Se acomodó mejor entre las hojas. Se había calmado el viento. Sentía calor. *Goyo Gancho* no iba a creer la cosa. “¡Qué va, hombre!” Pero sería mejor no decírselo a nadie. De pronto una muchacha cambió el motivo de su juego y de un brinco quedó sobre la curva del árbol. Lo zarandeó un poquito de abajo e hizo el gesto de echarse, pero no se atrevió y bajó de nuevo. A él le venían ahora ganas inmensas de bañarse con ellas; de mostrarles su montón de piruetas que sabía; por

ejemplo, tirarse del árbol dando dos vueltas en el aire o nadar bajo el agua muchos metros. Nadando bajo el agua se había topado una vez con algo blando. Una culebra acaso, un cocodrilo. El agua estaba turbia. No se veía. Y había salido a tierra despavorido. ¡Quién sabe qué animal era aquél! A poquito no más y se lo come. “Ya ves, eso te pasa por travieso”, le había dicho la tía Josefina.

Cogidas de las manos, las muchachas andaban dando vueltas. Y sus cuerpos sudados brillaban bajo el sol. “Cojo una mano, cojo la otra”. La noche de San Juan habían hecho en la plaza del pueblo una rueda de treinta personas que giraban alrededor de una gran fogata. Y daba miedo ver cómo brillaban, al resplandor, las caras de los borrachos. Chicha fuerte y arroz a la Juliana en casa de Rita Pacheco. *Goyo Gancho* se había llevado en su caballo a Rosario Pinto...

Seguían ellas su juego, cantando... “sentadita en su huerta limón”. Estaban allí brinca que te brinca y el bicho podía venir. Bueno. Ya las veía él corriendo. Pero, de pronto, sin saber él por qué, las tres muchachas detuvieron su juego y, por el árbol —trampolín seguro— cayeron *como frutas*, una tras otra, al agua. Como la orilla era alta, él las dejó de ver. Siguió sólo escuchando el chapaleo y las voces. Podía él desnudarse ahora, sin que lo vieran, y echarse al río de golpe. ¿Qué pasaría? De vez en cuando subía una, se trepaba en el árbol y... ¡pumdubúm!... se echaba. Por el ruido que hacían al caer, él notaba que lo hacían mal. Caían al agua de barriga. A él sí tenían que verlo. Ni *Goyo Gancho*, ni el *Culizo* que tenían tanta fama.

Como no seguía viéndolas, la impresión de los cuerpos se diluyó en su mente. Y comenzó a pensar como chiquillo. Comenzó nuevamente a ser muchacho. Y se le fue metiendo entre las cejas un pequeño capricho. Ah, ¿si les escondiera las ropas? El fulo José Manuel había tenido que irse por entre el monte, desnudito, hasta la finca de *Goyo*. Todos lo habían sabi-

do en el pueblo. Por eso le decían Fulo Encuero. De veras, era bueno esconderles la ropa. Le habían hecho espantar la paloma. ¡Con la bulla que hacían! Ya no salían afuera. Oía sus gritos y el barullo del agua. El viento sacudía de vez en cuando las ramas. Un remolino de hojas secas y polvo se elevó cerca de él. ¿Cómo esconder la ropa? ¿De una sola carrera, aunque lo vieran, o arrastrándose poco a poco para que no se dieran cuenta? Mejor así. Pero... ¿y si el bicho venía de repente? Todavía no se había movido, y ya se estaba viendo lleno de miedo en la actitud del robo.

Le pasó, cerca, zumbando, la bala de una paloma. Miró el tapón. Muerta ya su inquietud, estaba allí caído a sus pies como una cosa inacabada e inútil. Mañana volvería. Había que preparar mejor la trampa. ¿Qué horas serían? El zapatero estaría ya en casa poniéndole las quejas a la madrina. Pero ella no le pegaba duro. Cuando él llegara, ya estaría ella con el chicote en la mano. “¡Ven acá, muchacho! ¿Dónde diablos has estado?” Tía Josefina, siempre quejándose del reuma, saldría en su defensa. “¡Déjalo estar, mujer, estaría por ahí!” Un rebencazo aquí y otro allá, que ni siquiera lo tocaban de lleno, porque él sabía muy bien defenderse, esquivando los golpes que casi siempre caían sobre los muebles. Eso era todo. Lo demás eran gritos. De la madrina, de él y de la tía. Los chillidos de la madrina José María se oían hasta en la casa del señor cura. Y la tía Josefina la cogía al fin con él, pues, en el ajetreo, los dolores del reuma le volvían de fijo... Y si lo molestaba otra vez el *Culizo* con aquello de “Ven-acá-muchacho” le iba a mandar su golpe. Ya lo tenía cansado.

Un moscardón le zumbó en el oído. “Mosca el diablo”. Le tiró un manotazo. Eso faltaba que una mosca viniera a picarlo. De todos modos las ropas tenía que esconderse las. Le habían hecho espantar la paloma. Aunque lo vieran. Eso no le importaba. Y se arrastró un poquito, en cuatro patas, muy lentamente. ¡Mucho cuidado! Sus ojitos viajaban del río a la ropa y de la

ropa al río. Seguía oyendo los gritos de las muchachas. Pero no las veía. Se habían dado a otro juego, seguramente, porque sólo veía, de vez en cuando, algo como pelota que hacía arcos en el aire. Oía claro las voces. “¡A mí, a mí!” Rumor de agua. Zumbidos del viento. “No la tires tan fuerte”. Adivinaba a veces, a través de las ramas, una cabeza rubia que pasaba y un chapaleo confuso.

Se iba acercando lentamente a la ropa. Le palpitaba el alma. ¿Si lo veían? El viento levantó su remolino de polvo y hojas secas. Cerró los ojos. ¿Si lo veían? ¡El las había mirado desnudas! ¿Le tendría que confesar esto también al cura? “Acúseme padre, que...” Oía las voces. “¡Tira aquí, tira aquí!”... “he visto a tres muchachas en cuero.” Le zumbó nuevamente el moscardón. “Y eso cómo muchacho?” Era mejor no decirlo. Ni a *Goyo* tampoco. Ni al *Culizo*. Chapaleo, chapaleo. Gritos y viento. Después de todo... “¡oye, no tires fuerte!”. Una vez él no había confesado un pecado. ¿Y si el toro venía? Ya las veía corriendo. Y él se veía a sí mismo, en medio de ellas, allá arriba en el árbol. Un chapaleo confuso entre las ramas. “¡Zambúllete a cogerla, idiota; no la dejes perder!” Veinticuatro Avemarías y un credo de penitencia. Y además... las blusitas estaban sudadas. Las aferró en conjunto. Y, cuando iba a volverse atrás para esconderlas, oyó de pronto el trote fuerte de la bestia que se acercaba. Era el toro. Era el toro. En un zig-zag de espanto le pasó la gran bestia por la mente. Enorme. Embravecida. Mugiente. Y el grito le salió como trueno:

—¡El toooro! ¡El toroooo!!!

Soltó la ropa. Huyó por entre el monte. Bala perdida.

Cada estatua desgajó su lamento. Los lamentos se unieron en mazo. Y el viento, por su cuenta, hizo del mazo un bloque de alaridos. El chapaleo confuso, hecho de espanto, partió el agua en telas hasta el árbol. Era el refugio próximo. Y cada una puso en él su inquietud. Se subieron de un salto, sin percepción exacta de lo que hacían. Se apretujaron, una al lado de la otra. Entre

las hojas verdes, los tres cuerpos desnudos se balancearon un momento chorreando agua. Ahora sólo eran un racimito de miedos y silencios.

Los pasos de la bestia se acercaban bebiendo suelo. Ni una palabra. Ni un grito. Ni un lamento. El gran miedo había puesto su cartel a la entrada del árbol, como en los cines. “No se habla”. Sólo se oía la música del viento y el coro ruso del agua. Los golpes de tambor de las pisadas se hacían siempre más claros. Con los ojitos puestos en la pequeña boca del camino, las tres estatuas se apretujaban cada vez más sobre el árbol. Ya la idea era una sola, un punto: EL TORO. Ya estaba allí cerquita. ¡Iba ya a aparecer! ¡Ya estaba allí! ¡Oh!

No era el toro.

Era el cura del pueblo que venía caballero en su mulita.

¿Cómo doblar la risa en pedacitos para que no saliera? Ya ellas lo conocían. Era severo. Si las veía desnudas, ¡Virgen Santa! Era un santo señor. Cada domingo hacía un sermón larguísimo sobre las buenas costumbres. Y ahora, ¿qué pasaría?

Se bajó de la mula. ¿A qué vendría? Era tan puritano. ¡No vendría ciertamente a bañarse! La mulita se fue derecho al agua y se puso a beber. El señor cura, en cambio... ¿A qué vendría? Se estaba tan sabroso en el agua. Sacó de la mochila una gran toalla blanca y un libro viejo. Los puso al pie del árbol. ¿Vendría a bañarse? ¿Y eso de cuándo a dónde? ¡Era tan tímido! Nunca miraba a nadie y andaba siempre con los ojos al suelo como buscando el último pecado para ofrecerlo a Dios.

¡Sí, en efecto! El señor cura venía a bañarse. Miró a un lado y a otro. Y, ya tranquilo, empezó a desabrocharse muy lentamente la sotana. ¿Cómo amarrar la risa, con qué sogas, para que no saltara desbocándose? ¡Avemaría y el cura de los infiernos! Apareció primero una rarísima camiseta de lana, verde a rayas y agujereada por todas partes. Después el pecho fuerte, lleno de vellos. Y al fin un muy curioso pantaloncito de baño, tan pequeño, que apenas le cubría lo necesario. Era también a rayas, pero

rojas sobre fondo amarillo. Las piernas eran flacas y peludas. Demasiado peludas. ¿Cómo diablos amaniatar la risa?

Se sentó al pie del árbol y se puso a leer, tranquilo como si nada, el libro que traía. Sin duda era la Biblia. De vez en cuando miraba a la corriente, y volvía a sumergir, luego, sus ojos en las páginas.

Pero el buen cura no podía concentrarse. El pensaba que todo le iba mal. El había cometido algún pecado gravísimo, porque, la noche antes, el demonio lo había vuelto a tentar. Carmela era la causa. Pero, Señor, ¿qué culpa tenía la pobre muchachita de tener buenas formas? Pero no eran sus formas solamente, eran sus ojos verdes. ¿Por qué, cada mañana, cuando venía a traerle el desayuno, se le quedaba ella mirando con esa sumisión de cabra? Ese era su tormento. Cada noche lo tentaba el demonio. Él habría cometido un gran pecado, porque el Señor le había retirado su ayuda. Noche a noche sentía una desazón insostenible. Y no lograba, ni conciliar el sueño, ni apartar de su mente los ojos verdes de aquella criaturita. Pasaba sus vigiliass noche a noche empapado en un sudor frío y pegajoso que le brotaba como la sangre al Cristo. Se había dicho: “Mañana me daré un baño en el río.” Y había venido precisamente a esa hora en que el calor hace estar en su casa a todo el mundo. Pero no estaba bien sumergirse enseguida. Estaba sofocado y la emoción del frío podía causarle mal. Había traído un libro, pero no conseguía concentrarse. ¿Cuál era aquel varón —Santo varón— de la Tebaida que sucumbió a la tentación del demonio? Señor, no recordaba... Padre Zózima no era. Padre Zózima era aquel que tenía su historia muy entroncada con la de aquella otra gran Santa que se llamó María Egipcíaca. Tampoco era el Santo Francisco de Asís. Ni San Antonio tampoco. Definitivamente no recordaba, o no sabía a ciencia cierta. Con perdón del Señor. Que todas estas cosas las debería saber un buen siervo de Dios. Pero en alguna parte había él leído aquella historia. En la “Leyenda Aurea” seguramente. Tenía que repasarla. Y había también leído en algu-

na parte unos consejos contra las tentaciones del Maligno. Ayunos y cilicios decían los padres de la Iglesia. Ay, Señor, cómo se adivinaba que ellos no habían vivido en el Trópico. ¡Qué extraño! Una inquietud lo dominaba casi inconscientemente. Tenía abierto su libro y por más que hacía esfuerzos, no podía percibir exactamente, no podía darse cuenta del texto. Sus miradas se le iban siempre al agua. Algo tenían las ondas. ¿Acaso lo tentaba nuevamente el demonio? Pensó en los ojos verdes. ¡Qué laxitud de cabra tenía aquella bendita criatura del Señor! En sus últimas noches, sus sueños habían sido una cruel geometría de líneas dóciles, mórbidas, flexibles. Ancas, senos y piernas de mujeres. Pero ahora no dormía, ¿Por que en las ondas veía también reflejos de ancas, piernas y senos? Quería mirar de nuevo. Quería cerciorarse. Pero no se atrevía. Sentía en la nuca la mismísima garra del Maligno. “¡Ave gratia plena caminus tecum!” Sintió valor. Hizo un esfuerzo duro, y posó la mirada, casi desfallecida, sobre las ondas. ¡Oh Señor! ¡Sí, Señor! La geometría infernal estaba allí, de nuevo, como en el sueño. ¡Exacta! Se movían en las ondas, se cruzaban, las líneas dóciles. ¡Ancas, piernas y senos de mujeres! “Satanás, vade retro”. Se persignó angustiado. Tiró el libro. Se alzó. Cogió su ropa. Y cuando iba a vestirse —¡Alabado sea Dios!— oyó risas agudas, largas, estentóreas, que caían de los árboles. ¡Oh, ya no pudo más! Todos los diablos del infierno habían venido a tentarlo. Y huyó tal como estaba, por el camino lleno de sol. Una nube de polvo y carcajadas, lo seguía como un rabo, como una maldición...

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

Roque Javier Laurenza

Autodidacta. Practicó el periodismo. A partir de 1942 fue miembro de nuestra misión diplomática en el Brasil. Aunque de modo rápido, viajó por Suramérica y Europa. Poeta muy estimable y ameno ensayista. Es célebre su diatriba contra “los poetas de la generación republicana”. Nació en la ciudad de Chitré, el 12 de diciembre de 1910. No ha publicado sus cuentos en volumen. Obra: *Los Poetas de la Generación Republicana*. 1933.

Muerte y transfiguración de Emiliano García

—*¡Alas, poor ghost!*
—*Pity me not, but lend thy
serious hearing*
To what I shall unfold...

Existen notables antecedentes del caso. Un erudito podría citar nombres ilustres que afirman igual sucedido. Yo, en cambio, debo relatar mi terrible aventura sin el auxilio eficaz de las citas.

Se sabe, se ha comprobado que los personajes literarios, a fuerza de reales, pueden vivir y moverse como nosotros, dueños de una misteriosa energía vital que les trasmite su creador en esa cotidiana imitación de Dios que es la creación artística. Más aún, pueden morir y renacer más tarde en circunstancias extrañas, siempre inesperadas. Yo soy, lo confieso con cierto orgullo, el testigo de uno de estos extrahumanos portentos. Aseguro, pues, que no está lejano el día en que un sabio profesor nos anuncie, desde las páginas dogmáticas de una revista científica, la comprobación absoluta de que la vida de estas criaturas de la imaginación es más durable, más completa que la nuestra. Ese día, ya prefijado tal vez en las posibilidades de algún laboratorio, muchas señoras, cansadas de visitar en vano a los

cirujanos estéticos para corregir perfiles o borrar las huellas del tiempo, visitarán llenas de segura esperanza a los poetas y ofrecerán su dinero o sus discutibles encantos para que las transformen en personajes literarios, en dueñas felices de una perfecta longevidad sin arrugas.

• • •

Pocos panameños tendrán presente a un hombre que fué, durante muchos años, el núcleo cordial de una tertulia de trasnochadores que solía encender el vivac de su charla bohemia frente al antiguo Obispado de la ciudad de Panamá. Su nombre era Emiliano García de LaCotera y Spec, más conocido por el apodo falsamente elogioso de Conde Finete, irónico título que aceptó, pero exigiendo siempre que se pronunciase sin la plebeya E final; Finet y no Finete, con una E larga que se empiña un poco pero que no llega del todo a la T. El episodio panameño de García duró largos años. Ganaba el sustento con la venta a domicilio de vinos franceses y otras curiosidades gastronómicas, por lo que solía decir, en tono de burla, que cumplía con una alta misión civilizadora. Su diaria faena de vendedor ambulante le permitió hacerse de múltiples amistades que le sirvieron más tarde para la tertulia del Obispado, que fue el pequeño circo donde García exhibió sus habilidades de dialéctico y elegante conversador. Sin embargo, ninguno de sus amigos logró conocer la íntima condición de García, la dramática realidad, irrealidad quiero decir, de su persona. Sólo dos de sus contertulios sospecharon vagamente que algo extraño había en él y que el fondo de su vida era un secreto *hinterland* inalcanzable. Los datos biográficos que se poseían eran escasos. Se decía, por ejemplo, que era natural de Santiago de Cuba; que pertenecía a una distinguida familia criolla venida a menos cuando la guerra de Weyler; que había viajado por todo el mundo y que su llegada a Panamá se debió a la circunstancia fortuita de haberse equivocado de barco. Pero Enrique Ruiz Vernacci, autor

de “Memorias de la Calle de Goya”, en las que recoge, a su vez, los recuerdos de sus tías santiaguinas, cubanas en Madrid, al evocar las veladas en que las viejas señoras repasaban la historia de los más ilustres nombres de Santiago de Cuba, no hace alusión a la familia de los La Cotera y Spec. Y, por otra parte, los amigos de García no recuerdan haberle oído rememorar, en las horas de charla nocturna, alguna escena remota de esa hipotética niñez cubana con hamacas en primer término y palmas y cañaverales al fondo. Comprobaron, por lo contrario, que sentía un desdén europeo por las maracas y que el repicar del tambor le exasperaba.

Los orígenes de García fueron siempre un misterio. Por sus maneras corteses, se dijo que era el bastardo de un Duque; por su conocimiento del latín y la familiaridad con que se refería a los textos eclesiásticos, que era fruto de los amores de un canónigo y que había pasado la adolescencia en un seminario. La lectura de una traslación de Píndaro hecha por él, hizo pensar en la posibilidad de que García fuera natural de Grecia. Durante algunas semanas, un amigo se dedicó a escribir en caracteres griegos el nombre del Conde. Según este dudoso doxógrafo, la niñez de García fue acariciada por las brisas de los mares ilustres y situaba el lugar de su nacimiento en una isla de nombre sonoro — Samos de Cefalónica o Skopos de Zante— que levanta sus rocas señeras entre las espumas del Jónico. Emeterio Gamapoupolos, Enestiades Garamides, Eneas Garkimellas, etc. Pero el Conde Finete continuó guardando silencio sobre la verdad de su origen, superior, enigmático, saboreando tal vez las contradicciones de su futura leyenda.

En verdad, nadie sabe cómo ni cuándo apareció García. Se ignora la fecha de su llegada a Panamá y se desconoce el itinerario de sus pasos desde las sórdidas callejuelas que dan refugio a los marineros hasta las aristocráticas esquinas de la Catedral panameña. De un modo o de otro, García apareció un día tal como luego ha recogido su imagen la historia: bien estirado el

traje tropical, peinado hacia arriba el cano bigote mosquetero, tocado con un sombrero de paja, maneroso y galante y con un no sé qué en las líneas del rostro que hacía pensar en una edición a la rústica del último Duque de Alba. Parecía tener sesenta años, pero su andar nervioso y felino desmentía esa edad. En lo que atañe a la sensibilidad y al conocimiento, la cultura de García era irregular y curiosa. Ignoraba el francés, el alemán y el inglés, pero no conoció, como yo, la humillación de leer los himnos homéricos en pálidas traslaciones mutiladas. Dueño del griego y maestro del latín, abusaba de su conocimiento con despótica erudición pedante. Su criterio musical era lamentable y absurdo. Creía que la Bohemia era una obra capital de la música y le sorprendí una vez dormido durante la ejecución de uno de los Conciertos brandenbúrgueses. Con todo, García era un hombre de extrema y afinada inteligencia.

He dicho que dos de sus amigos sospecharon algo. Es verdad. Una noche en que García lanzaba al ruedo de la charla sus rutilantes paradojas, el Licenciado don Luis de Caicedo, colaborador de García en una obra, infelizmente inédita, sobre los misterios órficos, me dijo al oído: “Observa que García parece un personaje de Eca de Queiroz”. Esa frase quedó bailando en mi memoria por algún tiempo, pero luego no volví a pensar en ella. Sin embargo, ahí estaba, en esas palabras luminosas y exactas, todo el misterio, el ábrete-sésamo de Emiliano García.

Desde los primeros días, la vivienda de García estaba en el número 22 de la antigua Bajada de Jaén, en los bajos de la Cafetería Parada. El cuarto del Conde era incómodo. Unos pobres y escasos muebles eran toda su riqueza. Algunos libros y una débil lámpara de aceite completaban el cuadro. Un hombre real no hubiera podido soportar tales privaciones. Sin embargo, García sí. Él estaba por encima de toda miseria corporal. Su reino no era de este mundo, sino del otro, sublimado y eterno, de la ficción artística. ¿Qué importan la bolsa flaca, el pan escaso y la ropa humilde a quien no vive sino por la imaginación y en función de la imaginación? Al hablar de su humilde cueva, García usaba siempre de expresiones elegan-

tes: “La otra tarde, en mi Quinta de los Molinos...” Alusión hiperbólica a los molinos mecánicos de la Cafetería Parada. Allí, en esa habitación, recibía la visita diaria de las mozas de servicio de los alrededores; allí las festejaba con vinos que robaba a su propio sustento. Sus amigos, por otra parte, nunca pasaron del umbral. El cuarto de García Fue un castillo de insalvables muros, especie de tierra de nadie cuyo límite severo todos respetaron como el precio tácito de la amistad del Conde.

Poco a poco, las frecuentes visitas de tantas mujeres fueron creando, entre los curiosos vecinos, la leyenda fantástica de la vitalidad de García. Se preguntaban extraños cuál podía ser el encanto que este hombre de cabellos canos ejercía sobre esas muchachas. Algún pedante inoportuno citó los execrables nombres de Cagliostro y de Sade; se habló de una variada colección de filtros misteriosos y no faltó quien hablase de hipnotismo y de magia. Pero el Conde Finete ignoró, con superior desdén inmovible, el ruido de tal fama y el susurro comadrero de las lenguas.

Cuando se reunía a los amigos después de estos cotidianos diálogos horizontales, solía decir con afectada indiferencia: “Estuve almorzando con la señora de Montespán...” Y todos sonreían sin comprender que, gracias a García, estaban viviendo en el mundo de las grandes creaciones literarias, en esa alta cima donde se transforma toda cosa vulgar y se logra el oro perenne de la poesía. Ninguno de los amigos comprendió entonces que aquellas mujeres acudían a él, y se le entregaban apasionadamente, a trueque de mimos y galanterías desconocidas, que eran la dulce miel con que las embriagaba este caballero andante. He dicho caballero andante con toda intención. Así como Don Quijote supera la realidad ambiente y la transforma, convirtiendo a la ruda moza del Toboso en noble dama, así también García vence la realidad, taumatúrgicamente, y hace de una pobre criada una cortesana digna de los amores de un Swan.

Ahora bien, ¿podría alguno de nosotros, miserable hombre de carne y hueso, hijo de hombre común, mortal y terrestre, poseer

esta fuerza, esta capacidad trasmutadora? No lo creo. Los casos que conozco pertenecen todos a seres creados por el genio de un artista. Pero sigamos.

Los años fueron pasando. García se hizo conocido de todos, al menos exteriormente. Una noche de verano inesperadas sirenas anunciaron que la Cafetería Parada, la *Quinta de los Molinos*, ardía por los cuatro costados. Yo acompañé a García en esa ocasión, la única en que perdió la serenidad. Llegó jadeante y patético; atravesó el cordón de guardias y penetró por el patio en llamas hasta su cueva. Cuando volvió a mi lado, estaba sereno. Traía unos libros bajo un viejo capote y muchas hojas manuscritas. No comprendí entonces tan extraño salvamento. ¿Arriesgar la vida por salvar unos libros? Eran las obras completas de José María Eca de Queiroz. La incisiva frase de Caicedo pasó por mi mente, pero el espectáculo de las magníficas llamas, el ir y venir de los bomberos, los gritos de los curiosos y el propio García me hicieron pensar en otras cosas. Ahora, sin embargo, puedo ver claro, ahora que ya sé que García es un fantasma del espíritu que aparece y desaparece en avatares múltiples. El Conde salvó esa noche el secreto filtro de su vida, su alimento verdadero, la única sangre que nutría su cuerpo de criatura de la imaginación.

Meses más tarde, García cayó enfermo. Nadie acudió en su auxilio. Fue viviendo quién sabe cómo y una mañana lo encontraron muerto o en circunstancias tales que parecía estar muerto. Murió como un estoico, sin conmovidos testigos ni adioses lastimeros, sobre la mesa de billar de un café de italianos. El entierro fue costeadado por la policía. Seguramente, al iniciar su viaje a otros mundos, mirando con irónicos ojos de fantasma la escena de sus funerales, García pensó que lo enterraban con honras militares. Semanas después, el Licenciado Caicedo quiso erigir un monumento a la memoria del Conde, su amigo entrañable, y recordando a Horacio, maestro de ambos, escogió estos versos de ritmo perfecto:

*Absint inani funere neniae
luctusque turpes et querimoniae*

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

*compesce clamoren ac sepulcri
mitte supervacuos honores.*

Pero la generosa empresa conmemorativa fracasó por falta de apoyo y no quedaron, sobre la parda tierra de la tumba, ni latines ilustres ni funerarios mármoles para recordar a García.

Algunos eruditos panameños amigos del Conde, don Rodrigo Miró y el propio Licenciado Caicedo, entre otros, solicitaron mi colaboración modesta para organizar la publicación de los papeles de García. Pero graves diferencias filosóficas dieron al traste con ese proyecto editorial. Miró, por ejemplo, deseaba excluir un trabajo sobre los pequeños grandes descubrimientos de la civilización. En estas páginas, el Conde, olvidando los grandes hechos de la historia, se dedica al instante en que un goloso descubre las posibilidades culinarias de los hongos, la langosta en salsa de queso, la almohada, la rueda, la utilización del gas de amoníaco para la refrigeración, etc. Por su parte, Rodrigo Miró insistía en publicar un pequeño libro de poemas titulado por García misteriosamente “Atman”, pero que, según descubrió el inexorable Licenciado Caicedo, no era otra cosa que una versión libre, en discutibles y desmayados endecasílabos, de las Parábolas del Chandogya —Upanishad, Atha Sasthaya Prapathakasyas— 9.16—. La impertinente erudición de Caicedo rechazó también una pequeña biografía del fino y decadente poeta Publio Papinio Estacio, argumentando que tal lectura sería nociva para el gusto de los jóvenes poetas panameños, necesitados de graves textos que los salvaran del exceso retórico y del afán de ser demasiado inteligentes. Los exégetas de la obra literaria de García sólo armonizaron sus criterios en el caso de una nota bibliográfica, incluida por el Conde en una carta que me envió a México sobre mi ejemplar de la edición de 1619 de las obras exegéticas de San Juan de la Cruz. Y así también este proyecto conmemorativo, monumento de letras a la fama del Conde, quedó en nada, porque el destino de Emiliano García de

la Cotera y Spec era ser fantasma sin realidad concreta, lejano eco, vaga sombra fugitiva.

Como en toda historia, el tiempo dejó caer sobre estos hechos el polvo espeso del olvido. Salí de mi tierra. La vida diplomática me llevó por lejanos países y vine a este dulce Brasil, donde renové mis lecturas de Eça de Queiroz. Repetidas veces pensé en García y sonreí de mis sospechas de entonces, aunque me intrigaba el hecho de que la lectura de este escritor coincidiera o, mejor dicho, suscitara el recuerdo de García. Y así, entre sonrisas y viejos recuerdos, quedó la imagen del viejo Conde, hasta que hace algunos días la terrible verdad, intuída ayer, se ha hecho clara, patente, inexorable. García está vivo. Digo vivo, porque no sé cómo decirle, de otro modo. Está aquí, en Río de Janeiro, escapado del cementerio Amador, fantasma en vacaciones, Houdini de ultratumba.

He aquí los hechos estupendos y el resultado de mi pesquisa policial.

Existe en la Rua de Ouvidor, arteria de Río de Janeiro donde se encuentran los principales establecimientos comerciales, una librería portuguesa que adorna su vitrina con un busto horrendo de Eça de Queiroz. La calle es muy estrecha y suele ser frecuentada por la alta fauna carioca y no hay niña bien, ocioso elegante, literato de moda o político de ambición que deje de recorrer sus trescientos metros de elegancia. Pues bien, hace unas tardes visité la librería en unión de un novelista brasileño, magnífico amigo mío. Terminadas nuestras compras, nos dispusimos a contemplar el desfile de los tradicionales paseantes. De pronto, observé unos pies pequeños, unas breves patitas de fauno sometidas al rudo tormento de unos zapatos de charol. Despaciosamente, con morosa curiosidad fuí alzando la vista. Un pantalón listado, un saco negro, un chaleco blanco... Y Emiliano García de la Cotera y Spec me estaba también mirando. Me estremecí bajo el frío de sus pupilas de metálico azul. Entró en la librería. La curiosidad y el temor me devoraban.

—Interesante tipo —dijo mi amigo. Y añadió mientras yo palidecía: —Parece un personaje de Eça de Queiroz.

No había duda. Era García. Esa piel rosada, ese bigote mosquetero, esa pulcritud en la ropa y hasta el amaneramiento cortés al hablar. Todo, en fin, parecía afirmar la certeza terrible. Decidí seguirle.

Pero antes de continuar debo avisar al lector que soy un apasionado de las novelas policiales, vicio que comparto con muchos idiotas y no pocos talentos. Invoqué, pues, a mi maestro Lord Peter Winsey; recordé las reglas del arte y apercebido de esta manera me dispuse a seguir a García. Demoró poco. Subimos a un autobús y al cabo de diez minutos, en un barrio elegante, descendimos frente a una casa de macizos soportes. Sobre la amplia puerta, un letrero de tinta aún fresca proclamaba un sorprendente y extraño aviso: “Liga Contra El Prestigio De La Muerte”. Y en letras pequeñas: “Entre Usted. Será Bienvenido”. No vacilé. Un portero mulato salió a recibirme. “Llega usted oportunamente —me dijo—. El Presidente ha llegado en este mismo momento”.

Palidezco al pensar en aquel instante. Una sala clara, sobria, servía de despacho a García. Le manifesté mi interés por la Liga y mi deseo de colaborar. Me explicó que había que cumplir con ciertos requisitos, que salvé al punto, y me hizo varias preguntas cuyo objeto era averiguar alguna cosa sobre mi cultura. Después de unos minutos, satisfecho al parecer, me invitó para la próxima reunión, que sería dos días más tarde.

Éramos unos treinta. García, o mejor dicho, Ermido Gómez da Costa Spell, porque este es el nombre actual de García, explicó los proyectos de ejecución inmediata. Se publicaría una hoja semanal como órgano de propaganda de la Liga. En el primer número se iniciaría una campaña contra las acostumbradas imprecaciones litúrgicas con que los oradores de los entierros oficiales colman sus discursos. Y, sobre todo contra ese tuteo funerario, especie lamentable de familiaridad póstuma,

descortés y niveladora, que sirve para iniciar los tenebrosos párrafos de esa oratoria enlutada. Se combatiría también el uso del color negro como símbolo de la muerte y se insistiría, muy particularmente, contra el repetido abuso de la marcha fúnebre de Chopin, ya convertida en una “serenata de Schubert” de los cementerios. Después, en apoyo de estas medidas, García habló eruditamente sobre el estoicismo, adornando su discurso con armoniosas citas, en un desfile de Sénecas y Epictetos, de Epicuros y Marcos Aurelios que haría enrojecer de envidia a la lujosa memoria del Licenciado Caicedo.

Al cabo de dos horas nos despedimos. A la salida, hice amistad con uno de los socios, funcionario público jubilado. Había sido de los primeros, pero ignoraba, como todos los demás, la procedencia de García. Sabía, sin embargo, que nadie conocía sus habitaciones particulares, que leía a Eça de Queiroz y que recibía con frecuencia alarmante la visita de lindas coristas de los casinos de Copacabana. Y nada más. Mi tarea, pues, se hizo difícil. Procuré entonces atacar la intimidad de García por sitios insospechados, organicé una red de espionaje, soborné porteros, consulté eruditos investigadores literarios y, como un general apercebido con la mejor estrategia y con la más decisiva táctica, con movimientos de flanco e impecable cierre de pinzas militares, asalté la íntima verdad del misterioso Ermindo Gómez da Costa Spell.

Con todo, fueron las investigaciones literarias las que me dieron la solución del caso. Eça de Queiroz estuvo de Cónsul en Cuba. Allí escribió una novela cuyo borrador fue enviado, junto con otros papeles inéditos, a Río de Janeiro. El portador de esa obra, un hidalgo portugués obligado por la mala suerte al vil comercio de vinos, hizo el viaje por la vía del Pacífico. En Panamá, por azares que la historia ha olvidado, las maletas del hidalgo se perdieron. Cuando las encontró, una de ellas, la de los papeles, estaba abierta, con innúmeras hojas perdidas. Don Alipio Castro de Noronha y Silva, que tal era el nombre del viajero, no dio

noticias a Eça de Queiroz sobre el desastre de su manuscrito y al llegar a Río lo puso en manos del destinatario sin explicar la ausencia de tantas páginas. Así las cosas, abierta la muralla de la cárcel novelesca, los personajes del libro se escaparon, lejos de la tutela del autor. Conviene tener presente que García siempre hablaba de Río. No fue esta obra de Eça, cuyo título se desconoce, la única que tuvo tan mala suerte. “El Conde d’Abranhos” se descubrió por milagro, también en Río de Janeiro, en 1924. En el prólogo a la primera edición de esta novela, el lamentable hijo del ilustre escritor portugués dice que el manuscrito “perderase de vista durante un largo período de quarenta e cinco annos, até que, en 1924, é descoberto inesperadamente no Río de Janeiro, entre os papeis de Ramalho Ortigao...”. El origen, pues, está claro. Es posible que alguien dude; yo no. Lo sobrenatural no es más que lo natural no explicado todavía, ha dicho Paúl Morand. Y es verdad.

Naturalmente, la hipótesis despreciable y absurda de que pueda tratarse de un simple caso de parecido físico, hipótesis que considero una ofensa al lector, no ha sido tomada en cuenta por mí. Además, la consideración de tal posibilidad fantástica me hubiera alejado de pistas reales y exactas, y el situar mi investigación objetiva en el plano de lo inverosímil me hubiera distraído de mis pesquisas positivas. Por otro lado, todos los que conocimos o, mejor dicho, conocemos a García, sabemos de su desdén aristocrático por las formas comunes, por los tipos populares, y estamos convencidos de que él no toleraría que nadie se le pareciese, pues se ha considerado como una edición de lujo, limitada a un solo ejemplar numerado y exclusivo.

En este punto, quiero informar que el otro día, tratando de despertar algún eco, alguna vieja emoción en García, le mostré unas fotografías de la Plaza de la Catedral y del Palacio Arzobispal de Panamá. Las miró, interesado, y murmuró, con un aire soñador y perdido, como quien deja escapar una burbuja del alma, estos versos de Shakespeare:

*When to the sessions of sweet silent thought
I summon up remembrance of things past...*

Así pues, desde la dramática coincidencia de las iniciales del nombre hasta los mínimos detalles físicos y otros sorprendentes y significativos como el modo de llevar la corbata (detalle importante según decía Balzac), todo, absolutamente todo, me ha dado esta plena, rotunda y terrible certeza de la verdad de García.

En fin, no quiero extenderme en pormenores. Ofrezco mi asombro en prueba de buena fé. García está vivo. Soy de sus amigos, posiblemente seré su colaborador en unos estudios sobre la poesía de las épocas de decadencia; hablo con él, trabajo al lado suyo. Pero no sé hasta cuándo podré soportar esta situación violenta. Yo sé que está muerto o, por lo menos, que murió en Panamá hace ya varios años. Por más que la experiencia inmediata me dice que él existe, como un ser real, mi memoria hinca su afilada duda en mi corazón y en mi inteligencia. Sí, señores, Gómez da Costa es un fantasma.

Por todo lo anterior digo que mis lectores de Panamá son felices, ya que pueden sonreír, superiores y escépticos. En cambio, yo tengo que cargar con mi secreto ardiente. ¿Cómo puedo estar seguro de que un día no voy a causar un escándalo, de que cualquier noche en que se reuna la “Li-ga Contra El Prestigio De La Muerte”, al escuchar a García en sus ataques al miedo de morir, no le gritaré a la cara su falso y cómodo estoicismo, haciéndole ver que nada tiene de valeroso la indiferencia ante la muerte cuando se tiene, como él, una póliza de inmortalidad asegurada, cuando cada muerte no es sino un simple mudar de nombre, cuando se renace y se pasa a un nuevo avatar, como un turista en lo infinito del tiempo?

Y aquí estoy con este clavo ardiendo en las manos trémulas, con esta verdad de puntas dolorosas. No sé, pues, si guardar silencio o si llegarme a él y decirle: Gomes da Costa su nombre

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

es García de la Coterá y Speck. Usted no es un hombre como yo, usted es un fantasma, un personaje de la imaginación, una creación literaria.

Pero mientras dura este titubeo, voy a rezar en silencio por su pobre alma de fantasma vagabundo. He dicho en silencio porque el silencio es la única oración que sabemos los desafortunados que no aprendimos a rezar.

Manuel Ferrer Valdés

Nació en Las Tablas, el 10 de mayo de 1914. Bachiller en Letras del Instituto Nacional, en 1933 marchó a España, donde cursó Medicina hasta el año de 1936, cuando la guerra civil lo hizo tornar a su tierra. En 1939 ingresó en la Escuela Médico Militar, de México, que le confirió el título de Mayor Médico Militar en 1945. Ejerció su profesión y fue catedrático en la universidad.

La novia de octubre *Novela ingenua de aventuras*

Pablo cruzó el patio de la Universidad con aire deportivo. Usaba una chaqueta azul oscura, con rayas de un tono más claro, que le llenaban de agilidad e inteligencia. Subió a saltos la escalera que conducía al salón de prácticas. En el momento de llegar, un hombre pequeñito, de mirada viva y de voz antipática y chillona, gritaba:

—Señores, las prácticas serán por parejas. Haga cada uno la atrocidad que guste y no me pregunta nada, porque lo suspendo de por vida.

El salón estaba lleno de estudiantes que hablaban y reían a toda voz. Pablo, ya junto a la ventana, contemplaba el patio lleno de hojas secas. Una niebla finísima, avanzadilla del invierno, ahumaba las vidrieras y los corredores. Su nombre fue el tercero en la lista.

—Pablo Antaño y María Noguerras, al microscopio número tres.

Sintió que la sangre le invadía el rostro. Sospechaba que la muchacha no lo reconocería. Después de todo, no había motivo. (Durante meses enteros había seguido sus menores movimientos en la Universidad, en la calle, en los mítines estudiantiles, su tranquilidad para recibir las mayores ofensas —en el último asalto

que las Juventudes Tradicionales hicieron a la Universidad un muchacho la llenó de insultos. Pablo indagó con ansiedad datos sobre la muchacha. Era aragonesa. Una muchacha fuerte y hermosa como una cierva). Echó a andar como un autómata, sin volver los ojos, sintiendo detrás de sí los pasos de la muchacha. Pensó por un momento decir: “Buen lugar nos ha tocado”, o “Ya está cerca el invierno”. Era igual. Pero la muchacha resolvió la duda, sonriendo:

—¿Qué tal, amigo?

Pasó un bedel junto a ellos, con un gato abierto longitudinalmente, mostrando las entrañas al aire. La muchacha cogió el corazón; Pablo tuvo peor suerte y sólo pudo conseguir un trozo de fibras musculares lisas. Fue necesario ir por todas las mesas preguntando:

—¿Quién cambia ovarios por músculos?

Una muchachita, delgada y pálida, contestó sonriendo:

—Yo los cambio por cualquier cosa.

Cuando regresó a su mesa la encontró vacía. María estaba haciendo los cortes en un micrótopo de congelación. Se acercó a ella impulsivamente y le dijo:

—Hazme los míos mientras preparo el microscopio.

• • •

María Nogueras es indudablemente un nombre acogedor. Esta es una verdad más importante que todas las metáforas que aclaren esta aventura. Pablo lo había repetido tantas veces, que ahora, al final, le sonaba repleto de una nueva música, desconocida y misteriosa. La misma muchacha, con su cara de cierva, alerta a cualquier ruido, como esperando siempre un disparo lejano, le traía el recuerdo de algo difuso y extraño, nacido en su infancia, en un pequeño país de América. Escrutaba su niñez febrilmente, las largas horas pasadas frente al Gran Canal, cuando en la noche el cielo se llenaba de luces rojas y azules, alumbrando el camino de los barcos. Su infancia era una pequeña luz roja

perdida en la distancia. Ahora recordaba mejor. Su pequeña figura de monaguillo de pueblo, vestido de rojo, asustado del pecado y de la audacia. ¡Ah! Su compañera de entonces tenía apenas trece años. Un traje rojizo que le llegaba a las rodillas, y una osadía terrible entregada toda al desnudo pecado que nace entre los guayabales y luego da el pecho, endurecido por el miedo, acalorado y diminuto como una fruta robada al mediodía. A la hora del recreo, escondido el cuaderno bajo las faldas, con una mirada le daba cita para una fuga irresistible. Se dejaba llevar por ella: oía su vocecilla, matizada por el peligro y la audacia, engañar a los porteros y a la policía. Le cogía entonces de la mano y le decía, mirándole a los ojos: “Eres lo más inocente que hay”. En la cara del maestro le susurraba al oído: “Vamos a fugarnos”, y luego fingía abstraerse en la regla de tres, serena, dueña siempre de la situación, pequeña Safo de los trece años.

Pablo se sentía ante María Noguerras en plena infancia de la voluntad. La miraba a hurtadillas, inclinada la cabeza sobre el microscopio, abstraída de todo, dibujando en colores el corte ya teñido, rojo, celeste y malva de la materia; la mano delicada y firme, como de una princesa que supiera tirar la jabalina, segura y grácil en el dibujo; las uñas blancas, sin pintura, sensibles en su transparencia al tiempo y a las malas ideas, y en los ojos ese — ¿cómo explicarlo?— color de escuela primaria.

La muchacha levantó la cabeza con aire cansado, miró lentamente los libros que Pablo tenía sobre la mesa, y tomó uno de ellos con desgano. Pablo se acercó al microscopio para ver su placa. Presentía que la muchacha iba a decir algo. El Inspector de prácticas se había marchado y la gente comenzaba a gritar y a reírse a carcajadas. De pronto sintió aproximarse la cara de María, y oyó su voz que le decía al oído:

—Pablo, vamos a fugarnos.

• • •

La calle, bordeada de árboles y vendedores de libros viejos, lo aferraba al pasado. Luego, con impaciencia, volvió a la realidad del momento, tratando de acompasar sus ideas con el tiempo. Repetía interiormente: “adelantar el corazón como si fuera un reloj, hacia la hora tranquila”. Después se reía y le parecía todo cómico: la poesía, sus propias preocupaciones, y ese sentido inflamado de la vida, del que alardea la gente profunda.

Caminaron largo rato sin hablarse. Pablo preguntó:

—¿A dónde vamos?

La muchacha no contestó. De repente, como recordando algo, le dijo:

—¿Quieres ir a la Sierra? Hay un paseo de las Juventudes Socialistas.

Y sin esperar la respuesta le cogió del brazo dirigiéndose a la Estación del Norte, a pocos pasos de la Universidad.

Cerca de cincuenta muchachos, vestidos de blanco y adornados con garras parecidas a las de los marinos norteamericanos, estaban reunidos en la Estación. Recibieron a María con grandes muestras de júbilo. Un mozo cetrino, de ojos abrazados, gritó:

—Vamos a secuestrarlos.

Al minuto, Pablo se sintió cargado por un tropel de muchachos y muchachas, que lo llevaron en hombros hasta el tren. Momentos después el tren echaba a andar, en medio de una gran algarabía. Cuando se restableció la calma, el muchacho cetrino, que había dado la orden de secuestro, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Pablo Antaño.

—Yo soy Antonio Facci, tipógrafo. No tengas miedo, que somos buena gente.

—Yo no le tengo miedo a nada.

—¡Caramba! Pues me ganas porque yo le tengo miedo a todo.

Pablo rió.

—¿Son obreros todos estos muchachos?

—Se le quedaron mirando a la cara, sorprendidos. Uno de ellos gritó:

—Vamos a brindar y a cantar por nuestro nuevo amigo.

Sacó una bota de vino y comenzó a cantar, con buena voz, una canción marcial. Los demás le imitaron. El muchacho tipógrafo le dijo:

—Tienes que alegrarte.

Y le ofreció el vino de su bota. Pablo se preguntaba por María. No la había vuelto a ver. Cada muchacho le ofrecía un trago y le daba la mano. Había de todo; encuadernadores, modistillas, choferes, mecanógrafas. Parecía la gente más buena e inofensiva del mundo. Pablo comenzó entonces a sentirse penetrado de una insólita alegría, sorprendente, que no era hija del alcohol. O tal vez, sí; sentía el gusto agrio del vino en la garganta; pero era algo más, era la gracia de sentirse bien entre la gente, era la naturalidad en su pleno sentido biológico, el vagón de tercera con su largo cojín de hule, roto para ser más verdadero, la cara de aquellos muchachos sencillos, fuertes, y, sobre todo, era la realidad pasmosa de María, con su boina y su vestido de color. Se sentía lleno de fuerza nueva, absorbente; cerraba el puño, como aprisionando algo, y sus ojos pasaban, de la vieja estampa de cine mudo en la iluminada pantalla de la ventanilla, a la viva realidad de sus compañeros.

Bajaron en una pequeña estación, solitaria y sucia. Inmediatamente se organizó la caminata. Pablo se agregó a un grupo en el que iba Facci y una muchacha rubia de gran belleza. El tipógrafo se la presentó:

—Esta es mi hermana Rosa —dijo.

—Es muy bonita.

La muchacha se rió.

—Eso me lo tiene que repetir a solas.

Un muchacho pelicolorado, grande y fuerte como un oso, intervino:

—No le hagas caso a éste, que ya María lo tiene cogido.

—Pablo se azoró como un niño. Llegaron a uno de los recordos del río Jarama y Facci, que parecía el de más autoridad, propuso:

—Vamos a quedarnos aquí.

Pablo, que estaba sudoroso por la caminata, aprobó encantado la idea. A los pocos minutos, la mayoría de los muchachos estaba en traje de baño, subiendo por los árboles y jugando a la orilla del río. Rosa Facci le preguntó:

—¿Usted no se baña? Si quiere le hago un taparrabos al segundo.

—Bueno.

Pablo vio una bandera verde llena de signos raros, colocada en uno de los árboles.

—Eso, ¿qué es? Sería un taparrabos ideal.

—Esa es la bandera del Círculo Esperantista. Mi hermano Antonio es el Presidente.

Antonio Facci, en traje de baño, estaba echado bajo un árbol. Pablo se sentó junto a él. Era un muchacho moreno de mediana estatura, y daba la impresión de poseer una tremenda voluntad, unida a una inteligencia natural, que le hacía adaptarse a todos los caracteres. Le contó su vida, con sencillez. Primeramente estuvo empleado en un Club situado en plena Sierra. Tenía que vigilar y ayudar a los patinadores inexpertos que peligraban en las tempestades de nieve. Un día en que se celebraba el Campeonato Español de Patinaje en la Nieve, decidió competir. Su trabajo le había dado resistencia y una tenacidad indomable. Acabó primero que todos. Los periódicos publicaron su retrato, anunciándolo como un “fenómeno”. En las solitarias noches, duras y frías, del invierno, estudiaba con fé inquebrantable. Dejó la Sierra por la Ciudad, y se hizo tipógrafo. A los pocos años era el mejor esperantista de España. Había representado a su país en todos los Congresos Esperantistas celebrados en Europa.

Pablo lo escuchaba con gran interés. Le parecía un poco

enfatuado, a pesar de querer demostrar todo lo contrario. Inesperadamente preguntó:

—¿Qué significado tienen estos paseos al campo?

Antonio contestó sonriendo:

—Tú eres americano, y no comprendes a España. Podría responder que estos paseos sólo tienen un fin higiénico, pero no es verdad. Cuando comenzamos a salir muchachos y muchachas, la gente dijo que era el nacimiento del amor libre en España. Puede ser. Lo cierto es que nuestras pasiones están ordenadas. Cualquiera de nuestros actos, por apasionado que fuera, está sujeto a una idea. El muchacho nuevo se desespera al hallar detrás de cada sentimiento una realidad política. España me parece la raíz medio suspendida de un gran árbol, nacido a la orilla de un río. Un pie en la tierra y el otro en la corriente. Sentimos en nuestro torbellino el sabor de sus raíces. Nuestra lucha es la del agua por volverse tierra, o al revés.

—No comprendo. ¿Cómo, representando ustedes la revolución, pretenden ser tierra firme?

Facci se quedó pensativo. En eso interrumpió la voz de María:

—¿Qué, envenenándome al extranjero? Eso no lo permito yo. Y luego, con voz emocionada que pretendía ser natural:

—¿Quiere usted acompañarme al pueblo?

Pablo se mostró asombrado. Reaccionó rápidamente y contestó:

—Voy donde usted quiera.

• • •

(El mes de Octubre del año 34 fue el más intenso en la angustiosa fase pre-revolucionaria. Las huelgas y represalias hicieron de la ciudad un hervidero de asaltos a mano armada. En los barrios pobres: Cuatro Vientos, Lavapies, Vallecas, la presencia de un hombre bien vestido exasperaba a los obreros, agrupados en las esquinas llenos los ojos de expectación y de fiebre.

Pablo vivía en uno de esos barrios obreros. Al comienzo se le miró con odio y recelo. Más tarde, al venir los primeros amigos, notó que los limpiabotas, los vendedores de corbatas y los camareros le trataban con indiferencia. Jamás se explicó esa actitud. No era nada en política. Amaba la vida en lo que de insólito tenía. Soñaba con un mundo natural y a la vez extraño, en el que la sorpresa fuera la única estrella. Cuando pocos días después de esta aventura, en las largas noches de Octubre Rojo, alumbradas por el fuego de las ametralladoras, quiso deshacerse del recuerdo de sus compañeros de ahora, se sintió lleno de confusión. En ese mundo paradójal que va del tronar de un cañón al vuelo de una cometa, su vida absurda, desorientada, buscaba un soporte seguro. Miraba el cuerpo de María Noguerras cerca del suyo, caminando por senderos insospechados, se alegraba de su nueva condición de ser extraño —en un mundo extraño—, y le daba al minuto la largueza de una hora, y a la palabra su capacidad humana de ser bella, fuerte y mortal).

Cercanas se veían las luces del pueblo. La noche había caído sigilosamente. Miró otra vez la cara de María —ahora pálida, apretada, con duros labios de madera— y sintió deseos de hablar a la loca, de cantar un himno fantástico y extraño, que tuviera la fuerza y la serenidad del viento azotando las hierbas amarillentas. Llegaron a una calle estrecha y mal alumbrada. Un olor a pan y vino barato impregnaba todo. Pablo sentía la agitación de quien va a desangrarse. Un mundo impreciso, todo de árboles, cielo y personas, llegaba hasta él llenándolo de emoción. Hubiera deseado un suceso intenso, alegre o doloroso, que le volviera a la realidad. María lo miró fijamente y dijo:

—Los obreros de este pueblo llevan ocho meses en huelga.

—¿De qué viven?

—¡Oh! Muy bien. Soportan el hambre con alegría.

Fue como un puñal que desgarrara la noche. Un disparo convencional, y después la vorágine. La calle se pobló de sombras escapadas. Voces y gritos quebrados en gargantas de acero. Como

un alud irrefrenable se soltó la pasión, y los clamores del asalto, las sirenas incesantes de los guardias, llenaron la noche de silbidos de muerte. Se oyeron los gritos de los primeros heridos y las carreras de los endemoniados por el miedo. Pablo preguntó con voz tranquila:

—¿Qué ha sido?

—Es un asalto a una tienda de comestibles.

La sintió junto a él, sostenida a su brazo, con temor. De la calle surgió un hombre descamisado y corrió hacia ellos con una pistola en la mano. María se adelantó diciéndole nerviosamente:

—Date prisa: avísale a los otros.

El hombre desapareció y al poco rato volvieron varios más. Entregaban la pistola a la muchacha y echaban a andar tranquilamente por el callejón. María volvió los ojos a él, llenos de duda:

—¿Me acompañas?

Bajo el brazo llevaba la cartera con seis automáticas. Pablo la miró como si la viera por primera vez. Le invadía una sensación ambigua, medio diversión, medio desencanto. La encontró graciosa con la muerte en las manos y la ingenua sonrisa en los labios. Le envolvió la cintura con el brazo, y fueron caminando hacia la bocacalle. Encontraron a un grupo de obreros con los brazos en alto, rodeados de policías que les hacían preguntas. Pablo sacó su pasaporte y lo entregó a los guardias. Un capitán luego de examinarlo, le aconsejó burlonamente.

—Otro día llévesela al cine.

Pablo, paradójicamente, sentíase de buen humor. Comprendía la jugarreta desde su romántico comienzo en la Universidad. Estaba bien. ¿Qué actitud tomar ahora? A la verdad, había hecho un papel bastante tonto. De nada valía sonreírse. La muchacha recobraba su armonía y el aspecto travieso. Recordó: “Otro día llévesela al cine”. No, eso no. Después de todo: ¿qué más daba? En la estación quedaban aún restos del paseo. As-

cendieron al tren cogidos de la mano. Pablo se entregó a una idea infantil. Subió con María a la cubierta. Se estaba bien allí. Vio las luces de Madrid brillar a lo lejos. La carbonilla le caía en los ojos haciéndole llorar. María, junto a él, musitó apenada:

—Perdona, tuve que hacerlo.

Buena ocurrencia la de subirse donde estaba. Despreocupado de todo, admiraba el panorama, lindísimo. Llegaban ecos truncados del canto juguetón de los expedicionistas:

*—Eres alta y delgada
como tu madre
morena salada.*

Pablo no lo pensó más. La acarició por la cintura. La muchacha lo miró, entre sorprendida y alegre. Cuando entraron a la ciudad, cantaban y reían, como si nada hubiera pasado.

Al otro día estalló la revolución y no supo ya más de su compañera.

Julio Belisario Sosa

Nació en la ciudad de Panamá, el 15 de septiembre de 1910. Hizo casi todos sus estudios en el Instituto Nacional, aunque no llegó a graduarse. Contabilista de profesión, tuvo tiempo y gusto bastante para dedicarse al periodismo y la creación literaria. Fue, entre otras cosas Jefe de Redacción de la revista *Panamá Ilustrado*, dueño y director del semanario político *Crítica*. Cuentista y novelista de éxito, premiado en varios concursos, deja parte de su obra inédita. En el año de 1945 ingresó al servicio diplomático, como Secretario de nuestra Legación en Guatemala. Murió en la ciudad donde naciera, el 22 de Junio de 1946.

Obras: *Tú sola en mi vida* (novela), 1943; *La cerca de piñuelas. La hija del viento* (cuentos), 1946; *Cuarenta años de miserias*, 1946; *La india dormida* (novela), 1948; *José Agustín Arango* (biografía), 1948.

Se llamará Jesús

Parecían retoños de rosas verdes que el viento no osaba despeinar. De lejos daban la impresión de un enorme ejército de cogollos brotantes. Todavía estaban pequeños pero acusaban, bajo la tibieza del sol, la floración de una abundante cosecha.

Olía a tierra mojada. A vegetación de trocha recién abierta. A cañaza de río desquebrajada.

Chago Lenco estaba orgulloso de sus repollos. Se pasaba las horas revolviendo la tierra negra y frágil, matando los grillos y pontemesas, cazando las mariposas y destripando los gusanos, cortando las hojuelas que reventaban cada amanecer, quitando los hierbajos y espantando los borrigueros que horadaban sus madrigueras al pie de las matas. A veces se inclinaba sobre las hileras por el solo placer de tejer espejismos aritméticos en las distancias, de aspirar el aroma vago de la humedad después del sol. ¡Crear que nadie lo miraba derramar la ternura de sus entusiasmos sobre las corolas replegadas de las siembras!

¡Cómo amaba Chago Lenco sus repollos!

Sí, le daba pena decirlo, pero los quería más que a su caballo retinto, ese caballo que trajo de Potrerillos y le costó cien pesos ¡Buen ojo tenía Chago Lenco para los animales! ¡Y lo que ha-

bía luchado para soportar con estoicismo las ofertas de compra! Sí, los quería más que a su casita de tablones cepillados de cedro, con sus anchos ventanales de vidrio y sus pisos coloreados con tinte de mangle. Chago Lenco no había querido decir el secreto de ese tinte por no violar el juramento del indio Segura. ¡Que cada quien se las ingeniara por pintar sus pisos!

Sí, los quería más que a su trapiche, allá en el cañamellar de Horqueta, y donde todos los sábados reunía a sus amigos para saborear el amargo chornón,¹ hirviendo lo mismito que el mar en resaca. El compadre Alfonso Guzmán había querido comprárselo para vender en su cantina pero Chago Lenco pensaba que eso era una ofensa muy particular.

Sí, los quería... ¡le daba tanta pena que se ruborizaba como chiquillo sorprendido en robo de mangos! sí, los quería más que a Jesusa. ¡Y Jesusa era linda de verdad! No porque fuera su mujer, pero cierto que lo decía el cura que la había hecho ingresar en el Coro de Hijas de María de Alto Lino por su voz que parecía un trino de azulejo. Lo decía el maestro Chú, que en todas las veladas del Bajo la escogía para que recitase versos de Calancha y María Olimpia. Lo decía don Román que tenía experiencia de lo que eran las mujeres lindas, y que en cada visita se lo recordaba de diferentes maneras. ¡Qué inteligente y qué sencillo era don Román! Y hasta por allí decían que andaba enredado con Marcela, la hija del viejo Rojas. (Calla, calla, Chago Lenco, que Dios castiga la maledicencia). ¡Pero si no decía nada mujer, no aseguraba nada, no ponía cuidado a nada! ¡Sólo que el oído es necio y oye más de lo que importa! ¡Además, eso no tenía nada de particular, sobretodo cuando Marcela, mujer sufrida, arrastraba su juventud atada a un hombre de tan malos instintos como Federico Miranda!

El hombre volteó el pensamiento a los repollos. Después de todo no tenía de qué arrepentirse, porque el amor que les profe-

1 Jugo de caña fermentado.

saba era distinto, a pesar de que ellos le causaban más desazones y trabajos que la vida de Jesusa.

¡Jesusa! ¡Jesusa! ¡Qué linda y qué buenaza era su mujer y qué arrimada se había vuelto!

—Jesusa, ¿cuándo tenemos un hijo?

—Déjate estar, Chago Lenco, que somos muy pobres.

—¿Y es que no piensas dármelo, mujer?

A Chago Lenco le entraba una cosa muy dulce en el corazón, y los ojos se le llenaban de lágrimas. ¿Quién ha dicho que uno sólo llora cuando se le muere un pariente o cuando le viene un dolor? ¡Pues a él no le importaba esa otra clase de llanto y no por eso dejaba de ser muy macho!

¡Y Jesusa tenía razón! Allí estaba el cholo Marciano que se había sacado a una mujer más arisca que una perra parida. ¡Cada vez que iba a dar a luz el pobre hombre enfermaba y se volvía un vómito y se le antojaba comer sandía para Octubre!

Sus repollos... Otra vez la voltereta de la idea y otra vez el naufragio de las preocupaciones. Con los primeros bajareques² se colaron las gotas de agua como lentejuelas por entre los canalones de sus repliegues. Parecían perlas difusas en el temblor de una penca. Lágrimas inesperadas al borde de los flecos de pestañas.

Dentro de cuatro semanas llegaría la cosecha y los vendería al turco Ibrahim. ¿Por qué tenía que ser a él? ¿Por qué no los llevaba al mercado? ¿Los mandaba a David? ¿Los colocaba en Panamá?

Y otra vez a sus repollos. Una hierbita que quiere esconderse entre las hojas humedecidas, un grillo oculto tras un cogollo, una mata que quiere librar las raíces del peso de la tierra, la canción de una calandria en el duraznero, del sol sobre las cumbres, de Jesusa en la cocina.

—¡Chago Lenco, aquí te buscan!

Y el turco Ibrahim que entra por la puerta del patio como si

2 Lluvia menuda y fría que descende de las montañas.

fuese de la familia.

—Oye, Chago, tienes que cuidar más a tu mujer que a los repollos o encerrarla en el altillo porque si no te la roban ¡Lo buena moza que se está poniendo!

Jesusa ríe a carcajadas.

—Qué va a ser, don. Sus ojos ven más de la cuenta o va a tener que usar espejuelos.

El turco observa las siembras.

—Magnífica cosecha, Chago. No sacas menos de ochenta quintales.

—Si la mariposa no me los pica saldrán los cien, don.

—Suficiente. ¿Tienes compromiso?

—Si no es con Ud., don.

—Hagamos cuenta, pues.

—Como usted guste, don.

Ibrahim sacó una libreta mugrienta y comenzó a hacer cálculos.

—Aquí tienes un documento de trescientos setenta y cinco pesos que firmamos el año pasado, ¿recuerdas?

Chago Lenco sonrió.

—¿Cómo no me he de acordar, don, si fue para las semillas y para la limpieza y para pagar un poquito de la última cosecha?

—Nos vamos entendiendo. Más el préstamo que te hice para la enfermedad de Jesusa.

—Cincuenta pesos, don.

—¿Se fueron todos?

—Sí, don.

—¡Médicos ladrones!

Chango Lenco sonrió.

—Agrega los intereses, que por ser a tí te los paso apenas al 10%. En un año vencido son sesenta pesos.

—Así será, don.

—En resumen, tu saldo asciende a cuatrocientos ochenta y cinco pesos. ¿Conformes?

—Así será, don.

Chago Lenco miró con tristeza sus repollos. ¿A dónde iría a parar esa riqueza?

—¿Necesitas algo más para esta cosecha?

—Eso iba a tratarle, don.

—¿Cuántos? ¿Treinta? ¿Cuarenta?

Chago Lenco hacía arabescos en la tierra con el pie.

—Habla, dí con entera confianza.

—Deme cuarenta, pues.

El turco sacó un fajo de billetes y contó.

—Esto otro lo dejamos para el próximo año.

—Como guste, don. Y...

—¿Y qué? ¿Algo más?

—Le iba a decir, don... ¿qué cómo va a pagar este año el quintal?

El turco carraspeó con petulancia.

—Pues bien, Chago. Tú debes haber visto que la cosecha está resultando espléndida. En Jaramillo los Ruiz tienen más de tres hectáreas. Lucho Armuelles me ha prometido doscientos quintales de Horqueta y en esa situación están también Nono Vásquez y Amado Valenzuela. ¡Cuatro mil quintales para una demanda ínfima! He tenido que rechazar dolorosamente varias ofertas, y optaré por sacrificarme para ayudar a hombres que como tú, han permanecido siempre leales.

Chago Lenco sonrió.

—¿Y a cómo va a pagar, pues?

—Ya te dije que no voy a comprar mucho porque no hay demanda. Si hubieras sospechado, mejor hubiese sido una siembra de frijoles, de lechugas, en fin, de algo que abundase menos.

—Esa es la cosa: uno no puede ser adivino.

—¡Claro!

—¿Entonces?

—Te voy a dar un precio que a nadie he ofrecido, Chago

Lenco. Insisto en decirte que llevo las de perder, pero quiero ser benévolo contigo. Te las pagaré a dos centavos la libra.

—¡Eso es muy bajo, don!

—¿Qué quieres? Es un dinero que boto porque ya sabrás que la cosecha es grande. Uds. son poco previsores y muy desunidos. ¡En la estación del Bajo destruiré una parte, la otra se pudrirá en Pedregal y a Panamá sólo llegará la mitad!

Chago Lenco bajó los ojos y comenzó a darle vueltas al sombrero.

—Además —continuó el turco— el Gobierno permitió la entrada de una gran cantidad de repollo extranjero que se está vendiendo a precios escandalosamente bajos. Ayer no más recibí un telegrama de cotización, para que no dudes de mis palabras.

Y el turco comenzó a buscar en los bolsillos el papel inventado.

Pero esta vez Chago Lenco no sonrió.

—Ud. verá don, que mi repollo es del fino, pesa mucho más, es de hojas grandes...

-Lo sé, lo sé, hombre. ¿Cómo no lo he de saber si yo mismo te vendí las semillas?

-¿Entonces?

-Tú dispondrás, Chago Lenco. No quiero presionarte. Tú sabes muy bien que esa no es mi política. Eres bien libre de vender tus repollos por otros medios.

-No, don. Ya que Ud. me ayudó, yo tengo que serle fiel. Mi palabra es una. ¡Siquiera los pobres tenemos todavía eso! ¿Pero no sería posible un aumentito?

Ibrahim arqueó las cejas.

—Ya ve Ud. que apenas me da para cancelar el documento.

—Por eso no te preocupes que hay más tiempo que vida. Nada me cuesta prorrogártelo.

—Los víveres están muy caros, don, y este año quiero arreglar el techo de la cocina que se me llueve mucho.

—Ya hablaré con Faruk para que te fíe la madera.

—Además la Jesusa quiere ir a David y necesita algo de ropa.

—¡Vaya, vaya, Chago Lenco, cómo se conoce tu debilidad por la muchacha!

Chago Lenco se ruborizó.

—No es debilidad, don, pero la pobrecita trabaja tanto...

—No es necesario que te sinceres. Si la muchacha se lo merece todo. Y dime, ¿cuándo vas a ser padre? ¡Desde ahora te advierto que seré el padrino!

—¡Gracias don, pero, si todavía no está encinta!

—Bien hace, y no la contraríes, porque después se te pone fea.

—Eso decía yo, don.

—Bueno, vamos a arreglarte el asunto.

Sacó de nuevo la libreta y comenzó a hacer cálculos.

—¿Cien quintales me dijiste?

—Sí, don.

Había ofrecido una miseria, es verdad, envuelta en una serie de falsas disgresiones que al pobre campesino lo apabullaron. Pero ya estaba cansado de esa vida y quería retirarse millonario. Por eso tenía que acaparar las cosechas, engañar a los peones, amordazar a los humildes, antes de que en ellos prosperaran las ideas de los comunistas.

—¿Qué me dice, don?

—Vamos a transar por lo redondo, Chango Lenco. Te voy a dar cuatrocientos cincuenta pesos por toda la cosecha y yo pago el acarreo. Te aseguro que llevo todas las de perder pero vuelvo y repito: lo hago por tratarse de tí, porque siempre me has profesado una lealtad sin límites y te estimo de veras.

—Gracias, don. Es mejor que se los dé a ese precio, a que tenga que perderlos.

—¡Claro!

—El otro año seguiré su consejo.

¡El otro año! ¡El otro año! ¡La esperanza trunca de los que

navegan sobre quilla ajena, de los que hipotecan su virilidad que nació siendo suya, de los que viven con el espejismo de lo venidero!

—¿Me firmas ahora el documento?

—Como guste, don.

Se viene la brisa entre aromas de cafetos florecidos. Sobre la tierra voraz se acuesta en bocanadas el bajareque. Aupan las orquídeas sobre el lomo de un bambito. Bajo la frialdad de la tarde, el aire tiene una transparencia lechosa.

• • •

Si en arrugas se contaran los pesares, para Chago Lenco había pasado el tiempo en que ellos, de tanto apegarse al corazón, no tenían espacio para tornarse sensibles. Ni él mismo supo cómo fueron desfigurando su rostro marchito, acostumbrado a desafiar el latigazo de los bajareques y de aquellos soles que se arriaman fatigosos sobre las laderas para requemar el borde de los pastos y las espadas amarillosas de las cañas.

Porque su vida era una almáciga de crudas resignaciones. El golpe de las aguas que junto a la dilatación del huerto lamía los yerbatales tumefactos, abiertos a la frialdad de los amaneceres montañeses, no lograba despertar la mansedumbre de su espíritu ni el cansancio arenoso de sus ojos, por donde se colaba, infinita, la queja silenciosa de su desolación.

Así, el amor de Jesusa que le vino como un aroma de reseda, abnegado y humilde, apenas si fue el ligero abreviar en la fuente de su conformidad.

A la vera de las montañas tamizadas de oscuros panoramas y agotadas por el grito retador de las aves agoreras, encuevó su vida, llena de ese rencor con que observa el miserable la gloriosa epifanía de la naturaleza.

Sabía Chago Lenco que en sus venas llevaba la maldición del campesino, los latidos de esa caravana fatalista que se acoge a la coyunda persistente de una domesticidad inacabada. Si

Jesusa creyó que ese amor nacido bajo el perfume de los agapantos en las noches en que todas las estrellas estaban en el cielo podría absorber las amarguras de antaño, se equivocó. Porque la hostilidad de esa tierra pródiga pero traicionera, consumió para siempre sus anhelos de paz.

En la cabecita de la niña, ajena a la dureza de los senderos de polvo y de lágrimas, no podía prosperar el temor de un futuro desapacible. Si tenía que luchar por la felicidad soñada, por sus heridas sentimentales, por su compañero, por su sangre, por su rescate a la tiránica explotación ajena, ella ofrecía su pecho, su aliento, su corazón, ese corazón que sonaba ronco como ronca el viento en las noches tremebundas y se alarga como el lamento de la torcaza entre las espigas de los arrozales.

¡Pero Chago Lenco sonreía con lástima ante esa quimera, demasiado sublime para tornarse realidad! ¿Para qué marchitarse entre las ráfagas que ensanchan la miseria y agotan las congojas en la fragosidad de la lucha? ¿Para qué arrancar los secretos de la selva engañosa? ¿Para qué buscar caridad en los ricos y llenar de esperanzas el cieno de la avaricia y arrancar luz a las tormentas y decir que cada crepúsculo tiene un semblante nuevo?

Desde el fondo de su acongojado corazón, asomaba una lealtad sin límites, como la timidez de un niño. ¡No! Tenía que esconder sus desengaños, mas que todo, por esa mujer que en cada pétalo ponía una canción. Debía ser egoísta para no delatar el rencor que orientaba su trabajo hacia veredas sombrías.

Por eso se adentró con rabia en el duelo con la tierra, envuelto en esa fe de los ilusos que quisieran prolongar golondrinas en invierno.

• • •

Primero fue una insinuación. Después la dulce confianza. Pero él tuvo miedo, resquemor, presentimiento, toda una serie de contradicciones que violentaban el alma.

¡Desde aquel día ya lejano en que se presentó el Juez y le dijo que esa casa no era suya, que esos muebles no eran suyos, que esa tierra no era suya porque todo había sido rematado para que el turco Ibrahim pudiera cobrarse la cuenta que le adeudaba, su vida tampoco era suya!

Jesusa había sido más valiente que él y lo había arrastrado afuera porque las penas le pesaban más que los años. Con el rostro lívido y los ojos llameantes de odio, Chago Lenco rastrojó su indignación en un silencio trágico.

Roncaba el río de miedo para apagar el grito de su pecho porque el infeliz comprendía que todo había sido un engaño, engaño el precio de los repollos, engaño las promesas tras las cuales el turco había secundado sus miserias.

Quiso entonces lanzarse a la represalia. ¡Pero Jesusa se le amarró a las piernas cuando intentó cobrar su trabajo a balazos!

Y no pudo más. Tras los primeros síntomas de la preñez, la muchacha rodó sobre el suelo terroso.

• • •

Caen los días en las cenizas del tiempo y el cansancio se arriama a los repliegues del valle. Bajo el sopor de los silencios, los ojos de él se miran en los de ella. ¿Para qué el calor de las palabras que no se dicen? ¿Para qué el roce de las caricias inútiles que tienen el sabor de una lágrima?

Y sin embargo, están atados ahora más que nunca. Más que cuando gozaban la posesión de la tierra. Más que cuando monopolizaban el presentimiento de la miseria.

Por ese ser que ardía en las entrañas de Jesusa, la muchacha se tornaba más áspera pero más hermosa. En su rostro se dibujaba el matiz de una insospechada ventura. Y silenciosamente se dejaba estar en la esperanza de aquel que llevaría el palpar de sus manos toscas, sería también la alborada de su dicha.

Ni los dolores que a ratos la atenaceaban, ni la esterilidad del rostro de Chago Lenco, bastaban para nublar sus sueños de

niña enamorada y su fe que otrora la hizo fuerte.

Ya había hablado con la comadre Felipa para que atendiese el parto. Para Diciembre aseguraba el alumbramiento.

¡Para diciembre! ¡Para diciembre! clamaba en su adustez Chango Lenco. Y en sus ojos se grababa la desdicha de toda una vida burlada por la lobreguez de su destino.

Poco a poco se fue aislando. Al correr del tiempo y los desganos, se engrandeció la noche de sus temores. En tropel desbocado acudían las añoranzas dolorosas de su existencia lijada por una labor incesante y cruel, perseguido por la jauría apetitosa de los terratenientes, ajeno a la caída del sudor y de la sangre con que abonó esa tierra huraña y voraz. ¡Al cabo de los años, se encontraba ahora más pobre que nunca, vencido por el sopor de una congoja que se agrandaba como el eco retador del macho de monte en la floresta ennegrecida!

• • •

Media noche.

Se apagaron los vuelos de las lejanas campanitas de Alto Lino y en el aire, sutil y perfumado, aleteó la santidad de la oración.

Sentado en el umbral de la puerta, con la cabeza entre las manos, Chago Lenco se sumía en una indefinible tristeza. Sentía unos deseos infinitos de volver a la niñez, de abandonarse al grato anhelo de aquella edad cuando en su huerto cortaba las siembras de la inocencia. Se imaginaba entonces la llegada de un Niño Dios místico y riente, que penetraba por la puerta entreabierta para colmar su lecho rústico de un tropel de variados juguetes. Y así seguía soñando hasta cuando la llegada del amanecer traía la realización de su anhelo final.

Ahora, frente a esa noche de Pascuas oscura como su alma, sentía cierto rencor por todo lo que le rodeaba, por esa tierra que rezumaba maldad, por ese aire que le frotaba el rostro como una rama espinosa, por ese bohío trágico que se burlaba de su

pobreza, por esa mujer santa y buena que en la alcoba gritaba en los espasmos del alumbramiento.

Y deseó, en ese instante, que la noche fuera eterna, que sus ojos no volvieran a llenarse de luz, que una mano fatal lo empujase de golpe por la pendiente del suicidio.

¡Era mejor desaparecer!

Pero un llanto repentino, un llanto nuevo, un llanto que hasta entonces no había oído y que le llenó de súbita emoción, lo detuvo al borde del malhadado intento.

Levantó bruscamente la cabeza y creyó que estaba soñando. Pero la aparición de la comadre lo volvió a la realidad.

—¡Alégrese, Chago, que el Niño Dios le ha traído su aguiñaldo!

—¿Qué fue? —preguntó anhelante.

—¡Varón!

El hombre permaneció un instante en actitud de éxtasis. Afuera silbaba el viento desgajando el rumor de la corriente, el jugo de las estrellas, el eco bienhechor de las campanas que cantaban a la Navidad.

Chago Lenco alzó entonces la mirada, cruzó los brazos sobre el pecho y sus labios se movieron en una plegaria de infinita misericordia.

Cuando estuvo al lado de Jesusa, con la voz velada por el pudor ella le preguntó:

—¿Le pondrás como tú, verdad?

—Él rozó la yema de sus dedos sobre la frente pálida de la madre, la envolvió en sus ojos que delataban un arrepentimiento de sus pasadas congojas, y al cabo moduló beatíficamente:

—¡Se llamará Jesús!

José María Sánchez B.

Nacido en Solarte, pequeña isla del archipiélago de Bocas del Toro, el 25 de julio de 1918. Hizo estudios primarios en San José de Costa Rica, de donde era su madre. Recibió educación secundaria en el *Instituto Nacional*, que le graduó Bachiller en Letras en 1938. Antes se había manifestado su afición por el cuento, en las revistas estudiantiles. En el año de 1939 ingresó a la Universidad, pero tuvo que volverse a Bocas del Toro, por razones de familia. Trabajó entonces en las fincas que en tierra continental poseía su padre, rico empresario y comerciante del lugar. Muerto su padre, Sánchez tornó a la capital a continuar estudios de Derecho en la Universidad. Fue empleado de Ministerio de Relaciones Exteriores y Redactor de la sección “Artes, Ciencias y Letras” de *El Panamá América Dominical*. Obras: *Tres cuentos*, 1946; *Shumio-Ara (cuentos de Bocas del Toro)*, 1948.

Ino

Cae la noche. El grito de los “babillos” salta del bajarío, rasga el manto viscoso de la niebla. Se hincha el pantano en el canto de las ranas. A lo lejos retumba la caída de un árbol.

—Mama...

La voz llama bajito. Los animales del tambo se sobresaltan. Ladra Coronel.

—Mama...

Llueve otra vez. La misma rabia que muerde desde hace días en el monte. Los juncos del río, la jujuca temblorosa, se doblan bajo la inclemencia del cielo. Calla Coronel. Sube el palo escalonado un mulato de rostro lívido. Tirita. Los recios pies mueven el piso de jira. Entra al único cuarto del rancho y tantea con cuidado. Una mujer respira pesadamente. Sale otra vez al fogón y acerca la mecha de un candil al fulgor azulado del almendro, que arde con un ronquido. Volviéndose hacia la noche, llama:

—Rita...

La muchacha es de cutis más claro, más lívido quizás. El pelo mojado cae en mechones sobre el rostro cruzado por la cicatriz de una vieja “picada de bejuco”. La niebla ha envuelto el rancho. Coronel duerme apelotonado bajo el fogón. El mulato Anselmo sonrío al contemplar el sueño inquieto del perro. Debe soñar, re-

viviendo una aventura desenfrenada de cacería. Puede, a lo mejor, estar soñando con Tana, la puerca parida. Esa mañana corrió tras de ella, haciéndole sangrar las orejotas. Tana, con los ojos verdosos de furor, aplastó el espinero de la quebrada defendiendo las pelotitas enlodadas de los lechoncillos. El mordía, mordía enloquecido por el sabor acre de la sangre. Anselmo apareció con unos gajos de guineo maduro y le dio de plano con el machete. Dolorido se retiró a media loma y desde allí le ladró con desconfianza a Tana.

Coronel, despierto, parpadea lleno de gozo. Un aroma de carne frita flota en el rancho. Se acerca al fogón. Apaña en el aire un pedazo de manteca de cerdo. Caliente lo devora. Menea la cola. Anselmo ríe bajito. La chola de cuerpo cuadrado y piernas manchadas de lodo sonríe también. A la luz del candil los dientes brillan blancos, perfectos. Anselmo se levanta y trastea en el cuarto. Una punta de luz baña el camastro. Obedeciendo a un impulso irrazonable se acerca a la cama:

—Mama.

Respira la mujer con un estertor desgarrado. A pesar del frío y de la lluvia un sudor pegajoso baña la frente de la mujer dormida. Casi en voz alta, dice:

—Ta jumada.

Sale del cuarto con una muda seca de ropa. Volviendo la espalda a la chola se desnuda. El vello oscuro del vientre brilla en la luz amortiguada del tronco prendido. Ella se aproxima y contempla sonriendo el vientre del muchacho. Se desnuda. Hábil, escamotea los muslos lívidos. Comen bajo el rumor constante del aguacero.

—Rita, el río lavó el maizal de mama.

Cesa de masticar la chola. Vuelve la vista con inquietud hacia el cuarto.

—Mama es buena.

Camina, sin embargo, con precaución. Alcanza un “tulo” de agua. Bebe y se enjuaga la boca llena de grasa. Mirando la nie-

bla espesa, orina. Desde lejos suena un chaparrón. Sube, sube amenazador hacia las cordilleras.

Apaga la luz del candil y se acuesta al lado de la chola. Coronel gruñe tratando de escudriñar la noche. A pocos pasos de él, una fuerza de origen misterioso estremece la superficie móvil del piso. Atemorizado se aplasta gimiendo contra la tibia pared del fogón. Un malestar viscoso le camina en las tripas. Cosas vagas, imprecisas como la noche misma, se apoderan del terror oscuro del animal. Parado en las cuatro patas se estira, como un arco, y vomita el pedazo de cerdo. Vuelve a gemir, desolado.

—¡Perro pendejo!

Calla Coronel. Brilla la luz inquieta de un fósforo. Anselmo se acerca y prende el candil. Coronel lo contempla con ojos llorosos.

—¡Cómetelo!

El perro se echa con humildad. Levanta sus patas delgadas de monteador.

—¡Pendejo!

Obediente se traga el pedazo repulsivo.

—¡Abajo!

Baja Coronel al tambo. El viento silba colérico en las cañazas del pantano. Anselmo apaga la luz.

—Rita —llama.

La chola se acerca.

—Rita, el río se va a botar.

Como hablando para sí, agrega:

—Tana parió ocho lechones.

Rita le acaricia el rostro con sus manos ásperas. Cierra Anselmo los ojos. Bueno el calor de la hembra, buena Tana tan paridora. Cosas verdaderamente agradables, pequeñas o grandes, como la mujer y la puerca de vientre fecundo, sin embargo importantes, preciosas para la existencia de los mulatos. Lleno de ternura el muchacho se abraza con fuerza a la mujer. Llueve.

• • •

Se diluye el grito de los babillos en el pantano. La furia del aguacero se aleja, camino de las hondonadas y, con el pujido del río, crece el canto de las ranas. Los juncos abren paso a los babillos que regresan a sus madrigueras. Al borde de la montaña ladra Coronel, animado por los gritos de Anselmo. Rita, la chola joven, se peina las crenchas brillantes. Una mujer sale del cuarto y mira con ojos embotados la figura de la chola peinándose. Sin decir palabra se acerca al fogón.

Rita se incorpora, escuchando con ansiedad el ladrido lejano de Coronel. Llena de timidez, murmura:

—Buenos días Ino.

Sin volverse, saluda la otra:

—Buenos días, Rita.

El rumor del río pesa entre las dos, hinchado, profundo. Presa de repentina cólera se vuelve Ino:

—¿Te habei juntado con Anselmo?

La violencia del rostro disminuye ante el silencio humilde de Rita. La vieja está conmovida y termina:

—¿Por qué, Dios Santo, por qué?

Cae, en las lomas más lejanas, un árbol gigantesco. Rita responde con voz clara, acercándose.

—Acaso no es hombre, pues.

Ino se encoleriza:

—¡No es eso, carajo!

La chola baja del rancho y contempla el cielo, sin sentir la fría llovizna que se mece entre los árboles. El ladrido de Coronel se acerca hasta la quebrada, transformado en un gruñido de pelea. Al poco rato sube, Anselmo, la loma cargado de un caponcito, chapoteando en la vereda de lodo rojizo. De lejos le sonrío. La madrugada está llena de cantos de gallo. Rita levanta otra vez la vista y contempla el cielo, las serranías. En el bajo Coronel le aulla a la mañana triste. Tristeza de perro flaco, erizado y friolento.

—Mama, la quebrada se llevó el maizal.

—Ino se obstina en un silencio huraño. Entra al cuarto y frente a un espejo, se peina la lana canosa, reseca como nido de comején. Los alaridos del caponcillo llenan de rabia a la mulata. Busca en un baúl y saca un frasco de aguardiente. Como un río de lava, el licor enciende las entrañas de Ino.

Piensa en Anselmo, en la autorización que le arrancó para celebrar una fiesta, ella que tenía un sentido tan severo de la economía. Días hacía que andaba con la cabeza trastornada, martirizada por un presentimiento sombrío que se esforzaba por deshechar. Lo cierto es que accedió al deseo de Anselmo, solamente porque de un tiempo para acá lo sintió cambiado, rumiando a todas horas una preocupación que lo alejaba en una angustia de palabras obscenas y de exclamaciones injustas, excesivas. La madre asistía con miedo al despertar impetuoso del mulato. Empezó por esconder su sexo de muchacho cuando, terminada la faena del día, se cambiaba de ropa. Hurtaba a la vista de Ino su vientre plano, de vello dulce y suave como el plumón del grullo.

Con frecuencia lo miraba en el maizal, entre las hojas temblorosas del arrozal, erguido en su gesto gracioso de saltamonte, con el trasero negroide tirado hacia atrás, contemplando embelgado las figuras caprichosas de las nubes. De pronto, sonreía a una idea íntima y dilatada como el resplandor del cielo.

Ahora está allí actuando como un hombre hecho y derecho, sacrificando un animal para festejar a Rita, la chola de cutis lívido y de sonrisa ingenua.

La mujer se restriega con estupor las mejillas que el aguardiente dejó insensibles, flácidas como la piel del vientre de Tana. Acerca el espejo y se contempla los ojos. Feos, amarillentos, ojos de malárica. La visión se deshace en un río de lágrimas. Como un rosario inacabable repasa recuerdos, aferrada a un sentimiento de profundo desaliento.

Años y más años de frustración, cargados desde que era pe-

queñita. La imagen de los padres se diluye en la noche del tiempo y tan solo queda, disuelta en la distancia, la niñez, como un comienzo hacia desventuras más amargas que la soledad, las palizas excesivas, el frío de los días de invierno en el jorón podrido, la compañía estremecedora de alimañas asquerosas. La madre murió primero. El padre pereció en un baile, trabado en una estúpida riña de machetazos. Ya ella estaba crecida y quedó sola en su rancho. Zocolaba pedazos de la loma y sembraba maíz, arroz, frijoles.

¡Parecía todo tan lejano! Una vez un indio la aguaitó mientras se bañaba en la quebrada. Le rajó la cabeza de una pedrada. El maldito se vengó después con una calumnia. Pasándose las manos por el pecho, decía:

—No tiene na, cuñao. Tabla como tú, cuñao.

De allí nació la calumnia y ella se guareció en la soledad, llena de odio para con las gentes del poblado.

En cierta ocasión subía un remanso del río. Varias mujeres se bañaban desnudas. Llena de horror miró como todas se tapaban apresuradamente. Viró la canoa y regresó, llorando con desconsuelo, perseguida por los gritos vibrantes de las mujeres:

—¡Marimacho! ¡Marimacho!

Muchos años pasaron. Continuó en la loma, sola, con la lluvia, el grito del viento que sacudía las cañazas, los babillos, la quebrada de Shubsco. Shubsco pasaba en el bajo, lamiendo la loma con un acento limpio de peñas, de aguas cristalinas. Shubsco era un recuerdo amable de la juventud. Aún corre sobre su lecho de rocas. No se sabe dónde nace. Quizás no nace, sino que simplemente corre filos, hondonadas, lomas. Viene de muy lejos y posee bellos arenales hirviendo al sol, agua limpia de las montañas, quebrada, reflejo de sol entre el follaje espeso. Las voces del monte parecieran reunirse y decir: el agua Shubsco, el sol Shubsco, la peña Shubsco.

Y de noche. Es un largo y suave gemido en la espalda oscura de la montaña. Entonces, la luna, embellecida por las hojas, por el centelleo de los platanillos, por el canto de las cigarras, llega a

Shubsco, humo plateado en el tronquerío, como si en las noches pobladas del grito lastimero de los animales ardiera el hojarascal con llama lívida, ultraterrena. Y claro, el milagro, la luna Shubsco. Remansos con peces deslumbrantes, peñas gorgoteantes. Animales nocturnos de ojos saltones, poseídos del terror fosforecente de la luna. Y Shubsco, corriendo eternamente limpia, un suave y largo gemido en la espalda oscura de la montaña.

Condición desgarradora de mulata, o en un sentido más dramático, más doloroso, condición de mujer. De noche se bañaba desnuda en Shubsco. El agua pulida de la quebrada refrescaba el cuerpo agarrotado por el trabajo del día. Sentada en un tronco, contemplaba el agua, encendida por la luna. Un dolor sordo rasguñaba en el hondón de las vísceras, y el canto nocturno de las cigarras musitaba cosas extrañas con una claridad alucinante: Ino... Ino... Sola... Sola...

Pasaba el tiempo inexorablemente. Episodios sueltos del frijolar que se renueva todos los años, la creciente que arrastró el platanal, cosas importantes que se proyectan en la conciencia y entraban días, meses, años. Los acontecimientos de mayor significación son a veces predecibles, por esa facultad de presentimiento y de autosugestión que poseen los solitarios. Se sienten venir, entre la voz del río, entre los gruesos troncos del bosque. Llegó así Antenor Rodríguez, un forastero de rostro sombrío, envuelto en una aureola inquietante. Desde el bajo saludó y pidió permiso para subir al rancho.

—Me llamo Antenor Rodríguez, a su mandar.

Habló por un rato largo. Era ya de noche cuando bajó al camino y se perdió en la oscuridad, agobiado con su historia sórdida de palanquero.

Volvió con frecuencia a charlar de anochecida. Hablaba siempre de los manglares y de la vida triste de los bogas. En las altas horas de la noche, los manglares murmuran cosas misteriosas. Los hombres que cruzan los esteros salados, bajo la brisa y la lluvia, sienten cantos de gallos en lo más espeso de los pantanos.

En ocasiones es peor. Gentes de cuerpo peludo avizoran el manglar ahupándole a perros con ojos de fuego. Lejos, muy lejos, se escucha el galope desenfrenado de una cacería.

Una noche trajo un niño: Anselmo. Contó que la madre pereció cuando trabajaba en los cacaotales de la compañía. Una viborilla “mano de piedra” saltó de una horqueta y le mordió el rostro. El veneno hinchó la cara hasta el punto de que los ojos se hundieron en los pliegues monstruosos de los párpados y la infeliz se perdió en el cacaotal inmenso. Dos días después el vuelo de las “nonecas” dio noticia de la tragedia.

Ino estrechó al pequeñín con ternura. Cerrando los ojos evocó la imagen de una mujer tropezando y cayendo en la soledad de un cacaotal, enloquecida por el zumbido de los grillos y las moscas.

Esa noche durmió con la criatura a su lado. Más adelante, Antenor Rodríguez durmió también en el rancho como dueño y señor. Apasionada, renovando sensaciones y presentimientos, estrechó contra su pecho la cabeza del hombre amado.

Antenor Rodríguez se fue un día sin despedirse, sin decir una palabra, sin una sombra de remordimiento en la cara sombría. Se marchó a los cacaotales a contar la vieja historia de los manglares, empujado por su vocación de palanquero vagabundo.

Al principio, trastornada por la soledad, bajó a las plantaciones en pos de la huella amada de Antenor Rodríguez, disuelta en la penumbra de los aguaceros tediosos, entre los campamentos que tiritan un frío cárdeno de malaria a la vera del ferrocarril. Conoció de los jornales míseros, de la angustia de sentir el horizonte aprisionado por la simetría de la plantación, del abrazo acre de los peones embrutecidos por el alcohol y las privaciones. Antenor Rodríguez se disolvió para siempre y solo le quedó el regusto salvaje del licor.

Oscuramente presentía una amenaza en el abrazo de los peones. Todos estaban llenos de pústulas. Sin embargo, sumida en

el torbellino del alcohol, miró con indiferencia como el cuerpo se le cubrió de escoriaciones repugnantes. Hasta que un día, vencida por la fiebre, fue trasladada al Hospital y quedó sometida a un largo y penoso proceso de curación. Cuando salió, recogió a Anselmo y regresó a rehacer el rancho podrido. Allí vivieron años, años...

—Mama, ya está listo el puerco.

De vuelta a la realidad, sale Ino del cuarto, todavía con el sabor amargo de los recuerdos. El aguacero estalla en la selva y el rastrojo. Anselmo mira con aprensión los ojos turbios de la madre. Lleno de disgusto se lamenta de la lluvia. Rita amasa el pan para los invitados. Llueve todo el día. De atardecida, linternas y faroles desembocan por los caminos anegados. El baile se enciende. Un olor acre sale de las axilas de los mulatos.

El fuego del guarapo levanta el alarido del acordeón, la violencia del tambor pariendo golpes bajo los dedos de un negro ebrio.

Sentada en un rincón, apartada, Ino contempla la marea salvaje de la gente. Algo turbador atrae su mirada. Rita baila pegada a Anselmo. Una venda sucia atada en una de las piernas de la muchacha, indica la presencia de una úlcera. Cerrando los ojos evoca la visión tremenda del hospital. Dando traspiés Ino se para y entra al cuarto. Una llamarada de locura le arde en las sienes.

Desde la puerta de la habitación llama a la chola. Hacinados en el piso duermen los rorros de las mulatas que bailan. Rita se acerca. Aproximando el rostro, desfigurado por la embriaguez, Ino increpa a la chola:

—¡Perra podrida!

Una navaja barbera pasa como un relámpago sobre el vientre de Rita. El estruendo del acordeón apaga el alarido de la chola y el brillo maligno del acero continúa abriendo surcos de muerte en la carne morena. Anselmo aparece en la puerta. Con un grito de niño, igual que antaño, llama:

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

—¡Mama!

Por los oscuros caminos del monte y de la lluvia se alejan espantados las linternas y los faroles. Sólo gime el viento en las cañazas del pantano. Lluve de nuevo el cielo triste de invierno. Angustiado, desamparado, Anselmo repite con el mismo tono de antes, de siempre:

—Mama...

Cesar A. Candanedo

Nacido en David, el 12 de mayo de 1906. Asistió por dos años a la escuela privada que en su nativo solar regentaba el maestro ecuatoriano don Agustín Sanmartín. Después no tuvo otra instrucción que la recibida en el hogar, pues su padre fue también maestro. Trabajó en actividades que lo llevaron hasta los últimos rincones del país —que conoció como pocos—, permitiéndole una experiencia preciosa que es el fundamento de su obra. Ganó el segundo premio del Concurso Ricardo Miró, Sección de Novelas, con su libro *Fuera de ley*. Su nombre literario, que rubrica casi toda su obra, es *El Bachiller Carrasco*. En 1967 publicó su obra *La otra frontera*.

La plata manda

Luis Montes, el *Cojo* —como todos le llamaban— había llegado al país años atrás. Chato, fornido, exuberante, listo y resuelto, pronto se dio cuenta de que el sueldo que le pagaban en la Zona no alcanzaba para cubrir los apremios de su naturaleza, que siempre le pedía más...

Hombre de ojo abierto, poderosamente inclinado a la aventura y el riesgo, Montes, ligero encontró lo que debía hacer para colmar su propósito fundamental: conseguir más plata. En la Zona pudo hacerlo, pero el trabajo de espía no encajaba en su temperamento de español bragao... La aventura, en cambio, le atrajo de modo exigente, y la lucha le dio una plenitud encendida y radiosa.

• • •

El negocio del *Cojo* salió como había calculado. Así pudo conocer, casi de memoria, todos los caminos que conducen a la frontera por Paya, Tucutí y Juradó... Por esos caminos muy pocos se arriesgan. En Arquía —punto obligado— la gente contaba que los indios mataban a los castellanos; más adelante había que arrastrar la piragua durante dos horas por la montaña, y

subir con ella una cuesta hasta caer en el otro río; en otro lugar del trayecto un tigre engreído había comido a varios hombres. Ahí estaban —testigos— los huesos y el equipaje deshecho...

Pero al *Cojo* y sus hombres *no le meten los pelos pa' adentro*... El trago que anima, la pistola-ametralladora y el taco de dinamita, empujan hasta a los más flojos.

—Aquí le traigo Jefe... Consérvelo como un recuerdo... Y a usted, señora, para las niñas.

El *Cojo* consiguió buenas amistades que lo hicieron muy popular —por maniabierto— en los caseríos ribereños del Atrato. Fama adquirieron los bailes con que festejaban a sus amigos, aunque algunas veces terminaron entre muertos y macheteados.

En Río Sucio algunos maliciosos habían anotado:

—En lo mejor del baile el contrabando pasa.

Lo decían bajito, pues sabían que el *Cojo* no sacaba patente para matar. Además, también era brutalmente cierta su divisa:

—¡La plata manda..!

En sacos encauchados cruzaban, a hombros, los bultos de sedas, telas y medias finas.

• • •

Las cosas cambiaron de pronto. El Jefe es otro. De la Zona llegan quejas. Pólvora, fulminantes y dinamita circulan sin procedencia clara. ¿Y por qué no armas...? Todos sospechan ya. El nuevo Jefe ha cableografiado a la frontera.

La mercancía, para el regreso, está lista y no debe perderse. Hay que jugarse el todo por el todo. Si se mojaran los tambores, la pérdida sería total.

• • •

—A todos les interesa salvar la carga. Ahí está la ganancia, y el pago también —aseguró el *Cojo*.

Y continuando:

—¿Qué dicen ustedes muchachos? Las noches se prestan aho-

ra. Eso sí, hay que mojarse el culo, o dejarse coger. Malas noticias me trajó hoy el telegrafista.

—Lo que usted disponga. Cordillera, Pelao, Israel, Casiano y Pestaña, toos, queremos dirnos ya... —contestó Goyo Zorra.

La noche se desplomó, tupida, sobre la brecha del río. Los caimanes esperan, flotando como tucos. El sábalo *pica* la flor del copé. Los luceros no dejan caer sobre el agua su polvo dorado.

A media noche el bote se despega del raizal oscuro del manglar. En medio del río el motor arranca y la quilla hiende, filosa, el agua dormida.

¡Arréale toda la máquina, que nos siguen. Cada uno a su arma. Listos, muchachos...! ¡Israel, encárgate de la dinamita, con mecha corta!

En los barrancos se encienden luces. La gente asoma al borde, alarmada.

—Endereza para el arenal de arriba, para atajarlos... Cuida la propela, de los tucos —recomienda el Cabo.

En la cancha sinuosa del Atrato se entabló la lucha terrible, a muerte.

La máquina delantera no da más. De los retenes de la orilla disparan. Ya no se puede pensar en arreglos. El otro bote se acerca jadeante.

—Esta vez caen en la naza —gritan.

—¡A la dinamita... Disparen todos... Ahora, muchachos... Bandidos... ya me cogieron también! —lamenta el *Cojo*.

Una parábola luminosa enciende la noche. La explosión levanta un golpe de agua que cae en el bote contrario y silencia el motor.

—¡Ay..! Ya me pegaron.

—No sigas, Vicente, que a mí también me han tirao.

—Échense, que nos matan a toos...

En el fondo mojado del bote agonizan el Corregidor y un Guarda. Hay tres heridos, además.... Las detonaciones ruedan, siniestras...

Los contrabandistas se alejan, seguros. El motor vuela, evadiendo las curvas y los mogotes. El ruido de la máquina forzada invade el contorno y se extiende en las oquedades hasta el amanecer.

—Échame medicina aquí a ver si se ataja la sangre —pide el *Cojo*.

Junto a la yugular una bala dejó su camino, y una cicatriz, que en adelante caería, permanente, en la filiación...

• • •

—Busquemos la vida por otro lado —anunció el *Cojo*, a su gente, después de dos meses de licencia...

Con hombres de Juradó, El Valle, Ardita, Coreó, Cupica y Nuquí completó la cuadrilla de ciento veinte.

Las montañas de Juradó, que no conocían al hombre, un día amanecieron llenas de espanto. Los caobas -sólo ellos, ¡terrible preferencia!- caían vencidos por los hacheros sudorosos. Las tucas tendidas eran arrastradas hasta el río y llegaban al sitio de embarque remolcadas por las balsas aprisionadas por las ligaduras de fuertes bejucos.

• • •

La protesta dramática de la selva llegó efectiva. Los caoberos comenzaron, también, a caer. Un día dos, otro cinco, y así diariamente. El sarpuma, el fantasma siniestro de los caucheros darienitas, llegó al campamento. Los pies hinchados y los dedos erectos estallan, rajados por el peso del cuerpo. Los vampiros dejan su refugio en el pital, en el higerón o en el espavé y bajan, en las noches tranquilas, a vaciar los canales oscuros de las venas, al abrigo de un aleteo sedante y tibio.

• • •

—El viernes nos vamos pa' ajuera. Tres meses viviendo con los palos. Hay que divertirse, y llevar a los enfermos —comunicó Patiseco.

• • •

—Hay fiesta esta noche. Pagamento —se comunicaban todos.

—Goyo Zorra, avísale a los músicos que los espero esta noche, listos para tocar. Zacarías, invita a las mujeres y dile a los maridos que ellas no falten. Jámbole, llama a Candelaria para que venga con sus hijas a cocinar para ustedes, y de regreso pasas por la cantina para que el Quebrao mande, por mi cuenta, cuatro cajas de ron.

Desde la hamaca de su vivienda de amo, el *Cojo* organizó la fiesta de los caoberos. El baile sería en la casa grande.

—Y esa fiesta pa' qué, Pringo —pregunta Cuecha.

—Pa' nosotros, los caoberos. Mande su mujé y no pregunte máj. Ya usted conoce a don Luis... La plata manda y él no paga patente pa matá...

• • •

El viento arrastra, despacio, el grito de la *caja* y lo lleva, empinado, por la ladera vecina.

—Esta noche hay camorra —comentan en Ardita.

• • •

—Se acabó el ron, pisco Antolín.

—A rematá con el *tapa e tusa*, compa Sabulón.

Se estremece la casa y el piso retumba. El sudor y el grajo se mezclan en un ambiente de *seco* y guarapo.

—No se apelote, niña... Baile y escobille bajito, que esta noche tenemos que estrujasno el alma a tiestos... Y es que ese marío suyo no vale ni un viaje de agua en tulo.

—Devore ese pensamiento, Cirilo.

—En su bien encontrará su mal, niña Panchita. Pero déle que me acalambro...

• • •

—No esconda la boca como puñalá e pícaro, Polita.

• • •

—Urelia... Venite ya... Los muchachos tan llorando —llama Pascual.

—Y nosotras también nos vamos, don Luis... Ya es tarde —comunica un grupo de mujeres.

—Corregidor. Mande a la *permanencia* a ese hombre que grita afuera. Que nadie nos moleste, ya sabe... —ordena el *Cojo*.

Y echando mano a la pistola-ametralladora:

—¡Aquí nadie se va... Hay que tener conciencia... La plata manda, coño..! ¡Patiseco, tranca las puertas... Adán, apaga las luces... Hay que tener conciencia...!

Tobías Díaz Blaitry

Nació en la ciudad de Panamá, el 23 de marzo de 1919. Perito Mercantil (1935) y Maestro (1938) del Instituto Nacional, trabajó de Maestro en Pocrí de Aguadulce (1938-39). Bibliotecario y Profesor de Historia en el Instituto Nacional, se graduó como Profesor de Filosofía e Historia en nuestra Universidad (1948) y estudió Filosofía en la Universidad de Chicago. Poeta muy estimable, ganó dos veces el premio de poesía Ricardo Miró. Con Ramón H. Jurado dirigió por más de un año el suplemento literario de "El Panamá América".

Obras: *La Luna en la mano* (poesía), 1944; *Génesis, vida y disolución de la Gran Colombia*, 1948; *Poemas del camino*, 1949.

El loco

Hasta el afiebrado adolescente llegaban las voces medio apagadas de las mujeres que en la sala conversaban con la madre.

La conversación se hundía, a veces, en cierta subrepticia y oscura zona de silencios. Luego se alzaba, como sobre la cresta de una ola, y parecía la tibia y ceremoniosa salmodia mulsumana.

Fácilmente el adolescente se imaginaba el alto alminar con el almuédano mascando las palabras; mas a veces parecía, por el contrario, el ortodoxo rezo cristiano: las viejas mascullando sus oraciones, en los dedos sarmentosos el rosario de cuenta de coral. Había una especie de competencia: era una carrera de aliento que sólo podían soportar las más obstinadas. Y así, cuando algo le preocupaba, el adolescente recordaba, instintivamente, las rojas y pulidas cuentas del rosario...

Pero ahora, en medio de la fiebre que avanzaba cautelosa, la imaginación se enardecía, y una serie de imágenes cedía su lugar a otra de distinta contextura. Esto sucedía indefinidamente, casi intemporalmente, y en algún instante las situaciones parecían repetirse exactamente, tal como cuando, en una abstracción momentánea, nos imaginamos que lo que deambula por nuestra conciencia no hace otra cosa que volver al sitio donde estuvo siempre, durante un tiempo infinito que no podemos concebir siquiera.

Esta especie de sueño le traía al adolescente ciertas palabras indefinibles, de tonalidades mágicas, que quedaban bailoteando hasta que, de pronto, se encontraba en medio del sueño real, duro y potente, y el adolescente hundía su conciencia por entre las femeninas blanduras de la cama y el blancor sedante de los finos hilos de las mantas y las sábanas.

Cuando se despertaba al día siguiente —¿a qué hora?—, sentía como si una borrachera le hubiera acompañado toda la noche. Tenía que emplear toda la límpida transparencia del sol para purificar su mente afiebrada y sedienta. Pero a veces ni el sol ni su tónica claridad eran suficientes y venía la lucha y la desesperación; luego la voz de la madre ahuyentaba todo el manantial impuro y éste se iba a empozar en los pliegues más recónditos del alma, momentáneamente, en espera de la primera oportunidad.

Así José María, el adolescente, iba pasando los días de fiebre... y la convalecencia empezaba a despuntar prometedora, con un tamizado color rosa similar, en otro sentido, a las mujeres deseosas de amor.

Se sentía con una nueva fuerza, terriblemente desolada, sin objeto. Cuando la hermana le hacía una caricia volvía la cara hacia la pared, medio sonrojado, hurtando las ojeras de la fiebre y el insomnio.

Las manos se le iban adelgazando y si las sacaba a la claridad del alba, parecían perderse entre la luz, tan delgadas y pálidas eran...

Así, luchando con la enfermedad del alma, José María iba llenando los minutos, apretándolos densamente, hasta que de los minutos pasaba a las horas, y de las horas a los días. Semanas después el ritmo fue espaciando su compás y un día... Ernesto, su amigo de la infancia, vino a disculparse. Recién había llegado de Galápagos. Sí, traía algo de dinero: allá no se puede gastar mucho. Fueron días terribles, casi como si su vida se hubiera descentrado, como si —paloma de laboratorio— le hubie-

ran hurtado el cerebelo. Pero ya todo había pasado. ¿Anécdotas? Sí, muchas. Mas ¿para qué, ahora? Más tarde, quizá.

—¿Y cómo se siente?

—Ya bien del todo, completamente...

José María se daba cuenta de que mentía. Pero, ¿para qué hacerse la víctima y tener que arrostrar la descarnada y mortificante compasión de los seres que le querían? Además, ¿quién hubiera podido comprender la verdad, la sencilla razón de su enfermedad y de las duras palabras del médico: “Usted se mata, m’hijo”

Mejor sería hablar de política, o de arte, o de otra cosa; quizá del tiempo, ahora cuando amenazaban las lluvias y su memoria olfativa recordaba el olor de la tierra negra y fértil al caer los primeros goterones.

—¿Ha visto a la judía, a su judía, últimamente? —preguntó Ernesto.

—No. Es decir, a veces la veo pasar; pero es lo mismo: ella no se entera de que la he visto. La miro cuando se dirige a la Sinagoga y lleva la mente como preocupada por los viejos misterios religiosos de su raza. Entonces recuerdo la circuncisión. O a los sefarditas: *Mañana es Shabát; ténéish avertó?*. Además ¿para qué? Ella pertenece a un mundo inverosímil... y yo estoy aquí inundado de ascéticos olores primarios, o de pensamientos como monedas avarientas empujadas al vientre de una imaginaria alcancía de reminiscencias bíblicas. Pásame la mano por aquí. ¿Oyes el corazón? Trata de aislar su sonido puramente biológico y dime si no suena a una de esas viejas monedas del Imperio Romano que aparecen de vez en cuando en el centro de Europa, gastadas por un tiempo inclemente e imparcial como las matemáticas.

—Bien, bien José María, mejora Ud. al revés. Pero, si algo ganara su alma... ¿no estaría bien todo, enteramente bien, bien? Yo aquí me pregunto: ¿será cierto que este amigo mío, tiene toda la apariencia de un anacrónico ermitaño? Ved la pálida rosa, y

por detrás, al clavel... Las flores viven porque sí, sin importarles ningún dilema lingüístico, y sin que se maltraten enamorándose, platónicamente, de una judía que vive a dos pasos de la Sinagoga y que a veces pasa por ahí, cerca, recordándole la circuncisión. Bien, bien, amigo, Ud. desmejora visiblemente...

—Ernesto, yo doy amistad como si fuera un judío verdadero. ¿Si usted se sonroja por lo que digo, es acaso mi culpa? ¿Quién tiene la culpa de que Ud. no tenga una mentalidad judaica como la tengo yo? Debe Ud. leer algo con relación al ritual de la Sinagoga. Debe Ud. hacer amistad con algún judío viejo que le recuerde al Sanedrín y que haya leído algo de literatura inglesa. No sería difícil que cite a Keats: “Beauty is truth, truth beauty” — “that ye know on earth, and all is all ye need to know”; y que, al mismo tiempo, pueda disertar sobre la estética de los anuncios de *Colliers*, de *Times*, de *New Yorker*, y de *Esquire*. Verá como se desquicia Ud. y cae en ese mundo paradójico y cruel que vive al pie de la Verdad. Piense la palabra “Verdad” en mayúscula. Oh, no, mi amigo.

Cuando Ernesto se fue, José María se quedó aclarando sus visiones de Ruth la judía.

Para José María el amor era motivo de profundos trastornos anímicos. Y más ahora, cuando Ruth sólo era el objeto idealizado y lejano, más allá de sus viriles apetencias. Ruth era para él un puñado de aquellas palabras que había encontrado a través de una minuciosa búsqueda literaria: Ruth era Yahvé, Sucoth, Chofar, Kol Nidré, Tora, Shalóm... y también un puñado de letras en el cielo; algo así como el alfabeto celeste. En medio de esas palabras y esas letras José María espiaba sus movimientos espirituales; pero después se quedaba transido de la lenta emanación de las cosas desconocidas, con un vago temor de la parábola cabalística que trazaban aquellas palabras en sombrío amasijo de sueños y vigilia.

Todo su contacto con el judaísmo había sido de segunda mano. Sus ojos ávidos, ingenuos e indisciplinados, habían reco-

rrido, con deleite hedonista, las páginas de Acicebron y Maimónides —a quienes Giordano Bruno estudiaba—, y había encontrado la relación que existe entre la actividad astronómica de la época premoderna y el judío toledano Don Zag idn Sid; después un vacío de cuévano se embolsaba en su pensamiento, y flor lánguida en el balcón de la casa, José María se iba consumiendo como el agua del mar en las salinas inclementes.

Pero no era eso todo. José María saltaba a la cama desnudo. Cegaba sus ojos con los edredones blandos, y se imaginaba muerto, velado por cuatro velas, llorado por cuatro lloros, amado por cuatro amadas, muerto de cuatro muertes. Entonces se levantaba de un salto. Saltaba. Las lentas emanaciones misteriosas le iban envolviendo con su fosco sudario y, para escaparse, después de musitar aquellos versos de David: “Benedicid al Señor sus obras, etc.” abría la ventana y las siete cabrillas y la luna cortante invadían su angustia con pasos sigilosos.

¡Cuántos juegos surrealistas, en el rincón de la sala medio en sombra, medio en claro, por la luz lunar! Allí una esquina de la mesa alumbrada, y un cenicero estrambótico que servía de base a una columnita de humo, retorcida, caprichosa, clásica, judaica. ¡Oh Ruth, tu belleza bajo los trapos, y aquí José María tiritando de sed, tal como las débiles hierbas de los páramos!...

¡De pronto, el tic-tac-tic-tac del reloj, elevándose, cortando, tajando, dividiendo, encasillando el inmenso espacio vacío del tiempo; dándole forma, presencia, plenitud!

Y así, hasta los primeros trinos de los pájaros, en el amanecer frío...

• • •

Las tres de la tarde. José María ha logrado esquivar los ojos y las manos de la madre. La modorra empapa todo el espacio como un denso río de miel; los ojos se acalambran, fijos y estáticos frente a frente del horizonte pegajoso y lento como una panoplia de armas antiguas celosamente labradas e inútiles para

siempre. Y luego, mano a mano, como una evocación mortificante, las palmeras, los mangos, el tizón rojo del sol, los gritos, cortados por el viento, de los muchachos que juegan en la plazaleta... Y el aire pesado, con olores selváticos, arrumbando a los valles anchurosos del corazón.

Las tres y cuarto de la tarde. El reloj se oye. Allá atrás, en la cocina llena de trastes y de chismes de fregonas, las mujeres que murmuran. El sonido de una silla desvencijada que pone su nota disidente en la geometría euclidiana de la acostumbrada parsimonia. Y el parloteo de las aves, y un carro que pasa amenazando derrumbarse, como castillo de naipes, sobre la densa calle tendida bajo el peso de la canícula.

Las tres y media de la tarde. Un teléfono que suena. El teléfono que suena. Vuelve a sonar. Lentamente, José María lo toma:

—Aloh...

—José María, es Marta...

—¿Marta?

—Sí, hombre, Marta. ¿Qué te sucede? Tienes voz de ultratumba.

—Ah, Marta. ¡Qué sabes tú de eso! Estoy aquí mirando la plaza. Después, ¿qué importa?

—¿Sí, eh? No será que Ruth...

—Déjame en paz con Ruth, ¿Para qué me quieres? ¿No es para aquello? Entonces, qué... Yo doy lo que puedo.

—¿Cómo es posible que hables así? Eres muy cruel...

—¿Sí, eh?

—Ah, ¿por qué peleamos, José María? Después de todo esta vida es tan dulce, y tan corta.

—¡Oh, bella sulamita de los bellos ojos!

—¡Dame los dátiles más dulces de tu cuerpo de nardo!

—O un anca de rana... ¡Quiero besarte, Marta!

—¿Uhm?

—¡Sí!

—Me voy, José María... He leído por ahí: “Tú tendrás segu-

ramente tus *mil* noches, David. Dudo que tengas *una* vez una mujer”.

• • •

Marta era para José María lo mismo que el tic-tac del reloj. Si lo envolvía en las sábanas, su tic-tac, amortiguado, se escapaba y florecía más inquietante que nunca. ¿Y Ruth? ¡Oh! Ruth vivía en una zona de su corazón que sólo habitaban los pequeños misterios de su vida prenatal, y unas cuantas palabritas como ásperas espinas absurdas.

Pero Ruth, en verdad, sólo existía ahí, en aquella zona de su corazón. La Ruth de carne y hueso se besaba con “un bailarín internacional” cuyo padre vendía frutas —¡¡manzanas, peras, uvas!!— por las calles de la ciudad.

Todo eso contribuía a que José María mirara, en el espejo del minuto de hoy, su denso y nunca esclarecido pasado.

Cuando era un niño solía enclaustrarse, con sus amores y sus penas, allá en el virgen reducto de su imaginación. Sólo tenía un amigo. Era Ernesto. Hicieron juntos los estudios elementales. Era la época de las “guerrillas”; del castigo hasta la seis de la tarde cuando, con miedo, veía crecer la oscuridad, en el silencio del aula, y el foot-ball se le hacía una nostalgia especial, y en las comisuras de los labios bordeaba el llanto..., hasta que los impasibles porteros con sus gestos administrativos le hacían irse al par que le miraban hondamente, diciéndose, quizá, para sus adentros: “¡qué chiquillo más pendejo!”

Luego vino el bachillerato, cuando llegaron a su alma inquieta las primeras novelas y Dostoyevky, y Gogol, y Gorky y Tolstoi —entre los rusos— le dejaban como una levadura de sueños imposibles, en la noche oscura... Después ambos abandonaron los estudios. Ernesto se fue a trabajar. José María a enterrarse en la biblioteca de su padre donde un retrato inmenso le transportaba a época de levitas y cuellos duros.

A veces, le dolía no haber conocido al padre. Otras le era indiferente. El dolor era de índole egoísta. Quizá, se decía, hubiera compartido con el padre los temores de ahora. Hubiera jugado con el padre. Se hubiera emborrachado con el padre. Hubiera dividido con el padre el goloso amor de las queridas. Hubiera...

Pero el presente era otra cosa. Ahora sólo le quedaba la madre. Y era bien poco: la madre le quería. Y José María no aspiraba a que lo quisieran; necesitaba de alguien que lo comprendiera, que lo ayudara, que lo considerara objetivamente, imparcialmente, como si fuera un fenómeno cósmico...

Sin embargo, todo eso hubiera importado poco si no estuviera de por medio “la judía”, en el centro más agrio y vulnerable de su vida.

Ruth le había desquiciado. ¿Qué sabía de ella? Nada... Aparte de que tenía unos piecitos, unas manecitas, un tallecito, unos senecitos, una miradita, un temblorcito, allí sobre la boca, como ala de mariposa, como lenguas divinas, como divinos sacrificios de uva y menta hechos a un dios pagano.

Ruth estaba ligada a una serie de acontecimientos. Ruth estaba ligada al insomnio, al dolor físico de una infección en el dedo meñique, a la caída de un cabello, a la mortificación de unos ojos miopes... Ruth había colocado a José María en el centro mismo de un campo inexplorado que caía sobre el dominio de unas fuerzas más poderosas que su fuerza. En medio de ellas se sentía como si su resistencia física, entre los polos abismales, sonara como la cuerda de un violín, bajo el suave roce de unos dedos alados.

Una sonata se quedaba suspendida en eco puro entre la concavidad que le prestaba el terror y la incoherencia, y, de tanto oírla resonar, iba identificándose con aquella perfecta y sencilla forma musical. Pero luego, era evidente que las últimas notas se sumergían más allá, en un mar exótico y complejo. Casi podría decir que todo el cielo se iba poblando de hilachas

de mar, conservando todavía sus tonalidades verdosas y relieves pronunciados, tal si un travieso pintor fuera colocándolas sobre la movediza tela a golpes seguros y firmes de su espátula. Ahora, pensaba José María, otros sentidos le habían crecido, como órganos espesos y evolucionados, sobre el coráceo pellejo de su corazón, sujetándose allí con obstinadas ventosas de molusco...

Así que se explicaba que *viera* el sonido como una flor compleja abriéndose bajo la tierna garúa que empezaba a caer; que *oyera* el olor de las campanas medrosas coloreadas con un extraño azul prusia; que pudiera *sentir*, con el estilete de las uñas, el vuelo de las palomas mensajeras; que pudiera *oír*, en su entresueño, el monólogo sintético de su caudalosa sangre que corría, en medio de relámpagos tormentosos, hacia el epicentro de una noche de Walpurgis de todos los ahogados, al aire sus ventriplotencias y sus reflejos metálicos que florecían sobre los colores primarios esparcidos al azar.

...Mas ahora, después de estas nocturnas ecuaciones misteriosas, José María tenía la certeza de que algo indefinido corría por su imaginación. Vagas marejadas de recuerdos topaban contra la roca de su felicidad, socavándola, pulverizándola, rompiéndola, y tirándola toda, en pedruzcos que repasaban todas las gradaciones cromáticas, a los senos más oscuros de una locura que comenzaba a sacar su lengua serpentina.

• • •

Ernesto llegó a la casa de José María, al día siguiente, como una exhalación: en la madrugada, a las tres de la madrugada, José María había enloquecido.

A las cuatro de la madrugada José María iba en camino al manicomio, entre una camisa de fuerza.

A las cinco de la mañana José María estaba recitando, en el manicomio, un villancico de Gil Vicente:

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

*Muy graciosa es la doncella.
¡Cómo es bella y hermosa!*

A las siete de la mañana Marta mascaba “chewing gum”, y se peinaba.

A las ocho de la mañana Ruth mascaba “chewing gum”, y se peinaba.

A las nueve de la mañana Ernesto mascaba “chewing gum”... y se peinaba...

Mario Augusto Rodríguez

Nació en Santiago de Veraguas, el 12 de septiembre de 1919. Llegada la hora de los estudios secundarios ingresó al Instituto Nacional, de donde pasó a la recién creada Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena, ubicada en su pueblo natal, institución que le graduó Maestro en 1940. Ejerció luego, por cuatro años, el magisterio, en un campo de su provincia, y más tarde un empleo en el Ministerio de Educación. Se graduó de Profesor de Castellano, como alumno becado de los cursos diurnos de la Universidad, y enseñó en la ciudad de Penonomé. Mario Augusto, poeta y autor teatral, ejerció además el periodismo, como columnista del diario *La Hora* y director de una página literaria semanal. Obras: *Campo adentro*, 1947; *Luna en Veraguas*, 1948.

Sequía

Cielo seco. Sol de rayos afilados. Aire caliente. Y, a lo lejos, la permanencia aguda del zigzag de los cerros.

—¿Na' de agua?

—Naitica... Ni esperanza...

El cielo estira su perezosa blancura “de canto a canto”. Los reflejos del sol amarillentan el aire y sus lengüetazos ardientes queman la paja seca que reposa sobre los ranchos agachados y acuchillan las hojas de los sembrados.

—¡Ya van tres semanas... Y ná!...

—Haberá que hacer otra rogativa, pues...

—Haberá que hacerla... Puede ser que sirva pa' algo... Aunque ya yo toi creyendo que Dios como que se ha olvidado de que nosotros 'tamos viviendo por estas tierras, pues...

Tres semanas... Tres largas semanas... “El Veranito de San Juan” vino, como todos los años; pero parece que le gustó el campo y se quedó tamaño rato. Y ahora, nada que quiere irse...

Los arrozales tiemblan de emoción; ya están crecidos y los conmueve el presentimiento de su madurez. En algunas “rozas”, ya los menudos granos comienzan a cuajar. Por eso ahora, más que nunca, necesitan agua, mucha agua. Pero sólo pueden

beber sol. Sólo pueden lamer el filo caliente de los largos rayos solares. Y se les van estirando las hojas desesperadamente, con pretensión absurda de llegar a las fuentes escondidas en el subsuelo.

El cielo permanece inmóvil, perennizando su curva panza blanca y dura. Abajo se alargan las secas rajaduras del suelo chocolate.

—Ya vemos hecho dos rogativas... Y ná...

—El señor Cura ha dicho que hay que tener pacencia...

Paciencia. Paciencia y fe, ha predicado, domingo tras domingo, el señor Cura. Pero el señor Cura está muy lejos y no ha podido venir a ver cómo los cauces de las quebradas van acercando a la superficie del agua, cada vez más, sus fondos de piedra gris. No puede darse cuenta de que los pozos se van secando con pasmosa rapidez. Por eso él sigue aconsejando paciencia, paciencia y fe.

—Ya vamos pa' al mes... Tuito se 'ta secando...

—Ujú... Y lo peor es que esto ya no revive... Haberá que hacer una resiembra...

Las *roz*as son, ahora, sucios y amarillentos mares sin oleajes. Las hojas, lamidas constantemente por el sol ardoroso, se doblan, abrumadas de fatiga.

Los troncos de los yucos se van quedando desnudos: levantan la inutilidad de brazos descarnados que son sus ramas, como pidiendo socorro. De los ñames tan sólo van quedando largos bejucos secos que arrastran por la tierra cuarteada sus terribles imploraciones. Los maizales se convierten en matojos secos: ¡tristes seres sin brazos y sin cabellos!...

—Mes y medio... Y ná'...

—La quebrá 'ta casi seca... Dos o tres días más y se nos van a quedar sin una miajítica de agua los gana'os. La morriña los va a acabar a tuitos...

El aire pesa toneladas de fatiga sobre el lomo del pueblo cansado. Los ranchos agachan más y más sus silencios grises.

El viento ciñe un cansancio de plomo en torno a los hombres, en torno a los animales y en torno a los desesperanzados despojos de los plantíos.

Las *roz*as son enormes cementerios de esperanzas. Los animales acuchillan las noches y los días con sus lamentos dolorosos. Los hombres respiran a bocanadas el ancho agotamiento del aire quieto y beben grandes sorbos de desesperación en cada minuto.

Por los potreros, *la muerte seca* va cuajando víctimas. Las vacas tienden los cuerpos huesudos sobre la tierra pelada, casi polvorosa, mugen dolorosamente su profunda impotencia y se van quedando quietas. Silenciosamente, doblan el cuello sobre la tierra seca, inmóvil de angustias, y sus mugidos de agonía son cada día más débiles y menos numerosos.

Los pocos pozos no dan agua suficiente para tanta sed. Apenas alcanza, estirándola, para los hombres. A la orilla de los huecos abiertos en la tierra hay constantemente una larga fila de mujeres pacientes. Mujeres de rostros angulosos. Rostros de labios apretados en furioso silencio, rostros de pupilas ausentes, lejanas, perdidas en la raíz invisible de una esperanza. Calladas, las campesinas aguardan turno para llenar las tinajas.

El pozo -viejo, avaro, cruel- hunde allá en el fondo lejano el turbio espejo de sus aguas escasas. Lentamente, con una lentitud que fatiga y desespera, se van llenando los cántaros...

• • •

—Na' de agua... Ni una nube...

—Se van a morir tuitas... Me da lástima verlas ahí tiradas... Y me duele muy hondo oírlas como bramean...

Bernardo y Carmela reposan su fatiga recostados a uno de los horcones del portal. Levantan las miradas de sus ojos, anchos de esperanza, y recorren con ellas el cielo alto: un cielo limpio, imperturbable... Cielo de una brillante claridad que ciega los ojos... Cielo duro...

—Ni una nube, Carmela...

—Naitica, Besnardo...

—Haberá que matarlas...

—Habrá que matarlas...

Las cuatro vacas se habían encontrado frente a la completa imposibilidad de conseguir hierba y agua y se han venido acercando, lentamente, hasta el rancho.

Por debajo del cielo sin nubes, los negros gallinazos trazan las elegantes curvas de sus vuelos fúnebres. Las reses sintieron que el pavoroso peligro de *la muerte seca* las venía acosando. Como una jauría, la muerte casi hunde ya los colmillos afilados en los flancos huesudos. Ese peligro, que los cuatro animales adivinan despiadadamente cercano, las ha venido empujando hacia la casa de sus amos. Allí se quedan, echadas junto a la tranquera del corral y lanzan al aire, de rato en rato, sus largos mugidos dolorosos.

—Ujú... A mí también me duele...

—No puedo 'tarlas mirando ahí, tiradas en el suelo, como pidiendo una limosna de agua... Habrá que matarlas, Besnardo...

—Sí, Carmela... Haberá que matarlas... Pero ellas se han venío hasta acá, onde uno, huyéndole al hambre, huyéndole a la sed, huyéndole a la muerte... ¿Y, entonces, nosotros vamos a tener que matarlas?

—¿Y qué vamos a hacer, pues?... Tu sabei que esa es la suerte...

Y ya yo no aguanto a verlas más ahí tiradas, esperando que venga la muerte pa' llevárselas... To'a la noche se la pasaron mugiendo y mugiendo... Y yo no pude pegar los ojos ni un ratito...

Bernardo mira el cielo, con una remota esperanza prendida en la orilla de las pupilas:

—Si viniera una poquita de agua... Una lloviznita... Na' más que pa' que se les moje el cuero...

Pero la mujer es sorda a la ilusión imposible.

—Ni esperanza, hombre... —le dice moviendo la cabeza—. Mira... Mirá pa' al cielo... ¿No lo ves tuito estirao y limpiacito 'e nubes?...

—Ujú... Ni esperanza... Haberá que matarlas, pues... Asina será menos pior, porque no tendrán que estar sufriendo más... ¡Tan amorrinás las pobres!...

Entra al rancho a buscar el cuchillo; pero entra lentamente, como quien no quiere hacerlo. La verdad es que no quisiera encontrarlo, que no quisiera saber en dónde está.

Piensa que no va a poder matarlas. ¿Cómo va a poder hacerlo?.. ¿De dónde va a sacar valor para hundir la hoja brillante en las gargantas de las cuatro vacas?... ¿De “sus” cuatro vacas?...

No. No quisiera encontrarlo. Quisiera que se le cerraran los ojos, que se le apretaran muy duro, para no verlo. Quisiera que las manos se le pusieran más gruesas, más torpes, más morenas, como si no fueran las manos suyas, para que no le obedecieran. Quisiera que los pies se le pusieran pesados, muy pesados, como si arrastrara grillos, como si fueran los pies de otra persona. Quisiera...

—¿Qué te pasa, pues?... ¿Ya encontraste el cuchillo, Bernardo? —le grita desde afuera la mujer impaciente.

—No lo hallo, Carmela... No lo hallo toavía... —murmura apresuradamente, sintiéndose asustado como un chiquillo sorprendido en falta—. No ‘ta por ningún la’o....

—Pero si ahí ‘ta, hombre...

Ahí está: delante de sus ojos, turbios de indecisión. La mujer tiene que cogerlo y ponérselo en las manos, duras de torpeza.

El frío agudo de la hoja brillante le quema la piel sin vellos de la mano abierta. Los pequeños ojos le duelen de angustia. Una polvorosa sequedad le prende un fogón de leña en la garganta. Y los golpes apresurados del corazón le duelen dentro del pecho.

¡Habrá que matarlas!...

Son “sus” vacas. “Sus” cuatro vacas. Las mismas que compró con ganancias, celosamente economizadas, que había obtenido después de más de diez años de trabajo. Años de trabajo bajo el agua persistente y bajo el sol implacable. Soles terribles,

como este de ahora. El sudor le empapaba las ropas; pero él pensaba en “los ocho realitos” que se estaba ganando y seguía moviendo el machete.

¡Corta!.. ¡Corta!.. Y por la noche los realitos caían, uno a uno, en el “coco” guardado arriba del jorón.

Son “sus” cuatro vacas. Las cuatro vacas que estaban destinadas a ser la herencia de los dos hijos. Las cuatro vaquitas que fue comprando, una a una. Cuando las veía, pensaba en ellos: en los dos hijos...

Y ahora, habrá que matarlas...

Si las dejara vivas, la sed y el hambre irían consumiéndolas lentamente, horriblemente. Y ya no aguanta verlas sufrir más, porque les tiene cariño, como le tiene cariño al rancho y a la *roza*. No aguanta verlas como muerden el suelo pelado. No aguanta oír los mugidos tristes con que los cuatro animales parecen sollozar.

Con el cuchillo será muchísimo mejor para las pobres reses, porque será todo mucho más rápido. Así, no habrá el tormento largo de la sed y del hambre. Serán, tan sólo, cuatro prolongados mugidos dolorosos. Y ya no sufrirán más.

¡Matarlas!...

Ahí están, al alcance de sus manos. Ahí están, delante de sus ojos, con las ocho pupilas, anchas y limpias, claritas como el agua, mirándolo con una tranquila mansedumbre. Las pobres bestias, agotadas por la sed y por el hambre, ni siquiera intentan levantarse. Le clavan en el rostro las hondas miradas tranquilas y se quedan quietas... Quietas, como el cielo... Quietas, como el viento... Quietas, como la fatiga de la sequía...

Por la hoja brillante del cuchillo corren las risas de mil luces asesinas. La mano aprieta los dedos, dolorosamente, sobre la cacha de madera, y un sudor pegajoso y frío le corre por la piel de la espalda.

¡Matarlas!...

Hundir en las gargantas la hoja ancha y afilada y oír el tem-

blor de los últimos bramidos dolorosos...

¡Matarlas!...

—¡Ahí va!..

Ha cerrado fuertemente los ojos. El cuchillo entra, hasta la cacha, en la suave carnosidad de la garganta. Un mugido sordo sale por la boca ancha de la vaca y un estertor espumoso se envuelve en la sangre que brota de la herida y se le mete al hombre por los ojos, por la nariz, por los oídos: ¡por todos los poros de la piel penetra la espuma roja del estertor!... Y un lengüetazo de sangre caliente le lame y le tiñe de aliento rojizo el brazo y el pecho...

Con los ojos fuertemente cerrados y con los dedos morenos apretados sobre la cacha del cuchillo... Una furia criminal le muerde en las raíces de los músculos de los brazos y le grita en cada dedo de las manos y una locura homicida le corre por dentro de la cabeza, caliente de sol y colorada de sangre.

Tres mugidos, livianitos como quejas, se levantan en el silencio y se extienden en el aire seco, enrojeciéndolo.

Ahí están... Ya están muertas...

—¡Carmelaaaa!.. ¡Las maté!.. ¡Ya están muertas, muertecitas, Carmelaaaa!...

El llano se ha puesto rojo. El cuchillo se ríe con rojas carcajadas. En los ojos del hombre se agrandan rojas angustias. La camisa transparente rojas humedades. Las venas de sus brazos dibujan rojos cauces a través de la piel. Y en el cielo, el rojo más colorado se pasea orgullosamente por entre las nubes blancas...

—¡Mardita sea!..

Levanta en el brazo rojo el rojo cuchillo y la insensata imprecación se eleva majestuosamente en el aire, quieto de asombro, y abofetea la bóveda celeste con ruido de seca protesta.

—¡Mardita sea!...

Y nuevamente el salvazo de la blasfemia hiere el azul del cielo.

De pronto, como si el cielo se sintiese ofendido, un trueno

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

retumba tras de los cerros grises... Otro trueno... Y otro...

El cielo se llena de truenos horrísonos. Las nubes aparecen a lo lejos. Luego, se acercan rápidamente, en furiosa carrera. Son negras, como fantasmas... Espesas... Sombrías...

Y sobre el rojo brazo del hombre, que alza hacia al cielo el cuchillo sangriento en audaz maldición, se desata el aguacero, como la respuesta de Dios...

Ramón H. Jurado

Nació en Pocrí de Aguadulce, el 22 de junio de 1922. Bachiller en Letras del *Instituto Nacional* (1942). Estudió Filosofía e Historia en la Universidad. En 1944 ganó, con su novela *San Cristóbal*, el primer premio de un concurso organizado por el *Ministerio de Educación*. De abril de 1947 a enero de 1949 dirigió, con Tobías Díaz Blaitry, la sección dominical “Artes, Letras y Ciencias”, de *El Panamá América*. En 1948 obtuvo el segundo premio de la sección “novela” del concurso Ricardo Miró con su obra *Desertores*. Obras: *San Cristóbal*, 1947; *Desertores!* (Inédita).

Piedra

A Francisca Clarck en su dolor de piedra.

Pelo corto y ojos grandes de aceituna. Un hombre cualquiera diría: bonita. Pero yo —que he recorrido todos sus caminos; que se de su vientre agitado; que he padecido sus noches histéricas— digo que no es bonita.

No fué ayer. Es del tiempo en que sus curvas se iniciaban. Cuando el tono claro de mis ojos no se había acentuado. Y desde entonces nunca más la he vuelto a ver. Pero sé que es la misma. Con la ligera cicatriz tras de la oreja izquierda y con la insoportable costumbre de mascar goma. Quizás por eso sus besos eran tan dulces. Seguramente lo sean todavía... y sus brazos —ya cumplidos— ahoguen mucho más que entonces.

No sé por qué la pienso ni por qué le escribo. Tal vez todo sea una justa reacción senil de hombre desgastado. ¡Recuerdos de una época definitivamente muerta que reclama a la muerte el derecho a vivir...!

Cuando tuve veinte años el mundo me pareció chico. Y el amor, claro está, lo único que merecía pensarse. No supe de los tinacos pudriéndose, ni de los microbios que hay en todas las pestañas. Menos todavía, de este desván —mi último aposento— que llueve polvo y que estrecha, hasta desesperar, ese es-

tante medioeval que sólo avivan los ratones incrédulos.

Es que no podía saber. Porque entonces vino ella. Como crecen los ríos, como llegan los vientos: desesperadamente. Y no tuve perspectivas. Sus labios montaron hasta mis músculos que yo no conocía. Sus largas pestañas sangraron mi pecho y yo, claro, no supe de los tinacos pudriéndose ni de los microbios del aire.

• • •

A la sombra del viejo guaco, que hay en el patio tía Panchita me hablaba:

—¡Debes irte, tienes que irte! Nada vas a hacer en este pueblo.

Yo la miraba. Realmente tenía razón. Pero me pregunto: ¿de haberme quedado, habría sabido de estos huesos míos petrificándose? ¿De mi sangre granítica? Ayer caí porque quise caminar como antes por los llanos, por los montes, por las calles. Y ni siquiera calculé la distancia. Pero mis huesos en la noche se endurecieron más. Y caí. Cuando mis ojos se nublaron... los ríos se fueron secando, los montes se derrumbaron y todo se hizo un lodazal hediondo, succionador, que hacía inútiles las piernas. Pienso a veces que mi tía tiene parte de culpa en este desván para lagartijas.

—Sí tía, me iré. Antes de la primera luna de mayo —señalé con mi vieja manía de recordar a los indios.

Fué en ese momento. Precisamente en ese instante apareció ella:

—¿Cómo está, señora Panchita?

—¡Je! ¡Clarita! ¿Usted por aquí? Pase. Siéntese. ¿Cómo le va? Para la trascendencia que aquel momento tuvo en mi vida, la primera impresión fue pobre. Desde entonces supe que no era bonita. Pero sus ojos de aceituna me miraron. Fue como si hubiesen encontrado algo que siempre buscaron. —¡Oh, las no-

ches aquellas en que no supe de afrodisíacos ni de confesiones desesperantes! —Yo la miraba también, pero sin fuerzas: como si fuera innecesario mirarla cuando ella me miraba.

—¿Qué toman...? —preguntó ansiosa.

—Anís, Clarita—. E hizo ademán de buscar en la botella que sabía vacía. —¡Ay, Dios mío —continuó—, qué casualidad! ¡Se acabó! Pero tómese el mío, vea. No lo he tocado...

—No, gracias, señora Panchita —dijo maliciosamente—, yo quiero de aquella copa—. Señaló la mía sin que mediara más introducción que el choque de nuestras miradas.

La verdad es que esperaba eso. Pero no sé por qué, la forma en que lo dijo —quizás eso—, lo obscena que me pareció su mirada, hizo que sintiera repugnancia, recelo.

—¿De mi copa? —intenté una mueca burlona.

—Sí, de su copa —afirmó clavándome sus ojos.

—Espere un momento, también tengo sed. Y apuré unos tragos.

Cuando quedaba poco en el cristal, empujando la copa sobre la mesa le dije:

—Tome pues —y logré entonces mi gesto más afortunado.

—Para saber sus secretos— dijo.

• • •

Ella, primero. Después el tiempo, este desván inmundo, mis huesos de piedra. ¿Confióle algo el anís la noche aquella? ¿O quizás vió en mis ojos los gérmenes de esta enfermedad sin cura? ¡pudiera decirlo! ¡Quién supiera explicar la fuerza que tiene esa luz verdosa que a veces me despierta! ¿O será sólo el dolor de mis huesos estirándose? Voces hay que me despiertan. Quejas oigo y no sé si son las mías. Creo que son las voces y las quejas que dejé grabadas en los lomos de los ríos, en el vértice de las montañas, en los matorrales de los potreros. A veces estoy seguro de que las aguas siguen moviéndose. De que el viento nun-

ca puede parar. Mas cuando veo mis dos piernas inflexibles, sé que todo es rígido. Que esta obscuridad de mi cuarto es prueba de que la tierra no se ha movido más. También las líneas de la ventana cerrada son siempre las mismas. La medida firme. Las aristas, frías, inmutables. Los ratones del estante no se mueven. Ese chillido terco es porque no se pueden mover. Sus patas se van estirando y chillan porque sienten en la noche, y siempre es de noche, los pequeños traquidos de sus huesos estirándose, estirándose, para hacerse de piedra. Pronto serán como yo. Como la mesita. Como la cama. Todo dentro de mi cuarto es recto, tiene que ser recto. Nunca detesté tanto la exactitud.

Mujer, ¿no me pudiste hablar de los gérmenes que sólo tú viste en mis ojos? ¿Acaso la risa aquella, chiquita, fría, como punzón de hielo, era porque sabías de mi final de plomo?

Recuerdo.

—¿Por qué ríes?

—No sé, tengo ganas.

—¿Pero de qué? Uno siempre ríe de algo.

Cerrándome los ojos, decías:

—Será del pájaro aquel. ¿No crees que debiera volar todo lo contrario?

No había pájaros. Casi siempre sucedía eso en los días profundos, claros, cuando realmente el cielo era infinito, azul.

—No rías, por favor.

—Tengo ganas.

—No quiero, no quiero.

—Majadero, ¿por qué no quieres que ría?

—No podría decírtelo. Tu risa es... Bueno, no sé. No quiero que te rías así.

Entonces explotabas en una carcajada, como si te hicieran cosquillas. Había un hombre que nos miraba y fue aquella la única vez que me atreví a halarte el pelo. Pero con todo, creo que pudiste haberme hablado de esa cosilla rara que veías en mis ojos. Recién me dejaste sentí la gran variedad que había en

mi cuerpo.

Una noche, repentinamente, me sentí cansado. Estaba en el parque y pasaban los mismos carros. Me invadió en la pierna derecha una sensación de rigidez, de frialdad, como si la sangre se detuviera al tocar las ingles. Espantado solté a andar. Y lo hacía tan bien que esa noche tuve ganas de caminar hasta que el sol apareciese. Mas al doblar la madrugada, tuve sueño. Cuando desperté, sentí como si un cuerpo extraño —una varilla— hubiese ahuecado en mi pierna. Pero aún podía caminar bien. Después, la desesperación. Sentir que el cuerpo se va haciendo de piedra. No tener la sensación que da la sangre. Ha habido momentos en que he querido cortarme, abrirme las venas para saber si aún corre sangre. No me he atrevido. ¿Si no hay, Dios mío, si no corre? ¿Qué hacer con este bloque de piedra que va cuajando dentro de mí? Pronto estará en las caderas. Sube. Lentamente, pero sube. Luego será el pecho. Después las manos. No, las manos no. ¿Qué haré en este desván sin mis brazos? Que sea la lengua. El cuello, cualquier cosa; pero los brazos no. Por favor, no me los toquen. Ja, ja, ja... Mis brazos como cuernos de toro. Menos que aspas de molino. Como lanzas sin puntas y sin fuerzas, agujereando mi noche larga, mi noche de ratones. No, mis brazos no. Imposible. Cómo decir entonces que... Esa vez me sentía un poco mal pues la última cita había sido violenta.

—¿Dónde estabas?

—En la casa. No he salido.

—Mientes. Te fui a buscar y no te encontré allí. Me dijeron que habías salido.

Soltaste a reír. Me enfurecí. Como seguías riendo te empujé. Caíste a la cama. Iniciaste algo así como un llanto. Tonto, fui a pedirte excusa. Seguramente me despreciaste pues comenzaste a reír. Burlado, te volví a empujar sobre la cama. Al resbalar el traje, tus muslos brillaron tentadores. Los mordí. Me diste la cara y sonreías. Pero me besaste. Nos besamos. Aquella vez la

noche fue caliente como los arenales de los ríos a la hora del crepúsculo.

Sucedió al siguiente día. Iba al estudio. En el camino dijiste:
—Me quedo aquí. Voy a comprar una cartera que aparté ayer.
Me besaste en la frente y te alejaste.

• • •

En el estudio un repentino malestar me asaltó. No podía trabajar. ¿Por qué no me quedé? ¿Por qué no pude esa tarde concluir el lienzo, tu lienzo, que titularía *Risa*? Salí. Hacia ninguna parte: yo creo que la voluntad es un todo en el que cada una sus de partes apunta hacia el mismo lugar. Cuando esto no sucede el individuo transcurre indecisamente y el cerebro, sin ocupación, se vuelve receptor. Constantemente pensamos y al pensar transmitimos. Pero además del pensamiento hay la voluntad que regula. Cuando esta última falta, repito, el cerebro abandona su actitud trasmisora y acepta la contraria. Así iba yo. Y un pensamiento —de ella o de él— se me clavó. Fue entonces cuando resolví entrar al teatro aquel. No me importaba el programa ni la hora. Iba tras algo que me resultaría parte de mi total desgracia. No necesité que me guiaran: obedecía. Rodaban un film malo. Algo así como la vida de un soldado prodigio.

Una risita al lado. Una risita fría, burlona. A mi lado. Precisamente a mi izquierda. La piel se me hizo de sapo. Supe que era ella. Quise huir. Sentarme atrás. Salir del teatro aquel. Pero se besaron. Sí, porque había un hombre con ella. Fue como si me hubiera sentado sobre una silla de clavos. Otro beso. Huír, huír, no saber nada, era lo que quería. Mas, precisamente entonces, se encendieron las luces. ¡Qué crueldad! Perverso ese encargado de los interruptores. Ella, que ya me había visto, rió más fuerte. No me atreví a mirarla. ¿Para qué vine —me pregunté entonces— a este teatro maldito? ¿Por qué no seguí trabajando en *Risa*? ¡Desgracia! Dijo entonces como para que yo

la oyera: “Tommy, vente” —y le agarró una mano. Quedé extático. Entonces comencé a petrificarme. Creo que allí, con una sonrisa que me la imagino ahora repugnante, cobarde, cuajó mi “gran acierto”, *Risa*.

Comenzó a rodarse nuevamente el film. Me dirigí —¿no me miraban todos en el teatro?, ¿no se reían?— al estudio. Entonces comprendí toda la desesperación del pozo que no mana. Del poeta que no tiene musas. Del hombre que no puede ser. Mi obra. Estaba allí. Apenas iniciada. La nariz sería pequeña. Los ojos, como los de ella. La boca sería sólo la risa esa, esa risa, corta, fría, como aguja clavándose. El pincel en mi mano. Su risa también. La tengo en la punta de los dedos, en el metal, pero mis manos tiemblan. Tiemblan con una fuerza aterradora, imposible de controlar. Pero terminaré hoy. Tiempo hace que busco esta expresión y ahora la tengo. Por eso tiembla mi mano. Allí la tela complacida. Ya reirá. Levanto el instrumento. Lleva la expresión feliz. Ahora el lienzo tiembla. Horror. Cuatro trazos absurdos... ¿qué ha pasado? Miro la obra. No, no; eso que hay allí no es risa, ni es nada. Corregiré. Atenuando estas líneas y acentuando acá, resultará. Pero la mano tiembla más fuerte, más desastrosamente fuerte. Tiene que ser hoy. Si no, nunca. Me aproximo. Mas... señor, ¿qué es esto? Ese no es el gesto, la expresión que buscaba. Esa cara se ríe, se burla. Ese no es el semblante que saltaba en mi mano... Mis brazos están quietos. Mis nervios son de acero. He ido a colgar el delantal y, al volverme, el lienzo reía, se burlaba. Llegué lentamente hasta él. Antes de tomarlo en mis brazos y lanzarlo al patio le di una bofetada. No tenía cabellos.

• • •

Hace muchas lunas de eso. Si mis brazos se quedaran tensos agujereando mi noche, nada podría decir. Gracias a un amigo que ya me conocía, me prestaron este desván, para que aquí

concluyese sin que nadie supiera de mi dolor. Así ha sido. Mi carne se está haciendo piedra y el mundo sólo sube a veces en el pito de un carro o en la campana de algún carbonero. No giro. Soy un hombre sin planeta. Tres veces al día una mujer trae la comida. No habla. Llega directamente hasta la mesita y regresa. Algunas veces no quiero verla. Siento que se mueve y entonces cae sobre mi nuca el peso de su mirada. ¿Dirá algo? ¿Secará sus ojos con el delantal? Nada importa. Hace tiempo estoy sin Dios. Un año llevo sin moverme y la gente de abajo —la mujer que trae la comida— querrá que me muera. Y eso —yo lo digo— será muy pronto. El nuevo huésped nada sabrá y la vida seguirá sin que importe el doblar de las campanas. Ya están rígidas como yo, la cama, la mesita, la ventana que no se abre. Y pronto los ratones. Será la hora. Quedaré firme, como sepulto en una pirámide. La muerte irá subiendo poco a poco. Ya toca las ingles. Al final todo será oscuro y sólo sentiré un frío intenso. Nadie sabrá nada. Hasta que un ratón aventurero encuentre a sus hermanos de piedra. Dará la noticia. Habrá murmullos. Conversaciones. Pero la piedra seguirá siendo piedra.

Juan O. Díaz Lewis

Nació en la ciudad de Panamá, el 22 de marzo de 1916. Inició estudios secundarios en el *Instituto Nacional* y los terminó en el *Holy Cross College de New Orleans*. Fue Bachiller en Artes y Bachiller en Leyes de la *Universidad de Luisiana* (1940). Master of Laws de la Universidad de Michigan (1944). Fue Profesor de inglés en el *Instituto Nacional* y Juez Segundo del Circuito de Panamá. Un Cuento suyo ganó en 1944 el concurso de navidad de *La Estrella de Panamá*. Presentó, con éxito, un ensayo de teatro. Obras: *Promissory notes in the legislation of the americas*. 1945; *Viernes Santo bautista y otros cuentos*. 1946.

Viernes Santo Bautista

*A Elisa Arosemena, quien nunca
ha vivido en Estados Unidos.*

Me tocó al lado el primer día de clases. Sentí que me pasaba un papelito: “¿Eres “Cajun” o Latino?”

Subrayé la última palabra y se lo devolví. El muchacho sonrió y volvió a escribir: “Me gustaría hablarte cuando toque la campana. Me llamo M. C. Peters”.

Asentí con la cabeza y torné la vista hacia el catedrático demostrando que no deseaba continuar el intercambio de billetes.

Después de clase, el americano me extendió la mano:

—Soy Morrison Calvin Peters, vengo de Jena, como a ochenta millas de Alexandría.

—Y yo. Luis Pérez, de Panamá, y no sé a cuántas millas de ningún lugar.

Soltó una carcajada como si fuera el mejor chiste del mundo.

—Siempre he tenido muchos deseos de conocer a algún latino. Desde que llegué a la Universidad he buscado la ocasión, pero no he tenido suerte.

—Qué raro. Somos numerosos. Pero, ¿a qué se debe el interés de conocernos? ¿Tienes algún amigo allá?

—Oh, no. Es pura curiosidad. Para saber cómo son.

—Pues aquí me tienes, de carne y hueso. Con cara, brazos y todo.

Me chocaban los americanos que buscaban mucho a los latinos. En la mayoría de los casos eran tipos que por un motivo u otro no caían bien entre sus paisanos. Trababan entonces amistad con los hispanoamericanos a falta de otros. Pero éste me cayó en gracia. Tenía un candor y una ingenuidad simpáticos.

Así comenzó una de las amistades más extrañas de mi vida. M. C. —Emci como le llamaban— vivía a tres puertas de mi cuarto y no escatimaba ocasión de estar conmigo. Poco a poco fue desarrollando su historia. Su pueblo formaba parte de esa sección de la Luisiana tildada: *The Baptist Belt* o la Faja Bautista, llamada así porque sus habitantes pertenecían casi todos a esa rigurosa secta. M. C. no había probado un trago en su vida. Aunque su abuela “chupaba” rapé, él nunca se había puesto un cigarrillo en la boca. En su casa los domingos seguían siempre el mismo patrón: oír todo el día a su padre leer la Biblia en alta voz, con un solo intervalo pasado en la Iglesia, donde el Pastor los bombardeaba con sus propias interpretaciones evangélicas y sus feroces ataques al papismo. El padre de mi amigo era el director de la escuela de Jena, y su madre, la profesora de Historia y Literatura. M. C. era hijo único y trabajaba en el restaurante de la Universidad para pagarse sus estudios.

Mis relatos de la vida en Panamá lo dejaban asombrado. Ahora sospecho que con patriotismo un tanto exagerado, pinté a su mente campesina un Panamá como el centro de la corrupción y el pecado. Los alegres Carnavales panameños se convirtieron en cuatro días de orgías. Me deleitaba contarle cómo mi papá me brindó el primer cigarrillo y casi veía pasar por sus ojos la imagen de una familia degenerada cuyos miembros se pasaban la vida bebiendo y fumando.

El año escolar marchaba con esa lentitud que no se vuelve a sentir una vez dejada la escuela. Para las vacaciones de Navi-

dad M. C. se fué a su casa.

—Mamá está deseosa de conocerte —dijo al regreso; en mi pueblo nunca han visto un latino. Les conté a mis padres de tí y se lo dijeron al pastor. Este me hizo pronunciar una conferencia en una reunión del *Baptist Young People's Union*. Mi charla se llamó “Mi amigo de Panamá”. Vieras qué éxito.

—Me haces sentir como bicho raro. Espero que no les contarías todo.

—No, hombre, cómo se te ocurre tal cosa; me habrían expulsado del “Unión”. Tuve buen cuidado de censurarlo. Pero eso no tiene importancia. Se me olvidaba lo mejor; mamá quiere que te pases las vacaciones de Pascua con nosotros.

—Me encantaría.

—Pues entonces no te vayas a comprometer con nadie.

—Pero ¿qué va a decir tu familia cuando me vea fumando?

—Pierde cuidado. Lo saben, y mamá dijo que como cristiana que es, debe perdonar las faltas de los otros. Aquí tienes nuestro regalo de Navidad.

Me alargó un gran paquete.

La familia Peters me obsequiaba una pesada Biblia protestante que chorreaba arabescos y cintitas multicolores, llenas las gruesas páginas de figuras iluminadas.

—¿Uds. se han dispuesto regenerarme?

—Es solamente para cuando tengas algún rato intranquilo. Dice el Pastor que es el mejor sedante del mundo.

Recrudeció el invierno y continuó nuestra amistad. Pasábamos largas horas conversando y haciendo planes para las vacaciones. Si hubiéramos hecho todo lo que proyectamos, un mes no habría sido suficiente. Al fin llegó el Miércoles Santo, día de nuestra partida. Jena era tan pequeño que debíamos ir en tren hasta Alexandría y de allí coger un ómnibus. Después de seis horas que me parecieron interminables, llegamos.

Ante mis ojos se extendía el pueblo. Fila tras fila de casitas, todas iguales, todas sin pintura. Hilillos de humo que se atre-

vían a escapar de las chimeneas de ladrillos me indicaban que algunas de las casas estaban habitadas. Esto era lo que quedaba de lo que un día fue próspero centro maderero. Con esa crueldad impersonal de las grandes compañías, al terminarse la materia prima, las empresas emigraron, dejando un pueblo de fantasmas.

—En verano es muy alegre.

Volví a ver a mi amigo tratando de enmarcarlo en esta desolación. Ahora me explicaba el interés por Latino América. He debido mirarlo con extrañeza pues comenzó a coger las maletas. De pronto me dijo:

—¿Te pesa haber venido? Si quieres regresas.

—Por favor, ¿cómo se te ocurre tal cosa? Si esto es lindísimo y muy diferente a Panamá.

—¿Uds. no tienen pueblos fantasmas?

—No, si acaso los tuviéramos las lluvias se encargarían de hacerlos desaparecer.

—Mira, allá vienen mis padres.

Por la carretera se acercaba una pareja salida de un cuadro de Grant Wood. Mr. Peters, argo, larguísimo, con unos ojos hundidos, quizás derrotados por su prominente nariz. Vestía de negro. En una mano llevaba un paraguas. Del huesudo brazo le colgaba una mujercita, toda de gris y cubierta con un sombrero de fieltro negro de forma indescrptible. Calzaba medios botines negros y escondía sus piernas en gruesas medias de punto. Apretaba contra el pecho una cartera de cuero negro como si temiera que se le fuese escapar. Mr. y Mrs. Peters. Tal como me los había imaginado. Dos de los ciento treinta millones de estadounidenses y nada más.

—Papá y Mamá, mi amigo de Panamá, Luis Pérez. Luis, mis padres, Mr. y Mrs. Peters.

—Mucho gusto, señor Pérez —me contestó la señora, como anunciando que era ella la que mandaba— ¿A usted le importa que le diga Luis?

—Soltó un gorjeíto que cortó a medio camino. Me molestó

la madre de mi amigo. La encontré antipática.

Mientras caminábamos hacia la casa y M.C. conversaba, rebuscaba en la mente el por qué de mi antipatía hacia ella. De pronto habló Mr. Peters por primera vez. Me contó la historia del pueblo y de los aserríos. Yo ya la sabía, pero hube de escucharla esta vez narrada por el quijotesco señor con una aburrida voz de profesor de geografía.

Al fin llegamos a la casa. Un edificio de madera con un pequeño *porch* a la entrada y los cuartos arrimados unos a los otros como en un racimo de guineos. Si alguna vez estuvo pintada no se le veía ahora, pues como las otras casas del vecindario, era de un no-color deprimente.

Un sofá y dos butacas se desparramaban por la pequeña sala. El brillo de los muebles del comedor me hacía sospechar que Mr. y Mrs. Peters tomaban sus comidas en la cocina. M. C. me llevó a su cuarto, que ahora también sería el mío. Muy a la americana, las paredes cubiertas de banderolas colegiales, de escopetas y cañas de pescar.

Después de la cena nos sentamos a conversar en el *porch*.

—¿Cómo le gusta Jena, Luis? —preguntóme Mrs. Peters.

—Es un sitio encantador. Tan apacible, tan tranquilo.

Y comenzó el rosario de preguntas, inteligentes muy pocas, necias las más, con que el americano ansía ilustrarse en unos pocos minutos sobre la vida, cultura y costumbres de algún país extranjero. Mr. Peters desarrugaba el ceño de cuando en cuando para interponer una pregunta que daba la impresión de una represa con que retener el torrente de las de su esposa. Súbitamente la señora se dirigió a su cónyuge.

—Peters, ¿ya va siendo hora?

—Sí, son las siete menos cuarto.

—Dios mío vamos a llegar tarde. ¿No viene con nosotros?

—No sé a dónde van.

—Al servicio de oraciones como todos los miércoles. ¿Usted es cristiano?

—Sí señora, soy católico.

—Ah, entonces cometes pecado si viene a nuestra iglesia — me dijo muy de prisa y con un tono socarrón. —Bueno, allí tiene libros para distraerse. Hasta más tarde.

Todo sucedió tan rápidamente que no tuve tiempo ni para explicarle que yo no creía que pecaba si asistía a sus servicios. A las ocho y cuarto regresaron, la señora con los ojos brillantes como si hubiera gustado una tremenda emoción; los dos hombres callados y cabizbajos. Una vez más se formó la tertulia en el *porch*.

—¿Qué satisfactorio es poder rezar en su propio idioma, no te parece, Peters?

Yo bien sabía que el dardo iba dirigido a mí.

—Sí —le dije—, me cuesta trabajo ponerle atención a las oraciones en inglés.

—¿Ud. entiende latín?

—Mamá —interrumpió M. C.—, no todos los católicos saben latín.

Viéndose derrotada, se calló y al rato nos dio las buenas noches. Mr. Peters aprovechó la ausencia de su esposa para sacar a relucir la reserva de preguntas que se había guardado. Comparado con la señora parecía una buena persona. Y yo traté de contestar su interrogatorio sobre los espías en Panamá, la selva, las serpientes y miles de cosas más. Cuando no sabía, inventaba las respuestas con una como ansiedad por satisfacer la reprimida curiosidad del viejo. Hasta que M. C. vino en mi ayuda.

Padre, creo aburres a Luis. Debemos levantarnos temprano para la pesca.

Es verdad —balbuceó con un tanto de vergüenza—; hasta mañana.

Un delicioso olor a huevos fritos y café se me metió en la nariz y me despertó. M. C. componía los útiles para la pesca sentado en una butaca.

—Son las seis y media. Lávate ligero para desayunarnos.

Terminadas mis abluciones fuimos a la cocina donde Mrs. Peters preparaba el desayuno.

—Buenos días... ¿ya se van?

—Sí, mamá; queremos aprovechar las horas antes de que salga el sol —le contestó M. C.

—Aquí tenemos magníficos peces. Creo que van a tener buena suerte.

—Ojalá.

—Regresen temprano. He invitado a un grupo de gente joven para que vengan a bailar un rato. ¿Ud. baila?

—Cómo no —le contesté distraídamente pensando en mi abuela y lo que hubiera dicho al saber que iba a bailar en jueves Santo. Pero no dije nada de mis pensamientos por no darle materia a la señora para nuevas indirectas.

Cargados de cañas salimos. Quince minutos después nos hallábamos cómodamente sentados a la ribera del turbio río. M. C. prendió unas ramas secas para calentarnos. Saqué mi pipa y comenzamos a pescar.

—Oye —me dijo después de un rato. —Debo explicarte algo sobre mamá y el papismo.

—M. C., no te sientas obligado, creo que comprendo lo que pasa. Y por lo que más quieras, no le llames papismo.

—Bueno, el catolicismo. Es que mamá no conoce nada sobre tu religión.

—Al contrario, sí conoce, pero todo lo tiene equivocado.

—Verás, mamá no es de Jena. Viene de Minden. Su padre era el “Wizard” del Ku Klux Klan de ese distrito.

La señora Peters se me apareció vestida con el largo ropaje blanco y la gorra en punta. El Klan no permitía mujeres pero me la imaginaba muy capaz de ocultar su sexo para asistir a las reuniones de la terrible organización.

Eso me explica muchas cosas, pero debes decirle que mi religión no es como su papá y sus amigos le han contado.

—Es difícil, ella se ha criado con esas ideas. No es que te

tenga mala voluntad pero es la primera vez que tiene a un católico en su casa.

—¿Pero tú no le dijiste que yo era católico?

—No, pensé mejor no decirles nada.

Callé y volví la vista al río. Mi amigo mentía. Si no, ¿Por qué la inmensa Biblia? El corcho bailoteaba sobre el agua y hube de salir de mis cavilaciones para recoger la cuerda. Del anzuelo pendía un bellissimo *catfish* que se retorció tratando de libertarse.

—Qué suerte la tuya.

Como a las cuatro volvimos a casa con unos diez peces. Hubiéramos pescado más pero nos distraíamos. A pesar de los avisos del corcho les permitíamos a los *catfish* que se robaran la carnada. A las doce sacamos las cuerdas y almorzamos. Luego nos tiramos debajo de un árbol y dormitamos por un par de horas. Un día perfecto que me había hecho olvidar los problemas religiosos que suscitara mi anfitriona. Mr. Peters nos salió a recibir.

—¿Quién batió el récord?

—Luis.

—Esos “catfish” son riquísimos. Mrs. Peters los prepara a la maravilla. Los fríe en mantequilla y luego les pone una salsa exquisita. Vamos a ver si los hace para esta noche. —¿Mr. Peters, usted cree que se dañarán si los guardamos para mañana?

—Absolutamente; los limpiamos y a la refrigeradora con ellos. Pero, ¿por qué?

—Pues si a ustedes no les importa preferiría que los guardasen para mañana. Es Viernes Santo y no me gustaría comer carne.

Es verdad -dijo M. C.- Se me había olvidado. Voy a decírselo a mamá.

—Mejor no -exclamé medio arrepentido.— Yo no le quisiera dar ninguna molestia.

—¿Y a quién no le quiere dar molestias, Luis? -dijo Mrs.

Peters saliendo al *porch*.

—Mamá, es que Luis no puede comer carne mañana porque es Viernes Santo y nos ha pedido que guardemos los pescados hasta entonces.

—Por favor —les pedí—. Por mí no se preocupen, con un día que coma menos no me voy a morir.

No sabía cómo salirme de esta complicación. Mrs. Peters me miraba y su fisonomía delataba el disgusto que todo le causaba. Sin embargo, sonrió y con un tono que destilaba veneno me contestó:

—Al contrario, Luis, no me gustaría que fuera usted a pecar por nuestra culpa.

Volvía la señora con los pecados. Pensé decirle algo, pero me abstuve reconociendo que una discusión de éstas no mejoraría en nada mi posición.

—Peters, ¿Por qué no limpias los pescados y los pones en la nevera?

—Sí, Maud.

Era la primera vez que oía al viejo decirle su nombre de pila a la señora. Me sonó como si la quisiera apaciguar.

A las siete de la noche comenzaron a llegar los invitados a la fiesta. Las muchachas, muy lavadas y planchadas. Los hombres, incómodos en sus vestidos de paño. Todos con una sola idea: ver al latinoamericano. Al principio nadie me hablaba, sólo me miraban con una insistencia desesperante. Al fin una rubita, con cara de sabelotodo, anunció:

—Yo conocí en New Orleans a un mexicano. Se llamaba Carlos Plaza.

Como si esperaran la señal de la rubita, los demás me fueron informando de sus contactos con cosas o costumbres latinos. Unos habían sido dueños de huaraches, otros habían visto películas de Dolores del Río, los más habían estudiado español por seis meses en la escuela. Pero la rubita era reconocida como la líder por su amistad con Carlos Plaza.

M. C. me liberó de esta tortura proponiendo que jugáramos algo. Todos, especialmente yo, aceptamos. La rubia se decidió por charadas. Luego jugamos una versión americana de *Las Prendas*. Estábamos en lo mejor de las penitencias cuando Mrs. Peters apareció y nos invitó a pasar al comedor. Sobre la pulida mesa estaba expuesta la crema de la cocina bautista. Bolas de millo con miel, bizcocho de jengibre, cake de chocolate, sandwiches de mantequilla de maní, café caliente y té helado. Con ese sentido de organización de que hace gala el pueblo norteamericano, los invitados se repartieron. Unos servían el café; otros el té, mientras que los demás pasaban las bandejas. Una inmensa pelirroja se abalanzó sobre mí con una fuente de bolas de millo.

—¿Uds. comen estas cosas en su tierra?

Con algo de perversidad quise contarle que en mi tierra comíamos pescado crudo, pero la mirada de mi anfitriona, que no me abandonaba, me lo prohibió. Pensaría que el ceviche era parte de nuestras creencias religiosas.

Después del refrigerio pasamos de nuevo a la sala donde bailamos un rato. La rubia prosiguiendo en su “liderato” insistió en que yo debía bailar mi baile nacional, según ella, la rumba.

—Mary —díjole Mrs. Peters—, no insistas. Lo más probable es que sea pecado bailar en Semana Santa. ¿Tengo razón, Luis?

—No, señora —le dije temblando de ira—. No es pecado: si no lo hacemos durante esta semana es puramente por tradición.

Nunca deseé tanto escuchar una rumba como en esos momentos. Quería vengarme de esta señora que se había dispuesto atormentarme, pero no conseguí nada en la radio. Me decidí, entonces, a hacerlo sin música y bailé una rumba. Yo no sabía los pasos, pero me salió bastante bien. Tal era mi ansiedad por dejar mal a Mrs. Peters.

• • •

La mañana siguiente la pasamos visitando al pastor y el desierto aserradero. El reverendo, una vez hubo satisfecho su curiosidad de que yo era humano, se envolvió en sus prejuicios y perdió todo interés en mí. M. C. cortó la visita lo más pronto posible. Después de esta experiencia la visita a la fábrica fue un placer.

De vuelta a casa nos dedicamos a tirar al blanco.

—Te has divertido? —preguntóme M. C., mientras cargaba la escopeta.

—Francamente, sí. El “party” de anoche estuvo muy simpático.

Al principio me sentí algo cohibido, pero después pasé un buen rato. Todos son chicos muy agradables.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. Te voy a confesar algo. Casi me arrepiento de haberte invitado. Temía que no estuvieras contento entre nosotros, especialmente por lo que hablamos ayer, pero ya viste que mamá ha cambiado. Hasta te tiene preparada una sorpresa. Los pescados los va a cocinar de una manera especial.

—Se lo agradezco mucho. Comprendo muy bien su primera impresión de extrañeza. Después de lo que me contaste hasta me la explico. El blanco —una latita— era un colador cuando los Peters regresaron de la escuela. En Jena el Viernes Santo era un día como cualquiera otro. Mr. Peters vino a sentarse con nosotros.

—¿Cómo les fue con el pastor?

—Muy bien, es una persona muy agradable.

—Sí, Mr. Bingham es un hombre ilustradísimo. Qué buen orador es. Hay que verlo cuando tenemos *revivals*.

El señor Bingham debía ser terrible durante esas sesiones de histeria comunal. Me corrió como un temblor por el cuerpo al pensar en el cuadro. El reverendo como poseído, maldiciendo al papismo y las mujeres de Jena, capitaneadas por Mrs. Peters,

retorciéndose de celo religioso ante los aullidos del pastor.

La voz de mi anfitriona me sustrajo, de mis pensamientos.

—Vengan a almorzar —decía con un alegre tintineo en la voz.

Entramos a la cocina y ocupamos nuestros puestos. Mrs. Peters con los ojos que parecían dos ascuas, caminaba de aquí para allá terminando los preparativos. Había no sé qué de raro en el ambiente. Sentí un escalofrío. Se me figuraba que la señora tenía algo de siniestro. Pero todo debía ser idea mía. Lo que me imaginaba no sería más que anticipación por el triunfo culinario que iba a obtener con los pescados. Volví a ver a M. C. y a su padre. Aparentaban no haber notado nada extraño.

Sosteniendo en alto una fuente como si fuera una ofrenda a algún Dios pagano, Mrs. Peters se paró ante mí.

—Este plato es especial para usted. Pollo frito a la suriana.

—¿Y los pescados?— dijimos los tres al unísono.

—¡Qué lástima...! No sé qué les pasó... Se pudrieron... Hediondísimos... Los tuve que botar... Luis, espero que no me cometerá usted un pecado muy grande si prueba este delicioso pollo. Y riendo nerviosamente puso varias presas sobre un plato y me lo colocó delante.

Carlos Francisco Changmarín

Nació en Los Leones, caserío ubicado en las vecindades de Santiago de Veraguas, el 26 de febrero de 1922. Hizo sus estudios en Santiago. Siendo estudiante de la Escuela Normal —que le graduó Maestro de Enseñanza Primaria en 1940— se reveló artista: poeta, dibujante y pintor. Fue Maestro en El Boquete y en La Colorada, y profesor de dibujo en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena. El cuento que aquí publicamos fue premiado en un concurso. Obra: *Punto 'e llanto* (poesía). 1948.

Seis madres

Para María Escallón de Robles.

Octubre se porta esta vez maravillosamente. Las horas se deslizan de las nubes en hilillos de plata. Mientras camino mi cabello se humedece y los zapatos se empapan en los charcos de agua de la calle.

Cuando la gente me observa pensará que voy complacido, porque el mes llorón se ha presentado justa y perseverantemente.

Perdiéndome en la calle miro hacia atrás. La gente sigue hablando de mí. Soy su punto de fuga, el centro de interés. Mientras la lluvia cae. ¿Qué saben de mí? Considerarán en su cotidiana conversación que yo, por el hecho de vestir un saco de paño y una corbata, no tengo problemas que resolver. El mundo es así. El mundo de la gente que conversa en la esquina del pueblo. Esa gente está allí, sencillamente, porque tiene hambre. Yo cruzo por la calle, atareado en regresar de mi labor, porque tengo hambre. Nos diferenciamos en el hecho consistente en que yo tengo trabajo que me permite conseguir dinero y esa gente no lo tiene.

Lector, Ud. perdonará que le diga algunas razones que yo considero indispensables para que comprenda claramente por qué escribo. Ud. piensa encontrar un cuento sobre “Seis Madres”. Hasta la fecha no lo está leyendo, pero lo encontrará unas

líneas adelante. Debo añadir que a medida que escribo sobre la máquina modifico lo que el año pasado construí. Pues ya este cuento lo publiqué. Lo hice, como lo repetiré adelante, para ganar un premio en un concurso que efectivamente gané. Esta corrección se debe a la conciencia que tengo de que necesitaba ser corregido. Un cuento es como todas las cosas: imperfección, evolución. Lo que hemos hecho hoy lo corregimos mañana. Bien suele ser la corrección sobre la misma pieza o en trabajos posteriores. Lo peor es que uno crea que sus trabajos están exentos de errores. Además, algunos críticos trataron de ayudarme. Por ejemplo, lea la crítica que me hizo el novelista Ramón Jurado: “el cuento de Changmarín nos pareció bueno. Por momentos llega a tonos de confianza que apenas. A ratos juega con el lector con una candidez y claridad que nos vence. Pero quisiéramos decirle a Changmarín la importancia que para nosotros tiene la forma. Hay que castigar la expresión. Ligeros descuidos marcaron párrafos de gran belleza y sentido”. De otra manera el escritor Renato Ozores nos dice: “¿Qué se ha propuesto Changmarín al escribir este cuento cruel?”. Y agrega: “Seis madres” da la impresión de estar escrito a chorros, vertiendo, sin contención, una serie de emociones fermentadas en silencio y usando las palabras, no para vestir, sino para desnudar el pensamiento, como decía Unamuno.” Y finaliza: “Seis Madres” no es un cuento, o al menos, no es un cuento cualquiera. Si acaso, es un gran cuento. Estilo descuidado, palabras repetidas innecesariamente, desarreglo en la forma. Todo cierto, pero ¿qué importa? Con todos estos defectos es un gran cuento, un cuento vigoroso. Hay en él una enorme sinceridad y lo importante es decir las cosas —afirma Pío Baroja, el gran desaliñado de la Literatura— y no la manera de decirlas”. Así como los autores antes enumerados concuerdan en que el cuento “Seis madres”, que Ud. tendrá oportunidad de leer más adelante, tiene errores, también los entiendo yo. Por ello, repito, mientras escribo trato de corregir lo hecho.

Hay fenómenos que semejantes a los partos de la naturaleza se dan con todo el placer y todo el dolor. Pero ello extingue, debilita, enferma. ¿Ha mirado Ud. cuando los cedros fructifican? ¿Ha observado que pierden las hojas y quedan desnudos dolorosamente? Muy a pesar de eso me propongo escribir este cuento, porque al hacerlo se desarrolla en la orilla de mis ojos una esperanza.

Mire, llego a casa; cuelgo el saco de un horcón; me descalzo y noto que las medias están íntegramente mojadas. Recuerde que estamos en el lluvioso mes de octubre. Con unas chancletas que elaboré de unos zapatos inservibles paso el resto de la tarde. La cena está caliente; así está el catre familiar también. Son éstas dos cosas que me animan. En medio de la frialdad malárica del ambiente sorbo la sopa cálida y mastico la carne recién salida de las brazas. Pero, después de la comida, la digestión se retarda bajo el peso de una verdad irreductible: ¿cuál es la realidad que mueve mi existencia?

En el pueblo, en una de sus esquinas tan bochinchosas y simpáticas, los hombres comentarán cosas diferentes mientras la “octubrero” se desliza pasmosamente. Un día lluvioso, como el que he apuntando, leo en un diario de la Capital una noticia sobre un concurso de cuentos, cuentos sobre la Madre. Gran tema. Eran cien balboas para el primer premio. Confieso que pasé varios días luchando por inclinar el testuz de mi espíritu bajo la fuerza de mi organismo, y éste venció fácilmente. ¿Qué significan cien balboas en la vida del hombre? Cualquiera puede decir: no significan nada. Pero yo he repetido varias veces esa suma de dinero. Si yo ahora tuviera cien balboas en mis manos... ¡cuántas cosas resolvería con ellos...! Pero ¿habría yo de escribir un cuento para un concurso de Panamá? ¿No he oído decir que los concursos se crean para favorecer a ciertos escritores? Pero es, precisamente, porque estoy convencido que con el nombre de la Madre no se va a trampear, por lo que me someteré.

El trabajo agota cuando no rinde. Eso, que le sucede a la mayoría de los hombres en Panamá, me sucede sencillamente a mí. No me quejo de mi situación, trato de resolverla. Y trato de mejorarla sabiendo que un solo hombre no puede hacer nada. Por otra parte, la familia crece; las necesidades aumentan; las tiendas venden más caro cada día. Pero no es todo. Hoy es la fiebre de mi mujer; mañana, el trancazo de la hija; después, las angustias de mi madre. Mientras, la medicina está carísima y claro es que nos da un temor, un álgido temor llevar el familiar al médico. Cobro el cheque; lo distribuyo haciendo maromas entre las deudas sobre el alquiler, la comida y la luz. Los elementos básicos para subsistir. Después no me queda del cheque otra cosa que el recuerdo verde desteñido de su color. En esos ratos, se nos clavan agudos alfileres en los costados. Alguien enferma. Ud. lo ha hecho: corre a casa de un amigo que le ha de hacer un préstamo. Lo consigue. Ello da un aliento breve; el pensar que todavía hay quienes presten dinero. Se dirige Ud. a la clínica del médico. Entra a la sala de espera. Yo tengo confianza en los doctores, es verdad, pero la visita blanca me disgusta porque destruye el sentido de la sociabilidad; se visita y se paga. Hay que pagar sobre el dolor. ¿Por qué los médicos ven todo a través del dinero? Una consulta cuesta seis balboas. Luego se añaden las recetas indispensables. Parece imposible acabar con esto. Hay que gastar diez balboas mensualmente sobre medicina. En contra de los médicos no se puede hablar; tarde o temprano tenemos que caer en sus garras. Después, ha de venir, en una noche de angustia, un papelito blanco, rasgado, escrito con lápiz, en el cual se nos cobra el dinero que solicitamos. No duele el trabajo que hay que realizar para pagarlos. Ahínca en carne la pena de no poder pagarlos a tiempo, o de no pagarlos dolorosamente. En esa forma uno se llena de largas cuentas, como el cuerpo se puebla de espesos granos, y el sueldo se mantiene extático, en sus ridículas cifras.

Los hombres tenemos que luchar por un estado en el cual no

se permita morir a nadie de hambre ni de hartazgo. Observe Ud. que son profundos los sentimientos que me arrastran a escribir el cuento que leerá; que es justo y noble que lo escriba por cien balboas.

Todos estos pensamientos me asaltan en las lánguidas noches de invierno. Aquí llueve, llueve todos los días. No hay manera de secar la ropa. No podemos, mi mujer y yo, lograr que mis únicos zapatos, unos chocolates que tengo, puedan secarse, deshumedecerse tan solamente. Porque puede haber aliento de vida en un hombre; confianza en el porvenir, mientras sus zapatos se mantengan cálidos y secos. La tragedia del latinoamericano consiste en caminar con los zapatos húmedos. Es que necesitamos un poco de calor bajo las suelas.

Estas noches de octubre son así. Esto me debilita. En medio de la vida que Ud. se da cuenta que llevo, amo la belleza de la noche lluviosa con su luna mojada, el jazmín empapado y algunas que otras ranas cantarinas. Se presenta la noche colmada de encantos, porque así es octubre, y el día desnudo, frío y lleno de necesidades, porque así es octubre. Cuando pienso esto en mi catre, en el otro mi mujer, una hermosa muchacha, se revuelve con una barriga de ocho meses. Estira un brazo hacia abajo, tratando de asir un pedazo de manta. Allá, en la cuna, habla dormida nuestra hija de año y ocho meses, una cholita. Serán, entonces, las doce y media de la noche, y pienso, ya que la lluvia insiste con su viento vagabundo: ¿qué será de mi Madre y mis hermanos, que viven en un estrecho cuarto de zinc, por donde se cuele el agua?

¡Sí! Es la manera como se presenta la vida. Hay necesidad de cubrir el cuerpo y dar al estómago un alivio de tortillas fritas al amanecer.

Pero al amanecer nos azuza de nuevo la belleza de la lluvia traspasada por una miseria de sol. Vislumbramos, otra vez, las deudas, la ropa insuficiente. Mi hija, que parece una muñeca sucia, me llama a gritos; luego me besa. Mi esposa prepara el

desayuno. En el vientre carga un ciudadano del futuro, que ha de encontrar este mundo peor, seguramente. Si este Gobierno comprendiera el problema de una madre joven... Si calculara los fastidios y los dolores por los cuales hay que brincar para contribuir al desarrollo del nuevo hombrecito. Aquí emerge el sentido de la madre. Ella, mi mujer, que tiene una alimentación mal balanceada está rosada y fresca. Gracias hay que darle a la naturaleza, porque es más comprensiva que los diputados, y los presidentes, muy a pesar de que ellos también tienen madre.

El ocho de diciembre se acerca. Es el día blanco en que las gentes celebran las gracias a las madres, en el País. Mi mujer es una de ellas. ¿Con qué le haremos su fiesta? Pero creo que eso no importa. Lo primordial es vestir al niño que nacerá pronto. Lo indispensable es tener dinero para pagar el hospital, para que ella dé a luz con las comodidades del día y con toda la previsión del caso.

Después del desayuno, limpio ligeramente, con una pana, mis zapatos; descuelgo el saco del horcón; ajusto mi corbata; doy un beso a la cholita que me dice adiós desde la rejilla que la libra de la muerte por algún carro desenfrenado. Camino al lugar donde trabajo en medio de la lluvia pertinaz y de los charcos de agua. Los muchachos estudiantes me miran pasar y me saludan conjuntamente con los vecinos. Todos muestran unos rostros sonrientes. Yo sonrío también. No he de vivir triste. Amo la risa y le rindo ejercicio. Miro la mañana y el sol se despliega en mi frente. En el fondo, mi corazón me pregunta: —Oye, ¿en dónde conseguirás dinero para llevar tu esposa al hospital? Precisamente cruzo frente al hospital Provincial y el rótulo que dice: “haga silencio” me hace pensar silenciosamente. Mi corazón insiste: —¿Con qué dinero llevarás a tu mujer al hospital?

—Iría de caridad— le contesto.

—¿De caridad?—pregunta mi corazón, y agrega: —¿qué diría la gente? ¿La gente que te conoce? ¿Crees tú que no le resta mérito a tu posición?

—¡No!

—¿No te importa con la gente?

—Sí —le respondo—. Me importa la gente sobre las cosas reales, y, hasta cierto punto, sobre los asuntos morales. Pero en mi casa, el mismo médico, en la misma sala de operaciones, con los mismos instrumentos atenderá a mi esposa. Entiendo que todas las madres del país deben ser atendidas por igual. Y pienso que no deben existir salas de pensión. Por ello, no me importa lo que la gente diga. La gente, en su mayoría, es tan muerta de hambre como yo; pero la vanidad, falta de educación, la ciega.

—Pero, a tí también te ciega —me contesta el corazón—. No podrás —añade— mandar a tu mujer a una sala de caridad. Yo, que soy tu mantenedor, he escuchado lo que sientes cuando piensas esas irregularidades. Tú odias el término “caridad”. ¿Quién da esa caridad? ¿No somos nosotros mismos? Tú sabes que mientras el Gobierno entienda como una política de caridad los servicios que tiene que prestar, está procediendo injustamente, y tú no te vas a someter a una injusticia social.

Y en diciendo eso último el corazón, yo llego a mi trabajo.

En mi trabajo salta otro problema. Otro sencillamente humano. Ud. lector, sabe lo que estamos viviendo de política. Los políticos tratan de hacerle favores para ver qué consiguen con ello. Esta situación se pone desagradable. Uno tiene que hacer política. Todos tienen que hacerla. Pero en eso se rodea de amigos embusteros y enemigos despiadados. Unos buscan los votos, y otros, la manera de arrebatarse el medio de subsistencia.

Mi Madre, en medio de su sencillez, me conversa sobre la inconveniencia de la política panameña. Pero yo insisto. Hoy, al pasar por el cuarto en donde vive, en donde lucha por existir, me dice lo de siempre: la enfermedad que la desalienta trágicamente; lo que hubiera significado, para su vida, un pedacito de “chance” de la lotería; sobre el agua miserable que, al penetrar entre las rendijas, mojó todos los catres y los banquillos. Entonces, aquí pienso vehementemente en lo que significarían cien

balboas en los huecos de mis amarillas manos.

Con estas esperanzas vuelvo por la misma calle de entonces. La gente que está en la esquina conversa y habla de mí por lo bajo. Yo no les tengo odio. Sé que los hombres, por muy perversos que sean, tienen, en el fondo, algo de bueno que puede ser utilizado en beneficio de la felicidad de los demás. Lo malo está arraigado, con cuernos y largos pelos, en el corazón de la sociedad, de la sociedad americana mal organizada.

Yo sigo mi camino. La gente que está allí, por ejemplo, es la consecuencia de la organización de nuestra sociedad democrática y religiosa. ¿Qué hacen ellos? Nada. No hay trabajo por aquí. No hay. Si yo que trabajo tengo mis problemas graves, ellos que no lo hacen, ¿qué tendrán? ¿Todos los días, acaso, habrá sobre la mesa un plato de sancocho? ¿Se visten sus hijos? ¿Qué clase de carne consiguen en el mercado? Ellos, que tienen menos dinero que yo, pero que necesitan mantener más hijos, ¿cómo hacen cuando los niños enferman? Seguramente irán a la Iglesia todos los domingos y rezarán para que Dios se apiade. Es más: la religión les enseña a resignarse. ¡Dios....! Pero Dios no consigue pan y ropa. ¡No! Dios no oye... El que tiene que oír es el oído de la Sociedad y del Gobierno. Pero, en esto, el hombre de América está equivocado.

Como todas las noches he vuelto hoy sin encontrar el tema para el cuento que deseo desarrollar. Necesito hacerlo, porque cien balboas aliviarán este tormento. En el cuarto, pálido por la luz de la calle, miro detenidamente a mi mujer. Sus ojos, que de día son casi amarillos y casi verdes, ahora, sobre el campo del tambor representan la paz y la dulzura. ¿Qué significa la mujer de uno? ¿La esposa de un hombre pobre? Juntos los dos nos tiramos en el catre. Juntos despertarnos en la fría madrugada. Nos clavamos los ojos mutuamente. Brilla el sol en las sábanas cuando empieza la brega. Crece la fatiga con el calor tropical. Viene el hambre y todo por los dos.

—¿Lo encontraste? —me dice ella.

—No— le contesto, y la miro tratando de sacar de su barro suave el asunto de mi composición.

Es una madre joven. Madre del futuro incierto de la Patria. Un futuro de hambre y enfermedades. Hoy carga en el vientre un ciudadano. Trabaja conmigo y no se queja de nada. ¿Vivirá feliz? ¿O llevará en sí una tristeza comprimida? Lo cierto es que está frente a mí, y yo la miro. Quiero ir más allá de donde se me presenta, pero fracaso en el intento. De ella no puede ser. Dejémosla en la paz de sus ojos verdes.

He regresado al campo. La idea de escribir un cuento para el día de la madre me inquieta. Bajo el grande espavé, con los pies en el arroyo que pasa rápido, miro el azul del cielo. Octubre está cansado de llover y hoy se presenta claro y brillante. Esta tranquilidad me agrada. El bosque espeso de higos, cedros y guayabos. Luego el llano suave, silencioso. Con el lápiz trazo paisajes en el cuaderno de apuntes.

• • •

¿Qué escribir? Yo he vivido una vida intensa, casi soy un viejo, si pienso lo que dice: “no es más viejo quien más años tiene, sino quien ha sufrido y gozado más en esos años vividos”. Escudriñando, quizás, en mi memoria podría encontrar el argumento. Mi madre nació aquí en este campito abandonado. De este lugar se la llevaron cuando era bella como una paloma. Pero en el pueblo quedó callada su garganta, que en otras horas cantara alegremente. Nacieron mis hermanos. Nací yo. En el pueblo anduvimos como perros extranjeros, de cocina en cocina y de tugurio en tugurio. Así nos levantamos, si a eso puede llamarse levantarse. Sola cargó con ese peso que le puso cruelmente la sociedad. Hoy está triste y enferma. ¿Quién tiene la culpa? Mis abuelos, por aquel entonces, dijeron que ella. Por loca; por enamorarse con poblanos; por novelera. Pero no... la

culpa es de la educación mal dirigida y peor representada, que enseña al campesino los oropeles del pueblo sin estudiar la realidad rural. La culpa es del campo sin recursos. De los ganaderos que han ido extendiendo sus potreros hasta los muslos de los trabajadores del campo. Ha sido de los Gobiernos pésimos que se han repetido en la República. Gobiernos que no han podido dirigir la ganadería y la agricultura sin que una estorbe a la otra. Cuando el campo ya era una zona desértica, las muchachas y los muchachos emigraron a la ciudad. Pero en el pueblo los hombres —siempre el hombre comiéndose al hombre— hicieron esclavos a los muchachos y a las muchachas perjudicáronlas, hiciéronles hijos y las abandonaron. Si los oligarcas ignorantes o cínicos y no menos defectuosos —ha habido ciegos, sordos, cojos y esquizofrénicos que nos han “gobernado” no han podido organizar la agricultura y la ganadería, mucho menos podrían enderezar las relaciones entre los hombres y mujeres, que son consecuencia de la estructuración de la agricultura, la ganadería y la producción en general. Los hijos de aquellas mujeres campesinas, hermosas y trabajadoras, hemos nacido de ese modo. ¿Acaso brote la vergüenza en nuestros ojos? ¡No...! Un gran deseo tenemos: organizar el Gobierno con bases nuevas, de manera que la ganadería no acabe con la agricultura ni que los hombres estropeen las mujeres. Así que todos tengamos una cama sobre la cual descansar y no haya nadie que pueda tener más de una.

Mi madre, como todas aquellas muchachas alegres y silvestres, dio allá en el pueblo manotazos al pecho de la vida, para sacar el sustento para los hijos que los hombres no pudieron mantener, hasta que las fuerzas disminuyeron por alguna enfermedad contraída en la lucha por ajustarse. Es mi madre una gran madre a mi parecer, pero no es justo que sobre ella escriba mi cuento.

• • •

Mi vecina, la esposa del Ingeniero Martínez, es feliz. Eso piensan algunos. Tienen dinero que gastan como quieren y suplen así todas sus necesidades y hasta los deseos más extraordinarios y extravagantes.

Era lo que decía hace un rato: al pie de la miseria más alarmante, se puede hallar, en la América, la riqueza más ostentosa. Mi vecina tiene dos hijos, rubios como dos mazorcas. Es buena, contradiciendo su afán de extremado lujo. Me ha prestado dinero cuando yo se lo he pedido. Pero en su materia algo hay, muy amargo, que la martiriza.

De labios del Ingeniero escuché decir lo siguiente:

—Los hijos me los llevaré.

—No —dijo ella—, me matarás... No... ¡Mátame mejor, ya! ¡Tú no comprendes, hombre, tú no comprendes mi caso, nunca lo comprenderás!

—Tu caso —dijo él—, es el caso de las vagabundas.

—Estúpido —contestó mi vecina.

—No grites. No escandalices más —dijo él, y agregó— ¿Te parece poco?... ¿Yo mismo te he parecido poco, verdad? ¿Acaso no soy un hombre entero? ¿Por qué buscas amantes?

—No sé, Gertrudis... no sé. Pero no me abandones. No te voy a mentir... Lo quiero a él, de una manera distinta de como te quiero a tí. Tú no quieres comprender. Pero, mejor, llévame de aquí. Te lo suplico... Gertrudis, llévame de aquí —terminó diciendo ella embargadamente.

Pero el Ingeniero la abandonó. La dejó sola con su cocinera y con la casa vacía. Mi vecina, desde ayer, no ha hecho otra cosa que llorar. Yo sé que el Ingeniero es un hombre magnífico. Se ha formado por su esfuerzo propio. Nadie niega su bondad. Es sencillísimo en el trato. Ama profundamente a su esposa. Esto lo sabe todo el mundo; pero ahora la ha abandonado, lo que es como si se abandonara a sí mismo. Para la mujer, ¿qué significado tendrá la vida en este día? Ella quiere a su esposo, pero idolatra al amante. El amante es un hombre correcto según

el conocimiento que los demás tienen de él. Se ha desbaratado este matrimonio rico por la acción de tres personas correctas. Dura se ha de presentar la existencia para mi vecina. ¿Qué concepto me formaré de ella, ahora? ¡Es tan buena! Cuando mi Madre enfermó, hace unos días, ella cuidó de mi mamá, como si fuese una hermana. Sus preciosos hijos, a pesar de sus vestidos caros, se “empuercan” con mis hermanitos en los charcos de las calles, y roban las mismas frutas. Además, ella, con sus treinta años, es bellísima aún. Linda como lo es y delicada ha de sufrir doblemente. No hace más que llorar, porque la presencia del amante no suplirá, en ningún grado, la ausencia de sus dos hijos. Ayer, en el patio, mientras lloraba, me decía las razones de su desgracia. Creo absolutamente que es una buena madre. ¿Qué piensa Ud. lector? ¿Mala o buena? ¿La compadece? ¿La recrimina? Sobre mi bella vecina podría escribir mi relato, pero lo que me confió es demasiado personal para que te lo cuente a ti, lector. (Supóngase que mi vecina leyera este cuento y se diera cuenta que ella es el personaje central: ¿qué me diría? Por lo demás, el Ingeniero Gertrudis sería capaz de matarme.)

• • •

Corre el arroyo entre mis pies que se agrandan, se tuercen y se achican. El bosque empieza a florecer y el llano se puebla de las fragancias de los guayabos y los higuerones florecidos. El viento trae en su falda volandera muchas cosas. Silba entre las gruesas ramas de mi protector, el espavé. Oigo muchas quejillas en el eco: los cantos de los pájaros; la saloma de la gente que despoja la rosa recién cosechada; los ayes y los suspiros de alguna niña hermosa traspasada por el amor, en pleno monte; el bramar del ganado del “señor” poblano, que ha reunido una peonada para realizar una yerra.

Ahora, mucho más allá del bosque y de los potreros se adivinan los pitos de los carros que brincan por encima de los char-

cos de la calle. Luego, la sirena súbita marca en el espacio las once del día. Esto último es el pueblo ¡Cómo se escucha desde lejos! Es así como vuelvo, otra vez, los ojos al pueblo.

¡Pueblos de Panamá! Con una calle y una torre cansada. Allá viven mi Madre, mi mujer y mi vecina. Todas las madres son buenas en el fondo. ¿He de escribir sobre el dolor o sobre la felicidad? Nuestra literatura está cargada de lindezas. Ud., lector, sabe que nuestros escritores aún no han salido del embarazoso romanticismo epiléptico que canta la virtuosa santidad y excelsitud de las cosas.

¿Qué escribir, entonces? No olvide mi problema particular. Necesito cien balboas. ¿Qué motivo invento para mi composición?

• • •

En el pueblo, en un portal de piedra que hay por la calle que suelo transitar, miro un niño rosado, una rosa lánguida. Está en su cuna de cedro. Él es hijo de una muchacha medio loca que conozco. En verdad, ¿es loca? Eso lo comenta la gente, pero la gente puede estar equivocada. Es una madre, antes de todo, y ya he dicho que las madres son buenas en el fondo. Yo sé, en verdad, lo que le sucede a la muchacha. Su mamá, una señora recia y robusta, que tiene confianza conmigo, me ha dicho:

—¿Usted cree? No ha debido tener hijos. Es una loca. Loca de remate. ¡Desgraciada! Yo se lo dije siempre. No seas loca, mujer... No lo seas... Pero, en fin, las muchachas de hoy, hum... son como a ellas les da gana de ser. Antes... Antes, ¿quién hacía otra cosa que no fuera lo que los padres decían? Pero hoy se les atraviesa un pensamiento entre ceja y ceja y no se echan atrás. Ya se lo he dicho a mi marido. No quiero que ella pise más la casa. A su hijo se lo tengo aquí, no por mí, que lo odio, sino por mi maridazo que es tan loco como ella. Pues se le ha metido quererlo. No sé por qué. Yo, como es de su conocimiento, soy una mujer, carajo, de quien nadie puede decir algo. ¡Y que lo digan...!

Mis hijos, con excepción de ella, me han salido a como yo les he tirado la soga. Estoy segura que la locura de esa muchacha se debe a Tomás, su padre. No... no es que yo sea de malos pensamientos. ¡No lo permita mi Padre Jesús! Todos los días rezo por la buenaventura de mis hijos, pero por ella no. Me esmero en que sus esposas los traten bien. Quiero a toditos mis nietos, menos a ese mico. Ese que Ud. ve allí, está gordo por el abuelo; el atolondrado de Tomás. Pero se friegan los tres. Todos saben en este pueblo que los tres dependen de mí. Todo esto es mío. Lo heredé de mis padres. Y por más que se le meta a Tomás el traérmela aquí, no lo conseguirá. Porque bien sabe él, carajo, que no tiene voluntad sobre mi persona.— Así me dijo un día la señora recia y robusta, perdiéndose después del discurso suelto y sonante en su casa. Yo conozco el modo de ser de los cuatro, y sé que la Abuela terminará por cargar al nieto.

La muchacha loca anda por allí. A la vez que trabaja, porque es hacendosa, se dedica a enamorarse con todos los hombres. Es alegrísima y jovial. Buena amiga, si se le comprende. He conversado largamente con ella. Pero me doy cuenta, acá entre Ud. y yo, que éste no debe ser mi cuento. No lo escribiré sobre una muchacha que la gente dice que está loca, su madre también y yo estoy seguro de ello.

Corrieron todos estos pensamientos mientras cruzaba por el llano apacible la mañana en la yegua blanca del tiempo. Como octubre se empeña en llorar y los hilillos plateados rocían el llano, saco del arroyo los pies y camino hacia el ranchito. En la cocina está mi Abuela querendona. El Abuelo aún no ha venido del trabajo. Me echo en la hamaca con el cuaderno de apuntes en las manos. Espero un tema para un cuento... Zas... Zas... dice la hamaca en su ir y venir. Los delgados perros husmean en la cocina por un posible hueso de conejo. Las gallinas cacarean en busca del nidal apropiado.

Observo que mi Abuela, ya entrada en muchos años, usa pollera montuna todavía. Es obstinada, porque mis tíos, que vi-

ven en el pueblo, han querido vestirla a usanza de las señoras de allá. Pero ella prefiere su pollera de zaraza. ¡Pobre Abuelita! Vive sola, en el campo, con el Abuelo y no hay manera de que los saque de aquí. ¡Qué vieja tan agradable, con la piel arrugada, sus cabellos plateados, su espalda curva, una caracucha en la oreja y una sonrisa discreta entre los labios! Mi Abuela está en la postrimería de su existencia. Ha dejado salir hacia el pueblo a todos sus hijos. En el campito se ha quedado con su esposo de siempre. Ya mi Abuelo llega con su motete al hombro.

Y me dice:

—¿Ya encontró la vaina?

—No —le contesto—, esta vaina no se encuentra así porque así.

—Este muchacho está —me dice la Abuela—, como er difunto Juan.

—Perros —les grita el Abuelo a los animaluchos delgados que velan el almuerzo—. Luego me dice—: Sepa Ud., que esta Octubrerera se va a tirar la cosa.

—Jú —contesta mi Abuela, que en cuclillas alterna el arroz con la carne—, lo pior ej ejta leña.

—¿Mucho Jumo? —inquiere el Abuelo.

—¿Jumo?... El jumo no ej na. Jumo a ejtáo bebiendo dej´ que me junté con voj. No ej er jumo, no. Ej er ardor. A mo´ que juera leña e balo.

—¿Balo? —refunfuña el Abuelo—. Ni que juera yo tan pendejo. Matillo mejmo ej y una poquita e nance. Er pereque ej que ya Ud. ta muy vieja y tiene pereza e sacarla.

—Pereza, no... Serán mij ojoj puej...

Oyendo esto me acerco a la mesita. Es la hora del almuerzo con el sancocho de yuca y ñame, el arroz y la carne asada. Afuera ha empezado a arreciar el chubasco. Hace frío y con él, un apetito voraz. Mi Abuela se ha debatido como guía pertinaz de todos nosotros. Los últimos en salir del campo fuimos mi Madre, mis hermanos y yo. Aquella tarde mi Abuela venía llorando detrás de la carreta que nos conducía. En

los constantes disgustos familiares es ella la que, con su dedo gordo, determina la paz y la comprensión. ¡Qué rigurosa es la vieja Madrecita...! Un tiempo pasó enferma en el pueblo. La enfermedad se hizo crítica por los pensamientos que constantemente le traían la imagen de su choza, su quebrada y sus gallinas, que estarían hechas a perder. A su regreso puso el orden, el aseo y la armonía. De nuevo las gallinas buscaron sus nidos; la quebrada su curso; la casita abrió sus puertas. En el jardín entreabrióse los jazmineros; las rosas desplegaron y las mariposas cundieron el aire de muchos colores. Estos seres habían percibido la presencia de la vieja cuidadora. Es así como estos abuelos no podrán abandonar este lugar, porque sus vidas están mancornadas con dicha naturaleza. Ellos tienen que terminar aquí. Significa mucho dolor dejar la tierra natal. Mucho amor a la Patria. Sobre mi vieja Madre podría escribir el cuento que tanto he andado buscando, pero no lo he de hacer. La dejaré tranquila para que no se incomode al saber que la estoy analizando. No me vaya ella a decir de nuevo que me parezco al “dijunto” Juan.

• • •

Después de mi grato encantamiento en el campito que me vio nacer, metido en la noche regreso al pueblo. Iré a las calles estrechas. Caminaré sobre los charcos de agua. Le preguntaré a la gente de la esquina si sabe de algo que me pueda interesar. Ahora he tomado otro camino. En la mitad de las once de la noche llueve delgadamente. El camino oscuro se recoge con amargura por los recodos. La cerca respalda la vereda, y de ella, altos árboles: algarrobos y lagartillos, junto con un regimiento de balos cubren las miríadas de luz de unas estrellas intermitentes. De vez en cuando se desgaja una rama de algún higuero herido, o me asustan los bejucos que cuelgan de los carates y los jobos. Lloran los árboles. Se espesa la noche. A

mi lado izquierdo se desbocan las lomas y los picachos en un profundo precipicio.

—Usted lector —dice una voz en el camino—, sabe ya que un cuento, para que lo parezca (aquí debemos recordar lo que dice al autor el escritor Manuel Ferrer Valdés: “en realidad **“Seis Madres” es un anticuento**”) hay que vivirlo, caminarlo, buscarlo en las miradas de los hombres del campo o de la ciudad; en medio de la lluvia o bajo el sol más bullente. Por muy desarrollada que un literato tenga la imaginación, una obra suya, sobre asuntos que desconoce sustancialmente resulta simple y, a veces, nos produce rabia. Ha visto Ud. lector —sigue hablando la voz—, todo lo que he hecho para conseguirlo. Pero no he podido. Sin embargo, creo que tendré la oportunidad de hallarlo antes de llegar a las primeras luces del pueblo. Por este camino retorcido y negro puede presentarse cualquier estupidez. La voz se pierde entre la lluvia y la espesura de los árboles y me doy cuenta enseguida que era mi propia voz la que surgía. Que era yo mismo el que hablaba en voz alta.

Pero luego me castiga de frente otra voz. Escúchela Ud:

—¡Ay... Ay... Ay...!

¡No! Ahora no soy yo. Me he llevado la mano a la boca. Me he apretado vehemente y la voz grita con más intensidad:

—¡Ay... Ay... Ay...!

No es una voz cualquiera. Ud. la ha oído. Es un grito quebrado, doliente. Un grito de llanto. Desgraciadamente azota mis oídos y se precipita al acantilado. Allá el eco sobre las lomas negras repite muchas veces: Ay... Ay... Ay... Detenido a la orilla de un fangal, apartando nerviosamente, con las manos, las bruscas me estorban la vista, trato de ver algo de donde pueda emerger semejante expresión humana o animal. Siento que chapalea débilmente en la ciénaga. Alguien gime, pero más bien parece que brama. Es algo así como una bestia poseída. Se acerca a mí; sin embargo a dos metros de mi compungida presencia no descubro absolutamente nada. Comprendo, eso sí, que alguien camina y algo se arrastra.

¡Ahora sí! Esta vaina puede ser cualquier demonio en forma indescrípible (aquí me acuerdo de mi Abuelo). Siento que los cabellos se me espelucan y se ponen hirsutos los vellos de los brazos y la nuca. ¿Miedo... horror... estupor? Sí. Todo eso. Yo grito:

—¿Qué vaina es esta?

Los bultos siguen...

—Oiga, mujer, oiga.... ¿que le pasa a Ud....? ¿Qué lleva allí?

La mujer, empapada y brutalmente desgredada, como una tulvieja absurda, arrastra el cuerpo escuálido de un hombre muerto.

—Oiga, Señora...—le grito de nuevo, pero parece que no oye.

Trato de alcanzarla, pero me detengo. ¿Acaso no es una alucinación mía esto que acaba de sucederme? ¡No! Allá va. Es una mujer desgarrada, atrocmente delgada, pero sobre todo desgredada. Grita y decidida arrastra un hombre muerto por el lodo y el agua sucia del sendero. ¿Hacia dónde? ¿Le conoceré yo? ¿Será familia mía? Posiblemente... Pero mejor me acerco... ¿Quién... quién será? ¡Qué estupidez... cargar un hombre así...! Recuerdo lo que dijo mi Abuelo. Sí, esta mujer tiene que ser Esperanza... ¿Y el hombre? El hombre Valerio Hidalgo... su marido... Sí, Valerio, muerto. Ya sabía que el pobre estaba tuberculoso... Pero esta Esperanza...

—Oiga Esperanza —le grito—, mire...

Pero ella sigue bramando como una novilla atravesada. ¿Pero es que esta mujer no encontró nadie que le ayudara?

Valerio pidió al Cura hace unos días, pero éste no fue al campo. Amigos le llevaron, entonces, al pueblo. En la confesión, dicen que Valerio dijo al Cura:

—¡Ay Pague, me muero! Ay... Yo tengo unoj hijoj (su respiración se apagaba. Los ojos se habían perdido en las profundas cuencas). Ay... Dioj míó... ampárelo Padre... Ayureloj... No... Yo no me voy. Yo no me voy di aquí. Yo no quiero dir par campo. Déjeme aquí. Ejperancita (y esto lo dijo llorando). Yo me voy. Déjeme que muera aquí mejmo. ¿Ya pa' qué? ¡Ay.... Ejperancita... se jodió Valerio Hidargo...! Dígale a Don Lucio

que ejtá bien, carajo... Don Lucio... ombe...

Por último se incorporó bruscamente del catre en que agonizaba y dijo: —Ejperanza.— y se dobló, muerto...

Yo recuerdo a Valerio: moreno, alto, alegre, trabajador y honrado. Gritaba y bailaba como el que más. Era el único hombre que, en el campito, tenía un buen caballo de paso. Valerio Hidalgo, primo segundo mío. Hijo de la tierra y el grito. Se parecía a mi en muchas cosas. Su tez morena, sus ojos claros... ¡para nada!

Valerio trabajaba en la ganadería de Don Lucio. Cuando enfermó de tuberculosis, para que no contagiara a los demás mozos, Don Lucio lo despidió. Esto existe aquí, en Panamá, puente del Mundo y otras cosas más absurdas aún. Ya lo hemos repetido anteriormente: al pie de Don Lucio gordo, colorado y rico, se muere un Valerio tuberculoso. ¡Ay... tierras de América, fértiles para las injusticias y las ingratitudes...! Y eso que nuestros gobernantes dicen: “podemos comunicar, a pesar del relativo atraso en que vivimos, que Panamá está mucho más adelantado que otros países del Continente, porque aquí no se muere nadie de hambre”. Claro... “nadie” significa para el gobernante nuestro, sus hijos y los primos de sus hijos que se agotan de tedio por la Avenida Central de Panamá en un buen carro Packard.

Cuando Esperanza, madre de tres hijos, se dio cuenta del mal de Valerio lo hizo llevar a la Capital.

—¿Para qué? Si en Panamá no curan a nadie de tuberculosis. Este Valerio volverá para morir. A tirar sobre esta tierra amarga los últimos salivazos de su desesperación—. Eso dije a mis abuelos una vez que conversábamos de ello.

Esperanza fue vendiendo poco a poco los haberes de la finca. Así quedaron sin nada. Pero una vez salió del rancho y se encaminó hacia las puertas del pueblo.

Mientras su corazón gemía y sus ojos manaban lágrimas de angustia y desolación, allá en las plazas gritó así:

—Ñiñorej... me muero de hambre. Nejecito comer. Ujté, Señor rico, deme argo. Tengo trej hijoj y un hombre malo.

Siguió calle arriba, en tanto que la gente se le agrupaba en derredor.

—Ujtedej, loj der pueblo —continuó gritando—, que me lo enfermaron, dejgraciaroj... demen ahora en que sea un peso.

Entonces, dirigiéndose al Alcalde, quien se había acercado al carro creyendo que se trataba de algún tonto que tocaba un pito, la mujer dijo:

—Ujté, Señor Arcarde, que ej er amo de ejto, afíjese en ejta ropa mía, afíjese en ejtoj ojo a ver si por elloj ve a un hombre que se muere.

Luego dirigiéndose a un maestro de escuela que pasaba por allí le agregó:

—Ujté, Señor Maestro, ayúreme. Alevánteme ahora. Yo soy Ejperanza, la mama di aquellos chiquilloj que Ujté apuntó pa' su ejcuela...

En eso un Médico descendió de su lujoso carro convertible y Esperanza le gritó:

—¡No... A Ujté no... no le digo ni le piro na! ¡Canalla... Canalla... lagarto... Ujté, mentiroso...!

Y se fue corriendo calle arriba librándose del grupo de curiosos que le gritaban: “Loca... loca..” Y ya en la esquina de la calle Esperanza, dándose vueltas, contestó:

—¡Junaputa...!

Así, que el hombre rico la miró con asco.

El Alcalde se puso medio pálido de pura nerviosidad; entendió que ése no era problema suyo, pero le regaló diez centavos.

El maestro de la “santa enseñanza” no estudió este aspecto en las conceptuosas clases de pedagogía moderna que recibió de parte de profesores meticulosamente titulados. Y como no tenía un centavo no le dio nada a la mujer.

El médico regresó a su convertible riéndose malignamente.

El grupo de curiosos le había gritado muchas veces: “Loca”.

Y Esperanza, finalmente, se había defendido con una palabra precisa y grande.

Unos días después de aquel suceso el niño más pequeño murió. Flores de hambre y tuberculosis se abrieron en sus naricitas. Esperanza lo enterró, según supe después, en el patio, y le puso una flaca crucecita de guayabo.

Últimamente, Esperanza se había ido a la Capital. Llevaba unas gallinas y algunas otras cosas del campo. ¿Para qué? Mis Abuelos dijeron que ella creía absolutamente que con esos alimentos del campo Valerio resistiría. A Valerio le hacía falta el campo. Valerio se moría de cabanga. Pero Valerio regresó y regresó para morir. No quiso expirar en el campo. Los vecinos del lugar comentaron que en la forma como había regresado lo había hecho Enrique, años atrás. Valerio se moría, no cabían dudas. Lo llevaron, en hamaca, al pueblo. Allí recibió la bendición del Cura. Tres días duró, después, el tormento. Tres días aguardaron los vecinos del lugar. Al tercero regresaron al campo. Valerio no se moría, dijeron. Luchaba con la muerte. Era el diablo. Sola su mujer lo vio finalizar abruptamente, cuando, doblegándose, el hombre dijo: “Ejperanza”, y calló. Ahora, sola, cargaba con su cuerpo, en las horas más turbias de la noche. Éste era el rastro. Valerio era una masa informe y cetrina.

—Esperanza —le grité—, yo le ayudo, espérese...

—No —me contestó agitadamente.

—Déjeme ayudarla, señora.

—No... ya no quiero que naire me ayure. Ni Ujté, ni naire. Ay... por ejte mejmo camino me trajo er a mí. Ahora ay... la diferencia ej que lo llevo yo. (Se tiró en una roca del camino, con las huesudas manos en las rodillas). ¡Vale mío, muerto! Ay... ¿quién tiene la curpa? Ujté no sabe lo que yo ha hecho. Naire lo sabe. (Hubo una pausa. La lluvia delgada caía en la cabellera de los árboles. Ranas conversaban en el cieno). La curpa no la tiene naire... No. Ni don Lucio que lo mataba trabajando. Ni loj vecinoj que no me quisieron ayurar. Ni los méricoj que me pegaron

mentiraj. Ni er monte que ya no puro prorucin máj. Ni loj hijoj que se me morirán. Ni yo que me estoy muriendo. Ni naire. Ni Dioj. La curpa, sí, ay Vale mío, la curpa la tenéi Voj...

Yo tiro sobre mis hombros al difunto. Poco es lo que pesa.
¡Qué diferencia de como yo lo conocí!

—Siga, Esperanza, vaya Ud., siguiendo —le digo a la mujer.

Y siento que a cada paso la Madre se desmaya. Es mucha noche para una mujer enferma. El agua arrecia. Frutas que caen de un jamaico me golpean. En medio de la oscuridad resbalo sobre el camino. Ahora me recorre la espalda el agua que chorrea del cuerpo del difunto embarrado. También me humedece la cara el sabor de agua sucia de tuberculosis y muerte. Bajan quebradillas por mi frente y se cuelan por mis labios. A malo sabe el jugo de los hombres muertos.

De vez en cuando siento que me cosquillea el viento mojado y tétrico por las espaldas, al tiempo que me rozan las manos inertes del difunto; me tocan así como se llama a las puertas de las habitaciones cerradas. El camino se retuerce negro y resbaloso como una culebra terciopelo. Delante de mí grita Esperanza y llora. El eco de esas tristezas cruza las campiñas recién cosechadas.

Así dice el eco:

—Ay... Ayayáy... Vale mío... Vale mío... (se adelgaza lastimosamente como una garza herida). Voj sólo tenéi la curpa. Vale mío... muértojo... Ay... ayayáy... (luego el eco como una garza herida cae de filo en el abismo).

La noche va con nosotros en la desgracia y el descenso penosos. Entre cerbulacas agobiadas llegamos al rancho. En la puerta están los dos niños. Pero es como si no estuvieran. Son tan delgados y flácidos. Así como están pueden morirse esta misma noche. Un viento que sople de frente y se caen.

—Has llegado, dice mi voz, amigo Valerio. Has venido al rancho que tu fuerza de hombre macho levantó. Acaso no sirva para acogerte. Tu potrero está lleno de hojarascas; tu huerto, destrozado por los animales ajenos; tu machete, amellado; tus

hijos se mueren y tu mujer desmaya en medio de una fiebre altísima. Valerio Hidalgo, ¿qué te pasó? ¿Qué puedo yo hacer por ti, ahora que ya no me oyes?

En la cama de carricillos lo acuesto. Con sacos de henequén, que cuelgan de las soleras, le cubro. No hay otra cosa. Todo el rancho está frío como la muerte misma. El agua penetró en todos los rincones. De vez en cuando la respiración de Esperanza, tirada de un lado, me asusta. Los niños no se han dormido, sino que me miran despabilados y me dicen, a cada rato:

—Señor... Tata se murió, ¿verdá? ¿Se murió Vale?

Y yo les contesto:

—Sí hijos, sí se murió Vale, pero... vengan aquí...acuéstense... vengan...

Ellos, despabilados, me miran horrorosamente y tornan a decirme:

—Señor, ¿verdá ej que se murió Tata? ¿Vale se murió, Señor?

No hay luz. Nos ha estado alumbrando vagamente la claridad de las estrellas. Entre la penumbra voy distinguiendo los utensilios miserables. Cuelga de una esquina el filo de una daga inútil. Sólo eso veo. Parece que Esperanza no respira, pero vuelvo a escucharla.

¡Cuánto ha sufrido Esperanza!... Pobre mujer campesina... Pobre mujer campesina como mi Madre, como las Madres de muchos hombres de la tierra.

Yo te ayudaré, en la medida de mis esfuerzos. Tú no tienes por qué saber que yo estoy en condiciones pésimas, también. Que yo no tengo lo que a ti te hizo falta: dinero... A mí posiblemente me pase lo que a ti. Cuando verdaderamente se necesita la ayuda, entonces no se encuentra. Qué desamparada te hallarás, ahora que despierte la mañana sobre el campo. Tú, continúa mi interior, eres el origen de los campos. Por eso nuestros hermanos son tan amarillos y tan pobres. ¿Cómo podrían desarrollarse estos dos hijos tuyos tuberculosos que tu dolor de madre dio a la lucha por el dolor, si la medicina está en manos de par-

ticulares, si los médicos se asocian para subir el precio de las consultas? ¿Si ellos mismos acaban con los hospitales públicos para darles más entradas a sus clínicas? ¿Si, por otra parte, el campo ya no brinda oportunidades...?

Nudos de llanto suben y bajan por mi garganta. Comienzo a luchar contra la reacción del llanto, pero luego, lloro. Lágrimas amargas y parecidas a las goteras de agua del camino recorren mis mejillas. En esto presiento el amanecer. Lánguidos suspiros despiertan el rocío.

“Se murió Valerio Hidargo”... habrán dicho los otros campesinos. Gorgorean las cascuchas y el pechiamarillo en la copa de un alto aspavé. Esto es el día que viene irremediamente. Alguien pasará y me ayudará a enterrar a Valerio. En el fondo del patio emerge la cruz de guayabo dulce. Salgo al llanito de enfrente, pero nadie pasa. Vuelvo al cuarto y miro las criaturas. Esperanza no respira. Es como si se hubiera muerto. Me acerco; la toco, le tomo el pulso. Salgo otra vez al llanito. Pero nadie pasa todavía. Quizás sea hoy día Domingo. He vivido un siglo esta tragedia al punto que he perdido la noción de los días. Vuelvo a entrar cautelosamente y me doy cuenta de que los niñitos se han dormido al fin, pero lleno de espanto noto que Esperanza yace definitivamente muerta, para siempre.

• • •

Lector. Por estos caminos he viajado algunas veces. Ilusiones han nacido en sus recodos. El florecer de los balos en el mes de febrero me ha arrancado gritos y profundas salomas. Hoy regreso cansado y nada ha florecido, sino la muerte. Vine, como se lo dije al principio, buscando un argumento para un cuento. Ya lo he encontrado, pero ahora comprendo que no lo voy a escribir.

VERAGUAS, NOVIEMBRE DE 1947.

Bibliografía del Cuento y la Novela Panameños

Decidida la inclusión, en este volumen, de la bibliografía general del cuento Panameño, como indispensable complemento al mejor conocimiento del tema, y advertidos, asimismo, la íntima relación entre cuento y novela y la escasa cantidad de estas últimas publicadas en Panamá, me pareció útil y oportuno reunir en un sólo repertorio bibliográfico las referencias de uno y otra. Se ordenan conjuntamente siguiendo un criterio alfabético.

Faltan aquí —hay que decirlo— las fichas relativas a la obra novelesca de los escritores panameños Edwin Lefevre y Ramón Valdés Guardia, obras escritas en inglés. Espero poder ofrecerlas más adelante, lo mismo que las referencias de novelas norteamericanas ambiente panameño. Se agregan, en cambio, unas cuantas fichas de novelas de ambiente panameño escritas en castellano por autores de fuera.

AGUILERA JR., RODOLFO:

Pasó en Panamá la Nueva (Novela). Star & Herald Co. Panamá (1935). 131 págs.

Minutos de una vida vulgar (Novela) Tipografía y Casa Editorial La Moderna. Panamá 1937. 129 págs.

Panamá es una tacita de oro (Novela corta). Biblioteca Selecta, Año 1º, No. 8. Agosto de 1946. Imprenta de La Academia, 46 Págs. (El cuaderno incluye el *Cuento del Arriero* y *del Diablo*, de Fialho D'Almeida).

AGUILERA PATIÑO, LUISITA:

Leyendas panameñas. Editorial Ulises, Buenos Aires, 1949. 155 págs.

AMADO, MIGUEL:

Birulí, novela para unos, tragedia para otros. Roma, Instituto Poligráfico del Estado, 1947. 379 págs.

ANDREVE, GUILLERMO:

Una punta del velo. Imprenta Nacional, Panamá, 1929. 160 (1) Págs. *Sorteos de todos los Domingos, Cuentos de Lotería*. Star & Herald Co. Panamá, 1936. 99 Págs. (Se publicó bajo el nombre de Mario Marín Mirones, pseudónimo del autor).

4 Cuentos. The Star & Herald Co. Panamá, 1933. No. 20, de la Biblioteca de Cultura Popular. Segunda Época. Serie 2a. Sept. 24 de 1933. 225-256 págs.

El Milagro de Navidad. Panamá, 1946. (Es un pliego publicado por la Biblioteca Nacional con motivo de las Pascuas de ese año).

ARDILA, JULIO AUGUSTO:

Josefina (Novela). Tipografía de M. de la Torre e hijos. Panamá, 1903. 200 págs. (Escrita expresamente para "El Cronista").

AZCARATE C., FERMÍN:

Vida (La novela de un joven). Cía. Editora Nacional. S. A. Panamá, 1944. 112 págs. Segundo Premio de la Sección "Novelas" del concurso Ricardo Miró. Año de 1943. Edición del Ayuntamiento de Panamá.

CAJAR ESCALA, JOSÉ A.:

El Cabecilla. Imprenta López, Buenos Aires, 1944. 129 Págs. Primer Premio de la Sección "Novelas" del Concurso Ricardo Miró, Año de 1942. Edición del Ayuntamiento de Panamá.

Cuentos de Navidad. Biblioteca Selecta, Año 1º, No. 12. Diciembre de 1946. Imprenta de la Academia, Panamá. 53 págs.

CANTON, ALFREDO:

Rojas y Pálidas (Novela). Tip. Maucci, Mallorca, 166-168, Barcelona, 1935. 224 Págs.

A Sangre y Fuego. Imprenta Lehmann, San José, C. R., 1935. 500 págs.

El Ciego del Bulabá. Biblioteca Selecta, Año 1º, No. 6. Junio de 1946. Imprenta de la Academia, Panamá. 48 págs.

CARRASCO, FRANCISCO:

En la rueda del Hado. (Novela). Imprenta Nacional, Panamá, Panamá, 1927. 94 págs.

EL CUENTO EN PANAMÁ

CLARCK, FRANCISCO:

A Través del Tormento. Javier Morata, Editor, Madrid. MCMXXXI
250 págs. (Se trata en rigor de una autobiografía).

CASTILLO, MOISÉS:

Allá onde uno (Cuentos). Imprenta “La Nación”, Panamá, R. de P.,
1946. 100 págs.

COLUNJE, GIL:

La Virtud Triunfante (Folletín de El Cronista). Tip. de M. R. de la
Torre e hijos. Panamá, 1901. 36 págs.

CONTE J., ANTONIO:

Cuentos Guerreros. Tipografía “El Istmo”, Panamá, 1916. 89 págs.

DÍAZ LEWIS, JUAN O.:

Viernes santo bautista y otros cuentos. Biblioteca Selecta, Año 1°
No. II, Noviembre de 1946. 58 Págs. Imprenta de La Academia.

DUQUE, DOLORES MARÍA: (Sor María Dominica de Jesús)

Consecuencias de un pecado. Panama American Publishing Co. Inc.,
Panamá, R. de P., 1933. 144 págs.

ESCOBAR, FEDERICO:

En el campo y en la Corte (Cuento e Historia Carnavalesca dedicada
a S. R. A. Isabel I (Señorita Isabel Espinosa Remón). Tip. “Diario
de Panamá” (1911). 20 págs.

FÁBREGA, JOSE ISAAC:

La Gaviota (Novela premiada con medalla de oro). Editada por los
Talleres de Benedetti Hnos. Panamá, 1920. 105 págs.

Crisol. Novela nacional panameña. Premiada con medalla de oro (pri-
mer premio mío) en el concurso celebrado en 1936 por el Municipio
de Panamá. Star & Herald Co. Panamá, R. de P., 1936. 186 págs.

Vida y muerte del notable panameño Don Marcelino Peña, el democrata ejemplar. Biblioteca Selecta, Año 2º, No. 17. Mayo de 1947. Panamá, s/i. 56 págs.

GUARDIA, ERASMO DE LA:

La Tragedia del Caribe. Imprenta Nacional. Panamá, 1938. 176 Págs. (Primer Premio de novela del Concurso Olímpico de los IV Juegos Centroamericanos y del Caribe).

HERRERA, DARÍO:

Horas Lejanas. Imprenta de Coni Hnos. Perú 864. Buenos Aires, 1903. 235 págs.

Horas Lejanas (Selección). Biblioteca de Cultura Nacional, Serie 3a., No. 26. Editor: Guillermo Andreve. Tipografía. Panamá, 1918. 64 págs.

HUERTA, JOSÉ E.:

Alma Campesina (Cuadros, leyendas y cuentos panameños). Colón, R. de P., 1930. 191 (1) Págs.

ICAZA, JORGE ENRIQUE DE:

Gérmenes Incorruptibles (Novela de costumbres panameñas). Talleres Gráficos Benedetti. Panamá, (1933). 74 Págs.

Gérmenes Incorruptibles. *La Estrella de Panamá*; Panamá 1944. 86 págs.

ICAZA DE BRICEÑO, MARÍA MAGDALENA:

Flores de Mi Huerto (20 cuentos para niños). Benedetti. Panamá, 1928. 65 págs

JAÉN, JOAQUIN DARÍO:

Liliana (Novela.) Imprenta Excelsior. Panamá, 1920, 129 págs.

Vórtice de Pasiones (Cuentos). Tip. Henry, Panamá, 1921. 86 págs.

El Enigma Formidable (Novela). Tip. Henry, Panamá, 1922. 123 págs.

EL CUENTO EN PANAMÁ

- Flor de Vesania* (Novela). Imprenta Nacional, Panamá, 1924. 116 págs.
Fuegos Fatuos (Cuentos). Tip. Henry, Panamá, 1924. 103 págs.
En el Cauce de la Vida (Páginas escogidas). Editorial Talleres Gráficos, Panamá (1925). 207 págs.
El Sendero Inevitable (Novela). Tipografía y Casa Editorial “La Moderna”.
Panamá, 1928. 141 págs.
Breviario de Emociones (Cuentos). Editorial Talleres Gráficos, Panamá, Rep. de Panamá, 1930. 165 (1) pág.

JAÉN, JEREMÍAS:

- Mélida*. Novela original en castellano. Ilustrada con diez láminas.
Nueva York. Imprenta franco-española de Louis Weiss, No. 64 y
66 Ann Street, 1888. 626 págs.

JURADO, RAMÓN H.:

- San Cristóbal* (Novela). Primer Premio del Concurso del Ministerio
de Educación, Año de 1943. Imprenta Nacional, Panamá, R. de
P., 1947. 180 págs.

KORSI, DEMETRIO:

- Escenas de la vida tropical*. Editorial “La Moderna”, S. A. Panamá,
1934. 82 págs.

LASSO DE LA VEGA, J. N.:

- El Lazarillo en América* (Ensayo de novela crítico-social). Talleres
Gráficos de “El Tiempo”. Panamá, (1923). 107 págs.

MARTÍNEZ CLARCK, J. L.:

- De Castellana Estirpe*. Relato histórico-novelesco. Tipografía del Norte.
Barranquilla, Colombia. 1933. 23 págs.
De Castellana Estirpe. B. C. N. Segunda época. Serie la., No. 9 y 10.
Editor: Gmo. Andreve. Star & Herald Co. Panamá 1933. págs.
261-302.

MÉNDEZ PEREIRA, OCTAVIO:

El Tesoro del Dabaybe. Panamá, Talleres Gráficos “Benedetti”, 1934. 317. (2) págs.

El Tesoro del Dabaybe. Ediciones Nuestra Raza, Madrid (1936). 208 págs.

Núñez de Balboa. Espasa Calpe Argentina, S. A. Acabada de imprimir el día 24 de diciembre de 1940. Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. Iriarte 2035, Buenos Aires. 172 págs. (El No. 66 de la “Colección Austral”).

Tierra Firme (El Tesoro de Morgan). Star & Herald Co. 1940.

Vasco Núñez de Balboa. Copyright, 1944, American Book Company. 254 págs. (Edición para uso de estudiantes de español).

MIRÓ, RICARDO:

Las Noches de Babel (Folletín de *Diario de Panamá*). Publicado por entregas entre abril y mayo de 1913..

Flor de María (Ensayo de novela). Talleres Gráficos de “El Tiempo”. (Panamá, 1922). 102 págs.

MOORE, EVELYN:

Sancocho. Printed by the Panama American Publishing Co. Inc. Panamá, 1938. 194 Págs. (Es una antología de cuadros de costumbres y cuentos panameños vertidos al inglés).

Sancocho. Stories and Sketches of Panama. Translated by. Printed by The Star & Herald Co., 1947. Second Edition. 214 págs.

MOSCOSO B., ANTONIO:

Treinta Años. (Crítica a la moral social). Editorial “La Moderna, S.A.” Panamá, 1936. 180 págs.

Solar Nativo. “Talleres Gráficos”. Panamá, 1940. 180 (2) págs.

NARANJO R., NICOLASA:

Colección de Cuentos Morales sobre los Diez Mandamientos. Parita, septiembre, 1924. Imprenta de La Academia. 21 págs.

EL CUENTO EN PANAMÁ

NAVAS, NARCISO:

Panamá, novela político social. Imprenta El Heraldó Panamá, 1926.
54 págs.

NÚÑEZ Q., JOSÉ MARÍA:

Cuentos Criollos. Biblioteca Selecta, Año 11, No. 14. Panamá, Febrero de 1947. s/i. 55 págs.

OLLER, JOSÉ:

Lienzos. Tipografía Moderna. Panamá, 1917.111 (2) págs.

PONCE AGUILERA, SALOMÓN:

La Batalla de Panamá. Imprenta Nacional, Bogotá. Septiembre de 1901. 39 págs.

De la Gleba. Buigas Pons y Cía. Editores. Córcega 299, Barcelona (1914). 223 págs.

PORRAS, BELISARIO:

El Dios Meneandro, a propósito del cuento histórico del Dr. B. P. Documentos precedidos de una encuesta literaria abierta por el señor Cristóbal Rodríguez, la contestación del señor Narciso Garay. Tip. "Diario de Panamá", 1916. 21 págs.

QUIJANO, MANUEL DE J. (*Ivan Roskoff*):

Fuego Redentor (Cuentos). Editorial La Moderna S. A. Panamá, 1933.
102 Págs.

RIERA PINILLA, MARIO:

Rumbo a Coiba (Novela). Editorial Costa—Arnic México, D.F. MCMXLVII. 122 págs.

La Yerba. Impreso en los Talleres "La Nación S.A." Panamá, 1949, 181 págs. Primer Premio de la Sección "Novelas" del Concurso Ricardo Miró, Año de 1947.

ROJAS SUCRE, GRACIELA:

Terruñadas de lo Chico. Imp. "La Unión," Infante 1471. Santiago de Chile, 1931. 200 (12) págs.

RODRÍGUEZ, MARIO AUGUSTO:

Campo Adentro (Cinco cuentos cortos). Biblioteca Selecta, Año 11, No. 20. Panamá, Agosto de 1947. 30 págs. s/i.

Luna en Veraguas (Cuentos). Publicaciones del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación. Imprenta Nacional, Panamá, 1948. 231 págs.

RUIZ, TEMÍSTOCLES:

La Aparición de Bolívar en el Parque de San Francisco. Imprenta Excelsior, 1924. 14 págs.

El Gigante del 3 de Noviembre de 1903. Panamá, Noviembre de 1928. Imprenta "El Heraldó". 26 págs.

Cuentos Panameños. Tip. Heriry. Panamá (1932). 211 (1) pág.

La arbolizada de Galileo y su comitiva (Cuentos). Editorial "La Moderna, S.A." Panamá, 1934. 41 págs.

Cuentos populares. Imprenta "Acción Católica". Panamá, 1944.

OZORES, RENATO:

Un pequeño incidente y otros cuentos. Biblioteca Selecta, Año II, No. 15, Marzo de 1947, Panamá. 54 págs. s/i

SÁNCHEZ, JOSÉ MARÍA:

Tres Cuentos. Biblioteca Selecta, Año I, No. 9, septiembre de 1946. Imprenta La Nación, Panamá. 47 Págs.

Shumio-Ara (Cuentos de Bocas del Toro). Publicaciones del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación. Imprenta Nacional, Panamá, 1948. 126 (1) págs.

SILVERA, PEDRO A.:

Felisa. Imprenta "La Unión" Benedetti Hnos. Panamá. (1921).

SINÁN, ROGELIO:

Todo un conflicto de sangre (Novela corta inédita).

“A la orilla de las estatuas maduras ”(Cuento) Biblioteca Selecta, Año I, No. 4, abril de 1946. Imprenta de La Academia, Panamá.

Dos aventuras en el Lejano Oriente. Biblioteca Selecta, Año II, No. 18, junio de 1947. 53 págs. s/i.

Plenilunio. Imprenta de “La Academia”. Panamá, 1947. 285 págs.

Primer Premio de la Sección “Novelas” del Concurso Ricardo Miró, Año de 1943.

SOSA, JULIO BELISARIO:

Tú sola en mi vida (Novela). Primer Premio de Panamá para el concurso de novelas latinoamericanas de 1941. Ferguson & Ferguson Libreros y Editores, Panamá, R. de Panamá. Acabado de imprimir el día 2 de junio de 1943. Imprenta López, Perú 666, Buenos Aires. 238 págs.

La India Dormida (Novela). Premiada en el concurso literario del Municipio de Panamá en 1936. Editores de Julio B. Sosa, Panamá, R. de P. Impreso en la Argentina. Imprenta López. Perú, 666, Buenos Aires. (1948). 189 págs.

La Cerca de Piñuelas (Novela corta inédita). La Hija del Viento (Cuento). Biblioteca Selecta, Año I, No. 7, julio de 1946. Imprenta de La Academia, Panamá. 46 págs.

SPENCER, PHYLLIS:

Short Stories of Panama, translations of. Imprenta El Independiente. Colón, R. P. 1949. 83 págs.

TEJEIRA, GIL BLAS:

El Retablo de los Duendes (Cuentos). Imprenta de La Academia. Panamá, 1945. 166 págs.

VALDÉS JR., IGNACIO DE J.:

Cuentos Panameños de la Ciudad y del Campo. Editorial Gráfico

- Ltda. Impreso en los Talleres Gráficos de Benedetti Hermanos. Panamá, 1928. 173 (2) págs.
- Sangre Criolla* (Nuevos cuentos panameños). Imprenta “Acción Católica”. Panamá, 1943. III (1) pág.
- Alma*. Cía. Editora Nacional, S. A. Panamá, R. de P., 1945.
- Mandrágora* (Selección de cuentos). Biblioteca Selecta, Año II, No. 16, abril de 1947, Panamá, 56 págs. s/i.
- Ternura* (Cuentos de Navidad). Panamá, Editora Panamá América, diciembre de 1947. 32 págs. (pág. 28-32: Poemas de Navidad).
- Cuentos de Carnaval*. Editora Panamá América, febrero de 1949.

RUIZ VERNACCI, ENRIQUE:

- Muecas* (Cuentos varios) Star & Herald. Panamá, 1921, XXIV, 206 págs.
- Introducción al Cuento Panameño* (y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró). Biblioteca Selecta, Año I, No. 3, marzo de 1946. Imprenta de La Academia, Panamá.

WENDEHAKE, JOSÉ RAFAEL:

- Vida Orejana* (Descripciones de tipos y costumbres lugareñas. Haskins New Service, Colón, R. de Panamá. 165 págs. s/i. Libros de material vario, que incluyen cuentos.

AGUILERA, RODOLFO:

- Las Espinas del 3 de Noviembre*. Panamá, 1907. Empresa Tipográfica. 74 (1) págs.

COLLANTE DE TAPIA, LOLA:

- Inquietudes*. Panamá, 1922. Talleres Tipográficos “El tiempo”. 87 págs.

HERNÁNDEZ, GASPAR O.:

- Iconografías*. Imprenta “Esto y Aquello” Casa Editora. Panamá, R. de P., 1916. 145 págs.

EL CUENTO EN PANAMÁ

JARAMILLO AVILES, ERNESTO:

Fruslerías. Tipografía Hospicio, Panamá, (1927). 191 págs.

LEWIS, SAMUEL:

Retazos. Imprenta de La Academia. Panamá, (1940). 200 págs.

PALACIOS, FÉLIX FRANCISCO:

Trabajos Premiados en el Primer Concurso del Instituto Nacional Tip. Moderna, Panamá, 1916. 14 págs. (Incluye, Págs. 7-14, *Ellos y Yo*, cuento del autor).

PATTERSON, GUILLERMO:

Jirones de Adolescencia. Prof. A. Maglione Editore. Roma, 1926. 250 págs.

RÍOS, ANÍBAL:

Croniquillas. Editorial “La Moderna”, Quijano y Hernández. Panamá, s/a. 200 págs.

TEJEIRA, MELQUIADES:

Misceláneas. Imprenta “El Heraldo”, Panamá, 1929. 96 págs.

CASTILLO, MOISÉS:

Escena y Lectura. Imprenta Nacional. Panamá, 1948. 185 (1) págs.

Novelas de tema o ambiente panameño:

AGUILERA MALTA, DEMETRIO:

Canal Zone. Biblioteca América, Vol. No. XIII. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1933. 154 págs.

CALDERÓN RAMÍREZ, SALVADOR:

De Adentro. Imprenta Renacimiento, S. A: México, D. F. s/a.

RODRIGO MIRÓ GRIMALDO

DEL SAZ, AGUSTÍN:

Tamborito (Novela panameña). José María Yagues, Editorial Madrid, 1932. 315 págs.

LIMOSÍN, FEBO DE:

Estrellita de Taboga (Novela panameña). Imprenta Nacional, Panamá, 1927. 89 págs.

RESTREPO B., N.:

La Isla Encantada. Star & Herald. Panamá, 1922. 66 págs.

RESTREPO JARAMILLO, JOSÉ:

Dinero para los peces (Novela).

Un día de consulado (Relato). Biblioteca de Cultura Colombiana, No. 70. Bogotá, Editorial ABC. 1945. 231 págs.





Franz García de Paredes

Panamá:
cuentos escogidos





Prólogo

FRANZ GARCÍA DE PAREDES

El cuento panameño se configura como expresión literaria autónoma, una vez que se despoja de sus semejanzas y diferencias con las otras formas narrativas breves procedentes del costumbrismo romántico de las letras hispánicas, tales como “el artículo de costumbres”, “las tradiciones” y “las memorias o recuerdos”. Es por ello que el cuento panameño propiamente tal aparece con la generación modernista¹, y constituye su aportación literaria más importante a la literatura panameña. De esta generación sobresalen dos cuentistas: Darío Herrera y Salomón Ponce Aguilera. Darío Herrera es el primer panameño en publicar un libro de cuentos: *Horas lejanas* (1903). Es el narrador más representativo de su generación y uno de los más destacados del modernismo hispanoamericano. En su oficio de cuentista confluyen todos los aciertos y excesos del modernismo (cosmopolitismo, exotismo, evasión, etc.) Por su parte, Salomón Ponce Aguilera, aunque modernista por situación generacional, no asume del todo las preferencias de su generación, expresándose siempre en un costumbrismo rezagado, lo que le resta a sus relatos valor representativo.

1. He tratado de captar en esta nota introductoria el proceso empírico de la evolución del cuento panameño a través de una sucesión de generaciones, tal como las ordena Cedomil Goic en sus estudios de la novela chilena e hispanoamericana, sin el rigor y sistematización con que la emplea el estudioso chileno. Ver *La novela chilena: los mitos degradados*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968, e *Historia de la novela hispanoamericana*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile, 1972.

La generación siguiente, la mundonovista, que reacciona contra el cosmopolitismo y el exotismo de la generación modernista está representada en la evolución del cuento panameño por Ricardo Miró, la cifra más alta de la poesía panameña, y a quien se deben algunos relatos de corte ruralista con algunas notas características del americanismo y nacionalismo literarios que propugna esta generación. Es obvio, sin embargo, que el peso de su producción poética le restó importancia a su labor de cuentista que, a pesar de todo, no deja de tener sus méritos literarios.

Después del matizado mundonovismo de Ricardo Miró se manifiesta en la narrativa panameña un grupo de escritores dispuestos a continuar la brecha abierta por él, cultivando una literatura vernácula de escaso vuelo imaginativo. Este programa de exaltar el campo como expresión del alma nacional, expuesto por Ignacio de J. Valdés Jr. en el prólogo de sus *Cuentos de la ciudad y el campo* (1928), fue seguido por algunos de sus coetáneos, entre ellos José E. Huertas, José María Núñez y como brotes más tardíos Moisés Castillo, Lucas Bárcena, Graciela Rojas Sucre y Gil Blas Tejeira. Las ambiciones del grupo plasmadas en el prólogo de Valdés Jr. no fueron, sin embargo, más allá de un costumbrismo superficial carente de intención social.

Con la aparición de “El sueño de Serafín del Carmen” (1931), primer cuento de Rogelio Sinán, se manifiesta una tendencia estética de claro signo renovador que reacciona contra el realismo imperante. Rodrigo Miró califica esta nueva tendencia como “Empresa esteticista que trata de universalizar nuestro ambiente literario, renovando la técnica y ensanchando horizontes”.²

Los escritores más representativos de la primera generación de esta tendencia, y a la que le corresponde romper con el realismo mimético de la tradición realista en el cuento panameño, son: Rogelio Sinán, Roque Javier Laurenza y Manuel Ferrer Valdés. El primero es, sin lugar a dudas, el más importante y, como se sabe, uno de los cuentistas más celebrados de Panamá y del continente americano. Su obra narrativa se distingue por su poderosa imaginación, su amplia cultura litera-

² *El cuento en Panamá*. Introducción, selección y bibliografía, Panamá, 1950.

ria y su gran dominio de la técnica y lenguaje narrativo. Laurenza es, al igual que Sinán, un escritor de enormes recursos narrativos, aunque menos original que éste. Lamentablemente Laurenza sacrificó su talento creador en la persecución de actividades ajenas a la literatura. Ferrer Valdés, el más joven de la trilogía, aunque alejado del experimentalismo surrealista de Sinán y Laurenza, continuó en el rumbo trazado por ellos, contribuyendo a afianzar las tendencias estéticas del momento.

Pero fiel a la constante secular de nuestras letras, no demora en reaparecer, con la generación siguiente, una tendencia regionalista que, sin rechazar las innovaciones formales que trajo el surrealismo de la generación anterior, propone la representación de un mundo polarizado en oposiciones de clase que tienen su base en desigualdades económicas, políticas y sociales, postulando desde nuevas perspectivas ideológicas, una extensión de los criterios mundonovistas del americanismo y nacionalismo literarios. Los cuentistas de esta generación son: César A. Candanedo, José María Sánchez Borbón y Mario Augusto Rodríguez. Paralela a esta tendencia hay otra más latente que mantiene sus lazos con la generación anterior. Aquí destacan Renato Ozores, Juan O. Díaz Lewis y Tobías Díaz Blaitry. De los regionalistas, el más destacado es José María Sánchez Borbón. Sus vigorosos cuentos ambientados en su región natal de Bocas del Toro, en los que la violencia del paisaje y las dramáticas circunstancias que agobian a una población multiétnica, se nos presentan a través de un realismo que no desecha las contribuciones de la generación anterior. En Candanedo, sus cuentos de ambiente daríenita y chiricano proyectan un realismo testimonial y descriptivo. Mario Augusto Rodríguez, por su parte, cultiva en sus cuentos una prosa de más subido valor poético que la de sus compañeros de generación, pero más limitada en la visión del paisaje y sus circunstancias.

Una vez que la veta regionalista empieza a agotarse, los escritores de una nueva generación se dan a conocer. Estos escritores se definen por un irrealismo que busca alejarse de la representación realista del mundo en favor de la apariencia, la ilusión y lo fantástico. Entre los cuentistas más notables de esta tendencia irrealista se cuentan: Ramón

H. Jurado, Carlos Francisco Chang Marín y Boris Zachrisson. En el caso particular de Chang Marín, las preferencias literarias de su generación se muestran un tanto débiles, pero es obvio que el componente irrealista está presente en sus cuentos, a pesar de su postura de escritor comprometido. Por su parte, Jurado y Zachrisson testimonian los rasgos más sobresalientes del sistema de preferencia de esta generación en donde la ilusión y lo fantástico aportan las notas más características del mundo narrado.

La última generación de cuentistas panameños que aquí se estudian, lejos de caracterizarse por ciertos rasgos comunes como sucede con otras generaciones, manifiesta una renovada conciencia de la literatura y del género. Supone, en todo caso, la liberación de los modos de representación tradicionales y esta formada por: Ernesto Endara, Eustorgio Chong Ruiz, Justo Arroyo, Pedro Rivera, Dimas Lidio Pittí, Rosa María Britton, Enrique Jaramillo Levy, Enrique Chuez, Roberto Luzcando, Moravia Ochoa López, Berta Alicia Peralta y Giovana Benedetti.

Después de esa última generación han aparecido, como es natural, nuevos nombres en el panorama del cuento panameño que merecen destacarse: Isis Tejeira, Héctor Rodríguez, Beatriz Valdés Escoffery, Claudio de Castro, Juan Antonio Gómez, Julia Regales de Wolfschoon, Félix Armando Quirós, Antonio Paredes, Rafael Ruiloba y otros muchos que sería imposible enumerar por razones de espacio.

Esta antología requiere una explicación con el fin de señalar algunos problemas en la compilación del material. Es por ello que el limitado número de autores representados, así como la brevedad de las notas biográficas y bibliográficas obedece más que a un criterio personal a normas dadas por los editores. A pesar de estas limitaciones, nos hemos propuesto brindar, a través de los autores seleccionados, un panorama que refleje lo más fielmente posible la evolución del cuento panameño. Es obvio que el lector avisado echará de menos algunas figuras consagradas. Tal omisión, demás está decirlo, no disminuye ni un ápice sus valiosas contribuciones al género.

Darío Herrera

La nueva Leda

La tarde está linda, mamá; hoy no siento fatiga, no he tosido desde esta mañana... ¿Ves? Respiro muy bien, y creo que pronto estaré bien. Déjeme ir a Palermo: no es día de corso y el paseo me pondrá mejor... te lo aseguro.

La madre contempló a la hija con su angustiada mirada de siempre, y un rayo de esperanza brilló en aquellos ojos. Sobre la demacración terrosa del rostro de la joven, aparecía difundida una leve aurora; las pupilas tenían resplandores más intensos, y todo el semblante ostentaba inusitada animación, cual si en aquel organismo, corroído por la tisis, comenzara a realizarse una resurrección milagrosa.

El permiso fue concedido; y de la Avenida Alvear la victoria partió, al trote del vigoroso tronco. Recostada sobre los cojines del carruaje, Julia bebía con fruición el aire oxigenado de la gran calzada. Iba sola, y esto la contrariaba. Experimentaba la necesidad de hablar; una alegría secreta, cual fluido mágico, le circulaba por los nervios. Nunca se sintió en tan benéfica disposición moral, sus ideas tejían sueños luminosos, y su cuerpo, impregnado de ese jocundo baño interno, se aligeraba, llenábase como de vida nueva, e imprimía a sus músculos agilidad y fuerza... Sí, experimentaba la necesidad de hablar, de comunicarse con alguien, y lamentaba no llevar a su lado a alguna amiga. Pero carecía de amistades íntimas, hacía varios años. El mal se le inició durante el paso peligroso de la infancia a la pubertad, y su manifestación más significativa fue una melancolía constante, que la retrajo de

DARÍO HERRERA (1870-1914), obra: *Horas lejanas* (1903) y *Horas Lejanas y otros cuentos* (1970).

todo trato social. No se la veía desde la época en que, sana y fresca como las yemas primaverales, vertía en torno suyo el encanto de su inteligencia precoz y la gracia de su prometedora belleza. Así atravesó en su victoria, inadvertida, por entre los concurrentes de Palermo, y fue a situarse junto al lago, bajo la radiosa calma vespertina...

Y en la tarde declinante, el lago esplendía como un espejo, en su quietud bruñida. Los árboles de la orilla lo circundaban, proyectando sus sombras en el agua hospedadora. Por intervalos, desprendíase alguna hoja seca, voltejeaba en el vacío, y descendía a posarse sobre la superficie temblorosa. De las avenidas inmediatas, sordos e intermitentes, llegaban el ruido de los carruajes, el rielar de las bicicletas, o el murmullo de las pisadas de los paseantes. Y la sensación de soledad del sitio, rota un momento, recobraba su imperio; y entonces, vibraba más claro y musicalmente el vuelo de la brisa entre el ramaje sonoro. Arriba, el cielo lucía incólume su azul, pálido como seda antigua; y en el horizonte, una gran nube de violeta episcopal era como un suntuoso catafalco que la noche preparaba al sol.

De improviso, en un recodo del lago, muy cerca surgieron dos cisnes; avanzaron, e inmovilizáronse luego sobre la onda trepidante. Parecían contemplar, con recogimiento meditabundo, la extenuación de la luz. Eran distintos: el uno blanco cual un copo de nieve virgen; el otro negro como el terciopelo funerario; ambos igualmente hermosos en sus opuestos plumajes... Julia los miraba desde su coche, en el que hacía unos minutos se tendía con languidez, perezosa, fatigada, mientras un secreto malestar, una vaga opresión, le acongojaba el pecho, tal como si una bomba neumática, lenta, furtivamente, le extrajera de los pulmones dosis de aire. El cisne negro la entristecía sin saber por qué; antojábasele un pájaro mortuorio, y su pico teñido en sangre por algún acto cruel. En cambio, el blanco, al cual iban con más insistencia sus ojos, le traía al cerebro una visión lejana, cuando años antes viajaba con sus padres por Europa: un cuadro pictórico, visto no se acordaba dónde, en París, o en Roma, o en Florencia. En el cuadro, un soberbio cisne, de blancor lácteo, desplegaba amorosamente sus alas sobre el cuerpo desnudo de una mujer, cuyas carnaciones opulentas parecían

bañadas en una luz blanda. El cuello del ave se estiraba hasta el rostro, y su pico posábase en la boca audazmente, como ávido de beber la sonrisa de los labios entreabiertos... Aquel cuadro, mirado con indiferencia infantil había persistido, por uno de tantos fenómenos cerebrales, en la memoria de la niña; y de su estado latente pasaba ahora a evocación activa cristalizándose, lleno de revelaciones...“¡Qué dulzura suprema —pensaba Julia— la de esas alas sedosas, tibias, sobre la piel estremecida de la inspiradora del cuadro...!”

A este punto, un escalofrío le recorrió el cuerpo como ráfaga glacial. La tarde, sin duda, se enfriaba. Arrebujóse en el abrigo, puesto en el coche por la previsión materna, y volvió a recostarse sobre los cojines. La fatiga le aumentaba; crecía el secreto malestar de su pecho. Intentó retirarse, mas le detuvo el pensamiento de que si allí, en aquel paraje despejado, el aire le era esquivo, peor le sería en cualquier otra parte. Sin embargo, y a pesar del abrigo, un escalofrío más recio le frotó de nuevo la epidermis, sacudiéndola toda. Sutiles corrientes de hielo deslizábanse ahora en la circulación de su sangre. Los oídos le zumbaban. Por el rudo latir de las sienas adivinaba que la cabeza le dolía, que le dolía violentamente; pero, el dolor escapaba a su percepción mental, le era insensible. Y la ligereza fluida de su carne, en vez de aminorar, progresaba, prestándole la ilusión de ser ya un elemento etéreo... Súbito, el paisaje se nubló; los seres y las cosas circundantes palidecieron, perdiendo sus perfiles y contornos. Luego se borraron, se disiparon, se extinguieron y ante sus ojos sólo quedó flotando una gruesa bruma gris.

En verdad, aquello era anormal. Así lo comprendió Julia. Diose también cuenta de que en ella moraba la causa, de que había recrudecido su enfermedad, de que se hallaba, tal vez, muy grave. Convino, de modo cabal, en lo urgente de su regreso a casa; y trató de incorporarse para dar al cochero la orden. Pero dominaba su voluntad una inercia imperiosa, y su pensamiento permaneció incapaz de exteriorizarse. Y no pudiendo abandonar su actitud, inapta a toda acción física, cerró, resignada, los ojos al peso insostenible de los párpados... Entonces, a través de ellos —cual si fueran substancia translúcida— vio operarse

una como representación teatral, en la que, a un tiempo, ella actuaba y presenciaba, siendo, por tal virtud, la espectadora de sí misma.

En su casta desnudez, semejando una flor cándida, Julia se mecía sobre el lago. El agua era templada; pero, a ratos, colábanse por entre ellos hilos finísimos de un líquido más denso, un líquido congelante, a cuyo roce el cuerpo le tiraba con temblores espasmódicos. El firmamento, velado por nubes caliginosas, era una lámina de plomo; y sobre ese fondo, sombríamente gris, en el cenit, un sol enorme, níveo, como de plata fundida, flameaba. La hoguera meridiana encendía la atmósfera; y ésta, bochornosa y rarefacta, producía en la joven jadeos sofocados.

En torno suyo, distante, un cisne blanco trazaba círculos centrípetos. Verificaba la aproximación de espacio, en silencio. A medida que se acercaba, engrandecía, abillantándose su blancura, hasta despedir reflejos deslumbradores. Ya junto a ella, gigantesco, irradió un calor húmedo, y la envolvió en él, provocándole una transpiración copiosa. Enseguida le rozó el cutis con la felpa del plumón; el pico le cosquilleó en los labios, y las alas tendieron y empezaron a abanicarla rítmicamente... Pero todos estos contactos no la deleitaban, ni le eran siquiera ofensivos; antes bien, causábanle agudos martirios. El plumón tenía la frialdad cáustica de la nieve; sobre su boca el pico imitaba una ventosa que le sorbía, poco a poco, con tenacidad implacable, la respiración; y el aire removido por aquel inmenso abanico carecía de frescura, tornándose, al contrario, en una especie de gas, cada vez más asfixiante. Y el terrible pájaro gravitaba, ya por entero, en sus miembros paralizados, con peso abrumador. Y le fue odioso, infinitamente odioso; y como su cuello curvo serpenteaba sin cesar delante de los ojos de ella —de nuevo abiertos, casi exorbitados— alargó los brazos para asírsele; para, a su turno, asfixiarlo, estrangulándolo, y de esta suerte cobrarle con todo su sufrimiento...

La extraña dualidad que poseía le permitió verse: su mano se agitaba en el espacio persiguiendo, en pugna encarnizada, el cuello del cisne. Y aquel cuello serpentino la chasquea, siempre, evadiéndose de los dedos con vertiginosa rapidez, en una burla abominable, en zigzaguear

tormentoso. La lucha duró unos minutos; al fin cansada abatió los brazos, recuperándola su inercia. Y para salvarse, al menos, de la visión de esa víbora blanca —la cual, después de oscilar burlona ante su vista, le reanudaba en los labios la horrible succión del aliento— convirtió los ojos a lo alto. El cielo presentaba una modificación siniestra: tenía ahora el tinte de un terciopelo fúnebre. Y sobre aquella techumbre fatídica, fijo aún en el cenit, el sol se había trocado en una esfera roja, de un rojo sangriento y opaco. También la actitud de ella en el lago era diferente: hallábase en pie, rígida, encima del agua, que la soportaba y retenía como una imantada superficie sólida. Y así erguida, el malestar interno seguía su labor torturadora, duplicado, mientras fuera las alas continuaban abanicándola, removiendo, trasmutando el aire, enviándoselo en ondas crecientes de gas asfixiador. Y sobre su carne convulsiva el contacto del plumón era más frío...

Un brusco dolor en el pecho, un dolor atroz, destrozante como una mordedura la obligó a bajar los ojos. Y su espanto no tuvo límites. El monstruoso pájaro le horadaba el pecho, arrancándole pedazos de carne viva... La mirada agresiva dardeándola con sus pupilas fosfóreas en centelleos malignos. Luego, el pico volvió a penetrarle por el seno izquierdo, taladrándose, y empezó, dentro, a hurgarle en el pulmón, a mordérselo, a desgarrárselo, deshilachándose fibra por fibra con parsimonia feroz. El suplicio de ella era horroroso, y lo acrecentaba hasta lo imponderable su tiránica inercia...

Ya se creía condenada irredimible de aquella tortura, cuando de ahí que un tercer actor intervino, surgiendo, de repente, entre ambos. Era un cisne negro, gigantesco también, de lustroso pico escarlata, de plumaje aterciopelado, de aspecto, a la vez, lúgubre y espléndido. Y a su presencia, el blanco retrocedió, se alejó, huyó veloz, evaporándose en la penumbra reinante... “Éste viene a seguir más cruelmente la obra del otro” —se dijo Julia, desesperada. Pero ¡oh prodigio! el negro cisne la estaba contemplando benigno, con ojos cariñosos, con ojos maternales, con ojos de una infinita dulcedumbre. Y sus alas se abrieron, y la arparon, tibias, sedosas, acariciantes. Y aquella comunión de su cuerpo, infiltraba en el de Julia un bienestar inefable: le anestesiaba el

Rogelio Sinán

La boina roja

—**M**ire, doctor Paul Ecker, su silencio no corresponde en nada a la buena voluntad que hemos tenido en su caso. Debe usted comprender que la justicia requiere hechos concretos. No me puedo explicar la pertinacia que pone en su mutismo.

Paul Ecker clava sus ojos verdes en el vacío. Siente calor. Transpira. Las pausas isocrónicas de un gran ventilador le envían a ratos un airecillo tenue que juguetea un instante con las rojizas hebras de su barba.

(...Allá en la islita no hacía tanto calor. Era agradable sentarse en los peñascos a la orilla del mar.. Hundir los ojos en la vasta movilidad oceánica... Ver cómo se divierten los raudos tiburones... Y sentir la caricia del viento que te echa al rostro la espuma de las olas...)

—Hemos tenido, doctor, no sólo en cuenta el merecido prestigio de que goza como biólogo y médico sino también las múltiples demandas de clemencia enviadas por hombres celeberrimos, por universidades, academias, museos... ¡Vea qué arsenal de cartas!... De Londres, Buenos Aires, Estocolmo, París... Ésta de Francia nos hace recordar que dos años antes tuvo usted el honor de presidir el Gran Congreso Mundial de Ictiología que se reunió en La Sorbonne ... ¿Recuerda?... Menos mal que sonrío.

(¡La Sorbonne!... Sí, allí la conoció ... Tenía el aspecto de una inocente colegiala pero ¡qué embrujadora!... Lo que más lo sedujo fue su faldita corta azul marino y aquella boina roja levemente ladeada sobre una sien...

ROGELIO SINÁN (1902-1994), obra: *A la orilla de las estatuas maduras* (1946); *Dos aventuras en el Lejano Oriente* (1947); *La boina roja y cinco cuentos* (1954); *Los pájaros del sueño* (1957); *Cuna Común* (1963) y *Cuentos de Rogelio Sinán* (1971).

“Sólo quiero su autógrafo —le dijo—. Yo me llamo Linda Olsen y estudio en La Sorbona. Me interesan las ciencias. Quisiera hacer prodigios como Madame Curie... ¿De qué Estado es usted? Yo soy de Atlanta.”)

Paul Ecker se estremece sin saber definir si es por el aire de los ventiladores o por otras mil causas que procura olvidar sin conseguirlo.

El funcionario prosigue:

—En estas cartas nos ruegan ser clementes... Nos mencionan sus recientes estudios sobre diversos temas de ictiología y, asimismo, como dice John Hamilton, por la gran importancia de su *Memoria sobre la vida erótica de los peces* en la cual relaciona con las fases lunares los cambios de color que, durante el desove, sufren ciertas especies.

(...Por culpa de John Hamilton se la encontró de nuevo en Pensilvania... ¿No me recuerda ya? ¡Soy Linda Olsen, la de la boina roja!.. ¡Qué memoria la suya, doctor Ecker! Claro, como no llevo mi casquete purpúreo ni la faldita azul... ¿Qué tal me veo con lentes? Parezco gente seria, ¿verdad? Tal vez por eso no me ha reconocido... jamás olvidaré nuestros paseos en París... ¿Recuerda, en el otoño, cómo caían las hojas?... ¿Y el paseo vespertino en las barcazas del Sena? ¿Y aquella tarde alegre en lo más alto de la Tour Eiffel? Tengo en casa la foto, ¿ya recuerda?... Bueno, doctor, no quiero fastidiarlo... Le debo declarar de todos modos que este encuentro no ha sido casual.. He venido a buscarlo porque en la prensa he visto que el Instituto de Piscicultura lo envió a estudiar los peces del Archipiélago de Las Perlas cerca de Panamá... ¡Qué maravilla!... ¡Pasar un año entero disfrutando del Trópico, del mar, del sol, del aire, libremente y en íntimo contacto con la Naturaleza!... ¡Tiene usted que llevarme!... Es necesario que yo sea su asistente... ¡Doctor, se lo suplico!... Vea que tengo razones para hacerle este ruego ... Ya estoy desesperada... Mire si no: usted sabe que me gradué en Paris... Bueno, de nada me ha valido todo eso. Todavía ando cesante... ¡Sí, sí, no he de negarle que recibí una oferta de John Hamilton! ¡Qué ofensa! ¿Se imagina? Yo, asistente de un hombre de color.. ¡Oh, sí!... Todo lo célebre que usted quiera llamarlo... Ni me lo diga... Yo sé que es candidato al Premio

Nobel.. ¡Sí, sí!... Pero aun así.. Usted comprende, doctor..)

El juez respira incómodo. Se enjuga la calva con el humedecido pañuelo. Y, haciendo mil esfuerzos por conservar la calma, declara:

—Todo ello nos obliga a ser un tanto indulgentes... pero necesitamos saber de todos modos el paradero de Miss Olsen... Cuando lo hallaron a usted sobre la playa de Saboga, parecía enajenado... Llevaba en la cabeza la boina roja de ella... Su ropa, hecha jirones, daba a entender su lucha con las olas entre los arrecifes... Tenía además las manos y los pies rasguñados. La sangre de una herida más honda había manchado parte de la camisa... A medida que fue recuperando su lucidez mental daba diversos y hasta contradictorios detalles del siniestro lo cual fue buen estímulo para que los marineros de la Base imaginaran e hicieran circular las más extrañas versiones del suceso... Unos, al ver deshecha la pequeña chalupa, pensaron que iba usted con Miss Olsen cuando lo sorprendió la tempestad... Otros, por ciertos datos inconexos que usted dejó entrever, supusieron que usted había empujado a Miss Olsen entre los tiburones... Hubo quienes creyeron lo del suicidio por no sé qué percance sentimental...

(...¿ Cómo iba a asesinarla? ¿ Suicidio? ¡Ni pensarlo! Las causas y los hechos eran muy diferentes; pero ¿cómo decirlos sin despertar la duda de que fuesen producto del desvarío causado por el naufragio?... Todavía le quedaba en los oídos la escalofriante risa de la haitiana y aún parecía oír sobre las olas el canto de Linda Olsen tremolando como una banderola ...)

—Por eso decidimos celebrar esta audiencia preliminar muy en privado. Sólo estarán presentes las personas estrictamente necesarias y eso cuando hagan falta. No le hemos dado pase ni a los señores de la prensa. Usted comprende sería un gran desprestigio para la ciencia. Y así nos lo ha advertido por cable cifrado el Instituto de Piscicultura... Aún de Washington se recibió un mensaje en el que insisten sobre la discreción que este proceso requiere tratándose de una celebridad como usted... Sin embargo, no debemos negar que ciertos trámites de obligada rutina... Oh, tan sólo para cubrir las apariencias... Ya que, según lo han confirmado sus colegas de la Universidad, no existe indicio algu-

no que no dé fe absoluta de su inocencia... De todos modos, usted debe ayudarnos... ¿Por qué motivo insiste en su rotundo silencio? Yo no podría eximirlo de rendir declaración de los hechos... La ley lo exige, mi querido doctor... Mire, para ayudarlo, le voy a refrescar la memoria... Hace un año, tal vez un año y medio, llegó usted a la Base Militar de Saboga con buenas credenciales y en compañía de su asistente Linda Olsen... Iba usted a explorar todas las costas del Archipiélago y a seguir estudiando, como dice esta nota del Instituto, "...la época de la freza en ciertos peces de desove heteróclito, como también la ovulación de las hembras denominadas partenogenéticas..." El Comando Militar de la Base le prestó la más franca cooperación... Se le asignó, para uso exclusivo de usted y su asistente una lancha a motor y dos adjuntos un maquinista de raza afrodinense, Joe Ward, y un marinero blanco, Ben Parker...

(...Paul Ecker se contempla a sí mismo en la Base Militar de Saboga. El Comandante los recibió cordial y se mostró festivo con Miss Olsen que lucía nuevamente su boina roja. "Se va usted a aburrir en ese islote" —le dijo. Sorprendida, Miss Olsen le preguntó a su vez: "—¿Es que no vamos a residir aquí?" "Y él yendo hacia la puerta, contestó: "—No, señores. Vengan conmigo al porche". Y señalándoles un islote cercano, agregó: "—¿Ven esa ínsula con varios farallones? Es allí donde está el laboratorio. Las investigaciones las inició Frank Russell, pero como era médico militar, no hace mucho se embarcó para el Asia. Yo mismo sugerí la conveniencia de traer a un civil. Les aseguro que van a estar ustedes muy cómodos. Verán en el islote una cabaña debidamente equipada. La asea Yeya, una haitiana, que cuida las gallinas y cultiva la tierra. Es vejancona. Le dicen "la Vudú". Habla una jerga rara, pero entiende el inglés. Ella verá la forma de que nada les falte. Si aún necesitan algo, pueden mandarme a Joe. Es buen muchacho. Vivirá con ustedes y les será muy útil. No hay nada que él no sepa. Es cocinero, mecánico, marino y hasta —¡asómbrense!— gran tocador de banjo. Ben Parker es un buen ayudante y toca armónica. Es aparcerero de Joe. Siempre andan juntos...)

El funcionario mueve su corpulencia provocando un discordante

chirriar de muelles flojos y de piezas gastadas.

—No sé por qué motivo, al poco tiempo, usted mismo solicitó el retiro de ambos jóvenes, ¿no es así?

El doctor Ecker sufre un ligero estremecimiento. Mira al juez, suplicante. Y, moviendo en el aire entrambas manos con gesto de impaciencia, declara:

—Hay circunstancias en las que...¿Sabe usted?... Es tan complejo todo esto que... Para explicar los hechos y evocar claramente la pura realidad sería preciso acusar a personas que a lo mejor son inocentes...

—Si hay fe de esa inocencia, no las complica usted en absoluto ... Y, además, ya le he dicho que esta causa la estamos ventilando con la más rigurosa reserva... Puede estar bien seguro de que nada de lo que aquí se diga saldrá de este recinto. Prosiga usted.

—Nuestros primeros días en el islote fueron de una belleza inexpressable... La casa era muy cómoda... Mientras la vieja la arreglaba y atendía a la cocina, Linda, los muchachos y yo, deambulábamos de roquedo en roquedo reconociendo las encantadas costas... No podría describirle la sensación de magia que iba sobrecogiéndonos en aquel tibio ambiente de luz, color y trinos... Yo, pecador de mí, perdía mi tiempo, si así puede decirse, entusiasmado por múltiples hallazgos de índole puramente científica. Ben y Joe, los dos jóvenes, tenían que acompañarme cargando mis enseres... Aquello, al parecer, los distraía; pero, ella, en pleno goce de su explosiva adolescencia, languidecía de hastío... A veces nos seguía coleccionando conchas y caracoles, pero más le agradaba vagar entre los árboles. Y era que, sin nosotros, no quería estar en casa, porque sentía no sé qué desconfianza contra la vieja... Era más bien como una especie de repulsión, de asco, de vago presentimiento. Por las tardes, después de las labores, yo solía dar con ella largos paseos románticos... Debo advertirle que jamás pensé en la posibilidad de un idilio. Hubiera sido ridículo, ¿comprende usted?... Mi edad y la misión que fungía me daban cierto tono de tutor frente a ella... De modo que por ética profesional y, sobre todo, por mi constante razón de estar en éxtasis, abstraído, embebido, no podía darse aquello...

Ecker reprime un gesto que deja traslucir una ligera aflicción.

El funcionario comprende que ha presionado un punto neurálgico. Casi inconscientemente oprime un timbre.

—Descanse usted, doctor.

Y, al entrar el ujier, se enjuga el rostro mientras le dice:

—Tráiganos agua fresca.

El doctor Ecker vuelve a clavar sus ojos en la verde lejanía del recuerdo.

¿Cómo hacerle entender a aquel obeso señor de piel viscosa lo que fue para ellos el farallón?... ¿De qué modo hacerle inferir que aquello tenía cierto epicúreo, sabor de égloga antigua, de pastoral pagana, de bucólica sinfonía tropical?...

(...Trastornado por la naturaleza alegre de la isla, enceguecido por la gran soledad que lo rodeaba frente al mar y el cielo, y obsesionado por el jovial efluvio de Linda Olsen, Paul Ecker despertó como a un mundo jamás imaginado, sufrió una especie de mágica metamorfosis, y, al dejar la crisálida que lo hacía parecer severamente científico, sintió de sopetón el estallido solar y la excitante fragancia de las olas... En vano resultaba que, tratando de aferrarse a la ciencia, procurara esconderse entre las celdas de sus razonamientos... Cuando más concentrado analizaba ciertos epifenómenos como el de las anguilas que cambian de color durante el celo o cuando iba a sacar la conclusión de que las glándulas hipófisis rezuman las hormonas... oía la voz de Linda que, subida a los árboles o hundida entre las olas le dejaba entrever su boina roja... Recordaba Paul Ecker varios acantilados en forma de escalones donde dejaba el mar pequeñas pozas que Miss Olsen usaba para bañarse... Una vez cayó en una de la que no podía salir porque los bordes estaban resbalosos... Él escuchó sus gritos y, pensando en Andrómeda atacada por el monstruo, se lanzó a rescatarla... La tuvo que sacar así desnuda —¡maldita timidez!— tras mil esfuerzos y graves resbalones... Esa noche Linda Olsen hizo bromas y rió bajo la luna poniendo en entredicho su varonía. Hubo, claro, un instante en que la sangre se le encendió de pronto... Sintió que se iba hundiendo en un abismo profundo... Y esa noche fue Andrómeda quien

devoró a Perseo... Desde entonces...)

Una golosa mosca queda presa en las alas del gran ventilador.

El mofletudo custodio de la ley se abanica.

—Se dice que Linda Olsen iba a tener un niño, ¿no es así?

—Desde luego

—Todo ello a consecuencia...

—¿De qué?

—De sus amores...

—No sé a qué se refiere.

—Bueno, en definitiva, queda casi probado...

—Que el hijo no era mío.

—¡En que quedamos, mi querido doctor!

—Creo haberle dicho que Miss Olsen erraba de un lado para otro, rebosante de vida, plena de juventud, trastornada por los encantos mágicos de la isla. Yo no podía atenderla... Usted comprende... Yo estaba dedicado en cuerpo y alma a vigilar en las charcas y entre los arrecifes la heteróclita ovulación de los peces... Mis severas costumbres ponían entre nosotros una muralla rígida de austeridad...

(... Más allá de ese muro, todo era égloga bárbara, pagana libertad en la que él, lujurioso, saltaba como un sátiro tras una ninfa en celo...)

—¿Cómo se entiende entonces que Linda Olsen?...

—Déjeme usted decirle... Convencida de que yo no era el tipo que requerían sus veleidades de juventud, sonsacaba por turnos a Ben y a Joe con el pretexto de que la acompañasen a buscar frutas... Yo no veía en todo ello nada malo... Comprendía que eran cosas de adolescencia... Me pareció al principio que Miss Olsen se divertía flirteando con Ben Parker. Eso era lo normal dado su enojo contra la gente de color... En efecto, noté que Ben y Linda se perdían con frecuencia. Sin embargo, pude entrever que al poco tiempo Ben Parker la rehuía... Desde entonces (¡caso bien anormal!) ella buscaba a Joe para sus juegos y andanzas... Aquello parecía divertirla, pues la sentía reír de buena gana... También me sorprendió lo acicalado que andaba el negro Joe, quien, a la luz de la luna, solía entonar canciones quejumbrosas al son del banjo. Aún recuerdo una de ellas de indudable intención enamorada...

¡Qué bonita boina roja,
la boina mía.
Oh mar azur...
Cuando la veo se me antoja
una sandía
de Carolina del Sur...!

Una tarde, lo recuerdo muy bien, yo examinaba al microscopio no sé qué tegumentos... Me estaba adormilando por causa del bochorno, cuando escuché los gritos de Miss Olsen. Pensé que a lo mejor la habría picado una coral o acaso una tarántula... Al asomarme atónito, la vi venir corriendo, desgredada, gritando... “¡Socorro! ¡Me ha violado!”... Noté que el negro Joe, loco de pánico descendía hacia la rada casi volando... Bajé por el barranco precipitadamente para pedirle explicaciones, pero él logró embarcarse, cuchicheó con Ben Parker, y ambos partieron en la lancha... Sin perder un minuto, subí hasta el promontorio para hacer las señales con el semáforo dando parte a la Base, pero lo sorprendente, lo increíble, fue que en ese momento Miss Olsen, muy sumisa y al parecer tranquilizada, se me acercó rogándome que por favor desistiera de dar la alarma... Me explicó que un escándalo podía perjudicarla... Prefería que el abuso quedara impune... Yo, que la había pensado toda plagada de prejuicios, sentí la más profunda veneración por ella; resolví defenderla, darle amparo y aun brindarle mi nombre, ya que su gesto para mí era un indicio de plena madurez y de cordura total... Desde esa tarde, viéndola acongojada, resolví distraerla y procuré interesarla nuevamente en los asuntos científicos que ella había abandonado no sé por qué...

—Perdone: ¿Ben y Joe no regresaron a la isla?

—No por cierto... Cuando fue el Comandante a investigar...

—¿Qué inventaron?

—Le habían hecho creer que yo deseaba estar solo. Desde luego, preferí confirmar esa versión... Y aún dije al Comandante que como ya era tiempo de la freza, prohibiera que sus hombres se aproximaran al

islote porque espantaban a los peces y hasta podían interrumpir el desove... Cuando él quiso insistir, le aseguré que la Vudú nos bastaba para los menesteres de la casa... Desde entonces, ya no hubo distracciones y nos dimos de lleno a los cultivos y a la atinada observación de las aguas... La haitiana vivía distante de nosotros, y poco la veíamos; sobre todo porque pasaba el tiempo pescando en alta mar. Navegaba en una frágil chalupa que parecía una nuez entre las olas... Fue entonces cuando Linda pareció darse cuenta de que en su vientre...

—¿El niño! ¿Era del negro entonces?

Sólo puedo decirle que era de ella. Yo iba a reconocerlo como si fuera mío, pero las cosas tomaron otro rumbo.

El doctor Ecker pone el oído atento. Cree escuchar a lejos un canto misterioso que parece surgir de entre las olas y siente nuevamente la infernal carcajada de la haitiana que lo persigue a todas horas.

El juez insiste:

—Y en resumidas cuentas, no estaba usted seguro de que el niño fuese suyo o del negro. Sé que hubo relaciones...

—Exactamente. Ella y yo... Usted comprende. De allí mi estado de ánimo, de duda. Sobre todo, porque existe en mi vida un precedente que me hacía presentir dificultades. Me refiero... No sé si ya le he hablado de mi primer divorcio por incapacidad genésica... Mi suegro, que era rico y muy dado a esas sonseras de alcurnia, deseaba a todo trance un nieto debidamente sano, robusto y fuerte que le heredase el nombre y la fortuna. Nació un niño, varón, pero tarado, contrahecho, deforme... Menos mal que sólo duró unas horas... Se estudió el historial clínico de mi gente y se encontró... Usted sabe... No hace falta insistir sobre estas cosas. Mi suegro me obligó a cederle el puesto a un semental de indubitable fecundia... A aquel fracaso inicial debo mis glorias en el campo científico... Conociendo el oprobio de mi destino, preferí refugiarme entre mis libros y me negué al deleite de una familia. ¿Por qué insistir, sabiendo que mis hijos nacerían defectuosos? Por eso, en el islote, procuré estar distante de Miss Olsen... Sin embargo, las cosas no suceden siempre según queremos. La soledad a veces nos precipita en brazos de la lujuria... Ocurrió pues aquello, y ella esperaba

un niño que suponía hijo mío, lleno de vida, rozagante y hermoso... Yo, que estaba inseguro de su paternidad, me angustiaba... Mi zozobra crecía a la par de aquello que iba a nacer... Era un dilema sin solución posible, pues si me ilusionaba creyéndolo hijo mío, pensaba en monstruos, en seres anormales, en fenómenos; y si lo presumía hijo del negro, ¡imagínese!... Una secreta esperanza me confortaba a veces al juzgar que, a lo mejor, aquel ambiente embellecido de la isla podía haber ejercido una influencia benéfica sobre la gestación de la criatura... Sólo por eso o a lo mejor llevado por mi interés científico, no quise deshacer lo dispuesto por la Naturaleza. Lo que más me aterraba era que Linda pudiese abandonarme al enterarse de mi fatalidad; por eso, puesto a escoger entre los dos alumbramientos posibles, yo prefería el del negro... Linda Olsen me pedía que la llevara a la Base para que la atendieran debidamente. Yo se lo prometía, pero estaba dispuesto a realizar yo mismo la operación en la isla, sin testigos odiosos, habiendo decidido adormecerla para que ella ignorara la realidad hasta el momento oportuno... Era tal mi impaciencia, que los días y los meses me parecían más lentos... Aún faltaban como siete semanas para la fecha justa, cuando me di a pensar que a lo mejor el cálculo estaba errado, ya que me parecían excesivos sus sufrimientos y la abultada tirantez de la piel... Olvidaba decirle que así como avanzaba el lapso genésico, Linda era presa de caprichos extraños... Le agradaba pasarse horas enteras sumergida en el mar; y a pesar de su estado casi monstruoso, obsceno, se negaba a usar malla alegando que no la resistía... A la hora de comer, daba señales de la más absoluta inapetencia... Sin embargo, después la sorprendía comiendo ostiones y otros mariscos, vivos... Aquella noche, los truenos y relámpagos habían sobrecogido a Linda Olsen. La veía horrorizada... Temía morir en la isla... Y, ya obcecada por los terrores de la muerte, llamaba a la haitiana para que la ayudara a bien morir... Yo me había dado cuenta de que la negra Vudú se dedicaba durante mis ausencias a prácticas ocultas para aliviarle a Linda los dolores... La tempestad rugía bajo las fuertes trallazos de la lluvia... Contorsionada sobre el lecho, la grávida gemía, atormentada por los desgarramientos más atroces... Yo, que ya enloquecía por la tensión de

mis nervios, preferí (no había otra escapatoria) precipitar aquello para salvar a Linda. De lo contrario, yo estaba bien seguro de que, aún faltando un mes, su organismo no podría resistir...Enfebrecido por la más angustiada desesperanza, me resolví a operar... La inyecté... Al poco rato le entró un sueño profundo... En ese estado como de duermevela nació por fin aquello. No quiero recordarlo... Era una cosa deforme, muerta, fofa ...Temiendo que Linda Olsen pudiera darse cuenta al despertarse, corrí bajo la noche aún tempestuosa y eché el engendro al mar; así borraba toda huella o vestigio de su fealdad. Desde entonces tengo los nervios rotos...

No debe preocuparse. Lo importante era salvar a Linda Olsen.

—Y la salvé en efecto, pero tuve el temor de que al saber la verdad me abandonara, y preferí inventarle la mentira de una criatura negra. “¿Dónde está? —me gritaba—. ¡Quiero verla!” No sabiendo mentirle, me enredé más y más hasta quedar frente a ella convertido en un vulgar asesino.

(Paul Ecker se estremece.. Abre los ojos desmesuradamente como sobrecogido por una extraña visión. Cree oír de nuevo la carcajada de la haitiana y el misterioso canto del huracán. Ante sus ojos se extiende el mar inmenso, y le parece ver surgir de sus olas la cabeza de Linda con las pupilas fijas como en estado de trance. Sólo Paul Ecker oye su voz que dice:

—No me agradan los negros... No puedo remediarlo... Es algo que he llevado en la sangre desde pequeña. Son taras de familia que no es el caso discutir. Con todo y eso, confieso que Joe Ward no tuvo nada que ver con nuestro asunto... Si a alguien le cabe culpa es a mí...Yo te mentí, Paul Ecker, premeditadamente o por irreflexión momentánea... Mejor dicho, no hubo ficción alguna, más bien malentendido...Lo cierto es que el ambiente de la isla me hechizó transformándome, me hizo ver en mí misma a otra persona distinta de la de antes... Para mí, pobre víctima de las inhibiciones sociales, aquello era un milagro de libertad... Allí en la isla no había prejuicios que me ataran... Deshice mis cadenas y me sentí a mis anchas, con ganas de gritar, de hundirme íntegra en la embriaguez del ambiente. Todo en la isla me parecía un milagro

de la Naturaleza... Los colores del mar; el juego alegre de espumas y gaviotas; el canto de los pájaros; el brillo de la luz; la exuberancia de vida; la canícula; y el olor penetrante de la tierra después de la tormenta.

Todo hablaba de amor, todo era un himno pagano que me inundaba como en una vorágine lujuriosa, lasciva... Mi juventud ardía...

Mi cuerpo joven se deshacía en un delirio deslumbrado ...Por eso, en pleno goce de mis actos, retozaba descalza bajo la lluvia ... Quería ser una nota en el gran canto de la Naturaleza... ¡Con qué placer ansiaba vengarme de la vida dejada atrás...! Por eso me entregué sin preámbulos al rubio Parker ... Lo hice sencillamente, como lo hacen los pájaros y las aves del mar .. Aquello para Ben sólo fue un rato de ofuscación ... Pensó en las consecuencias y, aterrado, ya no quiso acercárseme .. Me huía... Yo, en cambio, lo deseaba sin compromiso alguno... Quería saciar mi sed, pues ya era tarde para frenar mi impulso. Y, decidida a dominar sus temores, dispuse darle celos coqueteando con Joe. No he de negar que, aunque siento repudio contra los negros, no probé desagrado sino más bien placer... Me causaban deleite las piruetas y las mil ocurrencias de Joe Ward... Joven fuerte, radiante, tenía los dientes blancos y reía con una risa atractiva... La atmósfera de la isla y la fragancia de la brisa yodada me lo hicieron mirar embellecido como un Apolo negro... Comencé a darme cuenta de que estaba en peligro de entregarme, pues ya me le insinuaba con insistencia... Él, viéndose deseado, fue cayendo en la urdimbre devoradora... Una tarde (Ben Parker lo esperaba en la lancha, pero Joe prefirió jugar conmigo) yo le tiraba frutas desde un árbol cuando de pronto me zumbó un abejorro... Asustada, quise bajar del tronco y resbalé .. Joe, acercándose, me recibió en sus brazos y me besó en la boca... Sentí como una especie de vórtice que me arrastraba... Ya a punto de caer, lancé un grito y huí aterrorizada... Cuando tú, Paul, saliste, tuve vergüenza de parecerte una chiquilla ridícula, e irreflexivamente grité como una histérica: “¡Socorro! ¡Me ha violado!”... ¡Pobre Joe!... Sobrecogido de pánico, se tiró cuesta abajo y, embarcándose, puso rumbo a la Base en compañía de Ben Parker. Luego, puestos

de acuerdo, no quisieron volver.. El negro dijo que había visto fantasmas en la isla... Seguramente lo que sí presintió fue la horca y el espectro de Lynch . La premura que tú pusiste en mi defensa y tus prolijos cuidados, aparte de tu oferta de matrimonio (que yo no comprendí a primera vista) me hicieron acercarme a tu vida, a tus estudios... Luego, al notar que iba a ser madre, me apresuré a aceptar tu propuesta matrimonial. Que el niño era de Parker, no había duda; pero eso qué importaba... Yo sabía que tú estabas embebecido... Me casaría contigo, y la criatura tendría un padre más digno que el rubio marinero... Cuando me puse grave... Recuerdo que esa noche llovía terriblemente... Brillaban mil relámpagos... Y me atemorizaban los truenos y el estruendo del mar... Después, no supe más... Al despertarme, ya era de madrugada... Pensé en mi hija... No sé por qué pensaba en una niña, con su carita linda y sus bracitos que yo le besaría... ¿Sería idéntica a Ben ?... Abrí los ojos... Me vi sola en la estancia... Pensé. “¿Qué será de Paul Ecker y de mi niña?...” Llamé. No hubo respuesta. De pronto oí tus pasos. Esperé ansiosa. Entraste... ¿Qué te pasaba? Te noté preocupado, las ropas húmedas, el semblante sombrío. “¡Pobre!” —pensé— seguramente se ha fatigado mucho”. Te acercaste a mi cuerpo con dulzura infinita; me besaste las sienes, me hablaste de tu oferta de matrimonio y aun me dijiste que ya faltaba poco para el viaje de vuelta a Filadelfia... Yo, desde luego, sólo insistía en mi anhelo de ver a la criatura, pero no me hacías caso... Seguías hablando como si nada... Cuando, ya recelosa, te insté a mostrármela, te vi tartamudear. Adujiste primero que hiciste lo imposible por salvarla. Después, compadecido, me dijiste que era una niña negra ... Aquel infundio me iluminó. Tuve la clara percepción del crimen ... Vi enseguida que habías matado a mi hija por celos de Ben Parker. Bien sabías que era de él.. ¡Asesinaste a mi niña, a mi pequeña criatura hermosa y bella!... ¡Asesino, asesino!...)

El funcionario golpea impacientemente la mesa con un lápiz como para llamar la atención del acusado.

Luego, con gran paciencia, dictamina:

—La circunstancia del naufragio y a lo mejor los golpes recibidos

le han grabado los hechos, exagerándolos al punto de crearle en la conciencia un fastidioso complejo de culpa. Sin embargo, lo que hizo aquella noche es lo normal. ¿Quién va a acusarlo por no guardar un feto?... Lo que deseo saber son los motivos que lo obligaron a embarcarse en una frágil chalupa, bajo la tempestad, en compañía de Linda Olsen. Yo pensé que, creyéndose incapaz de operarla, quiso llevarla a todo trance a la Base; pero debió ser otra la razón, ¿no es así?

(...¿Cómo explicarle al juez la gran verdad, si a medida que avanzaba hacia ella la creía menos real? Ya él mismo comenzaba a dudar de lo que había comprobado con sus manos en las que aún persistía la sensación del milagro. ¿Cómo hacerle entender sin prueba alguna que aquel raro prodigio no fue ilusión de sus sentidos? Paul Ecker sabe bien que si declara la verdad que él conoce, traerán a un alienista para que la examine. Sin embargo, sólo piensa en aquello... Esa noche, mientras la tempestad ponía su infierno de luces y de ruidos, él, deseando conocer la verdad y ya cansado de ver sufrir a Linda, resolvió adormecerla... En ese instante surgió el raro misterio... Vio una carita fina, muy tierna, sonrosada, y unos bracitos tersos impecables... Sintió un júbilo tal que estuvo a punto de descuidar el parto... Y ya anhelaba recibir en sus manos a la criatura para sentirla suya, perfecta y sana, cuando aquello saltó, dio un coletazo y rebotó sobre el lecho... Quedó paralizado, con la esperanza en éxtasis como si de su gesto dependiera la paz del mundo... Lo que bullía frente a él, sobre las sábanas, era un mito viviente: un pez rosado como un hermoso barbo, pero con torso humano, con bracitos inquietos y con una carita de querubín... Aquella cosa de rasgos femeninos tenía todo el aspecto de una sirena... Él las había admirado en obras de arte, en poemas... Todavía recordaba los divinos hexámetros de la Odisea; pero jamás pensó ni por asomo que una hija suya... ¡cáspita!. ¿Qué misteriosa génesis la originaba?... Recordó que, al marcharse Ben y Joe, es decir, cuando Linda recuperó a su lado la afición al estudio, una mañana, con las primeras luces, iban a darse un baño entre las rocas, cuando ella lo llamó haciéndole señas desde un pretil... La inquietud de sus gestos lo hizo entrever la magnitud del hallazgo... Se cubrió a la ligera

y, acercándosele, fueron ambos testigos, desde el reborde, de una escena de amor que era un poema de la Naturaleza... Nadaba entre las aguas un pez enorme de colores fastuosos... La nacarada bestia (notaron que era una hembra) se apoyó en sus aletas, dejó gotear sus huevos hacia el fondo arenoso y, la misión concluida, se retiró con suaves ondulaciones... Al poco rato, llegó el macho gallardo, nadó parsimonioso sobre la freza y, acomodándose con ritual ceremonia, fue cubriéndola con su rocío blancuzco... Satisfecho el instinto, se alejó muy orondo... La especie estaba a salvo... Deslumbrados por la pasión científica, Linda y él sumergiéronse para observar de cerca la ovulación... En mal momento los juntaba la ciencia... La impresión producida por lo que habían mirado, la tibieza del agua y el olor excitante de aquella mezcla... Sólo al Pensar en ello se le crispan los nervios... Fue un grito de la sangre que no pudieron sofocar.. Era el dictamen de la Naturaleza... Y sucumbieron entre aquella sustancia gelatinosa... Todo estaba muy claro: la pequeña Sirena con su piel sonrosada tenía ancestros oceánicos..... Era el connubio del pez y el ser humano... Sin embargo, la Pasión de la ciencia se impuso en él... Fue superior a su fracaso genésico... Y, olvidando la burla que le estaba jugando el destino, pensó en la trascendencia del acto en sí... Nada en el mundo tendría más importancia que aquel hecho científico. Su nombre volaría en alas del triunfo, de la fama, del genio...Las universidades le brindarían honores y condecoraciones...Y ya veía su nombre en los carteles, anunciando la gloria de Paul Ecker, cuando notó que la sirena perdía vitalidad y retardaba sus saltos poco a poco como lo hacen los peces sobre la playa... Comprendió que siendo el mar su elemento, no tardaría en morir fuera de él... Ya apenas susultaba y abría la boca, agonizante, poseída de asfixia en un esfuerzo final de vida o muerte... Oh, en ese instante, todo lo hubiera dado por salvarla... La recogió en sus brazos con el mayor esmero y, apresuradamente, corrió hacia el mar... Ya las primeras luces anunciaban la aurora y el huracán había cesado... Sólo seguía cayendo una llovizna suave, persistente... Se hundió en el agua casi hasta la cintura y en ella sumergió a la sirena con la ritualidad de quien impone el bautismo... Poco a poco la notó revivir. Y, al ver

que ya su cola abanicaba las aguas lánguidamente la dejó rebullirse para ver si nadaba. ¡Fue una absurda locura!... Nunca debió intentarlo... La sirena dio un coletazo fuerte, hizo un esguince y, aunque él quiso evitarlo, sumergióse fugaz... Aún percibió un instante sus relumbres entre la transparencia y, al perderla definitivamente, se quedó como en baba... Había dejado huir de entre sus manos la gloria, y había ocurrido todo con tal celeridad que aún Paul Ecker se imaginaba aquello cual jirones de nieblas entre el sueño... ¿Cómo explicarle a Linda aquel misterio? ¿Cómo hacerle creer lo que ya él mismo condenaba a la duda?)

El juez insiste:

—Si había ocurrido todo ¿por qué desafió usted la tempestad en esa frágil chalupa con Miss Olsen? ¿No quiso resignarse a aceptar la realidad de los hechos?

—Pareció que en efecto se resignaba, que creía a pie juntillas lo que le dije... Yo me mostré solícito con ella e hice venir a la haitiana para que la cuidara. Había quedado muy débil y fue preciso restaurarla con tónicos y caídos... Cuando ya se sintió fortalecida, la acompañé unos días en sus paseos, y, como ya las lluvias iban cesando, proseguí mis estudios entre los arrecifes... Fue entonces cuando noté en Linda los trastornos que me pusieron en estado de alerta... Linda sufría una angustia cuyas causas no me sabía explicar... Le asediaban los fantasmas del mar en pesadillas nocturnas con sobresaltos... El mundo de los sueños era para ella un antro de tormentos del que se liberaba despertándose con alaridos de terror... No se atrevía a dormirse, pues se veía rodeada por monstruos pisciformes que danzaban en una extraña ronda de risas, cantos, espumas y coletazos...; una especie de carrusel proteico con ritmo acelerado en cuyo vórtice le parecía caer hasta ir hundiéndose en viscosas sustancias de frialdad tan intensa que le paralizaba las piernas... Yo tenía que frotárselas porque se le dormían y alegaba que eran un solo témpano de hielo... La vieja haitiana diagnosticaba que eso era de índole reumática debido a que Linda Olsen pasábase las horas sumergida en el mar, no tan sólo por el goce del baño sino que había insistido en su nauseante costumbre de alimentar-

se con moluscos vivientes... Esta rara manía que antes supuse antojo de gravidez llegó a acentuarse al punto de serme intolerable... Su gran voracidad no hacía distingos entre algas, y babosas... La vi engullir medusas a mordiscos con la fruición de quien deglute moldes de gelatina...

El funcionario no logra reprimir un gesto de asco.

Confundido, no sabe qué decir y explica:

—Por lo que veo tratábase de una extraña psicosis... Afortunadamente el psicoanálisis...

—¡No hay remedio mejor que el sol, el mar y el aire!... Lo grave es que el conflicto fue agudizándose con manifestaciones de terror...

—Motivado...

—Por un poder ignoto... Ella explicaba que se sentía atraída por un abismo de deleitables transparencias... Ese augurio de goces con posibilidades de agonía la ponía en trances contradictorios de repulsión y simpatía como ocurre con la inexperta adolescente que, sintiendo la seducción erótica, frena el deseo por miedo de la culpa... Esa idea nebulosa de su trastorno adquiría a veces la seductora forma de tritones que la inhibían cantando obscenidades cuando no retozaban con carcajadas ebrias... De allí su afán constante de chapalear entre las ondas tan intenso, que a veces levantábase del lecho, sonámbula, y, desnuda, se dirigía a la playa a grandes saltos... Estos diversos síntomas me fueron indicando su fatal propensión a convertirse en sirena... Tenía que darle alcance, despertarla y devolverla a su lecho... En ese estado de éxtasis me hablaba y razonaba sin percepción exacta de sus actos... Una noche me confesó que estaba enamorada del mar, y, seducida por él, aseguraba que llegaría el momento en que tendría que dársele definitivamente... Meditando sobre ello elucubré lo del Complejo de Glauco de que tanto se ha hablado en los periódicos... Debe usted recordar que ese héroe mítico comió de ciertas yerbas y se sintió atraído por el mar hasta el grado de no poder frenar su ciego impulso... El pobre no tuvo más remedio que sucumbir. Sumergido en sus ondas, las nereidas lo metamorfosearon en tritón o algo por el estilo... Yo, en mi tesis, traté de demostrar que tal complejo resulta frecuentísimo en nuestros días...

La extraña enfermedad se manifiesta en gradaciones diversas que van desde el ligero chapuzón deleitable hasta el suicidio fatal, cuando el ahogado, con los ojos abiertos, reposa al fin sobre algas que hacen las veces de mortaja...

El juez siente un ligero estremecimiento. El desagrado le hace expresar su encono:

—Si sabía que el conflicto podía llegar a excesos tan macabros, ¿porqué se descuidó, por qué motivo no puso usted reparo?... Pienso que lo acertado hubiera sido conducirla a la Base.

—¡Ni pensarlo!

—¿Por qué? ¿Quiere explicarse?

—Porque sencillamente Linda era para mí el único campo de experimentación. Oh, usted no sabe lo que eso significa para un científico... Yo deseaba sacar mis conclusiones sobre el nuevo complejo, lo cual hubiera sido imposible sin el debido estudio de su proceso evolutivo hasta hallarle solución terapéutica... Y aunque esa le parezca una razón egoísta, no era la única... Si me sentía capaz de mejorar a Linda Olsen, ¿cómo iba a darme por vencido?... Se habría clasificado como un fracaso de mi parte. Dejar que otros colegas atendiesen el caso me hubiera parecido un absurdo, ¿comprende?... Se habría venido abajo mi teoría del complejo. Por tal motivo...

—...No tuvo usted reparo en descuidar una vida...

—¡No! ¡Eso no! ¡Se lo juro! ¿Quién más capacitado que yo para atenderla, sobre todo cuando en el caso de ella yo no veía al paciente casual sino algo íntimamente ligado a mis afectos? Mi pasión por la ciencia no era tanta como para sacrificar a Linda Olsen. Muy a la inversa. Mi vida hubiera dado por su existencia... Yo deseaba curarla siguiendo un plan preestablecido... Lo malo es que nosotros, a veces, creamos síntomas jamás imaginados por el paciente... Con gran razón se ha dicho que las enfermedades las hemos inventado los médicos... En el caso de Linda me apasionó el complejo de Glauco a tal extremo que sólo hablaba de él. A lo mejor todo ello fue contraproducente.

—¿Qué insinúa usted con eso?

—No sé... Suposiciones... Tal vez fue mi insistencia lo que la hizo

pensar que era posible transformarse en sirena.

—Siga usted.

—En efecto, vi presentarse en ella síntomas parecidos a los de Glauco... Por ejemplo, noté que lo de la parálisis de sus piernas era, hasta cierto punto, ficticio, ya que podía moverlas... Se las imaginaba, eso sí, unidas como si algo invisible les impidiera su ritmo individual. A cada rato se las palpaba inquieta, pues tenía la impresión de que su piel iba adquiriendo características viscosas... No había duda de que el mal avanzaba sin que yo hubiera hallado su mejoría... Y era que meditando sobre las mismas causas que motivaron su dolencia, recordé que en la noche del parto lo que más la afectó fue el explosivo fragor del huracán. Los truenos y relámpagos, el bramido del mar y los silbidos del viento le infundieron la idea de un cataclismo final en el que todo se hundía... No era difícil, pues, imaginar que una impresión parecida podía serle benéfica... Por eso yo esperaba con verdadera vehemencia la borrasca... No sé por qué tardaba... Ya usted sabe que en las islas del Trópico son frecuentes las lluvias. El buen tiempo dura pocas semanas... Sin embargo, para desesperarme, no hubo días tan espléndidos como aquéllos... Con lo que yo pensaba que hasta los mismos elementos se oponían a mis planes... Y en verdad resultaba que cuando convenía la bonanza para estudiar la freza caían lluvias tan fuertes y torrenciales que enfangaban las aguas; y cuando me hacía falta un ciclón, no soplaba ni la más tenue brisa.

Viéndolo bien, la culpa no era suya —dice el juez—. Por lo que me ha contado, he podido inferir que, asimismo, Miss Olsen fue solamente víctima de la fatalidad... Si, como habrá observado, me interesan los hechos, no es porque abrigue dudas de su inocencia, sino por liberarlo del complejo de culpa que lo deprime. Prosiga usted, doctor.

—Posiblemente no le he contado todo con el orden debido, pero recuerdo un síntoma que aumentó mi zozobra. Una mañana me había alejado un poco entre los árboles con la idea de cazar, cuando empezó a llover y resolví regresar. Llegando al promontorio, me di cuenta de que era un simple amago, una garúa pasajera, y, distraído, me quedé contemplando el raudo vuelo de las gaviotas. De pronto vi a Linda Olsen, desnuda, dando saltos con rumbo hacia las olas... Me apresuré

a bajar para llevarla nuevamente a su lecho... La haitiana había salido con el mismo propósito, pero al ver las piruetas que en cada brinco hacía la enferma, se echó a reír con esa risa brutal característica de los negros. Al oírla, Linda Olsen dio muestras inmediatas de desagrado... Yo pensé que la burla podía ser un estímulo para que la paciente, sintiéndose en ridículo, dejase de saltar y utilizara normalmente sus piernas... Pensando en ello y además contagiado de hilaridad, me eché a reír también; de modo que Yeya y yo asediamos a Linda a carcajadas... Lo que yo había previsto no se produjo, pues sin poder frenarse, Linda perdió la calma, y proseguía dando saltos enfurecida; sintiéndose agotada y ya frenética se echó al suelo, gritando, poseída de un ataque de histeria... Me apresure a atenderla y, al acercármele, noté que se asfixiaba por falta de aire. No sé por qué pensé que lo más cuerdo sería llevarla al mar... Así lo hice, corriendo, y, al chapuzarla, me quedé sorprendido... Linda reía feliz como si nada y hacía raros esguinces... chapaleando con las piernas unidas. Ya no dudé que el mar siendo la causa, podía ser el remedio de su trastorno... Sólo hundiéndose en él podía salvarse, si era que en esa lucha no era el mar quien vencía hasta poseerla definitivamente... Y así fue en realidad...

—¿La risa de la haitiana no tuvo consecuencias desagradables?

—Creo que sí, por desgracia. Aquella burla fue una prueba nefasta. Como es de suponer, desde ese día Linda no soportó junto a ella a la Vudú. La estridencia de aquellas carcajadas había herido su sensibilidad de tal manera que las oía por todas partes: en el bramido del mar, en el susurro del viento y en el canto de las aves marinas. A veces despertaba y con las manos, se cubría los oídos para no oír la risa y un misterioso canto que la angustiaba sin poder definirlo ... Yo mismo, al despertarme para atenderla, creí una noche oír ... Usted comprende... Ya me sentía agotado... Recuerdo que al librarse de la atroz pesadilla me confesó que ya sentía muy próxima su repulsiva y total metamorfosis... Había soñado que se veía en el mar ya convertida en sirena y había experimentado lo que es tener las piernas transformadas en cola... “¡No quiero que eso ocurra!” —me decía.

“ ¡No me dejes! ”... Y se me echaba al cuello llorando... Al día si-

guiente, ya más tranquilizada, me hizo la confidencia más extraña... Con una leve sombra de picardía y sonrojo me dijo que había visto a un vigoroso tritón de largos rizos y espesa barba rubia como la mía... Al evocar el sueño se echó a reír alegre... Parece que el tritón le hizo la corte de manera brutal... La empujó hasta la playa sin miramiento alguno y allí la poseyó rudamente entre bufidos y mordiscos feroces. “Aún siento sus mordiscos por todo el cuerpo”, dijo.

El funcionario se abanica molesto y carraspea varias veces. Ecker prosigue:

—No sé por qué le cuento todo esto... Mejor es relatarle sin dilaciones el pavoroso desenlace... ¿Me permite beber un sorbo de agua?

—Desde luego, doctor.

Paul Ecker bebe.

—Entonces...

—El viento había cambiado, y el mar, ligeramente picado, era un seguro anuncio de que ya estaban próximas las lluvias... Parece que la atmósfera, cargada de corrientes magnéticas, excitó en esas noches a Linda Olsen hasta el punto de enfurecerla a cada instante. Quería salir a todo trance. “¡Tengo una cita con el mar!” —gritaba—... Yo estaba ya cansado y llamé a la haitiana para que me ayudara a cuidarla... Y así andaban las cosas cuando ocurrió la noche del vendaval... La lluvia le anunció con estruendosa demostración de truenos y relámpagos. Los silbidos del viento se mezclaban con los trallazos de las olas. Todo hacía suponer que se acercaba un pavoroso huracán... Yo observaba a Linda Olsen para ver los efectos que el fragor atmosférico le causaba... Y pude confirmar que mi diagnóstico estaba equivocado porque la vi calmarse y hasta pude observar que había olvidado lo de la rigidez de sus piernas... Al notarla dormida, consideré que había pasado la crisis, y viendo que la haitiana quería marcharse me atreví a licenciarla. “No hay peligro —le dije—, puedes irte”. La haitiana me explicó que su deseo de marcharse era porque la lancha se le estaba golpeando entre las rocas y deseaba sacarla de entre los arrecifes. Cuando cerró la puerta, me sentí tan cansado que me estiré en la hamaca y me dispuse a fumar... No creo que tuve tiempo de encender la pipa, pues me quedé

profundamente dormido...

Me despertó de golpe un ruido seco. La puerta estaba abierta. La furia clamorosa del huracán rugía y el viento hacía volar las cortinas. Pensé de pronto que a lo mejor la haitiana no la había dejado bien cerrada pero al buscar a Linda, no la hallé. Inútilmente registré la casa. De súbito pensé, vi, la desgracia. Me lancé hacia la playa bajo la lluvia. La noche era un infierno de ruidos y de luces.

Me eché a gritar:

—¡Linda Olsen! ¡Linda Olsen!

Nadie me contestaba... La vieja había acercado su chalupa a la playa, pero el viento y las olas le impedían ensecarla. Seguía lloviendo recio y la tormenta ponía en la noche lóbrega un concierto de aullidos y de truenos... Me subí a los roquedos y a la luz de un relámpago creí ver a Linda Olsen llevada hacia alta mar por la corriente. Volví a llamarla haciendo bocina con las manos.

—¡¡Linda Olsen!!!

Me pareció escuchar a lo lejos su voz en una especie de alarido angustiado.

Corrí a la playa, me embarqué en la chalupa y eché a la vieja a un lado.

—¡Ya es inútil! —gruñó.

Empuñé los remos e hice avanzar la lancha mar afuera. Luchando rudamente con el viento y la furia de las olas me fui acercando al sitio en que creía divisarla. La luz de los relámpagos me la hacía ver a ratos flotando en la corriente y a veces la perdía. Pero ahora me doy cuenta de que acaso no pude verla nunca ni escuché su alarido desgarrador. Tal vez fue sólo ilusión de mis sentidos. En efecto, cuando me parecía que iba acercándome, la veía más distante. Hasta que hubo un momento en que, agotadas mis fuerzas, perdí el sentido de las cosas. No recuerdo haber izado la vela ni si fue la corriente la que me hizo estrellar contra las rocas de la isla próxima. Tampoco hago memoria del momento en que me puse la boina en la cabeza. Tal vez fue en el instante de salir del bohío. Lo que no olvido nunca es que debido al loco pavor de que fui presa o al ruido de la lluvia, no dejé de escuchar un

solo instante el doloroso alarido de Miss Olsen y un misterioso canto...

¿Cómo llegué a la playa? No lo sé. A lo mejor anduve perdido entre las rocas hasta caer rendido sobre la arena. Lo cierto es que al volver de mi colapso ya el alba despuntaba y había amainado la tormenta, pero yo seguía oyendo dentro de mí el eco lejano de aquel canto mezclado a la honda resonancia del mar como si mi alma entera se hubiese transformado en un gigantesco caracol...

Manuel Ferrer Valdés

Los alacranes

La pobre mujer hacinó en el balde la ropa recién lavada. Restaba todavía una larga tarea, aunque desde el amanecer, el añil y el agua cuarteaban sus manos. En el fondo oscuro del cuarto, su hijo —un niño de tres meses— comenzó a llorar de manera desesperada, con llanto diferente al de todos los días, súbito, desgarrado, de herida fresca. La mujer acudió alarmada al llamado de su hijo. Adentro todo era oscuro. La cama, las prietas tablas, la negra ropa de luto colgada en la pared. Alzó temblorosa al niño para llevarlo al patio, en donde la luz de la mañana se colaba por las hojas del zinc y el barro quebrado de las viejas paredes. Ahora el niño no respiraba; y como si todo el llanto se hubiera vertido, quedó seco, roja la cara, con las manos tiesas y apretadas junto al pecho.

—¡Dios mío! ¡Se muere mi hijo! —gritó loca de dolor. En los cuartos vecinos el grito fue llenando de nuevos ruidos la madrugada. Comenzaron a salir de los pequeños cuartos un número insospechado de personas, sorprendidas y un poco ajadas; como si hubieran dormido una encima de la otra; grasientas y sucias fichas de un dominó humano extendido de pronto sobre el patio.

—¡Se muere mi hijo! —El grito, cada vez más desgarrador, era una profecía. Los vecinos se acercaron a examinar al niño. En el brazo se veían dos puntos rojos sobre un halo blanquecino. La mujer que atendía a los partos y que parecía la más sabia del grupo, dijo secamente:

—A este niño lo ha picado un alacrán. —Como la madre tendida

en el suelo seguía llorando desconsoladamente, se dispuso, entre ellos llevar el niño al hospital. Por el camino comenzó a hincharse tanto, que a su final estaba lleno de manchas rojas que invadían el cuerpo.

Fue cosa dura y dolorosa decirle a la pobre mujer que su hijo había muerto. Tendida en la cama, aniquilada, oyó la noticia que le traían los vecinos. No tenía dinero para el entierro. La bondadosa gente compró una caja sin pintar, de tablas mal ajustadas, por las que se veía el pequeño cuerpo lleno de livideces, con los puñitos agarrotados en el pecho.

Cuando todo hubo terminado, el patio se fue quedando solo, y la mujer se encerró en el cuarto, con una decisión insospechada para su débil naturaleza.

Horas después llamaron a la puerta unos hombres de la Sanidad. Luego de interrogar repetidamente a la mujer, procedieron a fumigar el cuarto. Ella, indiferente, los dejó escudriñar por todas las rendijas. Cuando se fueron, quedó en el patio una atmósfera agria de vinagre viejo.

En la tarde se presentó el casero. Los pantalones caídos y la camisa rota, parecía el más pobre de los inquilinos. No perdió tiempo en hablar.

—Señora —dijo, respetuosamente— la Sanidad me amenaza condenar el edificio. Es verdad que la casa es vieja, pero si los vecinos fueran cuidadosos no dejarían que las cañerías se taparan, ni que las cucarachas y alacranes abundaran como ahora. Usted es una mujer sola que no tiene tiempo para estas cosas. Además me debe dos meses de alquiler. Yo sé de un cuarto en el que podría vivir junto a otra persona que está en circunstancias parecidas a las suyas.

La mujer se le quedó mirando idiotizada:

—¿Otra persona...?

—Bueno, está bien —acabó el casero—. Yo me encargo de arreglarlo todo para el otro mes. —Y se fue.

En la noche, decidió terminar la faena inconclusa. La amarillez de un bombillo colgaba en medio del cuarto, como una fruta pasada. En un rincón estaba el otro balde desbordado por la ropa sucia. Hundió la mano, con gesto ritual y mecánico y sintió un alfilerazo, apenas dolo-

roso al principio, después como calcinante llamarada del brazo al corazón. Horrorizada, gritó de nuevo; ahora como una loca, entregada abiertamente a su infortunio.

El nuevo espanto del día produjo consternación. Agrupadas junto al balde las lámparas de kerosene, trataban de adivinar entre los ocultos pliegues al enemigo terrible y desconocido. Nadie se atrevió a tomar una decisión. Algunos sugirieron prender fuego a todo aquello. Al fin se decidió echar agua hirviendo mientras los hombres, con escobas y piedras, esperaban la inminente salida del agresor. Los momentos fueron angustiosos. El pequeño animal se fue agigantando en la imaginación de todos y su negro y encorvado cuerpo se hizo ubicuo habitante del aire y de la sombra, huésped de todos los zapatos, prófugo de las rendijas, para esconderse en el único lugar seguro: el oculto rincón del pensamiento donde vive el miedo a lo desconocido e inevitable.

El balde quedó en medio del patio, intocado, como redondo y plasteado ataúd, donde probablemente yacía el cuerpo quemado y retorcido del animal asesino. Aun así, alacranes de jabón trepaban los brazos de las lavanderas.

La mujer, con el brazo paralizado y ardiente, aniquilada por la fatiga y el dolor, decidió acostarse al fin y se fue quedando dormida dulcemente. Soñó con un mundo grato y sereno, en el que la gente hablaba en voz baja. Allá muy lejos, la voz del radio anunciaba los números de la lotería. Extraña alegría, colmada esperanza, seguir adelante sin hacer caso de nada, sintiendo que las aguas muertas del desaliento se avenan por las calles. En la puerta la esperaba la señora, con una sonrisa cordial. Con ella estaba el boticario de la esquina, oloroso a ruibarbo y valeriana, tratando de mirar con una lupa las hojas de una enorme enredadera que tapaba el frontispicio. La señora estaba inusitadamente amable y repetía su nombre “Cristina, Cristina”, por cualquier motivo.

—Cristina —le dijo— yo espero que no me guarde rencor por haberle descontado de su sueldo la camisa que quemó. Usted es una buena mujer y pienso ayudarla.

—Sí —intervino el boticario—, es una buena mujer. Cuando su

hijo estaba enfermo, se quedaba sin comer por comprar medicinas. Yo la he ayudado bastante.

Lo único desagradable era la voz de la radio diciendo monótonamente los números de la lotería. Entonces apareció el casero. Venía vestido de limpio, imponente, con el uniforme de los empleados de la Sanidad. La mujer tembló. El casero le dio un beso a la señora y comenzó a repartir fragmentos de una gran tira de billetes de lotería.

—Yo no cobro las aproximaciones. Prefiero regalárselas a mis amigos. —La señora sacó entonces de su seno una cajita y entregándosela a la mujer le dijo:

—Tome Cristina, esto se lo regalo yo.

Era un alacrán de carey con dos esmeraldas por ojos. La mujer lo tomó, sorprendida. Sucedió entonces algo terrible. El alacrán arqueó la cola y echó a caminar sobre su brazo. La mujer, paralizada por el terror, lo vio perderse entre los pliegues de la manga. Despertó bruscamente. Sólo quedaba un nuevo ardor, más intenso que los otros, con su roja huella clara y nítidamente marcada sobre el brazo. Encendió la luz. En su cara había la determinación ciega, casi feroz, de quien hará un acto inaplazable. Armada con un hierro viejo y una piedra que a tientas logró encontrar en la oscuridad del patio, comenzó a levantar paciente, inflexiblemente, las tablas del piso. La amarilla luz temblaba iluminando trágicamente la figura desesperada, que alzaba clavos y partía las astillas bajo la urgencia terrible del encuentro final con el enemigo. La faena fue larga y extenuante. El alba comenzaba a subir por las paredillas. La última tabla crujió bajo el hierro y al fin apareció ante sus ojos el espectáculo ignoto y presentido. Encorvado en un rincón, negro e inmortal como la pobreza, mirándola desafiante y sin moverse, estaba el alacrán. Pegados a su cuerpo buscando amparo, los hijos formaban una oscura flor de tiernos agujijones. Inmóvil con la piedra en alto, la mujer lo contempló durante largo tiempo, en tanto que pasaban por su pensamiento confusas ideas de odio y de piedad.

Después, su cara se iluminó, como si la verdad se hubiera mostrado de repente, y dándole la espalda a su enemigo, comenzó a clavar resignadamente las tablas del piso.

César A. Candanedo

El cerquero

*“La tierra es ingrata cuando
la habitan hombres ingratos”.*

Los que al pasar lo habían visto bregar con las piedras, la cara apretada y el torso fruncido, lanzando pujidos y maldiciones mientras levantaba las cercas, al referirse a él afirmaban cosas rotundas y convincentes.

—Está ido... Yo lo vi... Hablaba solito y eso sólo lo hacen los que perdieron el juicio. También eso de alzar cercas de noche en lugar de dormir como hacen los demás cristianos... Así se portan los locos, los que tienen pacto con el *Malo, el Unón*.

O los que trabajan con *Familiar*..

Pero el que no sabe se parece al ciego que coloca el paso en cualquier parte, en vacío, en alto o en precipicio... Tantas cosas había soportado, a tantas situaciones tuvo que hacer frente en la vida, con su juicio completo, sin faltarle un pelo, que hablaba a solas, con él mismo, no importaba que oyera y murmurara el viento.

Y era que entonces evocaba... El recuerdo de un hecho suelta otro anudado al mismo hilo. Ateizando la cuerda revivía viejos sucesos, mucho tiempo quietos como muertos en el depósito antiguo de la memoria. Siempre que afrontaba algo, paraba firme, a puro pecho descubierto. Lo que no fue vivido, no le pesaba, no le tropezaba ni hacía mella... Era nada para él.

Por lo del trabajo, no. Siempre lo ocupó algo. Antes de ahora sólo estaba quieto durante el sueño... O algunas veces, pasada la cena, al

gusto de las sombras del portal, la pipa humeando, refería pasajes a los vecinos que se reunían hasta tarde, a sabiendas del buen humo... Y ellos deseosos de reír.

—Es que al hombre pocas veces le falta un tropezón...

También por tiempos requiere estar solo... —decía a los de confianza que le inquirían la sinrazón visible de volver al antiguo oficio de cerquero.

Ahora de nuevo peleaba con la lóbrega torpeza de las piedras que siempre tenían la manía de tirarse al suelo. Del roquero desordenado, sin formas precisas que unía calmoso; de esas figuras pesadas, mudas y feas, sus manos sutiles extraían vida, arrancaban belleza. Las piedras sueltas, mapeadas de musgos, de cuya dureza al tropezar se saca dolor, se transfiguran en sólidas, simétricas y magníficas estructuras... Las cercas de piedra. Superpuestas, elevadas, suspendidas por las palancas de los brazos nervudos, potentes, largos y oscuros del cerquero, siempre creciendo, en una mezcla de amor, ojo, plomo, paciencia y destreza, tras la búsqueda afanosa de lo firme y cabal, edifica armonía con las piedras, las cercas que de pie, enhiestas, soportan el empuje recio de los huracanes porque fortaleza y equilibrio se consolidan en el balance y la proporción, combinados.

—Piedras sin cuñas no hacen cercas... Tampoco sin mujer el hombre hace familia... —pensaba.

La cuña ensamblada en la concavidad, en el sitio vacío, para distribuir el peso y conseguir la estabilidad, es el gran auxiliar del cerquero, si construye cercas sencillas, de una sola fila, sin la intervención —el caso de las dobles— de la argamasa adhesiva de la tierra arcillosa y húmeda, que retiene y amarra.

El cerquero a veces hace un breve alto en la faena agotadora. Se aleja un poco, cerrado un ojo... Observa, calcula, estima. Al regresar al surco, satisfecho, posando la mano en el lomo, siente el palpitar de las vetas pétreas. Entonces su pecho se dilata, siente que nuevas fuerzas

invaden su cuerpo y que su paso es más firme y seguro...

La línea recta camina sin combas. Vista de lejos, como solo el creador sabe observar, el hilo gigantesco que tejió el forzado empeño se yergue con elegancia si sube los empinados costillares de una altura, o si se inclina para bajar al fondo de una hondonada... Es que las piedras sueltas, abandonadas a un destino miserable, al inútil oficio de estorbar, lo mismo que las rotas en los sillares calcáreos o las arrancadas de los bloques azulinos de las canteras, adquieren vida digna, propia, reviven de manos de los cerqueros que rompieron sus ingles, aplastaron sus dedos, perdieron sus uñas y soportaron lisiaduras, entregando su dolor al viento.

Todo, para ellos, ha sido muy duro con dureza de cuarzo, de roca pelada. El honor del cerquero manda demoler las cercas sin ritmo, sin precisión. Una panza, un saliente inoportuno, faculta a los otros el comentario despectivo.

—La niña le nació preñaá...

Las cercas de piedra tienen alma, asegura el cerquero. En las noches silenciosas se escuchan sus voces. En sus grietas y abolladuras canta el viento. Los pajarillos y las lagartijas esconden sus huevecillos en las oquedades que la cuña no pudo colmar. En sus escondrijos seguros duermen los alacranes... y las mariposas vestidas de fiesta pintan el aire de rojo, verde y amarillo... Al asomarse al cielo, las saludan en un abrir y cerrar de alas para posarse otra vez.

Las cercas se comprometen con el hombre. Por su mandato se apoderan de tierras húmedas y verdes; roban los árboles musgosos, confinan islotes de selva, arroyos apresurados, la angustia de las aldeas, la inquietud de los ganados. Igual suerte corren los breñales poblados de *chumicos* en cuyas hojas lijosas afilan sus cuchillos los ventarrones.

—Está rematao, ahora sí... Los tornillos sueltos. Sigue hablando mientras empedra... —volvían con las mismas afirmaciones, sobre el mismo cuento.

Todo porque hurga la memoria. Como larga cinta que desenvolviera, evoca el lejano tiempo cuando el pariente de quien aprendió el oficio quiso enseñarlo a ser hombre alzando piedras en el *Hato del Francés*. Entonces no sospechó siquiera hasta dónde llegaría el significado de aquella loable intención

De madrugada aún, le lanzaba el reclamo:

—Suspende ya, que el sol te embiste...

O en plena faena fatigosa:

—Puñetero, mete la cuña que me aplasto el deo... Muévete, carajo...

Alza las patas, pajizo.

La empresa de aprender a ser hombre fue terriblemente dura, de dureza de roca. Náufrago en aquellas soledades, sin otros compañeros que matojos entecos, piedras limadas por la lava, pajonales que gemían, sacudidos por el viento, hormigas mordedoras y uno que otro grito de algún desconocido que pasaba lejos. A la memoria afiebrada concurren las historias de los matahombres de las guerras civiles que oyó referir; el francés descuartizado cuya muerte se hundió en el misterio y que luego se usó para darle nombre al sitio... Si el otro salía a buscar bastimentos y a hacer las cosas de hombre de que decía, íngrimo, estaba seguro que vería salir debajo de los pedrejones del desierto, animales horribles que antes creyó ver, tal vez en sueños, cuando dormían bajo el *canillo* o al amparo de alguna de las peñas que lucían su tamaño en la planicie, antes de trasladarse al *varaentierra* que luego construyeran.

Para entonces el terror lo abatía aunque al final el cansancio triunfaba con un sueño sobresaltado. Si el viento enfrenaba su carrera y la luna blanqueaba todo, veía gigantes encorvados que trepaban sobre el borde de los barrancos que recortan la árida llanura, que salían de la cinta tortuosa del río helado que desde arriba, alargando los ojos, apenas se divisaba moviéndose en la hondura del precipicio horroroso. Del laberinto de la cabeza torturada, también salían tigres que, al decir de los cuentos a que tanta atención dedicó, a mediodía quebraban ganado en las caletas cercanas. Si estaban los dos, distante el miedo, en silencio gozaba el coqueteo de las nubes de algodón, vientre sedoso,

que con cuidado y sigilo, asomaban a la puerta del volcán; se apartaban manchadas de resplandor, para regresar poco después a inquietar el monstruo.

Así, en forma brutal, se hizo hombre...

Sorprendió y alimentó el comentario la diferencia de matrimonios de las dos hermanas por la distancia que separaba a los maridos. La mayor se unió a hombre imponente, copioso, satisfecho y bien montado, que heredara fortuna y nombre pero con la *caca* de ser expulsado de seminario lejano donde fuera aprender a cura, acusado de liviandades. La otra casó con renombrado cerquero, remoto pariente de los que importaron el cultivo de la tierra, al fundarse el Cantón de Alanje.

Del primero la gente solía afirmar:

—Nació pa garañón.

Del otro se decía muy poco.

El cerquero, moreno, huesudo, pelo apretado de tupida trama enroscada, mandíbulas inferiores deprimidas, cachetes chupados, pelos largos en las guías del bigote ralo, ofrecía en su rostro cierto trasunto ratonil.

Triste, dado al silencio, puntual y orgulloso, empeñó voluntad dura para compensar las desventajas que los conversos apuntaban al comparar las filiales relaciones.

Lucha sin parar, con hierro de guayacán, alentado por la suerte que le sonriera desde el principio. Pasado el tiempo de prueba, cuando los resultados visibles se pesan y la justicia reparadora tasa y rectifica, los habladores corrigieron:

—Ahí lo tienen... Mucho negro ternajal... Ya lo supirita... ¡Tanta algazara que formaron...!

Otros que se dijeron mejor enterados y sabedores:

—Es que don Antonio Melgarejo tiene pacto con el *Malo*... ¡Cómo adelanta! Trabaja hasta toda la noche sin parar.

Así comentaban los que lo conocieron de cerquero en las haciendas de la época, levantando *mangas* y extensas cercas de piedra, machacando días entre las rocas.

Acosado en las reuniones y trabajos, se limitaba a oír, a sonreír a

veces. Si no podía evadir una respuesta y urgía salir del paso a que lo obligaban los imprudentes, respondía, lacónico:

—No me ven solo... A lo mejor, lo que ustedes piensan...

El *Familiar*... —se escurría.

Pero un día, como cosas preparadas por el Demonio, todo se modificó en la casa. Un suceso inesperado, sin antecedentes ni anuncios, trastornó todo.

—Un par de cachorritos pa que lo acompañen y le sirvan de bordón en la viejez... Y ñopitos, véalos... la partera le comunicó, muy luego de los dos chillidos.

—¿Mellos...? La barrigaza pues... —metió la cabeza entre el toldo que escondía a la parturienta. Miró atento los montoncitos de carne que apretaban los ojos y las manos; los remiró inclinado, como el que busca una señal perdida... Se incorporó, retiró la cabeza y dejó caer las cortinas.

—Ni el jocico morao tienen... —con cara de calambre, se adivinó que dijera.

Semanas después, cuando la mujer pudo dejar el nido, se encontró con una situación inexplicable por más que le metiera seso. De callado que siempre fue en lo habitual, ahora lindaba con la mudez. Evitaba ver la cara de los demás, como si se sintiera sindicado de acto vergonzoso. Con mayor motivo eludía las palabras... Y antes de amanecer, cuando los otros aún dormían, salía a trabajar. Avanzada la noche, los otros en disposición de dormir, se le oía trastear en la cocina... O despedir la cabalgadura con una palmada amistosa.

Huraño, fruncido el ceño, distante, concentrado en quehaceres y preocupaciones que lo roían casi no movía los labios en presencia de otros, de los que se alejaba, de haber oportunidad. Ahora otros volvían a dar razón a los que afirmaron:

—Tiene las tuercas flojas... Sólo habla, sin gente, solito.

En efecto, solo entre los animales que se atropellaban y agredían

en el corral para conseguir sal del brazo estirado del hombre, parecía soltar las amarras, romper el freno, estirarse y retornar a los buenos tiempos.

—Haséte a un lao, que ya te hartaste... Deja que vengan las otras, que también tienen derecho, frontína... Y tú, hosca, acércate y camina... La panzota de ésta... —las frases salían sin contorsiones opresivas, sueltas, libres y cordiales, mientras las manos cariñosas palpaban las garrapatas que desprendían sin molestar.

Los animales que se sabían comprendidos, volvían a empujarse para encontrar sitio alrededor del hombre, lamiendo con afán los últimos granos del salitre. Atento al movimiento, con pasos calmosos, se acercó la mole negra del semental. Alta la cabezota, entró tranquilo tirando de lado la puerta que comunica con el pastizal.

—Ven, guevilargo... Las puntas que te han salío. De terneron pensaba que serías *monguto* y entonces me decía: de éste hay que salir a tiempo porque está desarmao, entregao en el suelo, con toralpeleador y tumbacerca que hay hoy... Pelea de tigre con burro amarrao... Come sal, que tu trabajo la pide, pa la fuerza de cuajar... Hacer más terneros y los que te falten me los echas hembras pal aumento, pa que el rodeo no se pare... —con la sal granosa en el comedero, las manos palpan el codillo y luego se trasladan a los testículos que sopesan, acarician y manosean con deleite. Y como si la bestia comprendiera el pensamiento íntimo del hombre, alza la cabeza, arquea el espinazo y mueve la panza enorme. Los pelos largos de la salida del sexo gotean la semilla humedecida sobre el piso hendido y reseco... La lengua repasa los orificios respiratorios, la cabeza se inclina a lamer de nuevo y al resoplar levanta del suelo pasajeras ondas de polvo que dora el sol mañanero.

—Este Antonio está picao de la araña... Ni a los hijos quiere ver. Ya volverá a la querencia, como los toros desperdigaos que vuelven al rodeo desvacaos, las costillas rotas, corneados, doloridos de tanto pelear... Paciencia con los hombres entoraos... —pensaba la mujer.

Otro, día, gozando la amistad de los animales con que había reemplazado la de la gente, en medio de los animales saleros que lo acosaban al pasar por el corral, se detuvo a ver las novillas que en la ensalitrada

anterior ya rayaban ubre y que, según cálculos, parirían en la siguiente luna.

—Y es que ya escupieron toas... Qué preciosura de retozones, pero ya el maldito murciélago está haciendo sangrías... Después, vendrá también el gusano, de diente y ombligo... Y hembritas, como las quería.

Se detuvo más en las observaciones de los recién nacidos que ya aumentaban el rodeo... De pronto paró, miró para otro lado, atraído por otros pensamientos. Quedó como si flotara, suspendido, sin los pies en el suelo.

—¿Por qué amarillos...? El papa es negro... Aquí no hay trampas porque las vacas no han salío, las cercas están buenas y no ha entrao otro macho... —por primera vez llama su atención un hecho corriente en todas las crías.

Continuó como mudo durante largo tiempo.

—¿Por qué pensar en eso ahora, no antes...? Meter yuca y sacar plátano ... Cosas del Judas...

El mundo está de tuerce. Cuando me levanté no era así...

Ahora frutas sin flores, en el tronco del palo... Flor de cigua en invierno, que es flor de sequía... Si fuera la del higuerón que cae en cualquier tiempo por ser flor del Diablo, que sólo se ve a media noche, apaña en sábana blanca... La tuerce siempre detrás de uno.

El viento se llevó las palabras del monólogo desesperado.

De nuevo observa los terneros recién nacidos.

—Este toro está como yo... Mismítos. Antes la fuerza siempre la ponía el macho... Dejaba su marca, su guella es la que debe salir pa que la vean toos. Antes hijo que no se parecía al tata daba qué pensar ...*Machito rucio*, se pensaba al brinco... Tamos lo mismo él y yo... Calamocao, tupío, sin portillo por onde salir holgao... Cuando al cristiano lo pierden las brujas en camino oscuro, le queda el remedio de ponerse al revés la camisa pa encontrar el camino dejao. Acá no hay por onde tirarse, pero por onde sale él debe quedar gueco pa mí. Pero ganao es ganao... y la gente no es ganao... —lo visto y pensado a solas lo dejan preocupado, entumecido, mientras los ojos se detienen en el lomo re-

tinto del toro que pasta indiferente, la cabeza armada escondida entre las breñas distantes.

Rompió las amarras de los pies atados al suelo; caminó hacia las trancas, la faz suelta, el paso ágil y el pensamiento martilleando en la cabeza caliente. Sentía que algo había perdido, vaciándose él mismo. Lo que había advertido en el corral, los terneros amarillos, hijos de toro prieto, eran argumentos sólidos contra lo que su simpleza había aceptado a título de verdad sin disputa. Pero volvía con renovada constancia:

—¿Pasará lo mismo entre la gente que entre los animales...? Después que nacieron los mellizos estaba seguro de que el otro le había jugado *macho rucio*. ¡Tantas que le aculan...! Como que se mete por el ojo de una aguja... Y que lo buscan ... ¿Tendrá *Familiar* pa éso...?

Cabeza alta, paso más liviano, apariencia menos comprimida, se acercó a los hijos que jugaban en el terraplén del portal.

—Apercóllense... —uno en cada brazo, asustados, no podían entender un cariño nacido de repente, de improviso, del que siempre los pasó por alto o los miró con desdén.

—Ya se zafó el freno... —suspiró la mujer.

—Clorótica del parto *boboré*... También el hígado blanco del hombre. Vino de palma, dulcito, es lo que indican las señales... Pone la sangre rolliza, espesa, desaguá... y no cuesta... —dictamen y terapéutica que dictaba el curandero mientras repasaba los orines.

Varios días observó el cielo durante sus dos extremos mañana y tarde. Buscaba un indicio que le sirviera de norte. Un amanecer friolento confirmó lo que esperaba. Salió temprano, hacha al hombro. Con la lámina del machete sacudía de lado y lado el rocío que agobiaba las plantas silvestres y rompía la finura blanca de las redes que tejieron las arañas, lleno el óvalo de la panza. En la falda de un espigón macizo que crece hacia arriba con las piedras de la cúspide y que las *rabiblanças* usan para instalar sus huevos en su nido descubierto al viento y al sol,

derribó las palmeras. Al caer, al estrellarse contra el suelo endurecido, saltaron los corozos desprendidos del tupido racimo en sazón.

Limpió alrededor de los tallos tendidos; abrió la brecha del sendero, recortó las pencas, rebanó las espinas largas, negras y que infunden temor, limpió la garganta vegetal. Trepó un pie para infundir mayor fuerza a las manos; con la punta de filoso machete, pacientemente, hizo incisiones húmedas, trazó el cajón rectangular que serviría de recipiente para retener el líquido que manaría desde el extremo opuesto del vientre vegetal, en dirección del tronco. Cortó las capas duras, primeras, cubiertas de pelusa y espinas tiernas. Ahondó hacia el fondo del espesor hasta encontrar las blanquísimas capas del capullo blando, azucarado, el palmito apetecido. Puso a un lado los trozos blancos extraídos, mejoró el orificio, *sangró* cortando con cuidado la tela vegetal hacia el lado más largo del tendido; limpió, cubrió con hojas, capas y pencas de la misma palmera derribada, la vasija abierta, aseguró la entrada del manadero saludable y, contento del trabajo realizado, desandó el trillo.

—De la mismita color que la cuajá delgadita y sin quebrar pal queso... —comparaba al mirar los pedazos del palmito con que regalaría a los muchachos. De una parra que se acerca al sendero cortó el largo pito de un carrizo para sorber el vino de palma.

Ya era tiempo de madurar los corozos con su fragancia de bálsamo y tiempo, también, de limpiar los arrozales.

—Este mundo está de turce... Negro haciendo hijos palomitos... Las vinas están pa comenzar la cura suya —gritó la última parte de lo dicho para que se enterara la señora que cruzaba más adelante.

El otro pensamiento volvía a roerle aunque con menor insistencia, convencido a medias con ejemplos tomados de su propia vida.

—Camine usted que ya estarán derramás, con la *mano* que tengo... Si las dejo al chusco Víctor, no manan, que hasta seca los palos que sube de tantas mordías de culebra que ha pasao... Sabaneras, seguro...

Y encima, como es gracioso se bebe el remedio... El vino de palma es caliente... Bébalo y se baña con agua fresca de lluvia mejor porque si no, se brota... El pellejo sucio le cierra la puerta a la maldá... Brotan los incordios, *los siete cueros*, los nacíos ciegos, los vejigones negros, las postemas y hasta las erisipelas... La limpieza del caliente en gruesa la sangre...

A pasos largos caminaba adelante, hablando alto. Apartaba ramitas y bejucos que cruzaban la brecha teniendo amarras y soportes con hilitos verdes, en la orilla opuesta. Afanoso, comunicativo y contento.

—Sangrás toos los días y con buena *mano*...

Limpiecititas pa que se derramen... Empuñé el carrizo de sorber pa que lo estrene too.

Puesto a un lado el machete, inclinado sobre el espinoso tallo derribado, la mano rápida descubre el agujero.

—Ya la avisaron a la mosca vinera... —mientras la mujer espera, detrás.

Al separar las últimas capas que protegen el recipiente, nada de vino. La espuma y el cajón humedecidos solamente...

Se habían adelantado.

—Jueputas... La burla... —brama.

Con ágil impulso saltó sobre los espineros de las pencas marchitas. Velozmente cubrió el trayecto que lo separaba del río. De lejos la mujer vio cómo tomaba ímpetu de nuevo en el aire, para saltar sobre el barranco que empareda el charco. Alto, desde arriba, descendió violentamente sobre el agua oscura del sitio profundo.

Estupefacta, sin determinar la razón de determinación tan extrema, de la muerte segura, la mujer apenas atinó a gritar, sin moverse del lugar en que la dejó como clavada... Desahogada un poco, al fin pudo disponer:

—Corran al Recodo, que se mató Antonio... Busquen, atajen en la cola del charco... Tirarse de ese alto por tan poca cosa... Por eso era que hablaba solito... Vayan abajo antes que el agua se lleve al muerto... —pedía a los que llegaban primero, atraídos por los gritos.

Algunos esperan ya a medio río.

Pasado el estupor y la indecisión, el muerto no baja. La mujer llo-rosa habla de nuevo:

—Mijito, ensilla un caballo y vuela a Caldera, antes que sea de noche, y trae a Carpio García para que bucee al difunto y se pueda enterrar.

Entre los que acudieron a prestar ayuda encontrábase un mozo sagalejo y piernilargo a quien apodaban *El Peje* por su pericia como nadador, experto como sacador de *risacuas* de los huecos de las piedras del fondo, ducho nadando bajo el agua... Lanzó al agua el alambre de su cuerpo moreno y vibrátil; cruzó a brazo la orilla opuesta... Volvió, recorrió de nuevo y sostenido de ramas y bejucos que colgaban de las breñas inclinadas sobre el vacío del curso, avanzó hacia el despeñadero por donde el hombre se lanzó a todo correr... Buscó, nadó, salió del agua; regresó, rebuscó y escudriñó siguiendo la demarcación del paredón que encierra el agua quieta... Al fin, en una sinuosidad cubierta por el follaje le pareció que algo extraño subía y bajaba. Nadó en dirección al sitio que atrajo la atención.

—Abuelito... Salga, vea... —imploró.

El cuerpo inclinado, mirando hacia el cielo opaco, la nariz a flor de agua, se balanceaba movido por la fuerza oscura de la onda.

—Véngase, que se enfría y le vuelve mal de orine... —le extendió el brazo, nadó con el otro y así, orillando la pared curva del desfiladero, llegaron a la cola del charco.

Sin sombrero, la ropa pegada al pellejo, el agua escurriéndose tallo abajo, apresurada, con pasos cansados emergió del río, rodeado de las sombras húmedas de la tarde lluviosa.

—Uff.. Eso no se hace con cristiano... La burla... Mejor la muerte. Tenerlo a uno en poco... —decía mientras avanzaba en medio de los que acudieron durante el trance.

Los cocuyos abrían caminillos de luces verdes en el aire quieto. Con leves incendios queman las cortinas de las sombras. Flameaban los farolillos prendidos en la cabecilla oval. Veloces murciélagos caza-

ban insectos. Escondidos en los negros ramajes que sombrean el cogedero de agua, los buhos de *cuernitos* con los ojos redondos hoyando la noche, seguían con su *truj truj* espaciado. Era el tiempo maduro para oír pasajes y cuentos... Y los vecinos, enterados del buen humor de que le notificaran los más cercanos, acuden a casa de Ño Antonio, que así le apodan, a escuchar con deleite, reír y gozar con desenvoltura, a pierna suelta.

Entonces, instalado en el largo altozano del portal empedrado, los que llegaron se acomodan muy próximos para no perder las palabras ni el hilo de los relatos.

—Barajo... Ya se aflojaron... Desconsideración... —condena.

—Rana pa mi culebra... —un chistoso. Se levanta, camina y aprieta la nariz.

—A nadie se le niega un *fuuu...* Suelto, escapao del encierro, no hay cómo atajarlo ... Que a todos toque su parte... Nariz, pa que se disipe ligero...

—Más vale amistá perdía que tripa rompía, dice el dicho...

—¡Porquería, baraste...! —Ño Antonio.

Reincorporados al grupo los que se apartaron, huyendo a la pestilencia, la plática se reinicia.

—Y no teneij conejo cebao esta vez? Miren, miren... Comienzan los cocuyos ... Soplén tizón, que se venga jalao por la luz, pa echarle mano... Con él vamos a saber el tamaño de las mazorcas de las *rozás* este año, que pinta bueno pa los sembradores... Pásemelo pa desaminarlo...—se dirige al chico que atrapó al luminoso insecto.

—Mí tizón lo hizo llegar... Mío es...

—Tómelo usted, padrino, que me lo ordenó —Cara de Pulga, satisfecho de la hazaña, deposita al prisionero mientras la mano de Ño Antonio se enciende con la misteriosa electricidad de los reflectores diminutos montados sobre los ojos traviosos.

—Mazorquería la de este año, muchachos... Vean la espiga del animalito prieto... Cocuyos largos a principio de *rozás*, mazorquería grande también. Ni cañuto de caña dulce hay pa guardarlo vivo... Cómo el negrito se descoyota y corcovea pa irse con su noche... Buen año pal

pobre... —remató.

La cápsula retinta y dura del coleóptero flamea entre las manos negras también. Movido por el resorte de las contracciones continuas, la cabeza traquea, el cuerpo se dobla, dividido en dos, sin separarse. Las antenas giran, incesantes, las patitas empujan para tomar impulso y seguir en compañía de la noche.

—Hay muchas señas pa que el hombre de cabeza aprenda. Pero el hombre, que es animal bruto, cuando no paga pa que lo jodan, mete siempre la pata en el mismo gueco; tropieza con el mismo terrón... Las otras bestias son más memoriosas... El burro para las orejotas y se avera de onde una vez ya golpió su pata... —el compadre Silvestre.

—Los secretos... —respuesta.

—Usté caminó mucho, tío Antonio, verdá...?

—A la costa norte, cuando allá sólo iban los hombres probaos. Y antes de probar había que pensar en el camino, las posás, los compañeros... Porque con too mundo no se arriesga el cristiano de cabeza a viajar. El frial, las fieras. Pero plata se traía.

—Y le jue siempre bien...?

—Aquí estoy sentao... No me ves ya? Ví otomías... El tigre rondando la posá, los puercos acorralándole a uno, los hombres *emparamaos*, las piernas acalambrás, en el suelo, los dientes chasquiando del hielo... Y no se podía dejarlos en el camino porque hombre dejao, hombre comió... Había que aplicar remedio de caballo, pero bueno... Curar el mal como hombre... A varios curé. Cómo me lo agradecieron después... “La vida le debo”, me decían al verme.

—Y usté curaba entonce?

—Tuavía puedo porque manos me quedan... Cuando caía hombre *emparamao* uno se acercaba a preguntarle: “¿Te quedas? Porque nosotros seguimos pa alante ... jagan lo preciso, era la contesta”. Y se quejaba por adelantao. Ya sabía...

—¡La medicina...?

—Uno se metía al monte; cortaba varas correosas de guabito y le bajaba la mano a pura riata... Primero se quejaba y aguantaba. Después quitaba el cuerpo y corcoviaba... y el rebenque cayéndole... Al rato del

sobijo, calentao el cuerpo y la sangre, quedaba sanito... El que entonce iba a la costa norte no se pertenecía... Ya ven, pues, cosas de hombres...

Cargada y encendida la pipa, el relato regresaba a la ruta.

—Eso era como con la mano en aquel páramo de la cordillera. Tan frío era que ni se podía gritar fuerte, con grito de hombre, porque comenzaba a llorar el cielo... Otro riesgo grande era el de los puerco e monte y el del tigre que siempre anda a la vista de la maná, de vigilante, listo el ojo y apurao el puño... Una vez íbamos cinco en el viaje. Bajamos de una altura y agarramos la bajía... La posá quedaba atrás tamaño lejo... De pronto los monos comenzaron a chillar y brincar haciendo piruetas en los bejucales... Despuesito el jedor del almizcle. Cantamos los dos peligros revueltos. El puercal y el otro que busca un descuidón, dar su golpe y puerquiarse fresco. Si no consigue puerco pensaría en hombre, nos dijimos. Apuraos dispusimos alzar los morrales en troncos altos y trepar. Estando en eso, acomodándonos en las horquetas, de sopetón invadió el puerquerío. No quedó bicho vivo ni piedra sin remover... El jedor y la mascadera, buscándonos... Guelieron el tronco, mordieron, fijaron la vista pa arriba y se echalon a esperar, olfatiando a ca rato... Y el tiempo pasando, con jorná fija hasta la posá siguiente... Tabamos callaos cuando, como mandao de la misma Providencia, el cuerazo de un *fusil*... Él se fue tumbando too, montaña adentro... y otro ... y otro, hasta que perdimos la cuenta. En eso se rajó uno a mismo pie. *Gueeff*, gruñó el animalero y se paró too el grupo de un envión... El *cacique*, el que siempre encabeza la maná, fatió, la trompa al aire y todos juyeron, desbarrancándose pa apique... Al de atrás le pega el gato, íbamos diciendo pa meter fuerza y valor a los que quedaban lejo... Hablando de puerco e monte, veníamos de otro viaje y vimos lo que le pasó a un tigre congo, vainón. Según se veía por las señales, golpió a un Puerco despegao, pero muy encima de los otros. La partida le tomó carrera cuando sintió el *cueee*. Sofocado, se abrazó al primer palo a mano y le clavó el uñal... No le dieron tiempo pa más. Hasta onde alcanzaron los más altos, hasta ahí comieron tigre. El resto, medio cuerpo pa la cabeza, quedó apercollao al palo pa que las hormigas también se

entigraran.

—Es que no era con Tío Conejo... Vaina la que le pasó al tigre por meterse a puerquero... Jue con la vandá, que no es lo mismo que con el manchao, y rabicorto...

—¿Pero pasó otros páramos en otras partes también, Tío Antonio? —se atrevió a plantear El *Remolino*, apodo que le nació por la forma de embudo del cabello erizado en el centro de la cabeza.

Ño Antonio había protagonizado historias que no refería ni cuya mención le era grata, bien porque se le hacía aparecer como objeto de burlas o porque su conducta fuera calificada de cruel o algo más: tal vez inhumana.

Los que se decían enterados referían que ocupado en terminar una *manga* que don Mingo Obaldía apremiara entregarle concluida, bajó a un *brazo* del río a beber la delicia de su agua fresca, más adelante de una *madre vieja*. Miró hacia la orilla opuesta de tupidos cascajales, miró también hacia el charco que serena sus aguas después de una rompiente tronadora. Notó movimiento en la superficie lisa; observó con mayor detenimiento y concluyó en que abundaban los sábalos y que justamente *picaban* las florecillas cerosas del copé, arrastradas de algún recodo orillero.

Un anochecer, acompañado de Merejo que le llevó bastimento, resolvió que el mozo regresara a casa también con provisiones: algunos sábalos gordos que supuso picarían el anzuelo sin demoras.

Uno tras el otro bajaron el declive de un camino estrecho; inclinados al principio, caminaban incómodos por el túnel formado, abajo, por el barranco, y arriba, por el ramaje. A aproximarse a la orilla despejada, escrutó, vio el cielo sembrado de puntos dorados que abajo se mecían sobre el agua quieta. Distinguió al borde de la ribera lo que creyó un grueso tuco arrastrado por la última crecida. Preparó el anzuelo con la atrayente carnada, listo para lanzarlo sobre el sitio que consideró más propicio.

Con la mano extendida indicó al otro para que parara.

—Tienen oído fino y ya malician... —se le acercó.

Luego se encaminó hacia el tuco, el pie listo a trepar. Posó el primero y al intentar poner el otro para instalarse cómodo, el tuco, que era un lagarto dormido, huyó con el peso encima, que fue lanzado violentamente. El estruendo de la caída y los chispazos de agua sacudieron la superficie, golpeada por el cuerpo.

Sin aparejos, sombrero, ni pipa, emergía con el agua al pecho.

El muchacho que sólo vio la parte divertida del suceso, subía y bajaba, el estómago comprimido por las manos, sofocado por la risa.

—¿Y si el lagarto me come, también estaría usteeeé, muriendo de risa, celebrando mi desgracia...?

Chorreando, entumecido de frío, tropezando entre las piedras, confundidos en la oscuridad, iniciaron el regreso.

Hatajo de carilimpios... Lengua de trapo, buena pa los perros... — volvió a refunfuñar, presintiendo cómo se comentaría su accidente y cómo lo recargarían de materiales los habladores.

En otra ocasión Ño Antonio refería muy festivo:

—Viajaba por la Angostura... Cuando caté tenía al frente el paso de *El Carate*, lugar pesao que no frecuentaban porque el Diablo salía al camino. Pensé la guelta que debía dar pa coger el otro camino... Lo que será está escrito, me dije y me encomendé al ángel de los caminantes... Tuavía salían chivatos, fantasmas y cilampas... Llevaba la cruce-ta a mano. A punta de chicote bajó la bestia, retacá... Al subir al barranco del otro lao, onde pega el llano, se devolvió, asustao... Noté que resoplaba largo, paraba las orejas y le temblaban las carnes... Unos pasos más adelante estaba el pantasma echando candela por los ojos y la boca... Se venía encima y el caballo se averaba. Pelé la punta de cruz... Gente o espíritu malo, ¡ahí te va...! Del golpe el alicrejo se hizo tiestos... Una tula grande con guecos y una vela prendía adentro, llameando... “No me mate, que es pa jugar con la gente por vida suya y de su mamita”... Pa jugar, su mama, y apártese antes que lo remate... Desde entonces nunca más salió el Diablo por ese lao.

Contaban que con ocasión de unos juegos de sabana en Dos Ríos, Aristides, uno de los hijos de Ño Antonio, al regresar tarde a casa, olía a licor, que no mareado.

—Veni acá... ¡Ahora te voy a enseñar a ser hombre...! Pa que respetes, que tuavía no ganas ni el jabón de la lavaá y menos la comía...

Lo ató a un poste, entró y regresó rápido provisto de un látigo de cuero torcido y duro.

Y por buen rato los golpes llovieron sobre el cuerpo del prisionero. En medio de las contorsiones del cuerpo herido que se rebelaba, no lanzó una queja. Al intervenir compadre de respeto, levantado de emergencia, sueltas las ataduras, el montón se desplomó, casi desarticulado.

—De buena raza... Buena cría y bien sacao el pollo... —su único comentario.

Hacia días el silencio se había estacionado en la morada de Ño Antonio.

—No te vayas, mijito... —imploraba y lloraba la madre.

—En la cama, después de la paliza, juré que si me levantaba con vida no echaría raíces en esta tierra amarga pa mí... Ni volvería a pisarla más... ni mis huesos. Ahora cumplo, con palabra de hombre.

Cuando se le hacía referencia lejana del difunto, resumía, melancólico:

—Lo mataron las calenturas en el Número Dos... El *chele* Beitia me lo sepultó... —suspiraba hondo.

Se ponderaba la avaricia de Ño Antonio; se aseguraba que para no gastar no comía y que muchas veces al volver del trabajo, ya de noche, regresaba a la cocinera el atado frío, sin tocar. Este conocimiento dio origen a la práctica de que en el trabajo otros, a escondidas, comieran su comida. Algunos días quiso almorzar pero lo que había colgado junto a la comida de los compañeros alguno se había adelantado y sólo quedaba la vasija sin nada... Callado, aceptaba las cosas, a pesar de observar las burlas proferidas, al regresar de su caminata inútil. De la práctica de

hurtar la comida de Ño Antonio nacieron abundantes chistes que luego eran referidos y comentados en todo el contorno.

—Y también hoy que la quería llegó su otro dueño y se la jartó... —decía para que lo oyeran.

Se alejó en dirección al surco, al corte, mientras los otros, a sus expensas, celebraban la siesta y comentaban, sin que él oyera:

—No da del cuerpo pa no limpiarse...

—No se jueguen más con el hombre... Ya se olvidaron de las *vinas*. Después no sabían dónde poner el rabo. No dijo naa, es su costumbre, las destapó, raspó las uñas adentro y las dejó como las encontró... —comentaba El Muleto.

—Después no les paraba con naa la cursera... Ni tapón les servía, la tripa afuera... —La Garza.

—Polvo de uña revuelto con vino e palma que es caliente, los reventó por dentro... Déjenlo ya, se los digo... —otra vez El Muleto.

En otra oportunidad fueron a comer, el sol a medio cielo. Él quedó sólo en el surco. De pronto la algazara.

—Lo picó... lo picó... y víbora negra que es de las malas.

Chiquita pero ya mata...

Él apenas alzó la cabeza y observó, antes de seguir cortando.

El mordido había metido, como acostumbraba, la mano sigilosa en la bolsa de la comida de Ño Antonio.

—Mandar a buscar a don Pittí, La Perra, es lo preciso, que es buen curandero... Y el remedio de Taylor...

A sabiendas de lo que había sucedido, con el deseo secreto de reír, a pasos medidos se metió monte adentro. Pronto regresó. Traía un puñado de hojas molidas, machacadas entre piedras. Mientras tanto el mordido mojado de sudor, la faz verdosa, acorralado por el terror, apretaba la mano afectada en un aparente intento de retener el veneno en la extremidad e impedir que se extendiera.

—¿Y metió otra vez la mano en mi churuco...? ¿Es que el hombre

José María Sánchez Borbón

La muerte de Nicanor

El relámpago dibujó, frente a la laguneta, la figura del hombre sentado sobre un tronco. Segundos después, el trueno sacudió la linfa que ya desde prima noche se rasgaba bajo el grito de los babillos. En el cielo bajo, como de caverna, la noche anaranjada, incendiada de tormenta.

Remonta la copa de los árboles el mismo siseo que poco antes pasó por el gramalote hasta llenar la orilla del río de lamentos. Es la voz del Talamanca, repitiendo desde las nucas de la serranía una sola queja: creciente... creciente. Las ramas crujen. Copiosa, llena de presagios, la lluvia cae y el caudal del río crece en la oscuridad, llena de hilos sucios el sendero de la laguneta, sobre el cual está, apesadumbrado, el hombre.

Temprano, casi de madrugada, abandonó el rancho rumbo a los bancos del río. Allí dejó correr las horas metido en lo más espeso, al lado de la corriente que amaneció poblada de troncos y ramazones. Siempre al lado del río. Atrayente como un vórtice miraba sus aguas y con ojos entornados envidiaba la potencia de la correntada que le hacía vibrar las entrañas, como si la caja torácica escondiera un sensible diapason. Y poníase a repasar los pormenores de su amargura, la falta de vigor de que disponía su pecho flaco incapaz de llevarlo hasta el umbral de su rancho y gritar con enojo:

—¡No me quieras tanto, que me voy a morir!

Esta era la tragedia de Nicanor. Parecía imposible que fuese capaz de amilanar un espíritu tan rebelde como el de Nicanor, hombre que siempre dejó sentada fama de recio ante los más grandes peligros. Eso,

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ BORBÓN (1918-1973), obra: *Tres Cuentos* (1946), *Shumio-Ara* (1948) y *Cuentos de Bocas del Toro* (1994).

sin embargo, nada pesaba ante el hecho cierto de la nueva cobardía de Nicanor, mejor dicho, de la vieja cobardía de Nicanor, que no era nueva, que ya se avecinaba a los tres años. Acaso pudiéramos comprenderla si la suerte nos depara dentro de las cuatro paredes de un rancho, con la puerta cerrada, una mujer como la de Nicanor. Esa mujer era como un mar, como una selva, como cualquier cosa excesiva. No hay otra palabra que resuma con mayor justicia las cualidades de la mujer de Nicanor que ésta: exceso. Ante aquel todo, excesivamente abultado, naufragaba el carácter, la hombría y, sobre todo, la vida misma. Si uno estuviera en capacidad de mirar, objetivamente desde luego, el acontecimiento dramático del “vivir” de Nicanor, percibiría inmediatamente las causas que motivaron la desaparición de su energía; y el desgano, o aún más, el desmadejamiento de los pormenores de su triste vida. Esa mujer infundía terror. Provista de dos armas, los brazos, movíase en el ambiente estrecho del rancho como un remolino que absorbiera los pequeños y terribles hechos de la vida cotidiana y, lo que es peor, a Nicanor. Los brazos-boas ondulaban amenazadores hasta que hacían presa en el cuello de él, mezquino cuello de palúdico, magro como un bejuco del monte. Entonces lo quería. ¡LO QUERÍA! ¡Dios santo!, la ternura de esa mujer, ese detalle subjetivísimo y personal de quererlo, ese engranaje sutil de fervores que brotaba de lo más profundo de su naturaleza melosa, era la desgracia, la tragedia y la muerte en vida de Nicanor.

Infinitas son las circunstancias que se tejen hasta formar un sentimiento, sobre todo si tal sentimiento es extremo. El odio que Nicanor profesaba a su mujer se formó al calor de las más aisladas contingencias. Quizás esa suma de pequeños detalles culminó en una escena humillante, acaecida varios meses atrás. Lo cierto es que, desde tan aciago momento, la repulsión física que por ella sentía terminó por invadir el campo de lo puramente espiritual. No era sólo el instinto de conservación lo que operaba en el pobre Nicanor, sino que, desdichadamente, también una reacción de pudor moral. Ella, media naranja (?), quiste de grasa, movida de su pasión devastadora, pretendió desposeerlo de su responsabilidad de varón, sabiendo perfectamente que

en esa comarca los hombres todos se mueven condicionados por una concepción muy estimable y muy estricta de hombría. Ella, maldita mil veces sea, irrumpió en una refriega en que dirimía, apoyado en el argumento del filo de su machete, sus derechos de posesión sobre unos puercos cimarrones. En la confusión provocada por la entrada de su mujer en el combate, el contrario alcanzó a acomodarle, en el hombro izquierdo, un tajo profundo. Luego, sufrió la vergüenza inaudita de contemplar al contrincante en el suelo, derribado por obra y gracia de los brazos—boas de ella. Pero allí no paró el asunto. Salió después en triunfo con la camisa tinta en sangre, sobre los amorosos brazos de su mujer, camino ancho lejano, en medio de las miradas hondísimas de tres indios espectadores. Odio, eso era lo que sentía por ella.

Además, miedo, espanto de entrar a su casa y encontrar dos brazos, profundos como un abismo, tenebrosos como una agonía.

A filo de relámpagos salió Nicanor de su meditación. La laguneta, al lado de la cual la noche lo sorprendió, estremecía a cada estampido la linfa cárdena, tumefacta de lodo. Levantábase un jadeo de frío que se apoderó de la garganta de Nicanor y le trajo la angustia de su bronquitis crónica, negra alimaña que le arañaba el pecho a cada golpe de tos. El sendero que serpeaba al lado de la charca, convertido poco a poco en una vena de agua, saltó el dique del tronco en que sentaba Nicanor su tristeza. ¡Dios del cielo! El monte se desangraba partido por los relámpagos. Los capachos gemían en la espesura que lloraba lágrimas de sangre blanca descendiendo en alud desde los cerros y de las copas de los árboles. Pujaba el río la amenaza de la creciente. Otro relámpago, otro. El último alumbró a Nicanor, parado en medio del camino, con la boca plegada en un gesto radiante. En el cielo no se alcanzaban a contar los truenos. Llovía, llovía torrencialmente. Muy lejos, los caracoles marinos anunciaban desde los caseríos la cabezota de agua que bajaba.

Llegado al rancho se sintió invadido por el rumor de la quebrada que anunciaba un caudal extraordinario. Sonrió satisfecho al penetrar sigilosamente en la casa. Del alto jorón sacó sus enseres de cacería y, además, un bultito redondo que introdujo en la “chuspa” de hule. La

puerta abierta enseñaba el cielo cruzado de latigazos de fuego. En el jergón, un candil prendido alumbraba y daba al cuerpo echado actitudes infantiles. Un pequeño movimiento transformó a la mujer dormida en una montaña imponente de carne. Con calma, el hombre vació el carburo en el depósito de la lámpara. Las piedrecillas, calentadas por la humedad, cayeron con estrépito en el tanque, levantando un polvillo afilado que se le coló en la nariz. Roncó con disgusto y alarma. No lo pudo evitar. Una tos, como un crujido, apagó el candil. En la oscuridad insistió el acceso. Maldiciendo con toda su alma, rasgó un fósforo y lo acercó a la mecha. La luz reveló a la mujer, incorporada sobre un brazo.

El hombre, cadavérico del susto, contempló la cara mofletuda. Reaccionó, y terminó de cargar el tanque sin contestar la mirada interrogante de ella. Una voz delgadita, incongruente, salió del corpachón:

—¿Onde vas con la noche tan fea?

Tembloso, contestó que iba a asegurar las canoas. La mujer le sonrió —maldita sonrisa— Y le hizo señas de que se aproximara. Apretando los dientes, recibió en el bigote un beso blandito.

Salió hacia la noche.

Frente a la luz de la lámpara de carburo, el agua blanqueaba como una tela de mosquitero. Con la brisa fría que agitaba las hojas venía aún la advertencia de los caracoles.

Avanzaba a grandes trancos.

El suelo y las hojas secas se deshacían, se movía la tierra licuada descubriendo las raíces de los árboles. El Talamanca bajaba en alud.

Frente a una peña, Nicanor detuvo la marcha. Hurgó en la “chuspa”, y sacó el taco de dinamita. Alumbrando cuidadosamente, buscó un cuenco apropiado en la roca y acomodó el pequeño instrumento de destrucción. Con los labios fruncidos en rabiosa determinación, prendió la mecha hacia la mole. Al otro lado bajaban en carrera enloquecida los árboles desplazados por la creciente. Un resplandor de fragua, y en la vegetación retumbó un trueno más. El barranco y la peña pulverizados, abrieron paso a un nuevo río que se precipitó hacia el cercano rancho de Nicanor.

La madrugada sorprendió a Nicanor dándole lumbre a la última pipa de la jornada memorable. Triste madrugada decreciente, huérfana de pájaros. Aún caía el aguacero. El rostro de Nicanor se había transfigurado con una expresión de infinita paz. Apagó el fulgor helado de la lámpara al subir la trocha que conducía al caserío de la loma.

Con la visión de las casas relacionó la imagen de Carmen, una chola que no era por cierto muy joven, pero ¡oh felicidad impagable!, flaca como un grillo. Se distinguían siluetas en el umbral de los ranchos. De pronto, todas hicieron gestos alborozados. Nicanor disminuyó la velocidad del paso, desagradablemente inquieto. Casi enseguida entró en franca agonía. En uno de los ranchos se perfilaba, rotunda, su mujer. ¡Dios! Se salvó. Tosió Nicanor. El pecho le silbó desastrosamente. La espalda se dobló, la vista se tornó vidriosa. Como un gorjeo le llegó la voz maldecida de la mujerota, babeante de felicidad. Cerró los ojos con resignación al caer en los brazos amantes. Luego, “crack”, un sonido apagado, humiladísimo. Sucedió lo que nadie podía evitar. La pasión de la amantísima mujer quebró, como si hubiese sido de cristal, su cuello indefenso de palúdico.

Ante el espanto de todos los vecinos, el rostro sin vida de Nicanor le sonrió a la lluvia.

Ramón H. Jurado

Herenia, la lejana

A Boris Zachrisson

Me aproximé con sigilo. Seguro estoy que no sospechaba mi cercanía. Sin embargo, con precisión increíble, tornó el rostro, clavándome sus ojos hondos, tristes como la distancia. Mirándome indefinidamente, sin asombro por mi insólita aparición, dijo bajo la mirada imprecisable:

—Vienes como desde el tiempo.

Me aterró semejante recibimiento. En realidad habían ocurrido tantas cosas que, en cierto modo, éramos sobrevivientes. En el mismo tono de cansancio agregó:

—¿Dónde estuviste toda esta eternidad?

Me resultaba difícil encontrar respuesta para sus palabras. Me llegaban envueltas en un aire de fatalidad y no encontraba el modo de penetrar esa densa soledad que la envolvía.

—Ni yo mismo lo sé.

Y como si no hubiese entendido mis palabras, insistió:

—¿Qué te trajo desde tan lejos?

—No me encontraba lejos —¿respondí de inmediato tratando de romper el halo fatal que la arrastraba.

—Ah —dijo. —Yo te veía caminando siempre hacia mí, siempre, de día, de noche, a todas horas y nunca he podido comprender por qué no llegabas...

—Soñabas y a veces los sueños pierden... —Y como si hablara con otra persona, expliqué: —Jamás podríamos encontrarnos porque an-

RAMÓN H. JURADO (1922-1978), obra: *Un tiempo y todos los tiempos*. (1975).

dábamos por mundos distintos.

—Es cierto. —Y como si su voz me llegara con neblinas:

—Han pasado tantas cosas...

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—¿Y eso qué soluciona?

—Nada. Pero conversar ayuda

—Es cierto.

Tras esas palabras, se abrió un espacio. Yo sentía que no sólo era obra del silencio que se alargaba en ese atardecer sin luz ni ruidos, sino algo físico, sólido, como si sucesivas olas de tierra nos alejaran. Entonces sentía que desde esa otra orilla en donde ya se desdibujaba me llegaban sus palabras. Eran hojas enloquecidas que vientos extraños lanzaban contra mí.

—¿Crees que la muerte rejuvenece? —la oí decir desde tan lejos.

—No sé. Todo lo que tiene que ver con la muerte es misterioso...

—Pues sí, rejuvenece —me replicó, segura de sí. Y prosiguió:

—¿Recuerdas la noche aquella, la última en que tú y yo nos vimos, cuando inesperadamente apareció ante nosotros...?

Reconstruyo el grotesco espectáculo. Ella, muy junto a mí, hablaba cosas de su inmensa imaginación. De pronto surgió él, frente a nosotros. Ella no hizo el más leve movimiento. Ni siquiera cesó de hablar. Cuando se detuvo fue para levantar lentamente la mirada hacia él y sostener el silencio. Entonces, no sé si asustado por su irreverencia o decidido a lo irreparable, dijo: “Decídete. Te quedas con él o vienes conmigo”. Él, allí, de pie, muy cerca, aguardando el infinito; ella, con la mirada perdida en su rostro agredido por las sombras, silenciosa también, y el tiempo paralizado. Entonces, con esa misma voz que ahora me habla, dijo: “Espérame”. Y volviéndose a mí, simplemente agregó: “Adiós”. Desde entonces son muchos los años transcurridos.

—Desde luego, la recuerdo —respondí como quien despierta.

—En ese momento decidí de una vez por todas mi vida. Cuando me alejaba hacia él y permanecías a mis espaldas sentí que un manojo de hilos azules —¿por qué serían azules?— se rompían uno a uno. Cuando estuve a su lado, vi cómo te devoraba la lejanía.

Hizo una pausa como de ausencia y yo la oía, sin atreverme a interrumpirla, porque su voz me llegaba desde la otra orilla. Siempre con un dejo indeciso entre el cansancio y la agonía, prosiguió:

—Vino aquello horrible del matrimonio y los enormes años. Los días como desiertos... las noches eran silencios largos donde los recuerdos ni siquiera se aproximaban.

Volviéndose repentinamente hacia mí, dijo:

—¿Recuerdas bien cómo era?

—Sí. —Respondí.

—Era normal. Más bien feo, pero de un contorno agradable. Y como tú... Es más... diría que era más joven.

—Es posible.

—Pues bien, un día cualquiera descubrí un hecho curioso. Lo encontré en un detalle insignificante, tan insignificante que no puedo memorizarlo. Pero era evidente el acontecimiento: ¡Envejecía! Envejecía ardientemente. El descubrimiento desató en mí una insana curiosidad. Desde ese momento me di a perseguir la más mínima señal en su rostro, en su andar, en sus brazos. Así constaté, por ejemplo, que los ojos se le achicaban; que los brazos enflaquecían vertiginosamente; que la cara se le encogía, se achicaba velozmente. Era un proceso raudó, sencillamente monstruoso. En ocasiones le decía: “¿Te sientes bien?” Y él respondía: “Perfectamente” Yo lo acosaba: “¿No te notas nada extraño?” “Absolutamente” —respondía mientras me reprochaba: “Tú siempre andas viendo cosas”.

En este momento hizo una larga pausa, buscando sabe Dios qué recuerdos en el horizonte. Yo no atinaba a decir nada, ni a tocarla siquiera, porque para entonces, crecía en mí la convicción de que no era otra cosa que un recuerdo que me hablaba. Regresó desde lo más extraño y dijo, mirándome, por vez primera, fijamente a los ojos:

—Yo te diría que fue cuestión de días. Envejecía atterradoramente. Era tan obvio el hecho que todos callaban por compasión. Sólo él no percibía cuanto le estaba sucediendo. Nosotros lo atribuimos al exceso de trabajo porque, evidentemente, se entregó al trabajo con frenesí morboso. Era un trabajador perseguido por la fatalidad. Era el esfuerzo

tenaz, agotador, sostenido, sin éxito. Daba dolor contemplar su afán inútil, ese diario comenzar, ese desesperado entusiasmo por empezar lo que siempre concluía en fracaso. Y él no parecía comprender cuanto le sucedía, que a cada nuevo día, que al final de cada nuevo intento, su situación era más desesperada. Un día me dijo:

“—Quiero que tengas todas las cosas en orden.

“—¿Qué cosas? —le pregunté.

“—Las cosas, pues” —fue toda su respuesta.

—No mucho tiempo después, me dice en tono grave aún, pero sin ceremonias:

“—Toma este dinero y consévalo. Puede serte útil en cualquier momento.

“—El dinero siempre es útil en todos los momentos” —le respondí yo sin comprender si había algún significado oculto en sus palabras.

“—Yo sé lo que te digo” —agregó por toda explicación.

“Nunca supe la cantidad y por mucho tiempo olvidé definitivamente en dónde lo había colocado. Sólo aquel día, como iluminada por un reproche, recordé con una precisión increíble el sitio en donde se encontraba el dinero, cuya utilidad era en esos instantes, precisamente, desmesurada. Por esos tiempos los rastros de la vejez se le acumulaban apresuradamente por todo el cuerpo. ¿Sabes...? Me duele y me desagrada hablar de estas cosas...

—A veces conviene hacerlo.

—Es cierto —repitió como en la primera ocasión—. Por eso lo hago ahora. Así, pues, sobra decirte que poco era lo que quedaba ya de su porte elegante, de su pelo rojizo, de su piel tersa, porque la ancianidad lo devoraba sin piedad. Era algo grotesco, indescriptible. A tal punto había avanzado el misterio que no era fácil reconocerle. Sólo él ignoraba cuanto le estaba ocurriendo. ¿Lo ignoraba en verdad? Un día salimos con un propósito definido que ahora mismo no recuerdo. No bien nos alejamos de la casa, me dijo:

“—Debo regresar. Olvidaba que tengo una cita y necesito unos papeles que están en casa.

“—Te acompaño —le dije.

“—No hace falta —replicó—. Es necesario que cumplas cuanto antes ese encargo. Te veré luego”.

—Sin más explicación detuvo el auto y regreso a casa mientras yo tomaba rumbo distinto. Anduve sin concierto por muchas partes. Algo me incitaba a no regresar. Pero un desasosiego mayor me indujo a volver y así —alzó hacia mí sus ojos— a poca distancia de la casa una aglomeración insólita me previno de lo sucedido. Una voz vecina me dijo: “Herenia, no sigas”. Ya no tuve dudas. “Si yo no quiero seguir —le respondí—. Me quedaré en su casa”. Cuando la multitud se desvaneció y todo parecía plácidamente normal, me encaminé a casa envuelta en una absoluta serenidad. Todo estaba igual allí. Hasta pensé que sólo habían sido alucinaciones, estorbos de los presentimientos. Estuve recorriendo la casa, lenta y maliciosamente, buscando algún signo que aplacara mis temores, más nada delataba el acontecimiento. De pronto, un lamentable descuido de quienes quisieron privarme de cualquier horror, me situó frente al suceso: desde la puerta del baño, comenzaba a avanzar hacia la sala un hilo de sangre. Fue el presagio de la revelación total. Entonces alguien, ante lo irreparable, me dijo cuanto sucedió.

En ese momento comencé a sentir extrañas sensaciones en mi cuerpo, particularmente en la cara. Pequeños y sostenidos tirones bajo los ojos me hacían pensar que mi piel se estiraba. Semejante era la sensación de que se me amontonaban las arrugas. Pero esta angustia creciente se detuvo cuando nuevamente me sujetó la voz transparente de Herenia:

—Sólo volví a verlo en los funerales. Te juro que no me atrevía a aproximármele. Sin embargo, en cierto momento, algo me levantó de mi asiento y me condujo a él. Entonces lo miré detenidamente, sin asombro y sin agonías. Aquí, sobre la, sien derecha, la sombra de una mancha indicaba el sitio por donde penetró la bala. Sólo eso. Pero lo insólito, lo profundo y adorable era que, así, en plena muerte, su rostro estaba envuelto en una tersa juventud. Habían desaparecido las arrugas monstruosas. La boca deformada por la ancianidad, recobró su juvenil encanto; el pelo volvió a su color rojizo, en fin, te digo, que

nunca fue más joven ni más hombre que entonces, cuando la muerte había apartado de su rostro la angustia terrible de vivir.

En ese momento me levanté de improviso, aturdido por una terrible convicción, por una certidumbre que se volvía horror. No eran los huesos, ni el alma. Era mi piel la que se transformaba; sentía que el tiempo se arremolinaba en mi rostro haciendo surcos, arrugas, ojeras, manchas, escamas... Eran años y años que me aniquilaban el rostro y encogían mi cuerpo. Ya, entonces, no tuve dudas. Caminé despavorido, sin propósito, como si huyera de algo, hasta que, sin saberlo, me detuve frente a los cristales de la ventana. Allí, el temor me hizo piedra. El presentimiento me entumecía, sin que me atreviese a levantar el rostro. Finalmente, cuando de nuevo intentaba huir, tropecé con mi cara en el cristal. Fue lo último. El estupor definitivo. No había envejecido. Mi rostro estaba igual. Al volver la mirada hacia ella, lo comprendí todo: la ancianidad la había devorado.

Boris Zachrisson

El arete

Vivo en una casa velada por el tiempo. Ahí suceden las cosas más raras. Un día se ríe casi con vulgaridad; otros, el más absoluto silencio recuerda un severo claustro. Esta casa es de la época canalera. Es de construcción francesa. Tiene grandes salones con pisos de caoba que se mantienen lustrosos. Tan lustrosos están que el misterio se desliza. No se atreve a caminar temeroso de caerse.

Los salones que dan al balcón se mantienen cerrados. Los sábados la casa abre sus puertas para la limpieza. Las grandes y pesadas cortinas de damasco con sus bellotas en los bordes, son sacudidas, inundando la calle con el polvo de medio siglo. Tomás es el encargado de los trabajos fuertes. Limpia los pisos, sacude cortinas, en fin todo lo que necesite de su fortaleza física. Tomás está tan lleno de misterio como todos los que vivimos aquí. Es un mulato de treinta años y con treinta años de vivir en esta casa. María es propiedad de la familia. Sus cuarenta y tantos años de vivir encerrada le han convertido en la réplica viviente de una estatua oriental color ámbar, que adorna la existencia gris de la casa. Isabel y yo somos los más jóvenes de la casa.

Somos cuatro personajes envueltos en el más extraño laberinto de recuerdos. El salón de la casa, con sus innumerables fotografías y hermosos óleos, bandejas de plata con fechas y nombres, muebles antiguos, evoca tiempos de testas coronadas.

Todos los salones lucen pálidas alfombras persas. La escalera que da a la puerta principal tiene escalones de granito. El botón de la puerta está enmohecido.

Isabel es la cocinera, y como tal está enterada de todo. Me cuenta los más increíbles chismes. A menudo nos reímos. Con nuestra risa

BORIS ZACHRISSON (1928), obra: *La casa de los ladrillos rojos y otros cuentos* (1975).

nos vengamos del silencio.

Ayer Isabel me dijo que en la puerta de atrás de la casa se encontró un arete. Es curioso, pues la puertecilla sale a un estrecho callejón — donde los gatos cantan himnos de amor— y es utilizada solamente por Tomás, Isabel y yo.

El arete es una fina joya de platino adornada con brillantes, el centro luce una hermosa esmeralda que tiene la forma de las lises de Francia.

Por ignorar quizás su valor e intrigada por el hallazgo, Isabel me entregó el arete.

El asunto comienza a preocuparme. Tomás limpia la puerta trasera a las seis de la tarde, y terminada la faena le pone un cerrojo. María, después de servir la mesa a las siete de la noche, se refugia en su cuarto lleno de santos. Isabel sube a mi cuarto —vivo en la buhardilla de la casa— y juntos, recostados en el alféizar de la ventana, vemos terminar la tarde y comenzar la noche. Después...

Isabel cruza el patio camino a su cuarto.

Y la casa se queda en silencio con su noche invadida por el nostálgico aroma de los heliotropos que adornan el patio.

¿Qué ser extraño puede ser el poseedor de tan maravillosa joya, que ronda en las noches dejando una huella cara?

¿Qué dama sondea el misterio de los gatos?

¡En algún joyero las lágrimas ocuparán el sitio de tan preciado arete!

Mejor será no pensar en ello; son las nueve de la noche y mañana tengo que ir a misa con la Señora. ¡Sí!... la Señora, el quinto personaje; la dueña de la casa; la Reina de cuatro súbditos. Es una señora de unos cincuenta y cinco años, de porte alto y distinguido. Sus hermosos ojos sugieren terribles pasiones. Sus manos son largas y bellas. Su voz es tan armoniosa, que los regaños salen envueltos en seda.

El tratamiento que recibo en esta casa es el de sobrino de la Señora. Ella se dirige a mí llamándome por mi nombre. Yo, con el usual trato de Señora.

Isabel, con su extremada curiosidad, me ha dicho que de los mu-

chos y resonantes apellidos de la “tía” no existe ninguno que se parezca al mío. No le doy importancia al asunto. El único rostro que recuerdo desde que tengo uso de razón es el de ella. Con el correr del tiempo la Señora me solicita menos. El mes pasado sólo la vi cuatro veces.

Estaba enferma, dijo María, y me vi obligado a comer solo durante este tiempo. Al pasar por su cuarto sentía gemidos.

Isabel asegura haberla visto llorar.

Es hora de dormir; el reloj del pasillo con sus campanadas me anuncia las diez de la noche.

Las campanas de la iglesia me despiertan. He dormido poco.

Debo apurarme. Siento los pasos de María que sube al cuarto de la Señora. Me siento nervioso.

“Anoche soñé que la Señora se encontraba en un gran salón iluminado por hermosas arañas. Un caballero elegantemente vestido bailaba con ella. Daban tantas vueltas que la Señora se sintió cansada. El caballero la acompañó a tomar aire. Salieron a una terraza, y mientras conversaban, se acercó una dama vestida con gran lujo. Su traje era de terciopelo negro, sus cabellos eran castaños, su único adorno eran unos hermosos aretes de esmeralda rodeados de brillantes con la forma de las lises de Francia. La dama no tenía rostro. El caballero al verla le hizo una reverencia, y tendiéndole su mano, entraron al salón. La dama reía y la Señora en la terraza comenzó a llorar”.

“Después... no sé. Mi sueño se volvió oscuro y complicado, sin ninguna ilación. Sólo veía ventanas que se abrían y cerraban. Luego la visión se hizo más clara y ordenada. Por una calle venían la Señora y María. María cargaba a un niño recién nacido. La Señora miraba hacia atrás con mucha frecuencia. Caminaban con gran prisa; se detuvieron en una esquina y vieron una placa con el nombre de la calle. María hablaba pero yo no oía nada; la Señora movía la cabeza afirmando y señalaba la placa iluminada por el farol de la calle. Era de noche y una leve llovizna rociaba los tejados de zinc produciendo una soporífera musiquilla...”

Un golpecito en la puerta y la voz de María que me dice que la Señora está esperando.

La señora, María y yo bajamos por la escalera de granito. El pica-
porte, reacio a la mano de María, cede después de un interminable
minuto. Es un amanecer de ruidos quietos.

Llegamos a la iglesia que está a unas escasas cuerdas de la casa. Se
celebra una misa de difuntos. Los cirios y la lenta letanía del cura van
calando mi estructura ósea. Miro de reojo a la Señora que reza piado-
samente. Cuando la música del órgano invade la nave de la iglesia, mis
ojos lloran lentamente; luego rezo como no lo había hecho nunca. La
música ha cesado. La Señora y María tienen los ojos enrojecidos. La
Señora me entrega un pañuelo de encajes. Me seco los ojos. Ellas salen
con extremada cautela (como temiendo que la gente se entere de nues-
tra presencia) antes de terminar los oficios.

En la casa, después del desayuno, la Señora me ha dicho que
desea hablarme. En el pasillo me cruzo con María e Isabel. La Señora
habla con Isabel en el momento que llego, luego se callan. María pide
disculpas. No sé qué está pasando. Ya me voy enterando. Isabel ha
confesado lo del arete. La Señora me observa detenidamente; luego
saca de un cofrecillo que está a su alcance el misterioso arete. Me lo
entrega y dice: “Este es el arete que encontró Isabel y te lo entregó...
María lo buscó en tu cuarto mientras desayunabas... no te asustes, no
tengo de qué reprenderte. ¡Te prometo que dentro de unos días envia-
rán el otro y te lo regalaré! Quiero que tú los tengas como un recuer-
do”.

María sale de la habitación seguida por Isabel y yo. Isabel me hace
un guiño de ojo. En el patio se encuentra Tomás, el mulato, bruñendo
la plata.

Hoy será un día de tantos.

Espero que llegue la tarde y junto con Isabel, apoyados en el alféi-
zar de la ventana, ver el inicio de la noche.

Ernesto Endara

La renuncia

“He renunciado a ti. No era posible.
Fueron vapores de la fantasía;
son ficciones que a veces dan a lo inaccesible
una proximidad de lejanía.”

Andrés Eloy Blanco

Tito Turner se echó a reír cuando le dije que guardaba mi pasado en dos cajones. Me dijo: “Qué pasado tan falto de materia. El mío se desborda, ya no cabe en un baúl, dos archivadoras y varias maletas. El pasado es un caramelo, amigo mío, puedes pasarle la lengua de vez en cuando y volver a saborear las cosas ricas que te sucedieron. También es una mina. Si un día te encuentras seco, nada más tienes que escarbar por entre los viejos papeles...”

Me impresionó Tito. Por eso excavo en esta especie de cementerio, sin saber a ciencia cierta qué es lo que voy a exhumar. Ni siquiera puedo decir que busco un tema.

Son dos cajones grandes llenos de papeles amarillentos; colecciones de jabones y fosforitos de hoteles que quizá ya no existen; llaveros y llaves de puertas olvidadas; facturas y recibos de transacciones fantasma; postales de un mundo irrepitable y tarjetas de presentación de personas desaparecidas. ¿Para qué guardo esas cosas? Ni yo mismo lo sé. Me muero y estoy seguro que mi mujer respetará lo que con tanto celo conservé; pero, a su edad, ni la curiosidad, pulga que el tiempo enseña a no picar, la movería a revisarlos. Después, se irá ella también. Los cajones nos sobrevivirían sin justificación alguna. Si los hijos vol-

ERNESTO ENDARA (1932), obra: *Cerrado por duelo* (1977), *Un lucero sobre el ancla* (1985).

tean los benditos cajones será únicamente buscando algo de valor antes de vender los muebles. ¡Qué chasco! “¿Para qué guardaría el viejo tantos checheritos?”, se preguntarían un poco decepcionados. Finalmente, el pasado, mi glorioso pasado, contenido de los cajones, iría de cabeza a un fuego purificador; o los meterían en dos bolsas de plástico negro y los mandarían a rellenar la hondonada del cerro Patacón o cualquier otro basurero.

Tal vez entre los papeles encuentre un tema. Si aparece, será bien recibido, si no, de todas maneras ahorraré trabajo a mis herederos porque haré limpieza. Irónicamente, ahora que se me acaba el tiempo, tengo tiempo de sobra para revisar el pasado y desaparecer lo que no se fugó con las hojas del almanaque.

¡Uf, cuántos recuerdos que no recuerdo!

Poemitas...

Amanece...

Un pescador se enreda
en su fisonomía de redes.

Busca un beso en las paredes,
mientras el mar, sentado, espera.

Amanece...

¿Quién no comienza escribiendo poesía? Como si fuera lo más fácil. ¡A volar papelitos! Espera, espera, voy a guardar éste:

Paradoja en el mar: la vela regresa diciendo adiós...

¡A la canasta con los otros! ¡Por Neptuno! (imaginó que así debe jurar un buen marino), ¡las cursilerías que se me ocurrían cuando me creía un poeta! Aunque... hay algunos, como éste otro, que también le voy a retrasar su destino final...

Por los labios de las olas,
con su voz imperceptible,
el mar canta y enamora
a los barcos insensibles...

(pasión imaginaria de mis vagos pensamientos
que juegan con el viento)

Veamos qué hay en esta carpeta color guineo. Ah, un diario. De 1960, nada más y nada menos. Desde allá hasta acá se ha trazado en la cuadrícula de mi vida una gráfica irregular de treinta y tres años de largo. Me acuerdo de ese mil novecientos sesenta. ¡Cómo no! Ese año lo pasé casi todo embarcado en el “Yaracuy”. Recuerdo que en ese tiempo me escribía cartas a mí mismo. Las ponía en un puerto, para recibirlas en el siguiente. Era un desahogo epistolar con el que me divertía describiendo mis diferentes estados de ánimos, e intentaba frívolos análisis a las mujeres que conocía para decidir las tácticas que me conducirían hasta sus camas. Tan hablantín era en ese tiempo que, cuando no tenía con quién, conmigo mismo conversaba. Con razón comienzo el diario con esta acotación tan extravagante, encerrada en un cuadrito:

“Para ser leído por mí mismo cuando me sienta viejo,
sea libre y tenga tiempo de sobra”.

Aunque cumplí los sesenta, no me siento viejo; por otro lado, hace poco comprendí que la libertad es un fugaz estado de ánimo; y, por último, hace rato que no me sobra el tiempo. Sin embargo, nada me impide gurguciar en mi propio diario. Veamos...

Escribo versos por culpa de Anita, la de calle “T” que me fascinó tocando La Bacarolla en su violín y que después del primer beso me dijo que yo era un poeta. Me alegro de haberla conocido antes de irme a Venezuela y embarcarme en el “Yaracuy”. Es bueno tener quien lo espere a uno. Que lleve este diario, tendríamos que achacárselo a Joseph Conrad, a Jack London y a Malcom Lowry que me han llenado la cabeza con sus aventuras de mar, y ahora creo vivir constantemente en una...

Quizá no encuentre nada original en estas páginas, pero no le voy a quitar al muchacho que estaba tratando —y me parece que lo logró— de comunicarse con su futuro.

Sigamos. El 6/4/60, empieza con lo que parece una declaración de personalidad.

Soy lo que se llama un romántico, un tipo sentimental. No pienso cambiar. La gente práctica suele criticar esta manera de ser. Marcelino es uno de ellos. Es raro que seamos tan grandes amigos si vemos la vida desde puntos de vista tan diferentes. Marcelino pertenece a esa muchedumbre que asegura, con enfermiza contumacia, que el tiempo que nos ha tocado vivir es muy duro para dejarse ablandar por una puesta de sol. Hay que ponerse en onda con el mundo, dice, se debe prestar más atención a los gruñidos del estómago que a las canciones del corazón.

Hummmm... Veamos otro día...

22/6/60. —A bordo del “Yaracuy” las discusiones entre Marcelino y yo se han convertido en una especie de show. Son emotivas y vehementes, pero siempre lúcidas, y nunca, nunca, ofensivas o insolentes. Algunas veces pienso que son un despilfarro de palabras y pensamientos, pero hay que aceptar que también son un relleno substancioso para las horas tan lentas que pasamos navegando en esta inmensa olla que es el Golfo de México.

Desde que Marcelino y yo nos encontramos en este barco, se animaron las sobremesas. Todos hablan, hasta el primer piloto, el señor Anker Krag, un danés caballeroso y reflexivo que hasta entonces había sido muy introvertido, mete su cuchara de vez en cuando. El capitán Asciclo Morelia escucha divertido, rara vez interviene, él es un filósofo. Pero el día que declaré que me gustaban más los *Veinte Poemas de Amor* que el *Canto a Stalingrado*, me dijo que iba camino al egoísmo si perdía de vista que hay más poesía en la fraternidad entre los hombres, que en el amor de una pareja. Los demás rieron —risa inexplicable porque, aparte del capitán y Marcelino, ninguno ha leído los tales libros—. Marcelino aprovechó para imitar la voz de Berta Singerman para declamar:

“Me gustas cuando callas porque estás como ausente...” A mí, lo único que se me ocurrió fue decirle que me gustaría verlo a él y al capitán enamorar a una mujer con algo como “Yo he de ver zarpar muertos en ataúdes a vela ...”; y los demás volvieron a reír.

Advierto que no soy un fanático. Hasta acepto que esta sensibilidad con que estoy dotado me ha causado en algunas ocasiones más de un dolor de cabeza. Con todo, me parece grandioso poder dar un toque espiritual a los asuntos materiales de la vida. No puedo aceptar que una existencia quede resumida entre una fecha de nacimiento y una nota de defunción, y en el medio: comida, semen, sudor, caca y una obsesión casi mística por engrosar una cuenta bancaria. Eso por un extremo, por el otro, no creo que una entrega a la rebelión de las masas sea más sublime que entregarse al amor de una mujer. El individuo es importante, su personalidad, su libertad, su poesía interior. Allá ellos si se niegan el placer de imaginar que la luna es una dama majestuosa y coqueta a la que el rutilante Aldebarán, su paje favorito, sopla hechizos y hace guiños atrevidos.

Desdichados los que no sueñan. Yo hasta despierto lo hago.

Hoy me parece que ambas cosas: el sentimiento poético de la vida y luchar por la utópica revolución que ofrece un mundo que jamás veremos, es una cachimba de opio de la que solemos aspirar cuando no hemos cumplido los treinta años. Casi no me identifico con el muchacho, excepto en que todavía soy feliz con la tajada de sensibilidad que me queda. Pasemos los días ...

2/7/60.— ¡Qué buena parranda en Mobile! Y eso que prohíben vender licor los fines de semana.

3/7/60.— La máxima favorita de Marcelino: “esto es bueno si sirve para ...”. Creo que él es así desde chiquito. Pero ahora lo está deformando más su extremo materialismo. Estoy por echarle la culpa a los libros que lee.

Sus lecturas son disímiles, complicadas y curiosas; no es extraño que lo hayan enredado. Los libros que he visto en su escritorio no me atrevería a tocarlos ni con los guantes de un aceitero.

¡Qué títulos!: *Historia de la guerra del Peloponeso; Miseria de la Filosofía; Las aventuras de Arsenio Lupin; Por qué no es inútil una nueva Crítica de la Razón Pura; El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre.* ¡Hágame el favor! ¿Quién que se lea estos libros puede seguir pensando con naturalidad? Y su biblia, su libro de cabecera: *Pragmatismo, un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar.* Con sólo el título quedo fatigado. ¿Qué puede salir de tal menjurje didáctico? Pues, nada más y nada menos que un Marcelino. Sí, mi mejor amigo a pesar de ser mi antípoda. Ni el tercer ojo de Lobsang Rampa podría abarcar todo lo que nos separa. Ayer nada más, le oí declarar con firmeza que después de alcanzar su título de capitán, navegará un par de años más y se retirará. ¡Dice que comprará tierras, inventará cosas, abrirá negocios; en fin, se hará rico. Por mi parte, confieso que mi materialismo se podría resumir en una casita frente al mar donde pueda escribir poemas al atardecer.

A Marcelino, eso de ser tan práctico, lo ha llevado a cometer grandes errores, algunos imperdonables, como la vez que estando yo de guardia en las máquinas, entró en mi camarote y se puso a hurgar aquí y allá, y habiendo encontrado mi pipa favorita (una *Frank Medico* curada en coñac), le raspó la maravillosa costra que tanto me había costado formar, porque “es inmoral fumar en una pipa tan sucia”. Casi nos cuesta la amistad. Pero bueno, ¿quién no comete errores? Es mi amigo.

La verdad, Marcelino era un tipo muy especial. ¿Por qué digo era?, debe serlo todavía. Tiene mi edad, no es tan viejo. ¿O será que a medida que envejecemos los viejos nos parecen menos viejos?

Leer este diario ha sido meter la memoria en una ducha fría, vivificante. Comienzo a recordar todo como si fuera ayer

21/8/60. —El capitán anunció un ligero cambio en nuestro itinerario. Teníamos meses de no salir de La Guaira, Maracaibo, Mobile, Houston, New Orleans y Trinidad. Esta vez, antes de tocar Maracaibo, llevaremos unas cajas a la refinería de Amuay, en Coro, esa península que parece una cabeza de duende. A casi todos les

pareció más aburrido que interesante, pero a Marcelino y a mí nos sacudió algo por dentro.

Lo que pasa es que la tal refinería dista unos pocos kilómetros del pueblo de Punto Fijo y su puerto Las Piedras, archiconocido por nosotros, por ser uno de los extremos de la llamada ruta serrucho que con toda regularidad cumplía el viejo S/S Bolívar, petrolero de la *Mene Grande Oil Company*, donde Marcelino y yo completamos las ciento ochenta singladuras exigidas para recibir el título de la Náutica. Lo que son las cosas ¿no? Precisamente, el mes pasado, remontando el Misisipí, habíamos visto aquel viejo cacharro de tan magnífico nombre, escorado en una orilla del río oscuro y enmohecido, esperando turno para ser refundido. No pude evitar un lagrimón por el pequeño petrolero que había sido nuestro primer barco. Ya graduados, Marcelino y yo, por sorteo fuimos destinados como oficiales en práctica a la *Mene Grande* y coincidimos en aquel pailón de acero que muy ufano llevaba el nombre del Libertador. La ruta serrucho era: cargar crudo en algunos puertos del Lago de Maracaibo, y descargar en Las Piedras, donde otros barcos de gran calado llevarían el petróleo a diferentes refinerías. En verdad, la ruta era atroz, el barco destartado y el clima un verdadero castigo: “Mirai, primo, aquí no llueve sino que el sol suda”, se burlan del calor los mismos maracuchos. Muchas veces suspiramos de autoconmiseración y envidia al pensar en los compañeros que les habrían tocado barcos de navegación de altura y que estarían con la boca abierta admirando los rascacielos de Nueva York o caminando, muy abrigados, por esa pecaminosa y deslumbrante calle de Hamburgo donde mujeres maravillosas se exhiben semidesnudas en ventanas como escaparates.

Marcelino y yo fuimos condenados al hastío de una ruta de pueblos adormilados por el calor; a la soledad de esos muelles largos, angostos y negros, donde parece que siempre el mismo viejo pesca su aburrimiento y dormita la fatiga de los años; en fin, fuimos prisioneros en ese lago erizado de torres petroleras que emergen como fantasmas de hierro entre el vaho caliente de sus aguas.

Pero siempre hay compensaciones: La amistad que florece en estos barcos petroleros es de confianza total, de camarote abierto y escritorio sin llave; se convierte en un compañerismo a toda prueba y que todo lo comparte. Cosa hermosa en verdad, la amistad. La otra compensación, la que más nos ayudaba a halar el tiempo: los burdeles.

¡Tronco de burdeles, mi vale!

Entre el puerto de Las Piedras y el pueblo de Punto Fijo se levantan, si no los más lujosos, los más pintorescos y sonoros burdeles de toda Venezuela. Hay dos grandes ciudadelas del placer. Una arriba, en la meseta de vientos calientes, que se alza como un oasis imprevisto en medio de esa árida planicie en la que sólo pueden medrar pandillas de chivos olvidados. Es *El Nuevo Mundo*, ciudad encantada, una página voluptuosa de Las mil y una noches. La primera vez que vi aquellos seis edificios diseñados y construidos para el ejercicio del amor, me parecieron un espejismo. Pero eran reales, allí estaban, llenos de huríes, amazonas, princesas incas, rumberas cubanas, walkirias de rubias trenzas... en carne y hueso. ¡Ay! todo lo que había soñado en las solitarias noches de estudiante. *El Nuevo Mundo* es un sitio caro. ¿Acaso no lo son las cosas buenas, finas y deliciosas?

La otra ciudadela, la de abajo, justo al final del muelle, con ese nombre tan sabroso: *El Tropezón*. Cuando lo conocimos ya había pasado sus mejores tiempos. Los marinos petroleros, que manejan buenos billetes, van a *El Nuevo Mundo*. *El Tropezón* quedó como válvula de alivio para los hombres del pueblo; pero una que otra vez también racalamos por ahí. Sus cuatro edificios cuadrados parecen dados tirados en la arena de una playa prohibida. De día, cualquiera cree que es un pueblito fantasma; el sortilegio de la noche lo convierte en un palacio encendido de alegre putería.

¡Aleluya y cada quien con la suya! Los burdeles son hogares y epitalamio de los marinos trashumantes. Allí nos entregamos con frenesí al más deleitoso de los dones que otorgó la Naturaleza. ¡Que piensen otros lo que quieran! ¡Que furiosos griten contra el

falso amor, que nos adviertan que todo es ilusión maligna, oropel! ¡Que juren y perjuren que entre las paredes de un burdel sólo hay dolor y perdición! Para mí los burdeles serán siempre una etapa maravillosa de la vida. Bueno, no lo dude, el color del paisaje será el mismo que el del cristal que ponga ante sus ojos.

¡Qué suerte tuviste (tuve), muchacho! En esos tiempos no se había inventado el SIDA todavía.

24/8/60.— Mañana recalamos en Amuay; desde allí, Las Piedras está a siete vueltas de propela. Hasta Marcelino se ha puesto nostálgico por la cercanía de los burdeles donde hicimos los piniños del amor. Hace seis años, cuando éramos oficiales en prácticas, poco menos que pordioseros del mar, con una mesada tan mísera que sólo alcanzaba para los cigarrillos, Marcelino y yo fuimos sus turistas más fanáticos. Y es que nunca nos faltó la invitación de los tripulantes del S/S Bolívar. La invitación no siempre incluía mujer, pero no nos quejábamos, ¿de qué podríamos quejarnos? Además, y esto tiene que quedar dicho, muchas de las damas de *El Nuevo Mundo* y de *El Tropezón* nos trataron de manera especial. En la plaza mayor de la memoria tengo erigidas estatuas a las Sandras, las Genovevas, las Patricias, las Teresitas y, claro, las Marías, que alguna vez por deporte, compasión, fraternidad y hasta por amor, nos regalaron lo mejor que podían dar: sus cuerpos. ¡Ay esos cuerpos mitigantes, de temblores frescos y sabios! Debo añadir que, una que otra vez, en la intimidad de las sábanas, nos dieron también una tajadita de sus almas.

Espero que entienda (me dirijo con respeto a mí mismo, viejo), que si escribo todo esto es porque soy un sentimental.

Conque un sentimental. ¿Y qué crees que eres ahora, un prosaico filisteo?

Dudo mucho que Marcelino se acuerde de toda esa buena gen-

te. Por mi parte, yo no he olvidado. Recuerdo hasta los apodos que llevaban como diademas de humor: *La Pelona*, *La Tres Minutos*, *Magda puñales*, *La Corsaria*, *Tragoamargo*, *La Mirapalcielo*. ¡Qué buenas gentes! Por favor, no me diga que es un desperdicio conservar estos recuerdos con tanta ternura. Tenga presente que fue ternura lo que recibimos. Y eso, la ternura, es lo más digno de ser recordado. Un regalo en la vida. Cosa sin precio.

Vaya, esto se está convirtiendo en el caramelo del que habla Tito. Sigamos, nadie me espera..

NOTA: Entre el montón de diferencias que hacen de Marcelino un individuo tan distinto a mí, he escogido una que nos retrata de cuerpo entero para dejarla como prueba. Se trata de un incidente que compartimos precisamente en el viaje a Amuay que acabo de fechar. Bien sé que esta historia no es un clamoroso mensaje a la posteridad ni un edificante ejemplo para las juventudes, pero estoy seguro de que por su naturaleza tan humana permitiría a cualquiera emitir opinión al respecto. Mas no quiero la opinión del mundo, se trata de que sea usted, a veinte o treinta años de distancia, quién juzgue y decida quién tuvo la razón en lo que pasó.

¡Anjá, apareció la historia que no estaba buscando!

La Madmoacel es la causa de todas las páginas que siguen. Ojalá que usted no la haya olvidado...

Puedes estar seguro que no la he olvidado.

...*La Madmoacel* es el dulce, el postre de estos apuntes. Mire si sería buena esta *Madmoacel* que ni Marcelino el calculador, el hombre de las metas y los números, pudo olvidarla. Como veremos.

Llegamos a Punta Cardón el 25 de agosto. Marcelino y yo saltamos a tierra como en los viejos tiempos: sedientos y con ganas; pero esta vez con plata en los bolsillos. Tomamos un taxi para ir

derechitos a *El Nuevo Mundo*. Duplicamos en la espiral del tiempo una escena remota ya representada por nosotros mismos y por un número infinito de marinos cuando saltan a tierra. Marcelino, vaya hombre precavido, esconde parte de su dinero en las medias. El carro da tumbos por una carretera de cutis dañado.

Han pasado seis años. Poco cambió en el paisaje. ¿Y nosotros? No sé, no se siente. De todas formas, seis años es toda una época cuando no se han cumplido los treinta. Parece mucha vida el haber visto una revolución que triunfa, leído quinientos libros, sufrido una tormenta y contar siete amoríos colgados entre el corazón y el sexo.

—¿Te acuerdas de *La Madmoacel*? —me pregunta Marcelino.
—¡Claro! —le contesto.

Aunque son más de la seis y medía, el sol, pintor retrasado todavía da brochazos dorados en la meseta desolada. ¡De color era el cabello de *La Madmoacel*. ¡Vaya si la recuerdo!

Márgara, Margarita, Margot, alias *La Madmoacel* la blanca cumanesa de cabellos cortos y rubios enmarcando una nariz *respingada* culpable de su apodo. Parisina asoleada esta Margarita tan risueña. Categoría y belleza, supo sacar provecho de su aire *afrancesado*. Bien condicionada para su profesión, a la que no entró por la fatalidad de su destino sino por despreocupada escogencia. No era de las que sufren amarguras secretas. Estaba formidablemente equipada para su profesión: senos pequeños y firmes, caderas fuertes, muslos complacientes y corazón siempre en fiesta. No cargaba con madre enferma ni hijos criándose a cien millas de distancia. Además, tenía la desfachatez que gusta a los hombres que pagan alto. *Madmoacel, Madmoacel*, estás aquí, dentro de mi cerebro, tú y yo, en un bis de aquella tarde gloriosa en que reías —risa fresca y libre—, te reías de mi grasiento jefe de máquinas que no se explicaba que prefirieras acostarte conmigo por nada, y no con él, que pagaría el doble de la tarifa. Márgara, olor de *Palmolive*, gracias por tu generosidad, gracias por aquella tarde. De un sólo vistazo te diste cuenta que estos dos aprendices, marinos sin suel-

do, tenían una urgencia avasalladora, que estábamos aturridos por una increíble carga sexual. Así que primero me invitaste a mí y luego a Marcelino, por nada: *¿voules vous a coucher avec moi?* Lo decías en francés para hacer honor a tu apodo. “No tengo plata”, recuerdo que te contesté. Sin hacer caso me tomaste de la mano y me llevaste a tu cuarto, las ingles candentes y el corazón en zozobra. Así, por nada, por el único placer de dar placer...

¡Fuiste un arcángel, Margarita!

No contesté. En ese instante la ensoñación me había trasladado a la popa del “Bolívar” donde contaba las olas que nos iban alejando del puerto de Las Piedras del *Nuevo Mundo* de *La Madmoacel*.

—Para Margarita, *La Madmoacel*. —Me enseña un billete marrón.

—¿Cien bolívares?

No soy avaro, pero siempre me ha preocupado el pagar de más. Marcelino contrataca mis pensamientos:

Vamos, Ñero, si la vemos, es lo menos que debemos darle. Si mal no recuerdo, las mismas veces que fue para mí fue para ti; cuatro... cuatro veces nos hizo el favor. Calcula, en aquel tiempo las mujeres de *El Nuevo Mundo* cobraban veinte bolos, ahora deben estar por los treinta; para no caer en un interés compuesto, vayamos a la media proporcional: veinticinco. Matemáticas, Ñero. Cuatro veces veinticinco igual cien... Préstame la candela. Marcelino enciende su cigarrillo y sonrío. Se siente imbatible sobre el caballo percherón del pragmatismo. Tiene razón el condenado. Separo un billete de cien para Margarita... por si la vemos.

Entramos al Nuevo Mundo sin el asombro de los hermanos Pinzón ni la devoción ultraterrena de Cristóforo Colombo. Este Nuevo Mundo no tenía para nosotros la emoción de lo primerizo. Entramos como se debe entrar a cualquier burdel del mundo: disminuyendo la velocidad a media máquina (aunque siempre el pulso se acelera), midiendo longitudes, adivinando el urinal, identificando a los camorristas, eligiendo un buen mirador. Ordenados los tragos, se pide cambio para poner discos, esto nos facilita una proximidad a las habitantes. Se calibran cinturas y caderas; se observa con atención de experto el bamboleo de

los senos al caminar o bailar y, por último se pone a andar ese radar sin marca que es capaz de rastrear a la hembra afín. Tipos sofisticados como Victorio Manzo aconsejan enarcar ligeramente una ceja mientras se le manda una voluta de humo a la nariz de la candidata, mientras se deja aparecer en los labios una sonrisa tres cuartos, de melón macho. Bueno, cada velero tiene su aparejo. Lo que si me ha enseñado la experiencia es que si quiere pasarla bien en una de estas casas, debe eliminar totalmente la idea de que busca únicamente un alivio fisiológico, porque si no lo hace, se convertirá en un oso, o, lo que es peor, en un mantis sagrado y será devorado por la hembra durante el coito.

Margarita no se encontraba en ninguno de los seis palacetes del Nuevo Mundo.

Peor todavía: nadie la recordaba.

Ya habíamos decidido quedarnos entre los brazos y piernas de cualquiera de aquellas espléndidas mujeres, cuando Marcelino hablando con una negra que mantenía limpios los baños averiguó que *La Madmoacel* había sido rebajada de categoría; es decir, buscó asilo en *El Tropezón*, luego de una feroz pelea que tuvo con Leila, la regenta del “Taj Mahal”. Así que nos fuimos *El Tropezón*.

¡Uyyy! Estaba más deteriorado de como lo recordaba (seguramente la imagen que yo guardaba era mucho mejor de lo que en realidad fue nunca, usted sabe, la memoria suele dar excelente mantenimiento). No había barcos en el muelle, y siendo lunes no había hombres porque ese día en el pueblo se acuestan temprano. Sin hombres, aquel corral de fiesta, languidecía. El silencio era insultante. Entramos al “Tilín Tilán” donde las mujeres no lograban ocultar su malhumor debajo de las exageradas capas de cremas y coloretos. Lucían aburridas y cansadas. Después de un arqueo rápido Marcelino dictaminó:

—Ni una Margarita en este jardín.

Cuando preguntamos al cantinero, se sorprendió del apodo.

—¿Quién? ¿*La Madmoacel*? No, no tenemos ninguna *Madmoacel* por acá, pero ya que mencionó una Margarita, sí hay una Margarita... Una que vino del Nuevo Mundo hace como dos años. Está en *Las Noches de Gardel*, ese cuchitril de allá enfrente.

Uno busca lleno de esperanzas...
Y todo a media luz...
Rechiflado en mi tristeza...
Esta noche me emborracho yo y me mamo bien mamo
pa' no llorar...

Las noches de Gardel. Pobres noches sin tangos, sin milongas,
sin un bandoneón desesperado, sin vaselina en los cabellos, sin las
luces de Buenos Aires... sin Gardel.

—Allá está, —dijo Marcelino—. ¿Estás seguro que es ella?

—No olvido a las mujeres que se acuestan conmigo.

Me responde con sorna.

Marcelino es capaz de hacer una interpolación en las tablas de
Badwich a la luz de un candil y recordarlo veinte años después. Podía
estar seguro.

Una mujer flaca y oxigenada me sobó la espalda. Para aliviar su
letargo le di un bolívar para que pusiera música. Se prendió la rockola.

Desde el fondo de la gayola luminosa, un resignado Julio Jaramillo
repite una vez más, con su voz de tabaco y melcocha:

“Ya nunca volverán
las espumas viajeras
como las ilusiones
que te depararon dichas pasajeras...”

Margarita, sentada en un rincón, lee un periódico. Nada hay sobre
la tierra que pueda provocar tal sensación de aburrimiento, de desola-
ción, como una mujer leyendo un periódico en un cabaret. De pronto
se me concentra una salivita amarga en el esófago. La tendré que bajar
con ron. ¡Ay Márgara, Margarita, tú que fuiste la reina del Nuevo Mun-
do! La de los pies ágiles para el baile y los brazos perfumados para el
amor. ¡Mírate hoy, María la O. Margarucha, resto de un naufragio,
descascarillado mascarón de proa!

¿Cómo puede ser tan malo el tiempo? ¿Nos contarás, Margarita?
No, calla, no cuentes...

Las otras cuatro o cinco mujeres también parecían nadar en esa niebla de abatimiento. ¿Pero qué es esto, una noche de té y abuelas en el corazón del Tropezón? Ni siquiera nuestra entrada logró animarlas. Tal vez pensaron que éramos “un paquete” o que andábamos perdidos. Quizás temían que a ellas mismas preguntáramos: “¿dónde están las hembras buenas?”

Pedimos al mesero que llevara un *Cointreau* a Margarita.

—¿Coantró? —palabra rara en *El Tropezón* de ahora. El enfado trató de proteger a su ignorancia—. Aquí sólo servimos cerveza o ron.

Cuando Margarita recibió su ron, levantó la cabeza y nos miró. Sin tener la menor idea de quiénes éramos, nos ofreció una sonrisa. Tomó un pequeño sorbo. Le quedaba aquel toque de categoría que le impide correr a ofrecerse. Esperaría.

Fuimos a su mesa. Sin palabras, ofreciéndole nuestros brazos, la invitamos a seguirnos a nuestra mesa que ya estaba adornada con una botella recién abierta, vasos, hielo y coca colas. Por unos instantes sus ojos brillaron, como en sus tiempos dorados, pero enseguida se volvieron a cubrir de esa fatiga infinita que siempre ronda a las mujeres sin esperanzas y a los hombres sin mujeres. Sin embargo, se levantó y secundó lo que parecía una farsa, resignada a que estos dos hombres mataran su aburrimiento con ella. Mientras caminamos a nuestra mesa Marcelino se dirigió a mí:

—Me temo, Ñero, que la reina Margarita se ha olvidado de nosotros.

—“Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar ...” —le recité suavemente.

Se detuvo en seco. Nos miró fijamente. Casi podíamos oír los engranajes de su memoria dando vueltas.

—¡Anjá! —dijo con alegría— los Ñeros del “Bolívar”...

Parecía a punto de llorar cuando nos abrazó con efusividad. Me sentí un poco incómodo porque en su abrazo, que había sido auténtico y algo maternal, me rozó algo pecaminoso. ¿Qué podía ser las puntas de sus senos, los lunarillos de su espalda blanca, o ese olor a perfume barato que de pronto puede ser muy excitante?

Quiso saber de nosotros, más por evadir su propia historia que por curiosidad. Hablamos y tomamos. Al escucharla (su voz conservaba una juventud tenaz), iba redondeando la personalidad de esta mujer. No cabía duda, era inteligente y sensible. Resulta inexplicable que haya descendido hasta aquí. ¿Por qué no tuvo la fuerza del ahorro? ¿Cómo fue que no se casó como muchas otras? Hace seis años lo único que me importaba eran sus caderas; soñaba con los veinte minutos en la penumbra fresca de su cuarto, su bata de grandes flores amarillas, tirada en el borde de la cama, había sido para mí el súmmun del arte erótico.

Con una mano sobre mi brazo (fría y un poco pegajosa), se dirigió a Marcelino:

—Pues sí que eran dados a la poesía...

—Marcelino tenía una, una sola poesía... —le recordé.

—Cierto —aceptó—, una sola, *La Renuncia*, ¿no es cierto? Parece mentira, los años que han pasado y nunca la he olvidado: “He renunciado a ti. No era posible. Fueron vapores de la fantasía...” ¡Qué linda!

—También te gustaba mucho “Puedo escribir los versos, más tristes esta noche ...” —la interrumpí.

—Sí, sí —continuó—, pero *La Renuncia* se me pegó.

Después de todo, me parece que se entrega todo con la renuncia...

Marcelino sonreía como un tonto vanidoso. Y como un tonto vanidoso declamó:

“...como el marino que renuncia al puerto y el buque errante que renuncia al faro...”

—¡Oh, Dios qué tristeza! —dijo emocionada—. Y ¿cómo era esa otra parte que se presta para estos momentos?... Ah, sí: “he renunciado a ti como el mendigo que no se deja ver del viejo amigo...” ¡Qué terriblemente hermoso! Algunas noches me acosté llorando al recordar esas líneas.

Guardamos silencio. Apuesto que Marcelino no comprendió la congoja majestuosa que reinó en la mesa. Apuesto que calló porque no sabía qué decir. Como yo soy muy perspicaz, rompí aquel silencio que podía echarnos a perder la noche. La invité a bailar.

Mientras bailábamos, le pasé el arrugado billete de cien bolívares.

—¿Para mí? —preguntó con coquetería—. Eres muy generoso. Si me acompañas al cuarto verás que yo también puedo ser muy generosa.—Empinándose un poco me susurró al oído:—¿Te acuerdas?

Me tomó de sorpresa. Lo que menos esperaba era esa invitación. Un poco turbado no acerté sino a mascullar una respuesta entrecortada:

—Creo que ya no hay tiempo... tú sabes, el barco... tengo turno dentro de poco. Mañana sí, mañana vuelvo... entonces sí.

Alzo ligeramente los hombros. De la cintura para abajo sentí que algo se me perdía: había aflojado la presión de su vientre contra el mío. Se acabó el disco.

Marcelino la sacó. No habrían bailado ni la mitad de la pieza cuando se acercaron a la mesa. Marcelino recogió su trago y el de ella y dijo en el tono más natural del mundo:

—Ahora regresamos, Ñero.

Creo que toda la sangre de mi cuerpo se agolpó en mi cara. El disgusto subió de tono a medida que analizaba los actos de aquel drama que ahora se convertía en una farsa de patio. “¿Cómo he quedado por este desgraciado? Acabo de decirle a Margarita que no tenemos tiempo, y él se va tan campante con ella, a su cuarto, me imagino que no a jugar barajas. Si habíamos quedado en regalarle los cien bolívares... re-ga-lar-le ¿Cómo es posible que reciba un coito a cambio? Eso se llama comprar carne, carne de una vieja amiga. ¡Por el rabo de Satanás! Qué hago aquí sentado como un verdadero idiota... Ese Marcelino se va a componer el día de... Yo pude hacer lo mismo y no lo hice, ella misma me invitó, pero carajo, yo tengo sensibilidad, algo me queda de pudor, de dignidad. Y no es que Margarita no esté buena todavía. Bien hubiera podido...”

¿Qué diablos pensaba? Se me enredaba todo por la infamia de este Marcelino. Eso era, una infamia. Yo no pude ser un infame. Margarita había dejado de ser una puta para mí. Desde hace tiempo se había convertido en un símbolo, una fotografía antigua que por un milagro de los sentidos se mueve y habla; *La Madmoacel* de hoy era una artista que había compartido conmigo un gajo de su famosa juventud. ¿Cómo

demonios me iba a acostar con todo eso? Él sí, él ha demostrado lo que es, un vil materialista, un avaro empedernido, un degradado comerciante de sentimientos. ¡Déjalo que salga!

Así pensaba, sentado allí, solo, despechado.

Una viejuca mal sentada en la barra me miraba desvergonzadamente. Una mirada realmente abochornante. “Yo no funciono así señora” tenía ganas de gritarle. Es una seducción infantil eso de mirarle a uno como si uno fuese un rábano fragante digno de un mordisco. “No señora, aquí está viendo usted a Sir Galahad, el caballero del Santo Grial, el impoluto”. La vétera no se daba por vencida. En un acto más recriminatorio se subió la falda descaradamente. Pude adivinar, entre sombras criminales, allá donde me da escalofrío, en los ojos, muy negras, negrísimas, su ropa interior. Admito, contra mi voluntad que la mujer no estaba tan aplaudida nada. Sus muslos eran realmente formidables; estaba muy bien maquillada, la boca lucía roja y grande y dejaba entrever la punta de una lengua que seguramente estaba bien entrenada. ¡No! ¡Por supuesto que no cedí!, ¡Ni cederé nunca a una tentación así! Yo soy un romántico, ya lo he dicho. Y en este momento menos voy a permitir que la tentación ocupe el espacio de la indignación. En un acto cuyo valor pocos comprenderán, volteé la silla y le di la espalda a aquella pantera que pretendía devorar mis largas y solitarias noches de navegación. “¡No señora! Esta noche regresaré invicto al barco”. Quizás un poco triste y nervioso, pero con mi moral intacta. Ya tocaremos otro puerto.

Todavía me tomé dos tragos más y Marcelino no salía.

Me serví el tercero y llevé la botella a la barra. La viejuca me daba la espalda en ese momento. Toqué su antebrazo con la botella y dije:

—Le regalo la botella.

La mujer se volteó, me miró a los ojos como si yo fuese un cigarrillo aplastado. Con el mismo antebrazo tumbó la botella y me volvió la espalda. La botella rodó hasta la canaleta de la barra y comenzó a perder líquido por la tapa mal cerrada. Allí las dejé, botella y mujer, vaciándose; aquella de ron, ésta de orgullo. Regresé a la mesa y decidí que al final de ese trago me iría. Voy a confesar algo importante. Algo

que un buen contador de historias hubiese ocultado, pero que yo (y seguramente usted que me lee, sigue siendo igual después de tantos años) pondré en blanco y negro como una especie de mea culpa: sufrí al imaginar a Margarita con las piernas abiertas recibiendo al miserable de Marcelino; y eso no es todo, también reconocí la envidia en el paso del ácido bíblico que me recorrió los intestinos. Es que en ese momento recordé todas las maniobras con que *La Madmoacel* podía hacer delirar a un hombre.

—Vámonos, Ñero... —hablan a mi espalda.

—¿Y Margarita? —pregunto, atorado por el despecho.

—Se quedó en el cuarto. Te manda un abrazo. Dice que con nuestro regalo se va un fin de semana a Cumaná a descansar.

Por supuesto que se va a descansar la pobre. Imagino que tú terminaste de molerla, de magullarla, de estropearla. Tan dulce y tan dócil la Margarita. La violaste, Marcelino, la violaste en su camarote triste. Mi querida Madmoacel —ahora con el cabello largo y teñido de negro— pido perdón a nombre de este truhán amigo mío. Es un salvaje pragmático. Por gusto mis esfuerzos por insuflarle un poquito de humanismo. Todo se resbala por el aceite de sus principios: “La verdad, compañero, depende de su utilidad para la vida” o, “el significado de una proposición consiste en las futuras consecuencias de creerla” ¡Futuras consecuencias! ¡Vaya frescura! Todavía no me explico tu adoración por un poema como *La Renuncia*.

—Verdaderamente, Ñero, eres un tipo brutal —le recliné en el taxi— Por lo visto nunca comprenderás a las mujeres. Te lo diré de un vez por todas: tus teorías de la vida no son más que ondas ególatras. Para ti el mundo es una concha y tú el caracol que lo llenas todo. Pobre Marcelino. Siento lástima por ti...

—¿De qué hablas? —tuvo el tupé de preguntar.

—¿Cómo pudiste hacerle eso a Margarita? Una mujer tan espléndida, que se reía cuando jurábamos que algún día regresaríamos a pagarle sus favores... ¿Sabes por qué reía? Porque la verdadera generosidad no espera recompensa.

No contestó. Hice una pausa larga. Es bueno hacerla después de

una frase tan buena. Hay que dar tiempo a que la digieran, tanto el interlocutor como el público —en este caso, el chofer del taxi—. Vuelvo al ataque:

—¿De qué valió la exactitud de tu cálculo? ¡Ja! cien bolívares. Esa es una generosidad de pacotilla. ¿Sabés adónde fue a parar tu generosidad? Al urinal de *Las noches de Gardel*.

Esto parecerá muy duro, pero él se lo merece. Por el silencio que guarda, parece que mi discurso surte efecto. Continúo:

—Puedes decir lo que quieras, Marcelino, pero la verdad es que cobraste por el regalo. No supiste renunciar... renunciar, que es dar algo por nada. Y quien te oye declamando el poema. Que te crean otros, yo te conozco. El poeta dice: “Cuando renuncie a todo seré mi propio dueño”. ¿Cuánto te falta para eso, amigo?

La luna, que por lo redonda bien podría haber sido de utilería, parece un lunar blanco en el cachete negro de la noche.

—Me pregunto si tú hubieras renunciado a ella con tanta nobleza si la hubieses encontrado tan linda como hace seis años. —Su tono es más formal y ronco que de costumbre. Ahora es él quien utiliza la pausa. Me parece que pierde su tiempo. ¿De qué me va a convencer?

—No soy experto en mujeres, Ñero —continúo con su voz de cuchufleta—. Y es cierto que utilizo los sentidos para acercarme a ellas. Pero en cuanto a la renuncia, no me puedes recriminar nada. Si hubiese renunciado a ir con Margarita a su cuarto, no solamente me hubiese perdido de un placer intenso, sino que hubiese terminado de destruirla. Te voy a decir algo: fuiste tú quien la ofendió. Tú le diste los cien bolívares como si fuese una mendiga... no entendiste que atraviesa por una crisis, tu romanticismo de pacotilla ignora cómo un hombre puede levantar el ánimo a una mujer abatida...

En la cara morena de Marcelino aparece una sonrisa burlona. La conozco, es el preludio de su tono sarcasmo. Abandona el tono formal:

—Me complace informarte que sigue siendo una mujer de maravilla...

Me quedé callado. Me niego discutir tonterías. Me molestó mucho que el chofer del taxi asentía todo lo que decía Marcelino; aunque bien

podría ser que el movimiento de su cabeza se debiera a los baches del camino.

OTRA NOTA:

Juro que el relato que acaba de leer es la pura verdad (no veo como podría mentirme a mí mismo). La diferente actuación que tuvimos Marcelino y yo al encontrar a *La Madmoacel*, al incluyo entre mis vivencias del año 1960 porque con ella pretendo comunicarme con usted (conmigo) a través del tiempo. Cuando yo (usted) vuelva a leer esto, allá por 1985 ó 1995, seguramente habrá acumulado suficiente conocimiento sobre esa extraña materia llamada imparcialidad, como para decidir quién de los dos tuvo razón.

¿Conque eso quieres de mí, pasado aventurero? ¿Que decida quién tuvo la razón en esa historia que se vivió hace más de treinta años? No, no lo haré, mi joven yo. Prefiero ponerle fecha (octubre de 1993) y pasarla en limpio en un floppy de la computadora —como en efecto acabo de hacerlo— para leerla después del año dos mil. Tal vez para ese entonces pueda dictar un fallo definitivo. Hoy por hoy estoy confundido. Es probable que el pragmatismo de Marcelino haya sido, en el fondo, algo mucho más romántico que mi cacareado romanticismo. Dejemos madurar un poco más el fallo. El tiempo juega a favor de la verdad. Si no llego a la fecha mencionada, puede que alguien meta el floppy en su computadora y revise este escrito; puede que sonría y se atreva a emitir un juicio.

Averiguaré la dirección de Marcelino (me han dicho que es millonario en Porlamar) y le mandaré una copia impresa. Incluiré una simple pregunta: “¿Todavía crees que hiciste bien acostándote con *La Madmoacel*?” Y añadiré que me gustaría saber si aún recita aquello de:

FRANZ GARCÍA DE PAREDES

“He renunciado a ti, y a cada
instante renunciamos un poco de lo que antes quisimos
y al final, ¡cuántas veces el anhelo menguante
pide un pedazo de lo que antes fuimos!”...

¡Diablo de hombre el Ñero Marcelino!

Justo Arroyo

Revelación

Su vida no es desorden más
que para mí, enterrado en prejuicios
que desprecio y respeto al mismo tiempo.

Julio Cortázar

Rayuela

Podía ser en su momento más ocupado. Podía llegarle en medio de un dibujo, en el trazo de una frase; a veces hasta cuando hacía el amor.

Le podían estar contando el chiste más envolvente, la anécdota más exteriorizante, no importaba.

Maruelo había llegado a sorprender los instantes, cuando el tiempo se le detenía en la cara, como si se levantara entre él y los demás un cristal, parpadeaba seguido y la mente se le ponía afuera, viéndose y viéndolos. Entonces hacía un movimiento de cabeza, como sacudiendo la idea para regresar al momento.

Había que ser muy perspicaz para notarle esta expresión, ya que por otra parte, tenía fama de distraído.

Maruelo había descubierto la muerte.

Y como era muy sano, pues jamás se había enfermado, no era temor lo que lo hacía detenerse, era una especie de felicitación que se hacía por tener estos destellos que se le antojaban exclusivos, recordatorios de una mayor ligereza a su acostumbrada pasta.

Maruelo era lo que sus amigos llamaban un buen tipo. Sólo tenía una pequeña turbiedad social y era un divorcio. Este hecho se le antojaba como una prueba más de su inestabilidad y era el causante de que anduviera —sin que él recordara en qué momento había empezado—

JUSTO ARROYO (1936). Obra: *Capricornio en gris* (1972) y *Rostros como manchas* (1991).

con la cabeza un poco baja, que no mirara a los ojos cuando hablaba y que, cuando lo hacía, transmitiera un aire de disculpa por estar allí, sin haberse realizado, inseguro, pero, como todos podrían ver, un buen tipo, siempre tomado en cuenta para fiestas, reuniones cívicas o políticas.

Maruelo tenía el tacto suficiente para armonizar a los demás; sus opiniones eran eclécticas y se le consideraba un buen conversador. Al menos, cuando hablaba se le escuchaba, porque se esperaba de él siempre una opinión honrada, sin las complicaciones de la originalidad, de la chispa o del doble sentido. Era como un palo firme entre aguas móviles y a sus amigos jamás les faltaba tiempo para, en una discusión, reclinarsse y permitirle exponer. Aunque su idea no tuviera mucho peso, era la persona indicada para crear un paréntesis: sus palabras dichas con esfuerzo pero sin patetismo, fijaban una lógica pedestre que tenía su valor, pero que, sobre todo, permitía chupar el cigarrillo, tomar dos tragos seguidos o echarle hielo al vaso. Además, Maruelo era el mejor escuchador. Jamás interrumpía al que hablaba, levantándole la mano, por el contrario a los que hacían algún comentario dentro del discurso de alguien, logrando concentración general para que el otro, antes que nada, se sintiera bien, se expresara y sintiera la magia de la atención. Aunque la atención del propio Maruelo era errática, pues con pocas palabras estaba en otro lado; sus ojos podían estar aceptando, podía, incluso, asentir en el momento indicado, negar con la cabeza o tistiquear, lamentándose de lo que no había entendido sin que el otro se diera cuenta.

Es decir, se consideraba dividido en dos, y se decía que la parte privada, de salir a la superficie, lo dejaría total y absolutamente solo, espantando a sus amigos y condenándolo a ser el genio que creía ser y temía reconocer.

Maruelo había leído más que todos sus amigos, pero sus conocimientos caían en la conversación como fragmentarios, como retazos de cultura que hubiera adquirido sin mayor esfuerzo; una cultura que parecía de revistas, de diarios, de cine y televisión. Por eso había el grado de respeto pero sin la reverencia; antes bien, con un dejo de

inseguridad por lo que había dicho, poco respaldado por su persona, su falta de vehemencia.

No ofendía, quiero decir, y si en un principio le molestó esta amorfidad que sabía exudaba su continente, luego la aceptó, pero sin sentirse superior, porque reconoció que, en efecto, sus ideas poseían una disgresión producto de su falta de sistema. Y cada día veía más lejano el momento en que todo tuviera coherencia de línea recta, en sus palabras, en sus acciones, en su vida. Veía su cerebro como una casa desarreglada, con cuartos con objetos fuera de lugar: una recámara con una refrigeradora, por ejemplo, una sala con un sumidero lleno de zapatos. Y él, Maruelo, se había prometido durante demasiado tiempo que algún día arreglaría todo: abriría las ventanas, las puertas, dejaría entrar un viento muy helado, recogería la telarañas y cada elemento se colocaría en su puesto. Pero el momento de la verdad se dilataba y la casa seguía en desorden, dándole a su persona un aire de fragilidad, de ausencia.

Porque Maruelo no despegaba, ofrecía confianza, y el hecho de que pudiera deslizarse en su trabajo sin tropiezos, de que siempre tuviera una mujer al lado y que su casa fuera cómoda, lo hacían insustituible, como un objeto inmóvil necesario en nuestra época de trashumanía. Si se hubiera metido a hippie, si hubiera resuelto abandonarlo todo para dedicarse al budismo, habría recibido la dispensación de sus amigos mientras que, en otras casas y en otras fiestas, calcularían en silencio el tiempo que le tomaría volver.

Y su acompañante del momento, sin excepción, lo consideraba el marido ideal, la cifra que no sería difícil manipular debido a la protección que parecía le faltaba: esa camisa sin un botón, la corbata arrugada, la bragueta abierta o los zapatos gritando un lustre, las uñas sucias o el VW lleno de libros y colillas, le daban el toque que atraía a las mujeres, el aspecto de urgencia por la mano que llevara al seno, dos caricias en la cabeza, tu cabeza en mi pecho, yo te protejo, Maruelo. No le molestaba ese aire de despertador de maternidades, pero siempre que podía trataba de sacudir esa impresión mediante una activación del orden y de la independencia que le causaba tensiones. Y al rato las

cosas volvían a moverse de lugar, las veía caer como polvo en luz, sabía que debía alargar la mano, luchar por la permanencia, pero las cosas caían, les pasaba al lado y otros se encargaban de arreglar.

Jimena por ejemplo, que prácticamente se había adueñado de su departamento, Maruelo dejándola hacer, permitiendo que tuviera una llave, llegaba en su diligencia a tratarlo con la firmeza con la que lavaba los platos, barría o botaba la basura. A él, luego de bañarlo y seleccionarle el traje, lo sentaba en una silla, un café al lado y los cigarrillos, cosa de que no se moviera, no interrumpiera su labor que duraba, o que su próxima visita, cuando, una vez más, luego de su movimiento acusatorio de cabeza, Maruelo los brazos a los lados, como diciendo que no era tanto su culpa como de sus amigos, entraba en acción reclamándole su poco interés, aprecio por sus desvelos.

Él trataba.

A veces, ante su próxima visita, se pasaba horas arreglando el piso, con un detallismo que lo enorgullecía pero que, con el departamento arreglado, los vasos y ceniceros limpios, le dejaba un sabor frío en la boca, de inutilidad, de tiempo perdido y, lentamente, no como protesta sino como afirmación de vida, las cosas iban cambiando de sitio, bailando con él el desarreglo de su cerebro, encajando en éste su orden al revés, que tantas incomodidades le causaba, que algún día enderezaría pero que lo llenaba de una escondida satisfacción.

Desde que había descubierto la muerte, su dualidad se hizo más conflictiva, géminis perturbaba y ponía en paz. Progresivamente, sin embargo, iba ganando la batalla al no exigirse tanto. Es decir, se exigía cada vez más, pero los propósitos pasaban a una categoría de suspensión, a un depósito de futuro desmenuzamiento en el que esperaba el sistema. Y se le ocurría, también, que quizá ése era su sistema, que el proceso era lo que en realidad valía y que el no lograr algo tangible, clasificable, era todo el propósito de la vida. De donde, en los momentos en que descubría la muerte, con la felicitación, se decía que de eso se trataba, de ir acumulando estas verdades, como guía atemporadora de sus ambiciones.

Sólo que las ambiciones no cesaban, y dentro y fuera continuaban

cruzándolo, hasta este momento en que debatía consigo mismo si salir o quedarse a esperar a Jimena. Decidió por lo primero, diciéndose que ella lo esperaría, pensando que alguna urgencia lo había requerido y haciéndose cómoda.

Hoy no sentía deseos de hacer el amor. Al menos, no con Jimena. Para Jimena, pensaba, el amor era un asunto, un acuerdo que tiene sus reglas. Una forma de poner los cuerpos en orden, como se arregla la casa. Le daba la impresión de estar efectuando una labor de higiene: cada caricia, movimiento, como paso necesario para sacarle al cuerpo lo malsano. Por eso —se dijo parándose bruscamente— cuando terminaba, luego de tres gritos y un empujón violento desde abajo, se sentaba en la cama, se daba un golpe en las piernas con las manos abiertas y se paraba a continuar la relación en otro cuarto de la casa, en la sala o en el estudio, puntos de partida para la próxima acción. Y aunque también le molestaba este practicismo que se tomaban con su cuerpo, variante de su trato con sus amigos, Maruelo no hacía nada por variar la situación; su forma de protestar, si protesta era, consistía en alejarse con el mayor disimulo posible, sin herir susceptibilidades, abriendo la puerta sin el menor ruido y saliendo sin perturbar. Así se iba en las fiestas, sin decir hasta luego o adiós, y así se perdía cuando sus amores no marchaban. Sus amantes, llegado el momento, sencillamente no lo veían por ninguna parte. No estaba nunca en su trabajo, en su casa, y los amigos tenían que pensar duro para recordar si estaba o no en la última fiesta. En esa situación, Maruelo era como un humo que se sabe está saliendo pero que no llama la atención. Y la del momento iba perdiendo interés, la propia figura de Maruelo desdibujándose en su mente, el tiempo restándole contornos hasta que, en un momento cuando se encontraba con él, era como si se tratara de un amigo largamente ausente, la chica haciendo memoria del porqué lo había estado buscando.

Y entonces Maruelo volvía a tener una personalidad más definida. Volvía a ser la roca fuerte que era y su presencia era recordada y citada.

Ahora que abría la puerta, uno de esos días calurosos en que se sentía como metido dentro de un cubo de agua tibia, cuando la imagen

de Jimena en la cama era demasiado, con las escaleras, descubrió una vez más la muerte.

Pero esta vez, los veintiocho escalones por delante, no hubo felicitación. El sentimiento no fue fugaz. Continuó viéndose desde afuera. Pensó que sólo sería cosa del primer escalón cuando lo fue siguiendo al segundo y al tercero. Entonces, una mano en el pasamano, se dio cuenta que en realidad la escalera estaba formada por un tubo muy oscuro cuya única luz estaba al final, en el fondo.

Pero se daba perfecta cuenta que la claridad venía de la puerta.

Lo importante, entonces, era llegar a esa puerta. Bajar toda la escalera y recibir la luz. Si caía, si resbalaba desde acá, haría el máximo esfuerzo por mirar por la puerta, sentir la claridad, esa luminosidad que ahora, por el escalón seis, le pareció su salvación, en un sentido amplio, no sólo si moría, sino como arreglo de su vida si se salvaba.

En donde tomó cada escalón como si fuera un examen; una prueba que, con sólo pisar con cuidado, como estaba haciendo, le daría, si salía avante, un cambio cualitativo, fundamental, habría llegado al final de su búsqueda, al principio del orden. No apresurarse, pues, no dejarse llevar por los latidos que ya se deberían estar oyendo por toda la casa. Allá abajo, sabría si casarse o no con Jimena, si le convendría seguir en su trabajo o dedicarse a un arte, si debería seguir el tipo de relaciones que llevaba con sus amigos. De algo estaba seguro, pensó por la mitad, si el sentimiento de la muerte era una preparación para el golpe final, si todo no pasaba de ser una vulgar forma de morir, un ataque al corazón, por ejemplo, o un mareo para desclavijarse allá abajo, entonces aprovecharía cada uno de los segundos que le estaban regalando con esta prolongada presencia de la muerte.

Tocar por ejemplo, más el pasamano, como estaba haciendo, raspar los escalones con los zapatos, como estaba haciendo, respirar más profundamente y no parpadear, o parpadear de continuo, como estaba haciendo, para captar cada uno de los fragmentos que tenía que ver con vida, quizá lograr el reencuentro con algún polvo de sus pisadas, con algún aliento que exhaló esta mañana, con algún microbio que se le escapó al subir, sentir cada segundo como ninguno anterior, repo-

niendo en estos instantes los momentos que dejó vacíos, las suspensiones del mañana, llenar, llenar antes que, allá abajo, llegara el momento final.

Y sabía, porque la claridad estaba también en su cerebro, que podía dar la vuelta y volver a subir, meterse en el cuarto y esperar a Jimena, hacer un amor sudoroso para luego, al bajar con ella a algún cine o taberna, o a encontrarse con los amigos, sonreírse de su experiencia, sabiendo que jamás la podría contar, porque en realidad no había nada que contar, a lo sumo una dispensación de neurótico de parte de los que escucharían, tal como trataban a los que sufrían de alguna fijación, sí, ése era el término, lo había leído, una fijación de tipo patológico que, sin embargo, a diez escalones exactos de la puerta, le hizo percatarse de la corriente mundial, el engranaje del cual formaba parte, su insignificancia e importancia, el juicio, quizá el juicio, el término de su lucidez, corrompida por una intrascendente fijación que cualquier sicólogo hubiera eliminado con sólo veinte billetes de la consulta y que él había prolongado como alguna gracia que le hubieran concedido, como propietario de una exclusividad no duplicada en otro ser humano, a menos que fuera singular como él, porque no la había notado en ninguno de sus amigos, quienes vivían de día en día, sin tropiezos, y quizá presintiendo algo en los momentos de la cama, cuando dormían solos, sus amigos, sus mujeres, el pasado que le robaba tiempo, pensó viendo los siete escalones que le faltaban, los preciosos, preciosos segundos que había perdido volviendo al pasado, sí, lo había comprendido demasiado tarde, fue lo último que pensó cuando la luminosidad se le hizo categórica, sintió crecerle la sangre en el cerebro, abrió la boca, hizo dos movimientos ridículos, creyó distinguir algunas piernas de los pasantes por la puerta, levantó la mano, perdió el equilibrio, y cayó.

Cuando abrió los ojos, Jimena lo miraba como reclamándole esta variante en sus estupideces. Ladeó la cabeza y distinguió a cuatro amigos con vasos, conversando. Con las palabras de Jimena, fueron a su cama y, vasos en alto, trataron de animarlo con chistes. Él entendió que había llegado un médico, que había diagnosticado un vahído. Cosa

corriente, había explicado el médico, tomando en cuenta el calor que hacía y las ropas tan pesadas como las que había usado para salir. Jimena lo seguía regañando con sus movimientos de cabeza y los amigos sonreían. Le hicieron algunas preguntas que no pudo responder y decidieron que era mejor dejarlo solo para que recuperara fuerzas, volviendo a sus sillones y continuando la conversación. Jimena se paró a buscar algo y de repente Maruelo se sintió el hombre más miserable del mundo. Desde esta absurda posición, acostado, posición que, por otra parte, no hacía nada por variar, ya que sabía que podía pararse si quería, se dejaba hacer, se dejaba llevar, sin voluntad para intentar una explicación que, quizá por eso, porque sería escuchada siguiendo el patrón que tan familiar le era, Maruelo empezó a llorar por dentro, en un ataque de autoconmiseración que no le importó, siempre y cuando ellos no se dieran cuenta; y su llanto subcutáneo arreció cuando Jimena le trajo un potaje hirviendo, los amigos se pararon al lado de la cama y le sonrieron, siempre los vasos con licor en las manos.

Pero entonces, cuando aceptó la revelación, cuando Jimena sonrió por lo bien portado que estaba siendo, cuando la poción no le supo mal en lo absoluto, cuando los amigos respiraron aliviados, Maruelo se sintió feliz.

Se sintió feliz.

Se sintió feliz y agradeció las escaleras, la luminosidad y la caída.

Respiró profundamente y sacó su mejor sonrisa.

Sacó su mejor sonrisa.

Su mejor sonrisa, la que ellos esperaban de él, para regresar tranquilos a su conversación, sabiendo que Maruelo estaba allí, que siempre estaría allí, como a ellos les gustaba, mediocre.

Rosa María Britton

Apartamento Uno ¿Quién inventó el mambo?

—**L**e aseguro, señora, que no estoy vendiendo Biblias ni nada por el estilo. Yo soy el Rey del mambo.

—¿El Rey de qué?

—Del mambo, señora, ¡del mambo!

—¿Y éso qué es?

La mujer mira con sospecha al hombrecito que le ha tocado la puerta, con apremio de amigo. Solamente protestantes y sinvergüenzas se atreven a golpear la puerta de gente decente a las diez de la mañana un sábado, cuando ella se ocupa de hervir la ropa sucia y asolear colchones.

—Es música, señora, música que está arrasando en México, Cuba y ahora aquí en Panamá.

Los ojos detallan el saco que parece pertenecer a alguien mucho más alto, los pantalones amplios, ajustados en el tobillo, dándoles aspecto de ropa de harem, la cadena de oro colgada hasta la rodilla, los ojos redondos, vivaces y el bigote a lo Fu-Man-Chú. En los pies, zapatos adornados por unas hebillas grandotas y ¡tacones! ¡Dios Santo, tacones!

—¿Qué clase de música es esa?

—Música para bailar, señora. Música con ritmo, y alegría, para menear el cuerpo y olvidar las tristezas, música para todas las edades, para todos los pueblos, ¡música! Música de la mayor, en si menor, do sostenido, blancas, corcheas, fusas... Aquí está todo, señora, permítame una demostración, —le enseña el abultado portafolio que lleva bajo el brazo.

ROSA MARÍA BRITTON (1936). Obra: *¿Quién inventó el mambo?* (1986).

—¡Ah! ¿Es que vende libros de música? Sinceramente no estamos interesados. Mi hija estudia en el Conservatorio Nacional y todos sus libros los compramos en el Almacén Mckay, allá por la Catedral. No creo que la dejen tocar el mambo que usted ha inventado. En realidad a nosotros solamente nos gusta la música clá-si-ca, —lo recalca para estar segura de ser entendida— música de verdad, la de los grandes compositores, Schuman, Bach, Chopin y sobre todo Rachmaninoff. Somos miembros fundadores de la Sociedad Pro-Arte Musical y mi hija asiste a conciertos desde que tenía cinco años. Así que, con su permiso, tengo mucho que hacer.

El hombrecito la detiene con un gesto imperioso, antes de que le tire la puerta en las narices.

—¡No! Tampoco estoy vendiendo libros de música, señora. Permítame presentarme. Mi nombre es Dámaso Pérez Pradoff —una sonrisa ilumina sus ojos redondos que parecen bailar en la cara redonda—. Escuche usted: El martes comienzo un “show” con mi orquesta en el Hotel Internacional por una semana y necesito ensayar unos arreglos, pero en ese lugar, de día, no es posible acercarse al piano. Hay gente en el comedor a todas horas. Me distraen, me piden autógrafos —la fama tiene sus problemas— en fin, no puedo estudiar ni crear. Usted me entiende, ¿verdad, señora? Una persona culta como usted sabe bien que nosotros los artistas de música de verdad necesitamos absoluta tranquilidad. El camarero jefe me informó que él había oído que en esta casa tenían un piano nuevecito, recién traído de Europa, que es el mejor que hay en toda la ciudad y me he atrevido a venir hasta acá a suplicarle que me deje usarlo por unas cuantas mañanas para ensayar. Le pagaré bien, le aseguro, —añade al ver la cara de asombro de la mujer.

Isabel no ha conocido a nadie que se vista así, con esa cadena largota y los pantalones de pachuco; solamente los ha visto en las películas mejicanas que dan en el “Variedades” y tiene la vaga impresión de que todos son maleantes o por lo menos, marihuaneros.

—Bueno, es que... no sé qué decirle, señor Pradoff, francamente no podría... no sé...

—Cinco dólares por día señora, por tres horas de uso.

—No es el dinero, comprenda usted, pero no lo conozco y no sé si mi esposo estaría de acuerdo. ¿Cómo es que dice que se llama, Pérez Pradoff? ¡Qué nombre más raro!

—Nada tiene de raro, señora. Es el nombre de un compositor que ya es famoso en otras latitudes y muy pronto lo será en este bello país, si solamente me da una oportunidad de practicar en su piano.

Habla y gesticula y se empina en los tacones y hasta se persigna con un enorme crucifijo que le cuelga de una gruesa cadena de plata en medio del pecho; el gesto la impresiona; después de todo, un individuo capaz de adornarse con una cruz de Obispo no puede ser un maleante y acaba por acceder a su petición, aunque siempre le queda cierta desconfianza hacia el desconocido. Lo deja pasar y se arrepiente enseguida, pero es demasiado tarde. El hombrecito se apodera del piano, con un deseo que no deja lugar a dudas de su apremio en ensayar el mambo. Abre la tapa que se desliza con facilidad y con una mano acaricia las teclas, asegurándose de paso que todas están a tono; para arriba y para abajo, dos o tres veces, los dedos se encaraman por las negras con una agilidad asombrosa, como el niño que encuentra su juguete favorito: Sol, acorde, escala, trino. Satisfecho, se quita la levita, acomoda los papeles y con el lápiz detrás de la oreja comienza su trabajo, sin darse por enterado del asombro de doña Isabel, que desde una esquina de la sala procura asegurarse de que es ella la propietaria de tan divino instrumento...

—Y por favor, señor Pradoff, ni se le ocurra poner nada húmedo sobre la tapa; es un mueble muy fino, traído especialmente de Nueva York para mi hija, que algún día será una gran pianista y no de mambos, puedo asegurarle.

Pero el otro, ensimismado en su música no le hace el menor caso y la mujer termina por retirarse a la cocina de mala gana, no sin antes advertirle a la empleada que no le quite el ojo de encima al señor Pradoff, porque no está segura de sus intenciones.

Es sábado por la mañana: En el patio, los chiquillos juegan, celebrando el día de asueto, las mujeres lavan la ropa de la semana y asolean

colchones manchados de orín por los muelles del bastidor. Los del cinco duermen, porque la fiesta de anoche se prolongó hasta la madrugada; un radio en el vecindario toca a todo volumen el “swing” de moda, en la avenida los buses pasan a gran velocidad arrastrando el polvo de un verano seco.

El sonido empieza a elevarse poco a poco, entre vacilaciones y acordes sin consecuencia, como un llanto quebrado, indeciso, opaco.

¿Y a éso le llaman ahora música? —piensa la mujer en la cocina todavía molesta por su momento de debilidad.

Busca y rebusca armonía, la tonalidad exacta, el lápiz ágil dibuja y borra garabatos negros en el pentagrama, que crece y engorda, irritando a los del cinco que se han levantado con un tremendo dolor de cabeza, porque la juma les dura.

—¿Ya comenzó la flaca a machacar el piano? No hay derecho...

En la cocina, la mujer reza entre dientes para que el marido no regrese temprano, porque está segura de su enojo al encontrar al hombrecito compositor, rey de esa música detestable, aporreando el piano de su hija que tanto dinero le costó traer desde Nueva York. En la sala, la búsqueda cesa. Cerrando los ojos, el compositor se estira, abre y cierra los dedos con regocijo y ataca el teclado con el brío reservado para las grandes funciones. Fluye el ritmo y el sonido que se cuele por la puerta despertando a los perros que dormitan al sol. Los del cinco, negociando un café con manos temblorosas se asombran que la flaca tenga tamaña energía, pero al segundo compás se dan cuenta de que tiene que ser otro el pianista. Los chiquillos en el patio dejan de jugar a la rueda, los buses detienen su marcha veloz y hasta el “swing”, vencido, retira sus sonidos al otro lado del Canal.

¿Quién inventó el mambo que me provoca?

La gente se acoda en las ventanas y los balcones se llenan de oídos temblorosos y pies que cosquillean por encontrar pareja. En la cocina, doña Isabel escucha mientras le implora a Bach en silencio que la proteja de la tentación que el sonido levanta en su cuerpo. La dueña del piano llega sudorosa, interrumpido el juego, con ojos de asombro que recogen la imagen del pianista. Parado, baila y mueve el cuerpo al

compás de la música alucinante, que sus dedos arrancan del piano, apoyándose en el pedal, a veces con delicadeza y otras con fuerza, mientras su figura se agiganta en cada nota.

...que a las mujeres las vuelve locas.

—“La postura correcta para tocar el piano es con el torso erecto, los codos ligeramente alzados, los dedos curvos, la cabeza fija en el pentagrama y la punta del pie derecho sobre el pedal”, —recuerda las palabras de la maestra enseñándola tocar las aburridas sonatinas, que en nada se parecen a esta maravillosa cascada de sonidos que levanta el hombrecito de pie frente al instrumento con los dedos estirados, listos para atacar las teclas.

Termina el ensayo y se despide cortés, ofreciendo el pago que Isabel rechaza.

—Se trata de un artista, aunque sospecho que no muy bueno. Sabes, Camilo, no te enojés, pero regresa mañana. Si, ya sé que es domingo, pero me rogó tanto y además lo mandó el dueño del Hotel. Es por culpa del piano nuevo, todo el mundo está hablando de eso, dicen que fue una extravagancia comprar un instrumento tan caro y con la guerra acabadita de pasar. Yo sé que somos la envidia de gente que no tiene la menor educación ni sabe nada de música. El señor Pradoff sólo estará aquí una semana y no creo que venga todos los días; no te preocupes que lo vigilaré de cerca para que no se lleve nada. No estoy segura si es cubano o qué, pero se viste muy raro, como en las películas mejicanas y hasta usa tacones. ¡Dios nos ampare, a lo que está llegando el mundo!

Y regresa al día siguiente acompañado de otro que, como él, parece extraído de una cinta de celuloide y ése empuña la trompeta y se disculpa diez veces antes de entrar, sin darse por aludido del malhumor de la dueña de la casa que le recuerda al pianista que su negocio es con uno solamente, ya totalmente arrepentida de su generosidad. El hombrecito habla y gesticula rodando los ojos redondos en su cara redonda y termina por convencerla una vez más.

El vecindario está alerta pero no deja de sorprenderse del sonido de los dos instrumentos que se disputan el ritmo con un desdoblamiento

to de acordes que acaba por vencer la timidez de la gente que, en los balcones y el patio, baila sin importarles el bochorno del mediodía. La rosacruz del tres cierra las ventanas de su apartamento, murmurando vagas amenazas en contra de los que así se atreven a perturbar la paz del domingo dedicado a la búsqueda de vibraciones especiales de la psiquis.

Los ágiles dedos recorren el marfil y el pie acaricia el pedal; los labios gruesos del trompetista soplan el metal, saturando el ambiente de notas y la avenida se llena de gente que estira el pescuezo para ver a través de las ventanas al rey de la armonía y el ritmo. En el apartamento de los Bermúdez la gente se cuele por todas las puertas, ansiosa de conocer a los artistas que se menean casi tanto como los bailarines.

—O terminan pronto o los boto de aquí —protesta el señor Camilo, sordo a la melodía por su carácter agrio.

—Le agradezco, señora, el favor que nos ha hecho. Completamos el trabajo y no tenemos necesidad de regresar. Espero que no haya sido mucha molestia y quiero verla con su familia en mi show. Si se identifica en la puerta tendré el placer de ofrecerle una mesa en “ringside” el martes, día del estreno.

—Muchas gracias señor Pradoff, le agradezco su invitación, pero nos será imposible asistir. Esa noche hay un concierto en el Teatro Nacional de un pianista polaco que interpretará los preludios de Rachmaninoff y como usted comprenderá...

Los ojos de la niña se humedecen de tristeza y sentada al piano, le dice adiós al rey del mambo con una temblorosa sonatina.

Pedro Rivera

Knockout

PPRIMER ASALTO. Ahí está la campana. “Calma, calma”, eso dijo. Es verdad, sin apuro, primero el jab y ver lo que trae, lento, lentamente, descifrar su estilo, no es tan difícil, no tanto. Se enrosca como una culebra, las manos adelante, juntas, se piensa impenetrable el puto. Epa, epa, ojo a la derecha, si me lo dijo. Además, todos lo dicen: “tiene una derecha de miedo, la suelta por encima del hombro”. Mejor resulta mantener la distancia, mucho mejor. Japearlo así, de seguido, así de lejos, sin coger chance. Oh, también japea sobre mi ojo, cabroncito. Pero no es nada, rutina; sólo su derecha me preocupa porque la suelta sin aviso, como dicen, sólida, de verdad. Buen golpe el suyo y el mío también, de uper. Me sorprendió. *Mamá, mira mi velocidad, en la punta de los pies, ¿te fijaste? Seré bueno, Un Sugar Ray Robinson, mamá. ¿Te gusta? un Joe Lois, ¿ves? No mamá, déjame, la mecánica no da plata, te lo digo. ¿Sastre? Estás loca, eso es para mujeres. ¿Coser? Con los puños es más rápido, tendrás carro, casa. ¿No quieres casa? Pero, si no me gusta estudiar. Vaya, vaya, viene con ganas de cocinarme el hígado, el muy vivo. Campeoncito, no te apures, cógelo suave, suavidad mani, ya veremos quien es quién, ya verás.*

INTERMEDIO. Y vuelve con la cantaleta de la distancia. Sí, lo veo, está ansioso. Claro, me conviene la distancia corta, estar encima de él, acorralarlo en una esquina, en el clinch. No, no me olvido de su derecha, ¿cómo voy a olvidarla, hombre? Está bien, está bien, tiene los remos largos, pero si me acerco me mata. ¿No lo cree? Esa toalla está

PEDRO RIVERA (1939), obra: *Pecata Minuta* (1970) y *Las huellas de mis pasos* (1994).

demasiado áspera, coño. Espera, déjame respirar, coger un poco de aire, ya viene la campana.

SEGUNDO ASALTO... El jab de nuevo, me emputa... No duele nada, pero molesta. Necio como un zagaño, pegajoso. Mira eso, hacia adelante y hacia atrás, no es baile, niño. *¿Éso es lo que me toca? ¿Ésa es mi parte? No, no me conformo. ¿Para qué voy a ver los libros? No entiendo nada. No me diga eso, no me diga campeón, no adule. Claro que gana bastante. Es mentira, en publicidad no se gasta ni una mierda, lo sé. Los sparring cobran una miseria. Trabajan gratis, coño. ¿Viáticos? Use su propia plata, tiene un buen porcentaje, no use la mía, me deja en la calle. Éso no está en el contrato. Claro, sé leer. Esa parte la agregé después, me acuerdo, cuando le pedí un adelanto. ¿Cómo voy a quejarme a la Comisión si todos son sus amigos? Tiene huevo. No se está quieto, no deja de moverse, de bailar. Mejor lo llevo a las cuerdas, así. Coge esa, campeoncito. Suelta. Árbitro, mire nomás como cabecea. Suelta. ¿Cómo dices? ¿De gancho? Pero, si no se deja. Escurridizo el puto, como jabón. No insultes; sube, acá arriba las cosas son distintas. Yo soy el que se faja, el que aguanta los golpes. No haga publicidad, pues. Despida a los entrenadores, no los necesito. De ahora en adelante, nada de taxis. Déme lo que va a darme y punto. Eso, ni para la semana, le digo. Campeoncito, estás enamorado de mi hígado. Vaya, metes bien el bolo, lo metes bien, a la descuidada. Un dos, buena combinación, lo vieron, de one two; oíste mamá, no apagues la radio. Lo soné Margara, en pleno carón, ¿qué se ha creído? Coño, me pilló. Vaya, otra vez. Espera, campeoncito, me cabreas.*

INTERMEDIO. Pero, si no me zurra nada, loco. Claro, como tú mismo dices, lo busco adentro, en el cuerpo a cuerpo, acorto la distancia, subo las manos así, así, ¿lo ves?, bloqueando y adentro, siempre. Te equivocas, no es ningún congo, no se crece a mi costilla, te juro. No ves nada. Cambia esa toalla, raspa de sucia. No he dejado de seguir esa derecha, no la pierdo de vista. ¿La derecha? Que la suelte, pues. A ver si puede. Ya salgo, ya.

TERCER ASALTO. Está bueno con el público; cabrean con eso de arriba Bebi, la derecha Bebi, el boloponch Bebi, mávalo. ¿Yo, co-

barde? No le tengo miedo, carajo ¿Tú plata? La madre que te parió, hombre. Ahora sí, con ambas manos. Y dale con el acábalo, como si fuera fácil, soquete. Ven acá, como si me fajara con un paquete. Es duro sostenerse cuando le han zurrado a uno en la quijada, de veras. Es mejor amarrarse, empujarlo a las cuerdas, así. Clinch, brother, ven acá, espera un poco, no sueltes. Aire, manito. Campeón, dame tiempo, ¿no? Un minuto, te haré ver a tu abuela, hediondo; ¿No quieres ver a tu abuelita? Sube la mano, coño. Con que de nuevo el uper, y el gancho. ¿Cómo lo hace? Tanta bulla por tan poca cosa; lo ven, mi derecha es buena, vaya si lo vieron, clarito, en toda la face. Hey, golpe bajo. Árbitro, así no. Ojo buaicito, estás vendido, oblígalo a subir las manos, no respondo. ¿Cómo dices? ¿Abajo y arriba? ¿Quién lo entiende? Estás gufi, deja las señas a un lado, chico, sólo tengo dos manos, ajo. Vaya, la campana.

INTERMEDIO. Ya no es como antes, viejo. Masajéame la espalda, duro. Antes, ayer no mas era joven, había que ver. ¿Te acuerdas? *Gancho abajo, la misma mano arriba, de Sorpresa, a la cara, en la punta de los pies. De lo que traes llevas, manito. Sangre, entonces a buscarlo. Eso, por todo el ring, para el decisivo. Todo bien pensado, con la derecha, sin miedo, como tiene que ser. Al suelo. Uno, dos, tres, vaya. Hasta diez, hasta cien, la mano arriba, los aplausos. ¿Cómo? Ah, sí, la campana.*

CUARTO ASALTO. Vamos campeoncito, aporrea; eso, eso. *No mijo, yo no quiero que seas boxeador. ¿Zurraste a Betito? No lo vuelvas a hacer; es tu amiguito. Coge ese nickel y cómprate un cuaderno. Mira mi cara, está fea, cortada, ñata. Anda, ve a la escuela. No, no irás al gimnasio, mejor estudia, busca profesión, mijo, buen swing, estudia mecánica, aguanta brother, o sastrería, aguanta esa mano, campeoncito, te rinde más cuenta, porque me falta aire, te lo digo yo, mijo, la experiencia, aire la plata es para otros, apoderados, entrenadores, queridas, tú sabes. Deja ese jab pendejo, mosca, te zurren de lo lindo, quita, y ellos cobran toda la plata, toman tragos, salen con mujeres, hasta cuándo campeoncito, hasta cuándo.*

INTERMEDIO. ¿Cómo voy a salir de las cuerdas? Aparta ese amo-

níaco, coño. Un golpe, sí, lo sé. No lo repitas. Un sólo golpe, sino estoy frito, ¿verdad? No me importa un carajo con mister White, que se muera de rabia ojalá. Mentira no ha invertido un coño. No hombre, no estoy dormido. Dame el protector. No seas cabrón, tira la toalla y te mato. Te mato, lo oyes, que si qué.

QUINTO ASALTO. Mierda, me dio duro. La metió por arriba, la derecha, ya lo decía. No te suelto, vergajo. Piensas que voy a dejarme caer. *No quiero estudiar eso, sastrería.* Como tires la toalla, te mato, *mirón mirón*, pronto me levanto, *estudia mecánica mijo*, me levanto, ves, *no gaste en publicidad*, mister White. ¿Por dónde va la cuenta? ¿Cuatro? Huele raro aquí. Si, *Margara, estás preñada; le pondrás Pedro y no será boxeador.* ¿Seis? *Pellín, tome el purgante.* Ajá, siete, ya me levanto. *Pellín, los hombres no juegan con muñecas* ¿Ocho?, ya, ya. *Te compré un carrito mijo, de cuerda.* Puta, nueve; cuentas muy rápido, cabrón. ¿Diez? *Te hice un hijo, Margara, te preñé.* ¿Que me levante? No me digas pendejo, no.

Dimas Lidio Pittí

Los caballos estornudan en la lluvia

Era un día de agua. De agua y de viento. Lo sé porque lo he vivido desde siempre. Sin que pueda precisar la hora exacta en que empieza la memoria, allí están el sonido de la lluvia en el zinc, los pasos apresurados de la abuela y la tía Nena, las gallinas resguardadas en los aleros de la casa, el agua hirviendo en la cocina, el abuelo en el portal, con su aire severo, puesta la atención en la línea de las goteras, en los árboles agobiados por la lluvia o en los chillidos de los cachorros que se disputan la ubre; allí están las palabras en la penumbra del cuarto (la abuela y la tía Nena son hermanas por la sangre y por la vida y han visto y vivido muchos trances como éste; mi madre, en cambio, carece de experiencia), limosnas por la humedad de tantos días de cielo y cielo gris; allí están, agazapados, como gatos al acecho, los recuerdos de las tres mujeres, y también los temores y las conjeturas. Sucesivas capas de sudor recubren a mi madre. Los dolores y una vaga incertidumbre aletargan sus sentidos, estrujan su carne y la sumergen en un sopor de nieblas, susurros, somnolencia y sonidos lejanos. Su vientre hinchado es una protuberancia oscura en la claridad lechosa del cuarto, que sólo recibe luz por las junturas de las tablas, debido a que la única ventana ha sido cerrada para evitarle a mi madre un pasmo. Tía Nena se aproxima a la cama y le palpa la barriga. El aire espeso recita palabras enrevesadas, como si conjurara espectros, y su mano comunica (intenta darle) confianza y alivio al cuerpo desgarrado, que ahora se retuerce entre quejidos y sudores fríos. Mi madre siente la mano, quiere decir

DIMAS LIDIO PITTÍ(1941), obra: *Los caballos estornudan en la lluvia* (1978).

algo, pero un nuevo espasmo ahoga su voz. Tía Nena le limpia el sudor de la frente y sigue murmurando palabras que sólo ella conoce: las mismas que ha repetido durante años en casos semejantes. En la cocina, la abuela echa más agua en la paila y en silencio hilvana una plegaria porque todo salga bien y pronto. En otro fogón pone el té de hojas de guanábano para el abuelo. Este oye los quejidos de mi madre mientras traza dibujos enigmáticos en la tierra húmeda, cerca de las goteras. Algunas figuras parecen animales y otras sugieren objetos, pero todas se esfuman como presentimientos con las salpicaduras del agua. Sin embargo, el abuelo insiste en descifrar el tiempo con la varita seca y sigue trazando imágenes caprichosas. La abuela entra al cuarto y deja una totuma humeante sobre la tablilla que sirve de tocador. Ahí tienes un poco de café, dice a la tía Nena. ¿Crees que todavía demore mucho? Creo que ya no tanto, responde ésta; los dolores son cada vez más seguidos. Bebe un sorbo y mira hacia la cama. Mi madre está ahora quieta, como adormecida. La abuela acomoda la almohada de mi madre y acaricia su cabeza. Luego sale. Voy a echarle más agua a la paila, dice. Tía Nena se sienta en una silleta y bebe el café a pequeños sorbos. Antes de que lo termine un quejido profundo la levanta. Deja la totuma sobre el tocador y se acerca a la cama. La cara descompuesta de mi madre está más pálida que antes y su cuerpo se agita y retuerce bajo la manta. Tía Nena grita: ¡Goya! Los pasos de la abuela llegan desde la cocina. Creo que ahora sí, dice Tía Nena. ¿Quieres que traiga el agua?, pregunta la abuela. Todavía no; yo te aviso. Eso sí, ten a mano los trapos y las sabanitas. Apartó la manta hacia los pies de la cama y levantó la falda de mi madre. Abre bien las piernas, hijita, dijo con voz dulce; y no tengas miedo. Sus manos palparon la piel tensa del vientre. Sí, ya no demora mucho, murmuró. Quédate así, dijo luego. Apoyada en el borde de la cama examinó el rostro de mi madre. Su cabello castaño estaba oscurecido por el sudor y sus labios se veían resecos, como si tuviera fiebre. Le pasó un pañuelo por la frente. Ya van seis horas, pensó; si al mediodía no acaba, habrá que llamar gente para llevarla a la estación. En ese momento mi madre abrió los ojos. Tengo sed, dijo. Tía Nena buscó la taza con agua de linaza y le dio un

sorbo. No es bueno que tomes agua, hija; esto te quitará la sed. El silbato del tren que iba para Palmira sonó tres veces. El abuelo prestó atención y pudo percibir, en la distancia y la lluvia, el sonido de los rieles. También sintió cuando el tren se detuvo en la estación. Aunque la distancia era mucha y el monte impedía, aun cuando no lloviera, ver la estación y los llanos, el abuelo vio a los pasajeros bajar del motor con sacos y paquetes y refugiarse apresuradamente en la caseta de zinc; también vio las lejanías grises de los cerros y las tonalidades diluidas de la costa y el mar. Eran muchos kilómetros hasta David. Pero cuando había buen tiempo se podían ver algunos edificios de techos rojos y uno blanco, alargado, que era el hospital. ¿Por qué pienso en el hospital?, se dijo. En ese momento oyó el quejido profundo y el grito de Tía Nena a la abuela. Dos minutos después, el motor salió de la estación y el ruido de los rieles volvió a mezclarse con la lluvia y el viento. En la llanura inundada, las cercas de piedra eran culebras oscuras, y los árboles, fantasmas, y la mañana, una extensión algononada, atravesada por los hilos fríos y largos de la lluvia. Mi madre no oyó el tren porque en ese momento un espasmo más fuerte que los anteriores agarrotaba su vientre. Ella sólo podía oír los latidos de su sangre y su respiración agitada y la angustia (su ruido áspero y seco, doloroso) que le ponía las piernas pesadas e insensibles. Tía Nena estaba allí, pero mi madre apenas la veía; su rostro se le desdibujaba en la penumbra. Sin embargo, sentía la ternura de su mano cuando le enjugaba la frente y le decía: no tengas miedo, relájate, que todo saldrá bien. La abuela salió al portal y vio los dibujitos. En ese instante, el agua borraba una estrella de tres puntas con una cruz en el centro. La abuela se estremeció al verla ¿Qué es eso?, preguntó. Era una estrella, dijo el abuelo. ¿Quiere que le traiga té? Bueno, contestó él. Miró hacia el cuarto. ¿Todavía demorará mucho? No sé, dijo ella; Magdalena cree que falta poco. El abuelo miró la lluvia, ahora más fina, los pequeños arroyos que formaba en la sabana, los altos cedros que su suegro había sembrado cuarenta años atrás, el caballo cebruno, cuyo pelaje se había oscurecido con el agua, los huecos de las lombrices en el patio, la gallina que se había guarecido con sus pollos, todos debajo de ella, cerca de donde él estaba; su vista

recorrió la realidad y sintió crecer dentro de sí una tibia ternura por todo lo que veía. Pensó que la mayor parte de todo eso había brotado de sus manos a lo largo de los años, de incontables sudores y desvelos. La abuela regresó con una totuma de té humeante. El abuelo tuvo un acceso de tos. Puso a un lado, recostada contra la pared, la varita seca, sacó un gran pañuelo de bolitas rojas y negras y tosió durante un rato. La abuela esperó a que él terminara de toser; mientras, miró hacia la puerta del cerco y recordó la primera vez, veinte años antes, que entró por ella como esposa del abuelo. Doscientos metros más allá, rodeada de naranjos y otros árboles frutales, con un gran ciprés al frente, estaba la casa de sus padres. Desde entonces había tenido cuatro hijos y mucha gente había muerto, incluidos su padre y dos hermanos (Emilia, de parto y Félix, desangrado en el camino del Río Piedras, después de haber sido cortado a traición por culpa de una mujer), y ahora estaba a punto de nacer su primer nieto. Sin saber por qué, de pronto tuvo la sensación de que la vida era como esa agua que corría debajo de la grama. El abuelo dejó de toser, se limpió los ojos llorosos y pidió el té con voz afónica. Ella observó su cara enrojecida por la tos, su bigote de largas guías, canoso, y sus manos de dedos gruesos y callosos. Me avisa cuando acaba para llevarme la totuma, dijo y regresó a la cocina. El estampido de un trueno trajo a mi madre a la conciencia y por primera vez en mucho rato pensó en lo que estaba próximo a ocurrir. Se tocó el vientre tenso y percibió leves movimientos. Tía Nena le sonrió y ella sintió vergüenza. Intentó bajarse el vestido, pero la tía le dijo: no, quédate así. Mi madre miró hacia la pared y permaneció quieta. Por las rendijas veía la grisácea claridad exterior y escuchaba el ruido de la lluvia y de los animales y el lejano zumbido del río. Tengo sed, dijo. La Tía fue al tocador y trajo la linaza y le dio un sorbo. Mi madre cerró los ojos y dobló un brazo sobre la cara. Tenía ganas de dormir un día entero. El acompasado caer de las goteras en la zanja era un sedante. Súbitamente los dolores volvieron y sintió que sus caderas crujían, que la carne se desgarraba; apretó los puños y se mordió los labios, pero no pudo evitar que un quejido hondo y largo saliera de su boca. La abuela oyó el quejido en la cocina y volvió a pedir en silencio que

aquello acabara pronto. Después, se cubrió la cabeza con un costal de henequén y fue a buscar una lata de agua. Mientras desenrollaba la sogá mojada del pozo (y luego mientras el cubo llegaba al agua y todavía cuando tiraba de él) siguió rogándole a San Antonio que la hija tuviera un buen parto. Cuando regresaba a la cocina, vio que la perra y sus tres cachorros dormían profundamente en el nido que ella les había hecho, con sacos viejos y bagazo de caña, en una esquina del portal. Puso la lata de agua junto a la piedra de moler maíz y colgó el saco mojado cerca del fogón. Oyó que la Tía Nena decía algo en el cuarto. ¿Qué dijiste?, preguntó. Nada, respondió Nena; le hablaba a Ninfa. La abuela echó más agua en la paila y después desenterró tres yucas del lugar donde las guardaba para que no se resegaran, y se puso a pelarlas. Al terminar de partirlas, agregó chayotes, un gran pedazo de ahuyama y dos otores; lavó todo en una totuma grande y luego lo echó en la olla en que hervía la carne desde hacía rato. Mientras revolvía las verduras y atizaba el fogón, oyó la voz del abuelo. Ahorita voy, dijo ella. Tapó la olla de la sopa y fue a buscar la totuma. El abuelo la tenía en el regazo y de nuevo dibujaba figuras en el suelo. La abuela observó en silencio las figuras y recordó que el tío José, ya centenario, casi ciego y sordo como una piedra, también dibujaba en el suelo cuando llovía. El abuelo le dio la totuma. ¿Se siente mejor?, preguntó ella. Casi lo mismo, dijo él; aunque tengo el pecho menos apretado. La abuela regresó a la cocina y agregó leña al fogón del agua; luego destapó la olla de la sopa y la revolvió con un meneador de madera. Después fue a donde estaba el costal del arroz y sacó tres tazas y las vació en una batea. Mientras cerraba el saco recordó que Nena también iba a comer en la casa y añadió otra porción. Con la batea en las piernas, se sentó junto a la puerta y comenzó a sacar los granos con cáscara. En el portal, la perra gruñía en sueños. El viento había disminuido y la lluvia había arreciado. Las gotas golpeaban el zinc con fuerza. Tía Nena seguía en el borde de la cama dándole ánimo a mi madre; insistía en que mantuviera separadas las piernas y no se desesperara. La primera vez siempre es muy dura, pensaba Tía Nena: se ignora todo y el miedo le quita fuerzas a la mujer. Recordó sus propios partos y los de algunas de

las mujeres a las que había asistido. Había ayudado a traer al mundo cuarenta y nueve niños, sin contar los tres que habían fallecido después de nacer, ni los dos que habían muerto dentro de sus madres. Algunos eran sobrinos, otros no eran nada, pero todos le decían madrina y el día de la madre le llevaban regalos. Esos hijos de sus manos eran su orgullo. Cuando veía a los hombres que pasaban a caballo y la saludaban con un grito, o cuando dos o tres muchachas llegaban trayéndole un queso o una jalea y pasaban un rato con ella viendo las flores y hablándole de bailes y de novios, sentía que su vida se ramificaba mágicamente en el vigor de los jinetes y en la gracia de las muchachas; sentía que una parte de sí misma recorría con ellos los caminos y los llanos, o esperaba con ellas la saloma del enamorado detrás de una ventana. En casi todas las casas de Palma Real, de Caña Blanca, de Los Naranjos, de La Acequía y en dos o tres de otras comarcas (una noche cabalgó cuatro horas, acompañada por uno de sus hijos y por el hombre que vino a buscarla, para ayudar a una mujer de Hato Sole que tuvo mellizos) había alguna vida traída al mundo por sus manos. Dejó los recuerdos y limpió el sudor de la frente de mi madre. Haz fuerza, hija; tienes que hacer fuerza; ya falta muy poco, dijo. Sí (volvió a pensar en los partos primerizos), es verdad lo que dicen algunos: sólo las vacas y las indias nacen sabiendo parir. El abuelo vio que alguien, cubriéndose con una lona embreada, llegaba a la puerta del cerco. Ahí viene uno, dijo. La perra despertó y comenzó a gruñir. Parece que es Silvestre, agregó la abuela, asomada en la puerta de la cocina. Sí, es él, asintió el abuelo desde el portal de la otra casa. Silvestre saludó al abuelo, pero pasó de largo hacia la cocina. Tía Goya, pregunta Mime que cómo va Ninfa. Entra, no te quedes ahí mojándote, dijo la abuela. Dile que todavía no ha habido nada, pero que ya falta poco; y que todo saldrá bien, con el favor de Dios. ¿Quieres un poquito de maizena? Bueno, dijo Silvestre (sobrino de la abuela, hijo de una hermana de ésta ya difunta, que se había criado con Mime, la madre de la abuela); me caerá bien para el frío. Se miró los pies descalzos y los pantalones arremangados. Parece que va a seguir lloviendo, dijo. Con el de hoy ya son tres días de agua, ¿verdad? Tres y medio; comenzó la

noche del martes, precisó la abuela. No sé cómo haremos si hay, Dios no quiera, que llevar a Ninfa a la estación. Silvestre terminó la maizena. Estaba buena, dijo y se limpió la boca con la manga de la camisa. La abuela tomó la totuma. Ahora anda a decirle a mamá lo que te dije. Apenas haya algo yo iré a avisarle. Silvestre salió y la lluvia resonó sobre la lona embreada. Adiós, dijo al pasar frente al abuelo. Adiós, respondió éste, saludos a Mime. El abuelo siguió a Silvestre con la vista, hasta que desapareció detrás de las piñuelas de la cerca. Ya es un hombre, pensó; pareciera que fue ayer que enterramos a la finada Emilia y Rosita tuvo que amamantarlo. Isidoro (hermano de la abuela y de Nena, marido de Rosita) quería que se lo dieran del todo, pero Mime se opuso. A cambio de la hija, Dios me deja al nieto; me servirá de compañero, dijo el día que Isidoro le habló del asunto. Rosita lo amamantó tres meses y después tomó leche de vaca negra. Todos estos años ha estado con la viejita. Y cuando Julián (hermano menor de la abuela) tome obligación y se vaya, Silvestre seguirá acompañando a Mime hasta la muerte. Un quejido más fuerte que los anteriores, casi un grito, volvió al abuelo a la realidad. Si hay que llevar a Ninfa a la estación, será un problema reunir gente, pensó: Faustino (hijo segundo de la abuela) no vendrá hasta el mediodía y Milton (hermano menor de mi madre; la abuela lo había mandado al amanecer a la tienda, distante cinco millas) es demasiado chico; habría que decirle a Isidoro, a Candelario (hijo de Isidoro) y a Silvestre. Ya serían cuatro. Pero faltaría el relevo que se encargara de los caballos. Si no me hiciera daño mojarme... Y las quebradas deben estar hondas; antes de que comenzara a llover estaban crecidas. Vio que el agua había borrado las últimas figuras que había hecho, pero no le dio importancia. Ojalá no sea menester llevarla, pensó y caminó hasta un extremo del portal y orinó en la zanja de las goteras. Tengo miedo, tía, dijo mi madre. Cálmate; los dolores son buena señal y yo estoy contigo; no tienes por qué tener miedo. La Tía palpó el vientre de mi madre y se dijo que todo iba bien. Tal vez todavía tardara un rato, pero era casi seguro que no habría complicaciones. Mi madre sintió las manos de la Tía y se serenó; incluso quiso sonreírle. Era buena Tía Nena: a ella la había traído al

mundo y a Faustino y a Milton y a Lucrecia (la otra hija de la abuela; estaba donde Mime porque era demasiado joven para ayudar en un parto); los había traído a todos y todavía ahora... Su mano agarró la de la Tía, pero no pudo sonreír porque un espasmo prolongado paralizó sus nervios. Ahora los dolores eran mucho más intensos y se repetían cada pocos segundos; le parecían largos, interminables desgajamientos que le astillaban los huesos. ¡Ay, gritó, Roberto, me muero! Tía Nena observó las contorsiones y pensó que ahora sí era inminente el parto. ¡Goya, gritó, ten el agua lista! Sobre la otra cama que había en el cuarto dispuso las sabanitas, las tijeras y los trapos limpios; también puso sobre la cama el viejo platón lleno de flores blancas, celestes y rosadas, en que acostumbraba lavar a los recién nacidos. La abuela entró. ¿Traigo el agua ya? No, respondió Tía Nena, pero tenla lista; de un momento a otro será la cosa y debe estar bien caliente. La abuela buscó en la tablilla que había encima de la otra cama una bolsa de papel y de ésta extrajo una botella de bayrum y una lata de polvos para el cuerpo y las puso cerca del platón Esto es bueno para la criatura, dijo. Tía Nena asintió en silencio y regresó junto a mi madre. Ahora sí, hijita, dijo, puja con todas tus fuerzas; no dejes de hacerlo, por más que te duela. Tengo sed, dijo mi madre. Es mejor que no bebas ahora, aconsejó la Tía; después podrás tomar té. La abuela había regresado a la cocina. Goya, llamó Tía Nena, cierra la puerta del cuarto porque el viento de agua puede hacerle daño a Ninfa. La abuela cerró la puerta, sin entrar. El abuelo preguntó algo desde el portal, donde había vuelto a sentarse. Ya casi, respondió la abuela mientras regresaba a la cocina. Puso más leña en el fogón del agua y disminuyó el fuego de la sopa. Luego, en tanto lavaba el arroz, elevó otra silenciosa plegaria a San Antonio. El abuelo tuvo un acceso de tos y al acabar escupió en el patio, más allá de las goteras. Las gotas finas disolvieron lentamente la saliva espesa y espumosa. Pensó que no debía estar tanto tiempo en el portal porque la humedad podía perjudicarlo, pero tampoco soportaba estar dentro de la casa: el sufrimiento de Ninfa era demasiado duro para tenerlo cerca. En el portal lo mortificaba; adentro hubiera sido como caminar sobre trozos de candela. La lluvia disminuyó y algunas

de las gallinas que estaban en el portal salieron a buscar lombrices. Una defecó en el extremo del portal y el abuelo le dio un golpe con la varita seca. La gallina cacareó y las otras también se asustaron y miraron hacia el abuelo. Después salió la de los pollos y éstos corrieron detrás y alrededor de la madre, hacia uno de los grandes árboles de mango, debajo del cual la tierra estaba limpia de hierba y había muchos huecos de lombrices. El abuelo los vio alejarse y recordó que a la abuela siempre le había gustado mucho criar pollos. Desde muy joven acostumbró tener una o más gallinas echadas, y cuando las propias gallinas no ponían suficientes huevos para completar una camada, los conseguía prestados; a veces incluso, si no conseguía de gallina, las echaba con huevos de pata o de pava. La abuela revolvió la sopa y probó el punto de sal. Faltaba poco para que estuviera lista. Le quitó la mayor parte de los tizones y los puso en el fogón en que cocinaría el arroz. Cuando Milton llegue, pensó, ya tendré la comida. Aunque el sol no había aparecido, calculaba que debían ser más de las nueve. El motor sube a las ocho para Palmira; Milton se fue como a las siete: antes de mediodía deberá haber vuelto. Puso a calentar el agua con la sal y la manteca, luego echó el arroz y acomodó los tizones. En el cuarto se oía a Tía Nena hablándole a Ninfa. La abuela recordó cómo había sufrido al darla a luz: la niña era grande y estaba demasiado gorda; ella tenía dieciocho años, era su primer parto y sentía que el mundo se acababa. Si no hubiera sido por Nena, pensó, yo tal vez no estaría aquí. Oyó que el abuelo espantaba a las gallinas y sonrió para sí. Un día de estos le diré: si no quiere que las gallinas ensucien, hágales un excusado, pues. Imaginó la cara de disgusto que pondría. Cuando se disgustaba enrojecía y daba la impresión de que de un momento a otro la sangre le iba a brotar en las mejillas y en las orejas. En eso se parece al Tata Juan, pensó; también es así. Seguramente han sacado eso del francés. Cuentan que era un hombre muy blanco y muy bravo. Y muy terco también. Tuvo diecisiete hijos con la mamá Epifania, y quería dieciocho, pero ella no podía tener más, entonces él se dio a los demonios y dijo que ella no servía para nada, y estuvo cerca de un año sin hablarle. Era muy testarudo. Le volvió a hablar cuando estuvo a

punto de morir una de las hijas y el cura que vino de Dolega les dijo que tenían que hacer las paces para no aumentar los sufrimientos de la enferma. Con eso se ablandó. La muchacha se puso buena y todo anduvo bien hasta el verano siguiente. El francés se fue a las galleras de La Candelaria y allá decidió completar el número dieciocho con una mujercita de Caldera, carilinda y con ancas de avispa, que descifraba el destino con la baraja. Después se supo que tuvo un niño que murió a los días de nacido (las malas lenguas decían que la madre lo había ahogado); la mujer se perdió de vista y el francés sacó de ese capricho unos granitos rosados que nunca se le curaron. Algunas gallinas llegaron a la puerta de la cocina y la abuela les tiró al patio las cáscaras de las verduras. Mientras las gallinas picoteaban, la abuela tuvo una sensación de fatiga y recordó que en el desayuno sólo había tomado café. Se sirvió una totuma de maizena y la bebió a grandes sorbos en tanto atizaba el fogón del agua. Afuera, el humo de la cocina moteaba de azul la claridad gris, en la cual los árboles, agobiados por el agua, eran manchas verduzcas y difusas. La perra levantó la cabeza y miró hacia el portillo que había en la piñuela, a cien metros a la derecha de la entrada principal. Estaba atenta, como si esperara la aparición de alguien, pero luego volvió a reposar la cabeza sobre las patas delanteras. Uno de los cachorros despertó en ese momento y buscó la teta. La perra captó otra vez el ruido y nuevamente irguió la cabeza. Eran las pisadas de un caballo en el cascajal de la quebradita que dividía las tierras del abuelo y las de Chángele, el esposo de Tía Nena. La perra gruñó y esperó que asomara el caballo en el portillo, pero éste siguió de largo por el camino real y poco después se oyeron voces en la puerta del cerco de Mime. La perra se desentendió del caballo, olió al cachorro que mamaba y pronto estuvo dormida. Donde Mime sonaron las trancas de la puerta y las voces dejaron de oirse. El abuelo dijo: ¿Dónde estaría Isidoro?; creo que él fue el que llegó a donde Mime. Quién sabe, dijo la abuela desde la cocina; tal vez vendría de donde Gabriel. Rosita me dijo que Gabriel quiere comprarle el cerco que era del difunto Rufo. Pudiera ser, dijo el abuelo. Seguía sentado en la sillita, pero ya no dibujaba; ahora su atención estaba puesta en lo que suce-

día en el cuarto. Oía la voz de la tía Nena y los quejidos de mi madre y rogaba porque todo acabara pronto. Recordó la noche en que abuela tuvo a Ninfa. Él había querido estar cerca para ayudar en lo que pudiera, pero Mime y Nena se opusieron. Estas son cosas de mujeres, dijo Mime; usted espere afuera, que si hace falta lo llamamos. Y él estuvo sentado en la oscuridad, en el mismo sitio donde estaba ahora, viendo pasar las horas, con los gritos de la abuela clavándole en el cuerpo. Después, a eso de medianoche, apareció la luna sobre la cordillera del saliente y su reflejo engendró criaturas extrañas en el follaje negro del mango, movido por el viento del norte. Era diciembre y había más estrellas que en ninguna otra época del año. Una de las veces que salió a orinar, miró el cielo y vio una estrella fugaz. Había oído decir que esas estrellas nunca caen sobre la tierra porque son almas perdidas que habitan en el mar. Pensó que él nunca había visto el mar y, de pronto, lo imaginó como un gran río de cuatro orillas. Cuando él era muy chico, el indio Belisario trabajaba para el Tata Juan. Belisario era un hombre ya viejo que había salido pequeño de su pueblo, al que jamás había vuelto. ¿A qué vuelvo?, decía cuando le tocaban el tema; allá sólo quedan ánimas. Ya nadie vive en el lugar donde nací; todos se han muerto, o se han ido, que es casi la misma vaina. A primera noche, concluida la jornada, Belisario conversaba con los demás peones en el corral y afirmaba haber estado muchas veces en el mar; hablaba de tiburones, de balandros y de otras cosas que ninguno de sus oyentes había visto nunca ni sospechaba que existieran. El mar es un río redondo y salado, decía Belisario, pero uno sólo puede ver una de sus orillas; las otras nadie las ha visto. Dicen que en ellas también vive gente como nosotros, pero nadie ha visto a esa gente. Por mi parte, creo que sí puede haber algo en esas orillas y me gustaría conocerlas algún día. El abuelo escuchaba embelesado a Belisario, hasta que éste ponía fin a sus historias con un salivazo chocolate, daba las buenas noches y caminaba parsimoniosamente hacia la barraca donde dormía con los otros peones. En esa época, muchas noches el abuelo se durmió pensando en las orillas del mar; y años después, ya grande, quiso ir al mar a buscar pescado para la cuaresma, pero el Tata Juan lo disuadió. En el mar hay

muchas enfermedades, dijo; yo nunca he ido allá, pero don Luigi (su padre, presumiblemente italiano, aunque llamado el Francés) me habló de éso cuando estuve en edad de entender las cosas; me contó que en el mar están las mentadas sirenas, que son causa de muchos males. El abuelo no hizo el viaje: un deseo del Tata Juan era una orden inapelable para su mujer, para sus hijos y hasta para sus animales. Luego, poco antes de casarse con la abuela, oyó decir que un hombre de Guacá había cruzado el mar en una canoa más grande que una casa y que echaba humo como un tren. Eso le pareció pura fantasía de tunantes y dejó de pensar en el mar. Sin embargo, esa noche en que nació Ninfa volvió a pensar en el mar y, sin explicarse cómo ni por qué, resolvió que era un río de cuatro orillas. Ahora no había estrellas ni luna ni tenía ganas de pensar en el mar, tal vez porque ya no era joven o porque el asma y la lluvia le hacían más doloroso el sufrimiento de Ninfa. Bueno, pensó, que sea lo que Dios quiera, pero que todo acabe pronto y no haya necesidad de llevarla a la estación. Se sonó la nariz con el pañuelo de bolas mientras oía a Nena mover cosas en el cuarto. La lluvia casi había cesado y una ligera brisa desprendía las gotas depositadas en las hojas de los árboles. Los pollos habían encontrado algunas lombrices debajo del mango y se las disputaban en medio de agudos chillidos. La madre descubrió un hueco donde había varias y cloqueó llamándolos. Los pollos abandonaron las primeras y se precipitaron sobre las segundas; cuando acabaron con ellas, la gallina los guió hacia donde había un tronco podrido y comenzó a escarbar en la tierra suelta y mojada. Tres orugas gordas y blancuzcas aparecieron retorciéndose y los pollos las devoraron. La gallina los vio comérselas y después los apartó y siguió escarbando. El arroz había consumido el agua; la abuela lo tapó y le sacó los tizones, dejándolo sólo al calor de las brasas. Luego fue al cuarto. La tía estaba acomodando las piernas de mi madre. La cosa será en cualquier momento, comentó. La abuela asintió en silencio y permaneció quieta, cerca de la puerta. Veía a mi madre retorcerse y hacer fuerza y una fugaz preocupación puso arrugas en su cara. Después contempló la imagen de San Antonio que había encima del tocador, delante de la cual estaba encendido un candil de sebo, y rezó sin

mover los labios. Oyó al abuelo sonarse la nariz y fue a preguntarle si quería más té. Dentro de un rato, dijo el abuelo sin mirarla. Ella miró hacia la puerta del cerco y dijo: las quebradas deben estar muy crecidas. Él aprobó con un gruñido. Ha caído mucha agua, agregó; ¿cuándo escampará? Ambos escrutaron el cielo del sur por entre las ramas de los cedros. Quién sabe, dijo ella; Dios y la virgen quieran que pronto. No hablaron más y el abuelo se atuzó los bigotes. La abuela comprendió que el abuelo estaba preocupado por lo mismo que ella. Me avisa cuando quiere el té, dijo y regresó a la cocina. La abuela oyó la saloma de Milton cuando éste aún estaba lejos. Debe venir por el Camino Oscuro, pensó. Destapó el arroz y comprobó que estaba listo. La saloma de Milton se unía al zumbido del río en la calma gris. La abuela oyó las pisadas de la yegua en el pedregal, al bajar la loma de la quebradita, luego el chapoteo en el vado y de nuevo las pisadas firmes en el cascajo de la pendiente opuesta; después, percibió el trote fuera de la piñuela y, ya con toda claridad, los golpes de las trancas al abrir Milton la puerta del cerco. Milton traía la silla cubierta con una lona embreada y el cuerpo de la yegua despedía vapor. La abuela salió al portal, de la cocina. Milton detuvo la yegua junto a las goteras y soltó de la silla el saco que contenía las compras. La abuela lo tomó. ¿Traes todo lo que te encargué?, preguntó. Sí, pero las sardinas son de otra marca. ¿Te despachó doña Nelly? No, Riche; doña Nelly estaba acostada; parece que tiene catarro. Bueno, desensilla y ven a tomar maizena. Milton condujo la yegua hasta el portalito trasero, donde el abuelo guardaba las monturas y los aparejos de carga. Dejó la silla en su sitio y soltó la yegua en la cuadra de hierba. En la cocina, se sentó junto a la puerta y esperó a que la abuela le sirviera la maizena. El agua me dio fatiga, dijo. Había hecho casi todo el camino bajo la lluvia. Había habido pequeñas bonanzas pero no había visto el sol. Las nubes cubrían el cielo en todas las direcciones; no se veían los cerros ni la costa y de las hondonadas, durante las bonanzas, surgían columnas de neblina. La abuela le dio la maizena y bebió sin respirar. ¿Cómo ha seguido Ninfafa?, preguntó al terminarla. Igual; Nena está con ella, respondió la abuela mientras tomaba la totuma y la ponía en la batea de los trastos sucios.

La comida está ya; ¿la quieres de una vez o esperas un rato? Esperaré a que baje la maizena. ¿Riche no te dijo nada de la cuenta?, preguntó la abuela. En la tienda estaban dos muchachos de Cochea y un hombre que Milton no conocía. Cada uno tenía una bolsa colgada del hombro y Riche conversaba con el hombre acerca del mal tiempo y de unas novillas cebú que doña Nelly había comprado a un ganadero de Bijagual. Me dijo que le dijera a papá que debemos doce dólares, respondió Milton. Habrá que abonar algo, dijo la abuela. El abuelo llevaba dos semanas sin poder trabajar. Si sigue enfermo, habrá que venderle un novillo a doña Nelly, pensó la abuela. ¿El domingo que estuviste en el Jagüita viste al monguto? ¿Se podrá vender? ¿No está muy flaco? Milton meditó antes de contestar: Está un poco delgado; creo que tiene mejor estado el careto. Por ese podría darnos cuarenta dólares, pensó la abuela; con eso se aliviaría la situación por un tiempo. En ese momento oyó un grito de mi madre. La brisa había dejado de soplar y las gotas de lluvia volvían a ser gruesas. El abuelo las veía caer con intensidad creciente en la zanja de las goteras y en la tierra pelada del patio. Había observado a Milton desmontar para abrir la puerta, cerrarla, montar de nuevo y pasar hacia la cocina; había seguido todos sus movimientos y luego había intentado captar la conversación con la abuela, pero los quejidos de mi madre y ahora el sonido de la lluvia en el zinc ahogaban las voces. Sin embargo, creía haber escuchado que la abuela hablaba de vender un novillo. En los últimos dos años habían vendido cinco reses y la peste había matado tres; quedaban catorce. Una ráfaga de preocupación lo agitó. Si el asma seguía molestándolo... Faustino aún era demasiado joven para afrontar todas las responsabilidades de la casa; y al Tata Juan no podía pedirle ayuda, porque estaba muerto; y ni aunque hubiera estado vivo habría podido hacerlo: desde que hizo testamento, todos los días anunciaba que pronto moriría y prohibió que alguien le pidiera algo; además estipuló que nadie tocara nada de la herencia hasta que él no tuviera un mes de sepultado. No quiero que mis hijos parezcan gallotes, decía, que les sacan los ojos a las bestias todavía estando vivas, señor, que esperen y aguanten, que mi hora no demora. El abuelo frunció los labios y se acarició el bigote: ni en las

proximidades de la muerte cambió el Tata Juan su modo de ser. Milton oyó el grito y no preguntó nada. Permaneció un rato mirando hacia el camino y luego fue a donde el abuelo y se sentó en el quicio. ¿Cómo sigue usted?, preguntó. Un poco mejor; ¿cómo te fue por la tienda? Bien, dijo Milton. El abuelo volvió a toser. Milton quitó la vista para no ver su cara congestionada y sus ojos llorosos. El abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza ¿Por qué no toma una cucharada de jarabe?, preguntó Milton. Ya tomé, respondió el abuelo, casi sin aire. Pasó el espasmo y ambos continuaron callados. Milton oía el silbido trabajoso de la respiración del abuelo. Tal vez haya que buscar gente para llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo al rato. Milton esperó que continuara. Faustino ya no demora y donde Mime están Isidoro y Silvestre; habría que decirle a Canducho y a algún otro; quizá Chángel pudiera ir... Yo podría, dijo Milton. No, estás muy chico, dijo el abuelo; sólo servirías para llevar los caballos, no para relevar a los cargadores. ¿Quiere que vaya a avisarles? preguntó Milton. No, hay que esperar; Nena es la que decide, dijo el abuelo. Un nuevo acceso de tos le impidió seguir hablando. Cuando pasó, respiró hondo, con la boca entreabierta para tomar más aire. Ahora llovía más fuerte y la gallina y los pollos regresaron al portal. Los pollos pasaron debajo de la silleta del abuelo y Milton agarró uno. Tenía el buche tibio y lleno. La gallina cloqueó y quiso picar a Milton; éste la espantó con el sombrero y luego soltó el pollo, que corrió a acomodarse con la madre y los hermanos junto a la pared. La abuela llegó a la cocina y vio a los pollos desaparecer debajo de la madre. ¿Quiere más té o le traigo ya la comida?, preguntó al abuelo. Mejor té, dijo el abuelo; todavía no siento hambre. ¿Y tú?, preguntó a Milton. Tampoco quiero todavía. Hoy nadie tiene hambre, se dijo la abuela y fue a buscar el té. ¡Milton! llamó desde la cocina, ven a llevarle el té a tu papá. Milton entró en la cocina. La abuela estaba parada en el centro, con una totuma vacía en la mano. ¿Le dijiste lo de la cuenta?, preguntó en voz baja. No, dijo Milton. No le digas nada. La abuela sirvió té de una jarra de tagua azul y le dio la totuma a Milton. Aquí tiene, dijo Milton al abuelo. Éste sopló el té humeante y luego bebió un largo trago. Sentía que la infu-

sión de hojas de guanábano aliviaba su garganta, irritada por la tos. Los truenos habían dejado de oírse y ahora volvieron a retumbar por el sur, apagados y lejanos. En Dolega también debe estar lloviendo, pensó el abuelo. Las tormentas casi siempre venían del sur, precedidas de un viento frío. Si uno estaba en la estación o en el llano o en cualquier sitio despejado, podía ver la tormenta en el horizonte; parecía una cortina de hilos muy finos, colgada de las nubes; y si uno observaba bien, podía ver cómo se aproximaba mientras las masas de nubes iban juntándose hasta cerrar el cielo. En la soledad del llano, la tormenta ahogaba la luz y también parecía querer ahogarlo a uno. Las primeras gotas eran gruesas, espaciadas y muy frías; después, el diluvio se cerraba y el mundo desaparecía en un limbo cenizo. El caballo había dejado de comer y estaba parado debajo de un naranjo. Cuando escampe, cortas unas cañas y se las echas al caballo; desde antayer no come caña, dijo el abuelo a Milton. ¿Se las doy con cáscara o peladas? Mejor pícaselas; así no desperdicia nada. El caballo tenía más de diez años, pero aún se veía fuerte; ahora estaba con una pata floja y los ojos cerrados. Mi madre gritó: ¡Roberto! y entrevió, como si estuvieran allí, pero velados, una sonrisa y un rostro; casi que sintió otro cuerpo junto al suyo, y su piel revivió palabras dichas mucho antes y caricias largas y lentas en el sonido de la lluvia. Debajo del dolor vibraban voces y recuerdos de otros sudores, de otros días, de otras noches de agua o de luna; los dolores de ahora prolongaban aquel, fugaz, de una tarde junto al río Majagua, cuando abrió su piel a otra piel ardorosa y a la vida que ahora, ¿cuándo, Dios, cuándo?, nacería. Tía Nena decía: no te desesperes y haz lo que te digo. Mi madre procuraba seguir sus indicaciones, aunque le parecía que el dolor no estaba sólo en el vientre, porque sentía agujas clavadas en todo el cuerpo. De pronto se le ocurrió que no debía estar sola con la Tía, que él debía estar acompañándola; así ella no sentiría los dolores sino la ansiedad gozosa de ambos por lo que estaba a punto de ocurrir. Tengo sed, dijo; no puedo más. Espera, dijo Tía Nena; espera, hijita, que falta muy poco. La abuela estaba dándole de comer a la perra cuando Faustino asomó en la puerta del cerco cubriéndose con una lona. El abuelo lo vio y dijo: viene Faustino. Ya lo

había visto, contestó la abuela. Milton siguió sentado en el quicio, viéndolo aproximarse. ¿Te fue bien? preguntó el abuelo. No pudimos hacer mucho, dijo Faustino; el agua no dejaba abrir los huecos para los postes. Debían tender quinientas brazas de alambrada y apenas habían tendido cien. No desensilles el caballo, por si hay que llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo. ¿Se puso mal?, preguntó Faustino. Sí, dijo el abuelo; poco después de que te fuiste. Faustino amarró el caballo en el calabazo próximo y tapó bien la silla con la lona y caminó hacia la cocina. En la oreja de un horcón colgó la bolsa en que llevaba al trabajo la totuma y la raspadura. ¿Quieres comida o maizena?, preguntó la abuela. Maizena, respondió sentado junto a la puerta. La perra había terminado de comer y los cachorros retozaban con ella en el nido. ¿Soltaste el caballo?, preguntó la abuela. No, está amarrado en el calabazo. Yo creo que no va a ser necesario llevarla, dijo la abuela; le he ofrecido una manda a San Antonio. Las quebradas están hondas, dijo Faustino; en la de Ismaela el agua tapa los estribos y en la otra me mojó los peleros. Ahora llovía muy fuerte y la luz del mediodía agonizaba en las hojas de los árboles. Algunas gallinas habían buscado refugio en el portal de la cocina y uno de los cachorros se acercó olisqueando a ellas; una le dio un picotazo en la cabeza, el perrito chilló y la perra, enfurecida, las ahuyentó del portal y tuvieron que buscar amparo en los aleros de la otra casa. La lluvia había vuelto a formar arroyos en la sabana y la zanja de las goteras se desbordaba. Si sigue lloviendo así, no podremos trabajar mañana, dijo Faustino, que miraba hacia afuera con la totuma vacía en las manos. La abuela iba a comentar algo pero en ese momento, después de haberse apagado el estampido de un trueno, oyó el grito largo y hondo, desgarrado, de mi madre. ¡Goya, trae el agua!, gritó Tía Nena. La abuela y Faustino dejaron en el cuarto la paila humeante. Ten listas las tijeras, dijo la Tía. La abuela tomó las tijeras, les echó agua caliente, las secó con un trapo limpio y las puso junto a las sabanitas. Pon a calentar más agua en la olla azul, ordenó a Faustino y se aproximó a la cama de mi madre. Ya no habrá que ir a la estación; bendita sea la Divina Providencia, pensó y miró agradecida la imagen de San Antonio. El abuelo y Milton miraban la lluvia sin

hablar. Se habían formado charcos en las depresiones de la sabana y el abuelo se preguntó de dónde sacaría el cielo tanta agua: en cuatro días, prácticamente no había cesado de llover. Lo acometió un acceso de tos y Milton tuvo la sensación de que su propio pecho estaba a punto de estallar; le parecía que en la fatigosa respiración del abuelo había como una renuncia a la vida. De pronto oyó el grito de Ninfa y el miedo le enfrió los huesos, sin que supiera por qué. El abuelo también lo escuchó, apagado por la tos, y sin que tampoco supiera por qué se sintió contento. Ese grito había sonado distinto a los anteriores: parecía brotado de la sangre. Cuando pasó la tos, llamó a la abuela. Ahora voy, respondió ella desde el cuarto. Y en ese mismo instante mi primer llanto se mezcló con el sonido de la lluvia en el zinc, con el estornudo del caballo amarrado en el calabazo y con el lejano zumbido del río. El abuelo sonrió en silencio y, como si repentinamente se hubiera librado de una carga muy pesada, aspiró hondo y miró la lluvia, los cedros, su viejo caballo februno y a Milton. La familia está creciendo, comentó luego. Sí, dijo Milton. Y, sin decir más nada, el abuelo agarró la varita seca y de nuevo comenzó a dibujar figuras en el suelo.

Enrique Jaramillo Levy

La figura

*Los inválidos, los deformes, nos turban
espiritualmente porque son la prefigura-
ción de una de nuestras posibilidades:*

Salvador Elizondo,
en **Cuaderno de Escritura**.

Estuvo pendiente, de una manera casi visceral, del repiqueteo leve de la lluvia sobre el vidrio, hasta que la figura de Alma adquirió una textura tan real que hubiese podido extender la mano y palparla, como si en lugar de ser una alucinación, ella estuviera realmente allí, de pie frente a su silla de ruedas, al igual que otras noches de lluvia, mirándolo fumar distraídamente su pipa.

El cabello negro de la muchacha despedía siempre un nítido olor a violetas que él aspiraba, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir a pesar de su esfuerzo por no cambiar la dirección de la mirada, fija en los goterones que escurrían por el cristal. El sonido peculiar de esa lluvia interminable de los trópicos lograba amplificarse entonces de tal forma en su cerebro a fuerza de concentración, que las palabras que Alma pronunciaba por distraerlo un poco no llegaban a ser más que vagos murmullos.

Y no obstante esa actitud suya, ella insistía en quedarse acompañándolo hasta que lo vencía el sueño y dejaba de oír la lluvia y las palabras con la cabeza doblada sobre el pecho. En seguida, evocaba

ENRIQUE JARAMILLO LEVY (1944), obra: *Catalepsis* (1965), *Duplicaciones* (1973), *El búho que dejó de latir* (1974), *Renuncia al tiempo* (1975) y *Ahora que soy él* (1985).

las veces que corría alegremente tras Alma en una playa solitaria, hasta que le daba alcance y caía jadeante sobre aquella risa que estallaba contagiándolo. Pero escenas como ésta no duraban, porque de pronto un grupo de estudiantes de la edad de Alma se la arrancan de los brazos y comienzan a patearlo en el suelo, gritándole viejo sátiro. Al despertar lleno de angustia ya ella se había marchado.

Enrique tenía ahora la impresión de oír otra vez su voz a través del chocar intermitente del agua contra ese cristal empañado, que no le dejaba ver el jardín que Alma atendía antes con tanto esmero cuando él quedó inválido por la enfermedad. La sensación de aquella presencia se hizo más rotunda cuando dejó de estar atento a la lluvia y comprobó que dentro de su cabeza se estaban articulando, efectivamente, palabras ajenas a su voluntad, y que a pocos metros de la silla de ruedas, una silueta, que él había ubicado sólo en su imaginación, comenzaba a materializarse.

“Te dije una vez que siempre estaría aquí para cuidarte”, comprendió que decía la voz en su cerebro. “Fue un accidente. No tuviste la culpa”.

Cuando Alma era un cuerpo hermoso, del que no quedaba parte alguna por explorar, no había tenido jamás la realidad obsesiva de esta figura que ahora le permitía ver, con una claridad que perdiera horas atrás el vidrio, las cosas que permanecían al fondo del cuarto. Así pudo distinguir, directamente detrás de la silueta, la mecedora donde él solía balancearse con Alma sentada en sus rodillas, complaciente. Y viendo cómo cumplía ahora la promesa de estar siempre a su lado, tuvo ganas de hacer girar las ruedas hasta quedar junto a ella y decirle: “Siéntate como antes en mis piernas, chiquilla mía!”

No lo hizo porque Alma estaba muerta y él pensaba que esa presencia no era más que otra señal de su demoleadora tristeza. Entonces escuchó nuevamente, como si fuera la confirmación deseada, una coherencia de palabras que cobraron significación inmediata en su cabeza: “Estoy contigo, Enrique... No lo estás imaginando”.

El olor a violetas se intensificó en seguida y Enrique no pudo resistir la tentación de tratar de palpar aquella figura que no dejaba que sus

ojos se detuvieran en ella. Si Alma estaba allí, si había vuelto asegurándole que él no tuvo la culpa, sólo podía ser porque la pobre ignoraba realmente la fuerza asesina que los celos lograron engendrar en su ánimo, después de verse condenado a una invalidez permanente. No le bastó después con los cuidados de la muchacha, con las noches de lluvia que permaneció a su lado. El sabía que por las tardes se iba de paseo al campo con chicos de su edad, que las faldas cortas y las blusas apretadas ya no eran para él. Y por eso la había hecho rodar por las escaleras en un momento de ira, por eso se acercaba ahora a esta presencia, que milagrosamente regresaba a él para cuidarlo. Tenía que decirle la verdad, pedirle perdón abrazado a su cintura. Ya no soportaba más la culpa.

Por más que dirigía la silla hacia la figura de Alma, no alcanzaba a disminuir los pocos metros que lo habían separado de ella desde el principio. Aunque no percibía ya palabras articulándose en el cerebro, continuaba recibiendo el fuerte olor a violetas que provenía de aquel cabello negro que era lo único conciso en el rielar incansable de la silueta.

Quiso acabar con las dudas que otra vez agujoneaban su empeño y, para probarse que no estaba imaginando cosas, aceleró súbitamente el movimiento de sus manos sobre las ruedas en un afanoso intento de apresar la aparición antes de que se esfumara.

Penetró en la oscuridad y allí quedó, frenético en su silla, dando vueltas y más vueltas con los brazos extendidos.

Índice

9	PRESENTACIÓN
	<p style="text-align: center;">Rodrigo Miró El cuento en Panamá</p>
21	EL CUENTO EN PANAMÁ, RESEÑA HISTÓRICA
	PRELUDIO COLONIAL
39	EL PRIMER CUENTO PANAMEÑO
41	Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés: <i>Del caso experimentador de la grandísima habilidad que tuvo un vecino de la ciudad de Panamá en nadar</i>
	ALGUNOS CUENTOS REPRESENTATIVOS
47	Salomón Ponce Aguilera: <i>La apuesta</i>
55	Darío Herrera: <i>La zamacueca</i>
60	Ricardo Miró: <i>El Jesús malo</i>
70	Gaspar Octavio Hernández: <i>Edénica</i>
73	Joaquín Darío Jaén: <i>El hombre que no tuvo la culpa</i>
80	Ignacio de J. Valdés Jr.: <i>Cásate, hijo, cástate</i>
84	José María Núñez: <i>Un hombre</i>
88	Gil Blas Tejeira: <i>Salomé</i>
93	Graciela Rojas Sucre: <i>Fonchíngale</i>
104	Rodolfo Aguilera Jr.: <i>Rodríguez</i>
108	Rogelio Sinán: <i>A la orilla de las estatuas maduras</i>
120	Roque Javier Laurenza: <i>Muerte y transfiguración de Emiliano García</i>

133	Manuel Ferrer Valdés: <i>La novia de octubre</i>
143	Julio B. Sosa: <i>Se llamará Jesús</i>
155	José María Sánchez B.: <i>Ino</i>
165	César A. Candanedo: <i>La plata manda</i>
171	Tobías Díaz Blaitry: <i>El loco</i>
181	Mario Augusto Rodríguez: <i>Sequía</i>
189	Ramón H. Jurado: <i>Piedra</i>
197	Juan O. Díaz Lewis: <i>Viernes Santo Bautista</i>
209	Carlos Francisco Changmarín: <i>Seis madres</i>
233	BIBLIOGRAFÍA DEL CUENTO Y LA NOVELA PANAMEÑOS

Franz García de Paredes
Panamá: cuentos escogidos

249	PRÓLOGO
253	Darío Herrera: <i>La nueva Leda</i>
258	Rogelio Sinán: <i>La boina roja</i>
281	Manuel Ferrer Valdés: <i>Los alacranes</i>
285	César A. Candanedo: <i>El cerquero</i>
304	José María Sánchez Borbón: <i>La muerte de Nicanor</i>
309	Ramón H. Jurado: <i>Herenia, la lejana</i>
315	Boris Zachrisson: “ <i>El arete</i> ”
319	Ernesto Endara: <i>La renuncia</i>
341	Justo Arroyo: <i>Revelación</i>
349	Rosa María Britton: <i>Apartamento Uno. ¿Quién inventó el mambo?</i>
355	Pedro Rivera: <i>Knock Out</i>
359	Dimas Lidio Pittí: <i>Los caballos estornudan en la lluvia</i>
377	Enrique Jaramillo Levy: <i>La figura</i>

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos**.
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Eric Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indolegable
con el destino soberano de la Patria.